

STELLA CALLONI

Panamá

Pequeña Hiroshima



 Edup

historia

Stella Calloni Leguizamón es periodista, escritora, investigadora, especialista en política internacional. Trabajó en diversos medios de prensa de América Latina. Colaboró en revistas de Estados Unidos, Francia e Italia. Fue corresponsal en la Jornada de México en América del Sur. Integra la Red de Intelectuales en defensa de la Humanidad y el Observatorio de política Internacional XXI.

Libros de poesía: *Los subverdes* (1975), *Carta a Leroi Jones y otros poemas* (1983), *Poemas de Trashumante* (1988). Varios de sus poemas fueron traducidos al inglés.

Libros de cuentos: *El hombre que fue Yacaré*, finalista en Casa de las Américas en 1992 y publicado en Argentina en 1988 y en Cuba en 2014.

Otros títulos: *Nicaragua: el Tercer Día* (1992), *Los Años del Lobo*, *Operación Cóndor* (1999), *Operación Cóndor Pacto Criminal*, publicado en México, Cuba, Venezuela, Alemania e Italia.

Recolonización o independencia (2005), *Evo en la mira: CIA y DEA en Bolivia*, publicado en Argentina, Bolivia y Cuba.

Ha recibido 25 premios y reconocimientos: el Premio Latinoamericano de Periodismo José Martí (Cuba 1986) y el Rubén Darío (Nicaragua 2008). En Argentina, el Premio de la Escuela de Periodismo TEA (2003), el Rodolfo Walsh de la Universidad Nacional de La Plata (2012), el Latinoamericano Samuel Chavkin de la Revista Nacla de Estados Unidos (2001), el Premio a la Trayectoria de la Universidad Nacional de Lanús (2013) y el del Consejo de Estado de Cuba, entre otros.

Panamá

Pequeña Hiroshima

Panamá

Pequeña Hiroshima

STELLA CALLONI

Calloni, Stella

Panamá: pequeña Hiroshima / Stella Calloni. - 1a ed. -
La Plata: EDULP, 2017.

296 p.; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-4127-26-6

1. Historia de América del Sur. I. Título.
CDD 980

Panamá. Pequeña Hiroshima

STELLA CALLONI



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)

47 N.º 380 / La Plata B1900AJP / Buenos Aires, Argentina

+54 221 427 3992 / 427 4898

edulp.editorial@gmail.com

www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

Primera edición, 2017

ISBN N.º 978-987-4127-26-6

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

© 2017 - Edulp

Impreso en Argentina

Índice

Presentación	9
Introducción	11
CAPÍTULO I	
El tronco donde se rasca el tigre	15
CAPÍTULO II	
Crónicas de la Colonia	33
CAPÍTULO III	
El enclave colonial	57
CAPÍTULO IV	
La novela de Panamá	89
CAPÍTULO V	
Crónicas de un país sitiado (1988)	113
CAPÍTULO VI	
El asedio sobre Panamá	137
CAPÍTULO VII	
Los últimos días del naufragio	155

CAPÍTULO VIII	
El día del lobo	171
CAPÍTULO IX	
Democracia made in USA	215
CAPÍTULO X	
El revés de la trama	241
CAPÍTULO XI	
Panamá en sombras	275
Epílogo	281
Fuentes consultadas	283

Prólogo

A Panamá, mi país, lo dejaron solo. Fue en la noche del 19 al 20 de diciembre. Nos dejaron solos frente a la impunidad de la mayor potencia del mundo. Y luego han continuado dejándonos solos, mientras las tropas extranjeras de ocupación transitan por las calles de nuestras ciudades y en nuestras aldeas. Es una pesadumbre en el corazón, como si estuviera anocheciendo irremediablemente y para siempre. Esa oscura noche del alma de la que habla un santo. Pero nadie quiere saber lo que nos sucede en un paisito pequeño y tropical. Patrullas y tanques en nuestras calles, extranjeros señalándote con un dedo lo que debes hacer. Esto es Panamá ahora, este dolor indescriptible en el pecho, esta impotencia que nos devora día a día. Nadie sabe exactamente cuántos fueron los muertos que tuvimos en la invasión del 20 de diciembre de 1989, porque los enterraron en unas dantescas fosas comunes, sin contarlos siquiera. Y sin saber tampoco que estaban cavando un monumento profundo a la nacionalidad panameña. Allí, en el fondo, con esos muertos, creo estar yo, me imagino que estoy yo para acompañarlos y acompañarme. Con el pecho roto

como estamos todos, y nadie se vuelve a mirarnos. Aquí vinieron a cazar gorriones con cañones. Las unidades preparadas para dar la pelea y resistir murieron todas. Tachar de cobardes a los militares panameños que fueron cazados como gorriones es llamar valientes a los soldados invasores armados con la tecnología bélica más sofisticada, eficiente, inhumana y cruel del mundo. También ese reproche injusto a las Fuerzas de Defensa es el resultado de la campaña científica de desinformación y propaganda con la que los norteamericanos nos venden Coca-Cola y también nos venden los reproches que a ellos les conviene que hagamos. Ahora he visto al pueblo en las calles, he visto a las mujeres arrojar flores al mar, como un desafío, he visto brillar las velas encendidas en ese gran vacío que es El Chorrillo, he visto las madres de Panamá. Pienso con orgullo en este pueblo dejado solo que desafía a un ejército de ocupación, a este pueblo que muestra sus banderas como el humillado muestra al otro, al que humilla, los dientes apretados y los brazos en alto. Panamá, merece vivir. Y para que eso pueda ser, es necesaria la solidaridad y por lo tanto la verdad. De eso trata este libro de Stella.

Y la verdad contada con amor son muchas verdades.

JOSÉ DE JESÚS MARTÍNEZ

México, enero de 1991

* Este bosquejo de prólogo lo escribió "Chuchú" Martínez, escritor panameño, premio Casa de las Américas 1988, unos días antes de su muerte, ocurrida el 21 de enero de 1991.

Introducción

Salir del infierno (25 de diciembre de 1989)

Aún recuerdo con nitidez aquel atardecer de diciembre, cuando anduve con el paso cansado el breve espacio que nos separaba de un viejo autobús rodeado de soldados estadounidenses, que nos iba a conducir hasta el avión. Había dejado atrás las ruinas de la ciudad que amaba.

El otrora bullicioso aeropuerto Omar Torrijos se había convertido en un lugar inhóspito donde se acumulaban restos de basura. Las paredes y el techo conservaban los impactos del bombardeo y del fuego de la artillería.

En los alrededores de la pista de aterrizaje se levantaban las tiendas de campaña de los soldados fuertemente armados. Muchos de ellos llevaban un ridículo casco cubierto de flecos camuflados que imitaban el color de la jungla. Después sabríamos que estaban contruidos con Kevlar, un material sintético cuyas 16 livianas hojas tenían la consistencia del acero. No dejaban pasar las balas. Todas sus armas eran nuevas y sofisticadas y se ensayaron sobre la población panameña.

Estaban también allí los comandos vestidos como Rambos, con escotadas camisetas verde olivo, vinchas negras o coloridas en la frente, sonriendo como si acabaran de realizar una gran hazaña.

Hacía sólo cinco días, en la mañana del 20 de diciembre, había sentido la sombra cercana de la muerte. Fue una milésima de segundo, pero no recuerdo haber vivido una sensación parecida. Sucedió cuando caminábamos con un joven fotógrafo por las cercanías del Palacio Legislativo. Imprevistamente, nos encontramos con un pelotón de soldados estadounidenses. Alcanzamos a decirles que éramos periodistas, pero esto sólo pareció violentarlos. En ese mismo momento surgió desde un portal, casi a mitad de cuadra, la pequeña y esmirriada figura de un anciano. Entonces, los soldados volvieron sus armas y dispararon sobre él, que cayó como fulminado. Nosotros retrocedimos espantados y logramos dar vuelta a la esquina.

Algunas personas, entre ellas, una anciana que lloraba quedamente, nos ayudaron a refugiarnos en una casa muy vieja que parecía abandonada. Con un gesto casi instintivo el joven fotógrafo se sacó rápidamente la camiseta y envolvió su cámara. Había comprendido que los invasores no querían evidencias. Ambos sentimos que habíamos salvado la vida a un precio maldito. Nunca he podido desprenderme de aquella imagen: la pequeña figura del anciano doblándose bajo el terrible impacto de los disparos.

En aquella tensa espera en el aeropuerto reconstruía yo cada escena vivida y recordaba la pasada tarde del 19 de diciembre, tan llena de presagios.

El domingo 17 de diciembre comenzaron a llegar los inmensos aviones estadounidenses que estremecían la ciudad. Aquel movimiento nos hacía pensar que algo terrible podía suceder. Pero después de andar por las calles céntricas adornadas para la Navidad, preferimos imaginar que se trataba de una nueva maniobra de presión sobre el gobierno panameño. Llevábamos ya dos años de maniobras militares que Washington llamaba juegos de guerra.

La Avenida Central era una fiesta aquel 19 de diciembre y aunque pensaba que nadie podría invadir un país en Navidad, recordé al antillano Frantz Fanon cuando escribía en su libro *Los condenados de la tierra*: “El colonialismo no es una máquina de hacer razón. Es la violencia en estado de naturaleza”.

Por esa razón había enviado el 12 de diciembre al periódico *El Día de México* la crónica “El esquema de la invasión a Panamá”, la que algunos consideraron apocalíptica.

En 1976, había llegado a Panamá por primera vez para asistir a un congreso de unidad latinoamericana y desde el momento en que caminé por las calles de Calidonia, El Chorrillo o El Marañón, quedé atrapada por la magia que descubría en su gente cada día. Nunca acepté que el pueblo panameño fuera colonizado porque en los barrios la música y la vida se convertían en una increíble forma de resistencia.

Reflexionaba en todo esto mientras, agotados y sedientos, esperábamos que el Comando Sur autorizara el ingreso del avión de la Fuerza Aérea Argentina en que íbamos a salir del país. Yo no tenía pasaporte, lo había dejado el 18 de diciembre en migraciones para un trámite rutinario de residencia.

Al partir, en el crepúsculo, observé el triste paisaje que ofrecía el aeropuerto y pude ver a un grupo de prisioneros, probablemente soldados, que se movían torpemente, con las manos amarradas a la espalda y los ojos vendados, obligados a subir a varios aviones militares que mantenían sus motores en marcha.

Quién sabe qué habrá sido de ellos. Seguramente, muchos estarán ahora en la larga lista de desaparecidos. Un tiempo después, en México, trataba de reconstruir toda aquella experiencia, pero me parecía imposible poder describir los detalles de una invasión, los miedos, los rostros de la muerte, la soledad, la impotencia. Entonces, los amigos me sugirieron que reuniera artículos y notas, a través de los cuales había seguido la situación de Panamá día por día, desde 1976.

Buena parte de estos trabajos desaparecieron del departamento donde vivía en la ciudad de Panamá, cuando los soldados estadounidenses lo allanaron en mi ausencia. Sin embargo, la buena voluntad de amigos y colegas hizo posible que recuperara algunas de esas notas que, intercaladas con testimonios e investigaciones, me permitieron elaborar esta crónica que revela los objetivos reales de la invasión a Panamá.

Ahora es imposible ocultar la verdad. La apertura de fosas comunes donde fueron encontrados cadáveres amarrados de pies y manos, con los ojos vendados, restos extrañamente calcinados de niños, hombres y mujeres, cuerpos sobre los cuales habían pasado los tanques, mostró la realidad que se quiso ocultar en una gran conspiración de silencio. Este libro sencillo, concebido como una extensa crónica, sólo intenta ser un espejo de esa verdad.

STELLA CALLONI

CAPÍTULO I

El tronco donde se rasca el tigre

La invasión a Panamá había comenzado en 1903, cuando Estados Unidos frustró la independencia del pequeño país. Su historia es la historia de una ocupación ilegal, que perduró en lo que va del siglo. “En realidad, Panamá es el país más desconocido de América latina. Cuando se habla de nosotros, se habla de un Canal, de una zona libre. Un lugar donde todo se compra, una tierra de tránsito. Somos una población fantasma en la memoria latinoamericana y la solidaridad también es el gesto de conocer al otro”, decía Rogelio Sinán, un escritor panameño de 85 años, un verdadero patriarca de las letras. Recuerdo que él insistía en que había que “decirlo todo, contarlo todo”, hasta la historia más simple, “porque nada se sabe de nosotros”.

Contar la historia de la invasión supone mirar hacia el pasado, a los principios. Once años antes de la intervención militar masiva, el general Omar Torrijos, quien había tomado el poder en 1968, preveía que algo podía ocurrir. En septiembre de 1978 entrevisté al general para un canal de televisión de México. El pueblo panameño estaba decidiendo en un plebiscito la aprobación o no de los trata-

dos firmados por Torrijos y el entonces presidente de Estados Unidos James Carter.

Andando por las calles cercanas a la línea que divide la capital de la zona canalera, y a la que Torrijos llamó alguna vez “la quinta frontera” con Estados Unidos, le comenté que estaba aún impresionada por la lectura de un libro sobre la colonización y conquista de América, donde se publicaba una carta enviada por Vasco Núñez de Balboa, el descubridor del Océano Pacífico, dirigida a los Reyes de España. En ella comentaba que había encontrado en el actual territorio panameño a indígenas que vestían “cortos retales” lo que lo llevó a deducir que eran “sodomitas” e “inmorales”, lo suficiente como para ordenar su matanza. Torrijos permaneció un tiempo pensativo, como ausente, y luego, señalando hacia la Zona del Canal, dijo: “Algún día, éstos (los norteamericanos) van a tratar de acabar con todos nosotros, acusándonos de sodomitas o de lo que sea, porque no van a querer salir de aquí y perder el paraíso”.

Mantengo hasta ahora la misma visión que tuve entonces de Torrijos y como lo describí en la entrevista original que titulé: “El tronco donde se rasca el tigre”¹.

Eran días intensos en Panamá. Todo estaba en movimiento. Se estaba llegando a la concreción final de los tratados, que debían regir las difíciles relaciones entre Panamá y Estados Unidos y el desmantelamiento de la caliente Zona del Canal, un enclave colonial a partir de 1903. Esta fue la entrevista:

“Este hombre, vestido con uniforme verde olivo, con aire informal y aspecto de cierto cansancio, el general Omar Torrijos, transmite una sensación de fuerza y también de paz. Sin embargo esto perdura muy poco. Súbitamente cambia, se revuelve, como si una especie de angustia extraña lo obligara a estar siempre en movimiento. A veces, lo mira a uno a los ojos directamente, como en búsqueda de lo que se lleva adentro. Escrutadoramente, en silencio, como un oficio de

¹ Publicado originalmente en el libro *Voz e imagen del general*, Panamá. 1987. pp. 147-165.

los que quieren indagar. Hay algo lento en sus movimientos, como de tigre, pero no en acecho, sino de majestuoso andar vagabundo de animal sin hambre. Sin duda, hay magnetismo en este hombre, un magnetismo sencillo, como el de los campesinos sabios que uno escucha atentamente y que lo dicen todo con la profundidad de los buscadores de agua en lo hondo de la tierra.

–General Torrijos, ¿cómo es su país, este país?

–Este es un país con muchas caras. Hay que mirarlas todas para entenderlo. Es chiquito (hace un gesto con la mano), así..., pero hay que aprender a verlo, a escucharlo, en su gente. Es un país para entenderlo mucho. Es difícil, me imagino, difícil para los que vienen de las grandes ciudades. Los que vienen de Europa, por ejemplo, ¿cómo van a entender ciertas cosas, la salsa, las borracheras, las fiame²ría², la irresponsabilidad tropical que a veces tenemos, la dignidad de este pueblo, sus desafíos? Y eso me gusta. Me gusta eso mismo. La ñame²ría², como decimos aquí. Si yo le digo a alguien *soy el tronco donde se rasca el tigre*, ¿cuántos crees que entenderían esa frase? Aquí es parte de la historia de todos los días. Cada panameño la entiende de una manera distinta, pero es la misma. Por eso digo que son muchas historias, son todas las caras de Panamá.

–¿Usted cree en lo que llaman magia, realismo mágico?

–Ahora mucha gente habla de eso. Yo sí creo en la magia. Es parte de la vida aquí. Pero también soy realista, eso digo. Podría decir que soy un realista mágico. Pero para nosotros, esas son palabras, porque eso lo vivimos. Lo viven los niños, los que bailan, los que trabajan, los campesinos; todos son realistas, y también son mágicos. Eso es realismo mágico: vivir aquí.

–¿Usted es un hombre violento?

–No, no creo. He estado siempre ligado a la violencia, porque la vida de un militar está siempre cerca de eso que es la violencia, de lo que violenta también a los otros. Yo creo, por ejemplo, que el po-

2 Locuras; conductas, actitudes o ideas aparentemente descabelladas.

der existe, que es real, pero que debe estar construido sobre el cariño y el entendimiento con el pueblo. Ese es el poder que perdura, la sombra después de la muerte. Puede haber el sentimiento de un poder solitario. Eso es otra cosa. Yo, por ejemplo, podría decirse que llegué violentamente al gobierno, por un golpe militar. Entonces, no tenía apoyo popular. Sólo de algunos compañeros de armas, de algunos que creyeron o que también soñaban, como yo. Pero no teníamos apoyo popular, porque aquí se asociaba, y se asociará durante mucho tiempo, el uniforme con la represión, con la violencia, con el miedo. Yo creo que hice lo que hice porque no soy violento, porque no me gusta la violencia. Esta revolución es pacífica. No me gusta la violencia que se ejerce contra los más humildes, contra los indefensos. He tratado de que esto quede como parte de las Fuerzas Armadas de mi país: que los militares trabajen junto al pueblo, que se conozcan los problemas de ese pueblo, lo que realmente pasa aquí o allá. En realidad, yo lo que trato es de hacer una revolución también entre nosotros (los militares). Trato de que se recuerde a esos ejércitos latinoamericanos que defendieron la independencia y a los que los pueblos seguían. Ahora hemos conseguido apoyo popular. Siento que se ha perdido mucho el miedo a ese uniforme. Hay un gran cambio en todos. Algunos que fueron enemigos cuando nosotros tomamos el gobierno, luego se incorporaron y trabajaron junto a nosotros. En realidad, yo creo en la violencia con que hay que luchar contra las cosas que son violentas, como el hambre, la ignorancia, el atraso, la miseria, el colonialismo, la injusticia.

–¿Había violencia en Panamá cuando tomó el poder?

–Siempre fue violenta la situación en Panamá. La cláusula a perpetuidad en los Tratados del Canal era violencia, y de la grande. Eso no se podía aceptar. Era inhumano. Las cosas a perpetuidad no son de este mundo, están fuera de este mundo, de la realidad. El colonialismo es una gran violencia. O mejor, podría decir que son muchas violencias juntas. En 1964, hubo una explosión. Muchos hablan de eso ahora. Pero, en realidad, más que la explosión del '64, fue la explosión de más de cincuenta o sesenta años de insatisfacción de un

pueblo que se resiste a aceptar un enclave que viola la soberanía nacional. Muchas protestas se habían canalizado por medio de cartas, notas, verbalmente, en luchas. Si uno lee lo que escribían los poetas en ese tiempo, se dará cuenta del sentimiento que había. Ese sentimiento de sentirnos doblegados por la injusticia. Era un sentimiento nacional. De todos. Sólo algunos pocos traidores a Panamá le daban la espalda a esa realidad violenta; ésa sí era una realidad violenta.

–¿Cómo se ha enfrentado esa situación?

–Bueno, la explosión del '64 logró efectos. El presidente Robles, de Panamá, y Johnson, de Estados Unidos, aceptaron que era necesario derogar por completo el tratado de 1903. Entonces, empezó otro momento, otra historia. Se buscaba una respuesta al descontento popular. Se la buscaba mal. Nosotros sentíamos, yo sentía siempre, que los tratados de que se hablaba entonces para reemplazar al de 1903 no eran una respuesta a ese profundo descontento. Ahí fue donde entramos nosotros. Ahora estamos tratando de ir a las causas más profundas, y sabemos los límites que nos ponen y que nos pondrán. Tenemos que llegar lo más lejos que se pueda. Quiero decir: si a un hombre se le mete una piedra en el zapato cuando está caminando, y no se la puede quitar, por la razón que sea, tiene que seguir durante un tiempo con la piedra en el zapato, hasta que pueda sacársela y arrojarla lejos. Nosotros sabemos que vamos a andar con la piedra en el zapato un tiempo, no sé cuánto, porque todo cambia, y ahora, todo cambia más rápido. Pero lo importante es caminar, no pararse, ni tampoco llevar las cosas al punto donde a uno le deben cortar el pie, porque ahí no se camina más.

Torrijos se queda pensativo. Estamos viajando en un camión descubierto, con su esposa Raquel, un grupo de amigos cercanos y periodistas, entre ellos, Danilo Caballero, director de Radio Nacional. Torrijos me mira de soslayo y me dice con voz cansada, casi triste:

–No sé si yo veré cuando nos saquemos la piedra del zapato, pero sí puedo ver cómo los más jóvenes la van a arrojar lejos...van a arrojar la piedra muy lejos...eso lo veo.

-General Torrijos, ¿cree que en Estados Unidos lo han entendido?

-Algunos entienden. La gente más inteligente entiende lo que tratamos de hacer. Sabe que un tratado malo no puede tener vigencia, no se puede imponer a un pueblo. Tarde o temprano, salta. Yo lo he dicho antes, y es algo sencillo: no hay colonialismo que dure cien años, ni pueblo que lo resista. Pero un tratado malo se acaba; por más que se ponga mano dura, se acaba. No hay que olvidar que un tratado es algo que se puede quemar en una plaza pública, pero, en cambio, la voluntad de los pueblos no se quema, ni se apaga, ni se puede poner de rodillas. No se puede condenar a los pueblos a la humillación perpetua. Eso se sabe. Eso es historia y realismo. Yo siempre he creído, por ejemplo, que hay que hablar sencillamente. Los campesinos explican muy bien las cosas. En Estados Unidos tienen que entender que esto del Canal es como un vestido, un saco que alguien hizo en 1903 para un niño muy pequeño. Y esto no se puede seguir usando después, tantos años más tarde. Entonces puede convertirse en una camisa de fuerza, y a los pueblos no les gustan las camisas de fuerza.

-¿Son esas camisas de fuerza las que provocan la violencia en los pueblos...?

-Sí, son esas camisas de fuerza. Son las insatisfacciones, todo lo que es injusto. Todo lo injusto es una camisa de fuerza, y los pueblos siguen creciendo y la camisa estalla. Es un razonamiento simple, pero efectivo. Nosotros hemos tratado, estamos tratando de que la insatisfacción no se transforme en una violencia destructiva. Por eso creo en las negociaciones. Y vamos dando pasos. Pero si no nos escuchan los que deben escucharnos, si no cumplen los que deben cumplir, ¿hasta cuándo puede mantener uno la insatisfacción? Eso no se puede saber. Hay algo que muchos olvidan: un militar puede aprender a reprimir, aunque no es esa la función de un militar. Puede conocer mucho sus tácticas, pero hay un momento, hay un momento en que los ríos crecen. Si uno está en el monte, siente el ruido del agua cuando crece. Es un gran ruido, y aunque se utilicen todos los medios posibles, los más modernos, el agua crece, no se para, es algo natural. Es

natural que llegue ese momento, si no se dan respuestas a los pueblos, a sus necesidades, al hambre, a la desesperación. ¿Tú has visto alguna vez la cara de los desesperados? Eso no se para con nada.

–General, mucho se habla de los sueños, de lo que usted soñó y sueña en relación con lo que quiso lograr para su pueblo. ¿Usted podría decir que es un hombre que cumplió sus sueños?

–Algunos sueños se han cumplido. Tengo muchos sueños. Algunos simples, algunos raros. Hace poco hablaba de eso con un escritor amigo. Nosotros tratamos de hacer aquí una revolución pacífica. Yo sé que muchos no me entienden. Pero tampoco entienden la realidad. No han estado en las cantinas, en el monte. No han caminado tristes como los borrachos. Esos que uno ve a veces andar con toda la tristeza. Y la tristeza es algo más que la borrachera. Eso es verdad. Eso es lo que hay. Con todo eso que tenemos y con el atraso de más de cincuenta años que se puede ver en todas partes en este país, con eso tenemos que hacer algo. No podemos hacerlo todo. Pero tenemos la obligación de hacer algo. Antes, nadie hablaba de Panamá. A veces, yo sentía, secretamente, vergüenza. Uno decía ‘Soy panameño’, y no faltaba alguno que nos miraba como diciendo ‘ah, sí... hijito de los gringos’. Era como si no existiéramos. Era como si no tuviéramos tierra debajo de los pies, como si este país, este verde, esas casas que tú ves ahí, esta gente, como si nada de esto existiera. Por eso yo digo que eso es colonialismo. Esa sensación de no estar, de no saber cómo es uno en la realidad. Cuando uno puede caminar por donde quiere, comienza a saber también qué es lo que quiere y hacia dónde quiere ir. Hemos hecho algo, no todo. Y ese algo se ve ahora, cuando andamos por el mundo y cuando miramos la Zona. Ahora sabemos que la Zona será de Panamá. De a poquito, es cierto. Y esa es nuestra piedra en el zapato, nuestra piedrita en el zapato. En pocos años, hemos abierto escuelas, entregado tierras a muchas familias, adelantado en programas de salud, en viviendas, en empresas propias, en producción. No son grandes cosas. Pero ese poco que hemos hecho ha costado mucho. A los países pobres les cuesta mucho cada paso

que dan o que quieren dar. Y a veces, también, no se entiende lo que se tiene que hacer.

En ese momento vuelve la cabeza, con esa manera tan propia que tenía de hacerlo, cuando algo lo violentaba secretamente, y me dice:

–¿Tú conoces Colón?

–Sí. He estado en Colón.

–¿Y qué te impresiona de allá?

–No sé, me parece que hay muchas cosas, como usted dice, muchas caras de Panamá. Los escombros o muñones de casas, el mar, el incendio...

–¡Ahí está! –su rostro se ilumina–. Eso, el incendio, eso es lo que hay. Eso es lo que habrá algún día. Hemos pensado planes para Colón. Muchos planes hemos soñado siempre. Pero, ¿qué hemos hecho por Colón, en realidad? A mí me duele Colón. Me duele personalmente. Hasta en el pecho me duele Colón. Por ejemplo, una vez pensé, soñé, con casas para los colonenses, porque yo siento que ahí está la explosión. Entonces, pensé en las viviendas. Sin embargo, yo creo que no me entendieron. No era sólo un sueño mío. Era un sueño necesario. Se necesita soñar con cosas necesarias y reales. Pero las casas se hicieron muy lejos. Mucha gente no quería abandonar los lugares donde siempre vivió. Hay que respetar eso que la gente siente. Es su sentimiento. Se solucionó para alguna gente la vivienda, pero era una solución triste. Comenzaron otros problemas. El trabajo quedaba lejos; para divertirse, tenían que viajar lejos. Cuando paso por ahí, no me siento bien. Me siento muy mal. Ellos, el pueblo de Colón, no sabrán nunca que me siento mal. Por eso tengo miedo a veces de que alguien no entienda un proyecto, o que lo vea como un proyecto frío, y no como un sueño que tiene que ser.

–Será por eso, General Torrijos, que usted dice que siempre ha querido que los profesionales “se fajen” junto al pueblo, eso que llama “sencillamente vivir”.

–Eso es, que vivan, que estén cerca de la gente, que no se encierren en sus escritorios, que no quieran hacer la gran vaina con todos los

conocimientos que tienen. ¿De qué sirve, por ejemplo, un hombre que sólo sabe hacer edificios altos y lujosos, si está en un pueblo pequeño y tiene que dar soluciones pequeñas, realistas? Eso pregunto yo. Estamos lejos de la realidad, lejos de la gente. Muy pocos quieren ponerse las botas y caminar, por donde sea, por donde tienen que hacerlo. Hay que andar mucho, en el monte, en la ciudad, en los barrios más pobres. Escuchar todo lo que se tiene que decir. Eso es lo que digo vivir, y así se harán las cosas mejores.

–Sin embargo, usted anda por todas partes, en eso que llama el patrullaje doméstico. Alguien ha dicho que usted es como un fantasma verde olivo, que aparece de repente y desaparece...

–Eso es muy lindo, pero son palabras. Yo creo, en realidad, que ando mucho porque es ahí donde aprendo. Eso es lo que digo vivir. Tú puedes saber mucho, ser un gran profesional, pero, ¿De qué te sirve, si no sabes cómo son las cosas, cómo es la realidad sobre la que vas a aplicar tus conocimientos?, ¿De qué te sirve saber matar piojos, si no conoces a los piojos? Todos hablan y hablan del pueblo, y hay muchos que ni lo conocen, no se atreven a mirarlo como es. Algunos se lo Imaginan. Otros lo muestran feo. Creen que decir la verdad sobre un pueblo es mostrar la cara más fea. Les gusta mostrar a la gente sin dientes. Es inhumano, es como el uso de la desgracia de la gente. Mira, mira aquí alrededor (hay decenas de niños corriendo junto al camión). Estas son caras lindas, y sin embargo, a estos niños los puede matar el hambre. Eso es mucho más efectivo, creo yo, y mucho más digno. Se dice que estos niños pueden morir o ser delincuentes si no se hace nada para evitarlo. Eso es efectivo. A veces parece que los latinoamericanos somos todos feos, se falta el respeto a los pueblos, a su dignidad. Eso pasa cuando no se conoce a los pueblos.

Nos hemos detenido en un barrio donde hay casas brujas³. El General desciende del camión. Todos bajamos. Cientos de personas lo reciben. Torrijos pone su cabeza bajo una salida de agua para refres-

3 Tugurios.

carce. Hace dos horas que estamos andando bajo un sol implacable. Una mujer morena, alta, le seca la cabeza con un pañuelo. Una anciana saca una peinilla, algo muy típico en Panamá, y lo peina. Hay una relación directa, hay amor, pero no sumisión en los gestos. Miro los rostros bellos que nos rodean, y también la pobreza.

–Esta pobreza heredamos nosotros –me dice Torrijos, como siguiendo el hilo de mi pensamiento–, y es contra esta pobreza que tenemos que pelear duro. Todo lo demás son palabras. Esto es contra lo que tenemos que pelear, y no contra unos pobres hombres y mujeres indefensos que sólo quieren respeto y dignidad.

En esos momentos, vuelvo atrás en el recuerdo. Sólo unos pocos días antes, estábamos en una casa de playa de Torrijos, en Farallón donde él recibe a sus amigos y personalidades con los que quiere hablar más íntimamente. Estábamos con otros periodistas y participamos en una entrevista con un político latinoamericano. El General le había preguntado cómo estaban las cosas en su país. El político comenzó a hablar, describiendo científica, metódicamente, con una terminología abstracta, la situación en su país. Yo vi cómo el rostro del General se demudaba y sus ojos se perdían en la línea del mar, que se oía golpeando contra las rocas cercanas. Cuando el hombre terminó de hablar, Torrijos volvió la cabeza, y le dijo lentamente ‘Yo le preguntaba por su pueblo, su país es su pueblo. Le preguntaba cómo son las cosas, cómo está gente, si le gusta cantar, si es triste o es alegre, si van a los juegos... cómo se enamoran y cómo están ahora... qué les está pasando’.

Fue todo lo que dijo, pero yo presentí que estaba triste o molesto, y también desilusionado, como si no lo entendieran, como si él mismo no pudiera entender.

El recuerdo se va y continuamos nuestro recorrido por la ciudad de Panamá, que comenzó a las diez de la mañana, bajó este sol incllemente. Como una bala, el sol.

–General Torrijos, esto que se está viviendo (me refería al plebiscito) es, de hecho, una elección popular ¿Usted cree en las elecciones?

–Bueno, es tradición lo de las elecciones. Uno ha visto mucho, ha visto mucho circo. He visto a los que van a votar sin saber lo que están haciendo. He visto la humillación de hombres comprados. A los periodistas, a mucha gente, les interesan las elecciones porque creen más en cómo empezó un gobierno que en los hechos de ese gobierno. Hay algunos que creen que no puede haber en América latina un gobierno militar que intente solucionar los problemas de su pueblo, que se interese por las viviendas, por la salud, la educación, por una vida mejor. Esos tienen la mentalidad cerrada a cosas nuevas. Esos son esquemas. Nosotros nunca hemos pensado en cerrar el camino a las elecciones. Pero tenemos otras necesidades para solucionar con urgencia. Otras metas. El pueblo necesita dar un salto. Con este poder que tenemos, podemos desafiar muchas cosas, para ser más justos. A ver si me entiendes. Si yo hubiera llegado por elecciones, hubiera llegado por los ricos, la oligarquía, los que siempre manejan el poder, sin importarles el pueblo, los que han hecho ejércitos para que defiendan sus casas, sus riquezas, su plata en los bancos, y los mandan a tirar balas al pueblo. Bueno, si yo llego y quiero hacer algo justo, ellos llamaban a ese ejército, así pasaba antes aquí, y nos tumban. Ahora, podemos decidir si hay que dar tierras a los campesinos, hacer leyes más justas para los trabajadores, hacer empresas nuevas y demostrar que somos capaces de administrar las empresas que nacionalizamos. Y las nacionalizamos porque tenemos el poder de esta manera; si no, ya nos hubieran tumbado, por atrevernos a hacer eso. Yo creo que es mejor que cambie la mentalidad del pueblo, para que aprenda a defender sus conquistas. Eso es mejor que buscar nuevas reglas del juego para un proceso electoral, donde el gran ausente es casi siempre el pueblo.

–Pero, de hecho, este es un experimento electoral; hay fórmulas que parecen llevar ese camino en el futuro...

–Sí, estamos haciendo varios experimentos, como en un laboratorio, para ir buscando, de a poco, que se vote con conciencia. Yo te aseguro que, si miramos el mapa de América, vamos a ver que no

siempre las elecciones son la voluntad de un pueblo. Muchas veces, lo que se expresa es todo lo contrario. La elección real que debe hacerse ahora, aquí, es entre la Justicia y la injusticia, entre la miseria y el hambre y las medidas para combatirlos. Eso es realismo. Eso es simple realismo mágico, como tú dices.

–General, ¿por qué cree usted que algunos periodistas de otros países lo llaman dictador?

–Esta es una ‘dictablanda’, eso es lo que yo digo. Tú misma lo has visto, tú que eres del sur y sabes lo que son dictaduras. A mí me dicen dictador unos que hablan todos los días contra mí. Me insultan por radio y periódicos, envenenan el alma de la gente. Y también me llaman dictador los que saben que quiero la soberanía y la independencia de Panamá. Y eso se castiga todavía muy duro. Ser digno, independiente, luchar contra la injusticia, se castiga muy duro. Yo quisiera que esos que hablan contra mí, de esa manera insultante y egoísta, estuvieran viviendo en una dictadura. Ni siquiera podrían decir una palabra. Y, además, se están llenando los bolsillos. Ellos sólo quieren el poder para llenarse más rápido los bolsillos. Nosotros ahora no podemos sacrificar los objetivos políticos, que son objetivos muy altos y son de todos, de todo el pueblo panameño, por el egoísmo y el bolsillo de unos cuantos. No podemos hacer elecciones ahora para conformar a algunos, a los que nunca les importó el pueblo. Estamos cumpliendo con uno de los más grandes objetivos, y es terminar con la ignominia de esos tratados a perpetuidad. Es lo posible. Por eso a mí no me gusta mucho eso que dijeron en Francia en 1968 los estudiantes franceses: ‘Hay que hacer lo imposible’. Nosotros, que estamos tan aplastados, nos levantamos para hacer lo posible. Lo posible es la realidad, y eso posible nos cuesta muchos muertos. Ese poquito posible nos cuesta muchos muertos.

–En eso posible, ¿ha logrado avanzar en sus proyectos, o ha encontrado muchas dificultades?

–Esta revolución, con todos sus errores, tiene objetivos y los cumple, pero no se pueden fijar plazos. Esta revolución no tiene plazos.

Hemos logrado mucho. No siempre lo que quisimos. Esto es lo que hay. No se puede forzar más allá de la realidad. La magia está en saber eso: que tenemos un sueño muy grande y lo podemos dividir en pedacitos, para que pueda ser. La actitud del pueblo panameño está cambiando. Hay muchos que se olvidan de cómo era esto antes. Eso me preocupa. Muchos de la juventud creerán que Panamá era siempre como la ven ahora. Es necesario mostrar el Panamá de antes, para que se vean las dificultades. Que vean el Panamá colonizado. Ahora el pueblo está conociendo su propia cultura. Irá conociendo lo que es un partido político. Ellos deben saber que el valor de un voto es igual al valor de un arma. Eso, siempre y cuando haya conciencia. Pero es también muy fácil acabar con la conciencia de un pueblo. Están todos los días metiéndoles mentiras: eso acaba con cualquier conciencia. El pueblo norteamericano, por ejemplo, es un pueblo engañado, un pueblo que no conoce la verdad. Eso es grave, es lo mismo que ser un pueblo golpeado. Un pueblo engañado puede cometer muchas injusticias contra otro porque está tapado de mentiras. Por eso yo creo que un objetivo de esta revolución es la educación. Por ejemplo, nuestro campesino vendía el voto, a veces, por uno o dos dólares. Ese era el diálogo político que él tenía, el único diálogo político que tenía. Ahora creo que se irá aprendiendo. Eso no es rápido. Es lento. Pero cuando se sabe lo que se quiere, no hay nadie que lo vuelva atrás. Las elecciones no pueden ser circos, porque eso no determina la opinión de nadie.

–En todo este tiempo que lleva la revolución pacífica que usted comenzó, ¿qué lo emocionó más en los logros obtenidos?

–Me gusta el diálogo. A veces hablo y me hablan desafiantes. Me gusta cómo me desafían algunos campesinos. Me dicen la verdad. Eso me gusta. No todos los funcionarios dicen la verdad, ya sea porque quieren que se crea que están haciendo las cosas bien... pero cuando uno habla con la gente, ahí sale todo. Lo que gusta y lo que no gusta. Lo que es justo y lo que es injusto. Eso, para mí, es lo importante. Que se atrevan a decir las cosas directamente. Que le hablen a

un general de sus alegrías, de lo que les duele, de sus plantas, de sus vacas, de todo lo que es su verdadera vida. Quisiera que en muchos países los pueblos pudieran hablarle así a los generales. Los pueblos saben mucho de su vaina. Yo no puedo decirle a alguien cómo va a encontrar agua en el monte, pero ellos me pueden explicar cómo buscar el agua y dónde encontrarla. O cómo hacer para que crezca mejor la siembra. Eso está bien. Muchos no entienden esto, pero yo siento que es fe. Poder decirlo todo, sin miedo, es una gran fe. Algunos me dicen: 'Omar, no te vayas a vender a los gringos', o me dicen: 'Omar, no vayas a darle la razón a los ricos'. Este es el cambio más grande. Esa es fe. Y me gusta también que me critiquen. Me llegan quejas. Por ejemplo, critican el alto costo de la vida, los problemas de vivienda, de salud. Eso es dramático. Algunos en la ciudad creen que pierdo el tiempo en el campo. Parece que se olvidan que todo lo que comen viene del campo y eso cuesta muchas horas de sacrificio y esfuerzos del hombre de campo.

-General Torrijos, usted es un militar y tiene una gran formación profesional. ¿Cómo cree que debieran ser los ejércitos de América latina, los militares y los políticos latinoamericanos?

-De lo militar hay mucho que hablar. Pero yo diría, y con eso lo digo todo, que hay que cambiar de mentalidad. Es muy triste creerse importante porque se tienen armas, y a veces significa nada más que uno está para obedecer órdenes de los más ricos o, lo que es peor, de otros de afuera. Yo creo que hay que estar siempre cerca del pueblo y aprender a ser humilde. También, amar a su país y no equivocarse en lo que significa defensa. Defender la soberanía, la independencia verdadera, preocuparse por lo que el país produce, por los préstamos, por la economía, por lo que sembramos. Tenemos que tener teorías propias de seguridad, que tengan como base esa realidad. Hay que recordar a los ejércitos latinoamericanos (independentistas) y volver a la unidad. Y también la unidad centroamericana, como soñó Morazán. Los políticos tienen que ser humildes. Hay que aprender a 'comer mierda'. Algunos están muy, muy por encima de la reali-

dad de sus pueblos. Algunos no saben ni siquiera lo que produce su país, cómo es la gente, la real. Y si no saben nada de eso, ¿cómo va a ser bueno lo que planean, si no saben nada de sus propios pueblos? A veces hay que comer mierda sin pestañear. Eso es duro. Pero eso es realismo, realidad. La realidad mágica de estos países. Hay magia también en eso...y dignidad.

–Hemos hablado mucho de las situaciones políticas, del Canal, de las características de este pueblo. Y usted, ¿cómo es usted? ¿Es un hombre triste o un hombre alegre?

–No, no soy triste. Pero a veces soy también triste. Me gusta el humor, el buen humor. Pienso que algún día voy a morir violentamente, y eso no me asusta. Yo digo que me van a pasar la factura, porque me atreví a hacer cosas nuevas, distintas. Eso se paga caro. Algún día me van a entender, van a entender lo que quise hacer. Soy un hombre alegre y triste, como cualquiera, con muchos, muchos defectos, y eso es lo bueno: tener defectos es algo bueno. Y también me pongo triste, cuando a uno le salen las mariposas negras.

–Eso que usted dice es realismo mágico, eso de las mariposas negras...

–Las mariposas negras son las que le salen a uno a veces. A todos nos salen, a ti también, seguro (me lo dice burlescamente).

Sí. También a mí me salen. Lo estoy viendo como él quiere que lo vean, con sus defectos, con su aparente lentitud al andar, con sus buenas y malas cosas, porque no le gustan las falsas purezas. Este militar, al que llaman ‘el hombre fuerte de Panamá’, habla de mariposas negras, de poesía, se atreve a desafiar las reglas del juego y los esquemas. Se atreve a ser un hombre simple en el poder y a usar ese poder para lograr vencer a la injusticia.

–También podría hacer literatura.

–En realidad, pienso a veces cosas que podrían ser literatura; lo digo en voz alta y me gusta.

Sin embargo, Torrijos pone en duda que todo lo que se escribe, toda la belleza que se escribe, pueda ser compartida en este conti-

nente, donde la mayoría no sabe leer, ni tiene acceso a los libros. Por eso piensa que 'los escritores tienen que ser más humildes, porque, finalmente, a veces no los conocen aquellos de quienes escriben, y eso es una forma de tristeza y de soledad'.

A veces creo que se cansa fácilmente de todo, que está en constante búsqueda y que no se atreve a reconocer la angustia como un elemento cotidiano en su vida. Pero yo creo, aunque él lo oculte cuidadosamente o trate de hacerlo, que Torrijos es capaz de una ternura intensa, que sólo comparte con los suyos, los hombres y mujeres simples de su pueblo, los únicos y verdaderos realistas mágicos, como él mismo dice, y que son su sustancia, su magia, su vida”.

El 31 de julio de 1981, me encontraba yo en Managua, Nicaragua. Era corresponsal allí del periódico *Uno más Uno*, de México. Recuerdo que escuchaba los informativos de radio por la mañana. Repentinamente hubo una interrupción para anunciar que un avión, en el que viajaba el general Torrijos, se había perdido en un corto vuelo de algo más de diez minutos, con destino a Coclesito, un pequeño lugar de la selva, que él quería convertir en un modelo de producción agrícola.

En un primer momento, con esa resistencia que uno opone a las tragedias que presiente, comente: “Seguramente el general decidió cambiar de rumbo, como le gustaba hacer, imprevistamente”. Eso era lo que desesperaba a los hombres de su escolta personal. A mediodía recibí la orden del periódico de trasladarme a Panamá. Llegué al aeropuerto Augusto César Sandino de Managua, pocos minutos antes de que se cerrara el vuelo que iba hacia Panamá. Durante el viaje reviví una larga conversación sostenida con Torrijos, después de aquella extensa entrevista. Él tenía puesta su confianza en que al finalizar el siglo, América latina podría estar en una etapa de mayor independencia, cuando llegara el momento de hacer cumplir los compromisos asumidos en los Tratados Torrijos-Carter de 1977. “Esa independencia de América Latina va a ser la real fuerza de Panamá”, decía. De la misma manera, no dudaba que Estados Unidos iba a ha-

cer lo posible “y hasta lo más violento posible” para impedir que el Canal fuera devuelto a los panameños y que sus tropas, estacionadas ilegalmente en el Comando Sur, salieran del lugar definitivamente el 31 de diciembre de 1999.

Yo le expresaba mi inquietud porque en ese momento me sentía irremediablemente “fanoniana” y, como Frantz Fanon, creía que era muy difícil una descolonización no violenta. El mismo Torrijos acababa de decirme que un Tratado es algo que puede ser quemado en una plaza pública, especialmente si está firmado por la mayor potencia y un pequeño país, considerado una colonia. Tanto Torrijos como yo habíamos leído innumerables documentos que entonces circulaban donde los grupos más conservadores de Estados Unidos proponían diversas fórmulas para burlar los Tratados. Y ya se advertían también los costos políticos para el ex presidente James Carter.

Recuerdo que estaba yo muy apasionada por el tema y el General algo triste. Me disculpé y, al salir de su casa, donde se encontraba también su esposa Raquel, me dijo: “No te preocupes. Por el camino que sea, Panamá será algún día de los panameños”.

Después lo vi en muchas ocasiones, pero nunca con aquella cercanía cómplice que nos unió ese día en que estaba particularmente angustiado por lo que preveía para el futuro de su país.

Cuando el 31 de julio llegué a Panamá, la ciudad estaba silenciosa. Había tristeza, desasosiego y pesadumbre. Todos se preguntaban ¿qué pasaría ahora?, y los más optimistas todavía esperaban encontrarlo con vida. Se buscaban sus restos en una zona casi inaccesible. De Torrijos sólo pudieron recuperar, creo, una mano, un reloj, sus pies, el sombrero. Según los militares que fueron al rescate, no eran precisamente los restos de alguien que muere en un avión que se estrella contra una montaña, sino de quien ha muerto en un aparato que ha estallado en el aire. Los campesinos del lugar habían escuchado dos explosiones.

Los funerales de Torrijos se convirtieron en una de las manifestaciones más grandes que haya visto yo en Panamá.

En las pancartas que levantaban los más jóvenes se podía leer: “CIA asesina”.

Las expresiones de los pobladores de los barrios más humildes contrastaban visiblemente con lo que sucedía en los barrios altos. La oligarquía panameña estaba de fiesta y no lo disimulaba. El ahora vicepresidente de Panamá, Ricardo Arias Calderón, levantaba su copa de champagne. Así se festejó la muerte de Torrijos, en las mismas casas donde tiempo después se brindaría por la invasión de Estados Unidos a Panamá.

CAPÍTULO II

Crónicas de la Colonia

Cuando se le preguntaba al general Omar Torrijos, cómo había llegado Panamá a convertirse en una colonia, respondía irónicamente: “Todo comenzó con Cristóbal Colón y la espontaneidad de nuestros indígenas. Ellos les dijeron a los conquistadores que por estos rumbos había un paso que comunicaba los océanos y Colón sólo pensó entonces en cómo encontrarlo para favorecer a la Corona Española. Balboa lo descubriría después y, desde ahí en adelante, este pequeño país estuvo siempre en la mira de alguien. Y lo sigue estando”. Torrijos se refería al descubrimiento del Istmo de Panamá en 1502, cuando Colón, junto con Rodrigo de Bastidas, hacía un recorrido por la Costa Atlántica. En 1503, en su carta rarísima enviada a la Corona, Colón mencionaba con entusiasmo al Mar del Sur, que de acuerdo con su versión podía convertirse en una vía de tránsito hacia las “islas de la India”. El descubrimiento de Colón se produjo en momentos en que la Corona había perdido las rutas hacia los “paraísos de las Indias”, en la guerra con los turcos otomanos. De esta manera, la expansión de ultramar no sólo respondía a los intereses de España, sino también a los de sus aliados europeos en el período de la decadencia del feudalismo.

El 25 de septiembre de 1513, Vasco Núñez de Balboa, descubrió finalmente el Mar del Sur (Océano Pacífico) confirmando la tesis de Colón. Tomó posesión del lugar. Los hombres a su mando produjeron una gran matanza de indígenas, a los que Balboa acusó de “sodomitas” al hacer referencia a su vestimenta, los “taparrabos”, que mencionaba como “cortos retales”. Según narran antiguas leyendas, los ríos de la región se tiñeron de rojo. Sólo cuatro años más tarde, en 1517, Balboa murió decapitado por orden de Pedro Arias Dávila, fundador de la ciudad de Panamá.

A partir de ese momento se multiplicaron las expediciones para estudiar las posibilidades de la construcción del Canal y en 1527 el ingeniero Álvaro Saavedra y Cerón trazó el primer proyecto con el apoyo de los reyes de España.

En 1534, Carlos V ordenó a Pascual de Andagoya realizar una expedición hacia el Río Chagres, el mismo que hoy alimenta con sus aguas al Canal. Setenta y seis años más tarde, en 1610, Felipe II, estudiando todos los proyectos que se hablan trazado hasta entonces y asesorado por técnicos, eligió la región del Darién para la construcción del Canal.

El proyecto canalero se desarrolló durante siglos, pero en ese entonces diversas dificultades y faltas de recursos técnicos impidieron a España realizar la empresa. De acuerdo con las investigaciones históricas de España, Colombia y Panamá, entre los siglos XV y XVIII se elaboraron más de un centenar de proyectos. Incluso a fines del siglo XIX, el libertador Simón Bolívar retomó la idea de la construcción de un paso o canal, después de analizar con entusiasmo varios de los proyectos trazados desde Europa y al considerar la importancia estratégico-militar del Istmo.

En la gran novela de Panamá, este tramo histórico contiene numerosas leyendas que podrían aportar a la literatura del realismo mágico una de sus obras más acabadas.

Formación de la nación panameña

A nivel latinoamericano y por supuesto mundial, existe un desconocimiento total del origen y desarrollo de este país tan particular. La propia situación geográfica panameña explica las funciones que se le acordaron durante el período colonial.

El Istmo fue centro de organización de expediciones, zona de tránsito, vínculo de rutas oceánicas y punto estratégico en la guerra de los mares. Esto dio origen a dos áreas bien definidas, integradas sobre la base de un objetivo común. Una zona comercial o transitista, unida por sus necesidades a un área rural (en este caso una formación de tipo feudal).

“Dos ciudades panameñas: Panamá en el Pacífico y Portobelo en el Atlántico, monopolizaron todo el comercio de tránsito entre América del Sur y la metrópoli española. El volumen de transacciones del eje Panamá-Portobelo, superaba al de todas las ciudades y puertos del Mediterráneo europeo. En otros términos, las dos ciudades de la ruta interoceánica inician la estructuración, para el conjunto del país, de un modesto pero significativo mercado interno. Esta especificidad económica suministró rápidamente el fundamento para una especificidad política”, ha escrito el historiador y catedrático panameño, Ricaurte Soler, al analizar la formación de la nación panameña, y agrega que España reconoció esta importancia creando la audiencia de Panamá. La representación panameña solicitó a principios del siglo XIX el libre comercio a través del de Cádiz.

Analizan los historiadores que la actitud “inconsecuente” de España en torno al libre comercio precipitó la emancipación. “Poco antes de la independencia, el Cabildo de Panamá afirmaba que el Istmo no dependía absolutamente del Virreinato de Nueva Granada (creado en el siglo XVIII). Esta declaración del Cabildo –dice Ricaurte Soler– puede ser considerada como una lúcida manifestación de la conciencia nacional”. El Istmo o Reino de la Tierra Firme, estaba ha-

bitado entonces por indígenas, españoles y negros, descendientes de los esclavos traídos a la región.

Justamente en 1815, seis años antes de producirse la independencia panameña, Bolívar escribía la Carta de Jamaica y pensaba en la ciudad de Panamá como en la futura capital del mundo. “Esta magnífica posición entre dos mares, podría ser con el tiempo el emporio del universo. Sus canales acortarán las distancias del mundo, estrecharán los lazos comerciales de Europa y Asia. Traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo”. Y proponía: “Es una grandiosa idea pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación, con un sólo vínculo que ligue a las partes entre sí, ya que tiene un origen, una lengua, una costumbre y una religión y deberían, por consiguiente, tener un sólo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse. Pero no es posible, porque climas remotos, circunstancias diversas, intereses opuestos, caracteres semejantes dividen a América”.

Ya en 1819, dos intentos por liberar a Panamá se sucedieron desde el Pacífico y el Atlántico, pero ambos fracasaron. Preocupado por la suerte del pequeño país, preparaba Bolívar una expedición libertadora, en 1821, cuando se produjo la independencia de Panamá.

Los panameños aprovecharon una circunstancia favorable al curso de los acontecimientos en la guerra contra España. A instancias de Simón Bolívar y en el mismo acto, el Cabildo de Panamá decidió la anexión “del territorio del Istmo (provincias unidas del Istmo) al Estado republicano de Colombia”, como señalan los documentos (Archivo histórico de Panamá, 1821).

Este es un hecho que la mayor parte de los historiadores latinoamericanos ignoran y que, sin embargo, tendría una influencia indudable en el futuro de Panamá como nación. Para la mayoría de los habitantes del área, Panamá nació siendo una provincia de Colombia, que Estados Unidos separó. Pero en ese trasfondo de la propia formación nacional están las verdaderas causas que llevaron a la secesión del territorio panameño, bajo la égida y los planes de Estados Unidos.

Una conciencia nacional muy precisa define todos los documentos del país en el siglo XIX, aun cuando funcionaba como un simple departamento de Colombia.

Esta unidad con la Gran Colombia se deterioró muy rápidamente. Bolívar, convencido de la urgencia de la construcción del Canal y de los peligros que acechaban a una región dividida y débil, decide reunir en la ciudad de Panamá el Primer Congreso Anfictiónico en 1826, en un desesperado intento por lograr la unidad latinoamericana.

“Cuando los sucesos no están asegurados, cuando el Estado es débil y cuando las empresas son remotas, todos los hombres vacilan, las opiniones se dividen, las pasiones se agitan y los enemigos las animan para triunfar en este fácil medio...”, diría entonces el Libertador. Esta advertencia de Bolívar estaba dirigida a poner una valla a la Doctrina Monroe.

Estados Unidos y el Canal

Estados Unidos se convirtió rápidamente en el país con mayor interés por construir un canal. Con casi medio siglo de vida independiente y una estructura evidentemente más sólida que las recién independizadas colonias latinoamericanas, Estados Unidos desarrolló la teoría de la expansión. La visión de orfandad que ofrecían las colonias del sur, el rico botín abandonado por la Corona española y la conflictiva situación política de aquel complejo mosaico de naciones, no hizo sino apresurar a los gestores de la Doctrina Monroe. El 5 de diciembre de 1823, el presidente Monroe anunció ante el Congreso el documento que sería fatal para América latina. La Doctrina Monroe correspondía a una república capitalista en proceso de consolidación y formación de su mercado interno y de consolidación nacional.

Era su estatuto jurídico y tenía finalidades proteccionistas muy concretas. Se frenaba así cualquier posible competencia de Europa en las colonias recién independizadas.

En 1835, el Senado estadounidense dio a conocer un documento con la siguiente resolución: Se suplica al presidente de los Estados Unidos que considere la utilidad de las negociaciones con los gobiernos de Centroamérica y Nueva Granada con el objeto de dar protección eficaz, por medio de tratados con ellos, a los individuos y compañías que se propongan abrir una comunicación a través del Istmo que une al norte con el sur de América”.

Cinco años después, la Pacific Steam Navigation Company encargó al capitán William Whelwerth el estudio del sitio para abrir el Canal de Panamá. En ese mismo año, 1840, un trabajador del aserradero del Valle de Sacramento, James Marshall, descubrió oro, lo que produjo de inmediato una estampida y con ello la invasión de aventureros y delincuentes, que cambiaron totalmente la fisonomía de las regiones de tránsito. Pero también planteó a Estados Unidos la urgencia de construir nuevas vías de comunicación.

De esta manera se iban enredando los hilos de una madeja que muy pronto envolvería a la región del Istmo en una temible red de intereses y violencias.

Cuando en 1846 la confrontación México-Estados Unidos terminó con la anexión a este último país de más de la mitad del territorio mexicano, el gobierno de Washington decidió que era necesario “establecer un dominio más firme en el Océano Pacífico y en aquellos territorios” como el del Istmo de Panamá.

Son muy pocos los latinoamericanos que recuerdan que por entonces el departamento colombiano de Panamá, el más abandonado y empobrecido, estaba en plena efervescencia independentista. Por esta razón convergieron los intereses estadounidenses y colombianos en la firma del Tratado Mallarino Bidlac. El documento garantizó al gobierno norteamericano el derecho de tránsito a través del Istmo de Panamá, comunicación que por cualquier medio ahora exista, o en lo sucesivo pueda abrirse para sus ciudadanos y para el gobierno de Estados Unidos”. Por otra parte, Colombia cedía todas “las franquicias y privilegios e inmunidades en lo relativo al comercio, la navegación,

igual a la que tienen los ciudadanos granadinos (Nueva Granada) o a los que pudieran gozar”.

A cambio de esta cláusula, Estados Unidos garantizaba “la perfecta neutralidad del Istmo y los derechos de soberanía y propiedad que la Nueva Granada poseía sobre el territorio”. Colombia selló así la suerte de los ciudadanos panameños que a partir de ese momento debieron soportar las constantes intervenciones de las tropas norteamericanas.

Otra de las piezas claves en esta crónica colonial es el Tratado Clayton-Bulwer, firmado entre Inglaterra y Washington en 1850. Invocando, precisamente, la Doctrina Monroe y debido a la ocupación de la costa Mosquitia en Centroamérica y de Belice, por Gran Bretaña, ambos países lograron un acuerdo mediante el cual se aseguró “el control exclusivo del Canal, por cualquiera de los sitios en que se construya, a saber: Nicaragua, Tehuantepec o Panamá” en favor de Estados Unidos.

Dos años antes, en 1848, Colombia había concedido al norteamericano William Aspiriwall, la construcción del ferrocarril transístmico. En 1850, se firmó un contrato con la misma finalidad, con otro ciudadano estadounidense, Stephens Paredes. El monopolio ferrocarrilero, junto con las empresas norteamericanas que se trasladaron para hacerse cargo de las construcciones colaterales al ferrocarril, cambiaron definitivamente a la región: se incrementaron las intervenciones militares estadounidenses en el Istmo.

En 1855 quedó inaugurado el ferrocarril, con un recorrido de 68 kilómetros uniendo a las ciudades de Panamá y Colón (ex Aspinwall). En 1859 se enunciaba en Washington la teoría de la expansión:

“Nosotros podemos desarrollarnos hasta incluir todo el mundo: México, América Central, Sudamérica, las islas de las Indias Occidentales y aún Inglaterra y Francia. Nosotros podemos anexarlos sin inconvenientes ni prejuicios”.

El símbolo de toda esta política estaría definido con precisión por el presidente estadounidense Theodore Roosevelt cuando sintetizó,

sin eufemismos, la política del “gran garrote”: *Speak softly but carry a big stick* (habla suavemente pero lleva contigo un gran garrote).

En 1870, Washington firmó con Colombia el Tratado Arosemena-Sánchez-Hurbult, que nunca llegó a ratificarse porque el Senado estadounidense consideró que era “excesivamente favorable a los colombianos”. Fue en esos momentos que Francia entró en el proyecto de la construcción del Canal. En 1876 el gobierno colombiano firmó un contrato para la construcción de un canal con Lucien N.B. Wise, representante de la Compañía Francesa del Canal Interoceánico. Estados Unidos reaccionó de inmediato. El presidente J. Hayes envió un mensaje al Congreso: “...la política de nuestro país debe atender a la construcción del Canal, colocado bajo el dominio norteamericano. Estados Unidos no puede permitir que el dominio futuro del Canal caiga en manos de una potencia europea o de una asociación de potencias europeas. Tal vía interoceánica constituirá virtualmente parte de la frontera marítima de Estados Unidos. Nuestro interés comercial en el Canal sobrepasa al de los demás países. Las relaciones entre el Canal y nuestra prosperidad como nación, nuestra potencia, nuestros medios de defensa, nuestra seguridad, son problemas de interés supremo para Estados Unidos”.

Aun así, algunos sectores políticos norteamericanos medraban con la construcción del Canal por Nicaragua.

Pero aquellas ideas básicas constituyeron tantos años después, casi al final del siglo XX, el argumento para intervenir militarmente en Panamá e impedir la independencia definitiva de ese país en el año 2000.

El fracaso del barón De Lesseps

En 1879, la empresa de la construcción del Canal por el Istmo quedó en manos del barón Ferdinand de Lesseps, el constructor del Canal de Suez. Dentro del apogeo que vivía Europa en aquellos años, con las consecuencias de la revolución industrial, la empresa parecía posible.

Era una aventura extraordinaria. Contra la opinión de sus propios técnicos, De Lesseps se propuso construir un canal a nivel. Esto significaba excavar 70 kilómetros de roca y tierra. Dificultades administrativas y técnicas, de las que no se descarta la “mano” de Estados Unidos, a lo que se agregaron las enfermedades tropicales y una epidemia de fiebre amarilla que diezmó a los obreros traídos desde todo el mundo, acabaron estrepitosamente con el proyecto. Este constituyó una de las tantas novelas que conforman el mundo extraño y mágico de Panamá.

En 1889, una década después, la Compañía Francesa del Canal quebró provocando uno de los mayores escándalos financieros de la época. El sueño de De Lesseps había terminado. Agobiado por las deudas, las tragedias de los pequeños ahorristas que habían invertido en la empresa del Istmo y el desastre financiero, el Barón finalmente se suicidó.

Aun así el gobierno colombiano accedió a dar tres prórrogas a Francia entre 1890 y 1893, pero los franceses no pudieron cumplir.

Apresuradamente, el gobierno de Washington gestionó entonces un nuevo tratado con Gran Bretaña, y en 1901 se firmó entre ambas naciones el Tratado Hay-Pauncefote. Por medio de este acuerdo, firmado entre el secretario de Estado norteamericano, John Hay, y el representante inglés, lord Paucenfote, Gran Bretaña otorgó a Estados Unidos la construcción y el control del Canal. Todo esto, por supuesto, de espaldas a América latina, sin considerar siquiera las decisiones de los países de la región y de Colombia y los habitantes del Istmo. Después del fracaso de algunos inversionistas en Nicaragua, Washington se lanzó literalmente, a la “toma” de Panamá.

La secesión

Mientras el representante de los restos de la compañía francesa, Philippe Bunau-Varilla, había logrado la amistad de un formidable socio futuro, William Nelson Cronwell, financista, dueño de impor-

tantes compañías de Estados Unidos y relacionado con el Partido Republicano, otros funcionarios de Washington conspiraban para apresurar la separación de Panamá de Colombia.

Pero, más allá de las decisiones expansionistas de Estados Unidos, la historia de Panamá demuestra, objetivamente, que a partir de la anexión voluntaria a la república granadina, comenzó a plantearse la idea separatista. Incluso en la propia resolución independentista del Cabildo panameño en 1821, se habló de mantener la autonomía económica. Colombia nunca respetó los acuerdos fijados por Panamá. Se produjeron entonces varios levantamientos, reprimidos por tropas norteamericanas a solicitud de Colombia. Panamá, además, no participó en la mayoría de las contiendas civiles entre la capital y los departamentos.

En 1899 estalló en Colombia un movimiento que se continuaría con la Guerra de los mil días, que perduró hasta 1902. El saldo, al finalizar la contienda civil, fue más que trágico para la región: una cifra superior a los cien mil muertos, la economía destruida y un cuadro desolador en los departamentos y provincias.

Panamá era entonces el departamento más empobrecido de Colombia y la idea separatista fermentaba en el medio local.

Por supuesto, en 1902, ya Estados Unidos influía activamente en el lugar. Los funcionarios de Washington estaban preocupados por las ideas revolucionarias de algunos liberales panameños, como Belisario Porras. Pero mucho más fuertemente por la figura de un general indígena, el guerrillero Victoriano Lorenzo, que proclamaba entonces la consigna de “Tierra, sal y libertad”, en las zonas rurales.

Después de la Guerra de los Mil Días, asumió la defensa de su país refugiado en las montañas centrales. El “cholo” Victoriano, un predecesor de Emiliano Zapata, se rebeló contra el Tratado de Wisconsin, firmado en el buque norteamericano del mismo nombre en la Bahía de Panamá, el 21 de noviembre de 1902. El tratado, supuestamente pacificador, contenía los elementos precisos para que Estados Unidos pudiera actuar impunemente en el lugar. Victoriano consideró

aquellos acuerdos como una traición a las luchas populares. La sublevación del general indígena se extendió por el interior de Panamá.

Recurriendo a la traición y presionados por Washington, algunos generales liberales, compañeros de Lorenzo, se unieron a los conservadores para reducirlo y finalmente encarcelarlo.

El 15 de mayo de 1903, después de una mascarada de juicio, Victoriano Lorenzo fue fusilado frente a la Bahía de Panamá, mirando el intenso mar Pacífico, junto a un alto árbol que aún permanece en el lugar, rodeado de leyendas. Los instigadores del fusilamiento fueron funcionarios estadounidenses que trabajaban para lograr, al más corto plazo, separar Panamá de Colombia. El Tratado de Wisconsin, que propiciaba justamente el desarme de las fuerzas patrióticas militares panameñas, allanó el camino a Washington. Una historia que, como se ve, tiene una casi aterradora similitud con el presente.

Sin embargo, todavía ocurrió un intento último de Colombia por retener a Panamá, cuando el 12 de agosto de 1903, el Senado de ese país rechazó por unanimidad un tratado suscrito por el representante colombiano, Tomás Herrera, y el secretario de Estado, John Hay, que fue interpretado como una severa violación de la soberanía colombiana. Entonces, los funcionarios estadounidenses se volcaron de lleno a la conspiración y a convencer a la población panameña de la “sinceridad” de su apoyo para lograr la independencia.

Los sucesos de 1903 se desarrollaron rápidamente. El 2 de noviembre llegó a la Bahía de Panamá el crucero yanqui Nashville, como refuerzo a las naves norteamericanas fondeadas en Panamá y Colón. Las tropas bogotanas quedaron así divididas gracias a una maniobra realizada por las autoridades del ferrocarril.

El 3 de noviembre se inició el levantamiento, sin posibilidad alguna de resistencia por parte de las tropas colombianas. “La revolución ha triunfado”, se informó en un escueto cable enviado a Washington. De inmediato se puso en marcha la segunda parte del plan. Antes de que se hubiera organizado el nuevo Estado, sin que lo rigiera constitución alguna que ordenara la política exterior a seguir, el francés

Bunau-Varilla, exhibiendo una representación ilegal, sin membrete alguno de la Compañía francesa del Istmo, negoció con el secretario de Estado norteamericano John Hay y suscribió el Tratado para la Construcción del Canal de Panamá.

Cuando esto sucedía en Washington, los representantes panameños estaban viajando hacia allá. Al llegar ya todo estaba consumado. Ningún panameño firmó el Tratado de 1903, a todas luces ilegal. La junta Provisional, elegida en Panamá, sometida a fuerte presión, ratificó el Tratado informando a la población ambiguamente: “Para ratificar este tratado, el gobierno tuvo en cuenta poderosas razones especiales, que os serán comunicadas por el Ministerio del ramo, en caso de que juzguéis importante conocerlas”.

Estas “poderosas razones” son, hasta ahora, fruto de conjeturas: nunca se dieron a conocer.

“Obviamente –dirá el historiador panameño Ornell Urriola Marcucci–, a través de la Convención del Canal Ístmico de 1903 se crea una colonia en toda la extensión de la palabra. No sólo porque Estados Unidos se apropia de nuestra situación geográfica para explotarla en beneficio de la marina mercante, de sus poderosos trust manufacturers, y en aras de su política de expansión, sino además porque con ello adquiere derechos sobre la tierra panameña a perpetuidad, dentro de las cuales organiza un sistema social, político, cultural, con independencia total de la Jurisdicción y soberanía del Estado panameño”.

A partir de entonces, como lo anunciara Roosevelt, Estados Unidos convirtió a la República de Panamá en una virtual colonia. En 1904, el gobierno de Estados Unidos dictó una orden ejecutiva para la apertura de la Zona del Canal al comercio mundial, sometiéndola a una tarifa arancelaria proteccionista y demarcando como terminales a los puertos de Ancón y Cristóbal. Estableció allí aduanas y oficinas postales. Luego se conformaron los comisariatos para vender toda clase de artículos de consumo, permitiendo a Estados Unidos el contrabando legalizado.

Al poner en vigencia la Tarifa Dingley, se integró la Zona del Canal al sistema arancelario estadounidense. En 1904, funcionarios de Washington estimaron que el general Esteban Huerta, una de las figuras de las luchas independentistas, trataba de derrocar al presidente Amador Guerrero, un hombre de confianza absoluta, impuesto precisamente por Estados Unidos. Esto “obligó” a la legación norteamericana –tal como se desprende de la nota oficial– a “exigir” a Panamá la abolición del Ejército Nacional, reemplazándolo por una simple Policía. Y es que se había detectado una fuerte corriente nacionalista entre los militares de entonces, especialmente en el ala liberal del ejército panameño. Para entonces, Victoriano Lorenzo había sido convertido, por la información norteamericana, en un “forajido” de las montañas panameñas. El país quedó así sujeto a un cuerpo de orden público local que Estados Unidos convertiría después en una virtual policía colonial. El 11 de agosto de 1904, el doctor Eusebio Morales, elevó el primer alegato panameño contra la interpretación estadounidense del Tratado de 1903. El documento, entregado al entonces embajador de Panamá en Washington, decía en una de sus partes: “La convención del Canal Istmico no importa cesión de territorio, ni traspaso absoluto de la soberanía”. Morales protestaba también por la orden ejecutiva impartida por el gobierno norteamericano en relación con la apertura comercial de la zona canalera. La reacción de la metrópoli colonial no se hizo esperar. Desconociendo la presentación de Morales, en un gesto de soberbia, el gobierno de Estados Unidos confirmó las medidas comerciales. Esta actitud provocó rebeliones en Panamá ya en 1904. Ante la agitación político-social, Roosevelt, apresurado por iniciar los trabajos de construcción del Canal, envió al secretario de Guerra William Taft a resolver el conflicto. El convenio que se firmó entonces, aunque reconocía ambigualmente la soberanía de Panamá y esbozaba algunas reivindicaciones, limitó los derechos panameños en cuestiones arancelarias y aduanales-consulares. Panamá perdió entonces los puertos de Cristóbal y Balboa. El Convenio Taft permaneció vigente durante veinte años.

También en 1904, Estados Unidos emitió el fallo White, que definía las fronteras de Panamá con Costa Rica, perdiendo el primer país una buena parte de su territorio. Detrás de esta acción estaban los intereses de las compañías bananeras, que libraban una guerra cruel por la ocupación de zonas. También se firmó el Tratado Thompson-Urrutia, fijando las fronteras de Colombia con Panamá, perdiendo otra vez territorio este país.

“El drama se ha prolongado así desde 1904. Desde entonces hasta ahora, los panameños dignos han luchado por revertir una situación de injusticia, y por la soberanía y la independencia. También, desde mucho antes se perfilaba esa resistencia nacional ignorada por los latinoamericanos”, decía Torrijos con cierto tono de amargura. También el general Manuel Antonio Noriega, utilizado como el argumento para la intervención estadounidense de diciembre de 1989, recordaba que “la verdadera gran conspiración contra Panamá comenzó con el fusilamiento del general 'cholo' (indígena) Victoriano Lorenzo. Y también con el Tratado que se firmó en 1903, cuando los funcionarios panameños estaban viajando hacia Washington. Para lograr la dominación absoluta, la primera medida estadounidense fue disolver el Ejército Nacional y transformarlo en una policía primero y en una Guardia Nacional después, regida por las normas del ejército estadounidense o de la policía colonial”.

“El decreto No. 23 del 21 de marzo de 1904 transformó efectivamente a un ejército que había participado en la gran batalla independentista latinoamericana, en una fuerza cuya obligación fundamental fue el cuidado y la vigilancia de los ocupantes extranjeros. Por eso la gran intervención contra Panamá comenzó en el momento en que el general Victoriano Lorenzo fue fusilado en las llamadas bóvedas. Un tiempo más tarde los norteamericanos ahorcaron al revolucionario Pedro Prestán en la ciudad de Colón, quien también se rebeló contra las imposiciones coloniales”, explicaba Noriega.

Intervenciones de Estados Unidos en Panamá y la resistencia popular: antes y después de 1903⁴

22 de mayo de 1850: Primera intervención norteamericana armada, a causa de un enfrentamiento entre ciudadanos panameños y norteamericanos en tránsito.

1851: Barcos de guerra norteamericanos invaden Chagres para sofocar un levantamiento.

1853-1854: Las situaciones tensas provocadas por la conducta de los norteamericanos en la región dan lugar a nuevas intervenciones norteamericanas.

1856: Se produce el célebre incidente de La Tajada de Sandía, cuando dos norteamericanos en tránsito, después de consumir una tajada de sandía en los puestos de venta del barrio de La Ciénega se niegan a pagarla. Esto origina un enfrentamiento con los vendedores panameños, que termina en una batalla campal. Intervienen grupos norteamericanos y la lucha dura tres días. El pueblo de las zonas marginales de Panamá se rebeló contra el trato discriminatorio de los norteamericanos, la mayoría aventureros y delincuentes. El saldo fueron veinte muertos y más de cien heridos. Inmediatamente de conocer los hechos, Estados Unidos hizo reclamaciones a Colombia que merecen citarse como un documento colonial. Ante los sucesos el gobierno de Washington pidió la cesión en plena propiedad de las islas de Taboga, Taboguilla, Naos, Culebra, Flamenco, Perico y otros terrenos para establecer en la Bahía de Panamá una base militar, con la finalidad de proteger a sus súbditos. Además exigía el pago de los daños ocasionados en el ferrocarril y la renuncia en favor del gobierno estadounidense de la concesión del mismo. Otra de las exigencias era el establecimiento de costa a costa de diez millas de ancho, incluyendo las municipalidades de Panamá y Colón, como zonas independientes bajo control norteamericano. En realidad se trataba de

4 Calloni, Stella, *Los riesgos de la soberanía*. Cuadernos de Crisis, Argentina, 1988.

canjear una tajada de sandía por buena parte del territorio panameño. Colombia tuvo que pagar una indemnización de 412.394 dólares en oro a Estados Unidos.

18 de diciembre de 1858: Tentativa de independencia de Panamá, reprimida por las fuerzas norteamericanas a pedido de Colombia.

4 de octubre de 1860: Nuevo brote independentista de Panamá. Desembarco de tropas norteamericanas.

2 de octubre de 1861: Insurrección panameña, guerra civil. Colombia pide la intervención de las tropas estadounidenses.

1862: Las tropas norteamericanas intervienen para impedir la llegada a Panamá de un general revolucionario liberal.

1865: Retornan los marines a pedido del cónsul de Estados Unidos. En el mismo año Colombia pide la intervención de las tropas norteamericanas para sofocar una insurrección panameña.

Los principales levantamientos independentistas de Panamá se dieron en 1830, cuando finalmente Ecuador y Venezuela se separaron de Colombia, después de haberse unido a instancias de Bolívar con Panamá. Este país intentó hacer lo mismo, pero fue violentamente reprimido. Los levantamientos contra Colombia se sucedieron luego en 1840, 1858, 1861, 1885, 1886. En la mayoría de los casos, Colombia recurrió a las tropas norteamericanas para reprimirlos.

Después de 1903

En 1908, al festejarse el 3 de noviembre, las tropas estadounidenses fueron invitadas a desfilan por las calles de la capital. Se produjo entonces un levantamiento popular que obligó a las autoridades a cancelar la invitación, pero el incidente significó la incorporación del pueblo al problema nacional y una toma de conciencia de la realidad colonial que se vivía.

En 1908 las tropas norteamericanas llegaron a Panamá para vigilar las elecciones y, un año después, Washington realizó una en-

mienda en los Tratados mediante la cual Panamá cedía a la nación colombiana el derecho a cobrar directamente la anualidad del Canal por espacio de diez años a partir de 1908 como “una compensación monetaria a la parte que pudiera caber a Panamá en lo relativo a la deuda interna y externa de Colombia hasta el 3 de noviembre de 1903”. El beneficiario a quien Colombia adeudaba era Estados Unidos. En 1912, las tropas de Estados Unidos vigilaron nuevamente las elecciones en Panamá. Entre 1905 y 1915, los choques y riñas entre los policías panameños y los soldados norteamericanos fueron permanentes. Este último año se habían agudizado, después de que en 1914 Estados Unidos se apoderó mediante una supuesta cláusula legal definitivamente de los puertos de Ancón y Cristóbal celebrando una Convención de Límites mediante la cual Washington devolvía “generosamente al país las tierras de La Sabana, donde están situadas las barriadas panameñas”, pero se reservaba el “derecho de volver a ocupar o dominar esas tierras en caso de que se dieran situaciones especiales que necesitaran de control”.

En 1915, el gobierno de Estados Unidos exigió, mediante una nota a Panamá, el desarme de la policía nacional en las ciudades, a la que sólo debía permitírsele el uso de armas pequeñas. Se trataba de terminar así, después de haber eliminado al ejército, con el único cuerpo armado, donde aún continuaba fermentando la revolución nacional de Victoriano Lorenzo.

En 1918, las tropas norteamericanas intervinieron nuevamente y ocuparon la provincia de Chiriquí, fronteriza con Costa Rica, hasta el año 1920, bajo la justificación de que el ciudadano estadounidense Gerard Chase había pedido protección a su gobierno.

En 1919, tropas norteamericanas intervinieron en Panamá nuevamente.

En 1920, Estados Unidos notificó a Panamá su decisión de convertir en zona militar a la isla turística de Taboga, lo que originó una rebelión popular. Nuevamente las tropas norteamericanas reprimieron a la población.

El 21 de febrero de 1921, Costa Rica ocupó la región panameña de Coto, de acuerdo con el fallo White. El gobierno de Panamá, tratando de evitar un nuevo despojo, recurrió a la mediación y arbitraje de la Corte de La Haya, pero Costa Rica aceptó la decisión norteamericana. Detrás de esa situación estaban los intereses de las bananeras por las diferencias de concesiones que habían logrado en uno y otro país.

Ya en 1924, al abrogar Estados Unidos unilateralmente el Convenio Taft, Panamá exigió el estudio de las cláusulas que originaban fricciones en los tratados. Hubo evidente inconformidad y rebeldía en la población. Un año después, un individuo de apellido March produjo una rebelión en Tule, Isla de San Blas. Según se descubrió posteriormente, este hombre estaba ligado al Departamento de Estado norteamericano para formar la República de Tule. En ese mismo año 1925, el Movimiento Inquilinario realiza una huelga en protesta por los altos alquileres y el precio de los artículos de consumo. El presidente Rodolfo Chiari, un representante de la oligarquía panameña, solicitó la intervención de las tropas norteamericanas. Después de una represión que dejó como saldo muertos y heridos, los infantes de marina “restablecieron el orden”. El enfrentamiento no fue en vano. Maduró la conciencia anticolonial y antimperialista y en 1926 la población rechazó unánimemente el Convenio Alfaro-Keillog, otro de los tantos documentos colonialistas.

En el mismo año 1926 se creó en Panamá la Liga Antiimperialista y se fundó el Sindicato General de Trabajadores. Después de esta fecha fueron más que evidentes las contradicciones entre Estados Unidos y Panamá, donde el problema nacional fue uno de los ejes de la rebelión en el pueblo. La alianza liberal que funcionaba en los primeros días de la república se había debilitado perdiendo base popular. Surgieron los partidos Laborista, Socialista, Comunista y Acción Comunal. En los años '30, Panamá fue doblemente sacudida por la crisis económica y por la finalización de los trabajos del Canal, quedando miles de desempleados. En 1932 se dio un nuevo movimiento popular exigiendo reivindicaciones, lo que marcó un cambio en las

relaciones con Estados Unidos. Panamá había dejado de ser un país ocupado y silencioso.

Tratando de detener el movimiento anticolonial, el presidente Harmodio Arias elevó un memorándum al mandatario norteamericano en 1933, Franklin Delano Roosevelt, donde se expresaban todas las causas del descontento popular. Roosevelt admitió que la Zona del Canal debía ser beneficiada como correspondía a su situación geográfica. Pero fue sólo una declaración formal. En 1934, Panamá rechazó el pago de la anualidad con dólares depreciados. La tensión entre ambos países continuó. En 1936, el presidente Franklin D. Roosevelt –en una actitud exactamente opuesta a la de Ted Roosevelt–, preocupado por la situación y los reclamos panameños, ordenó una investigación. Se firmó entonces un convenio mediante el cual Estados Unidos se obligaba a renunciar a los derechos de perpetuidad, tal como figuraban en los Tratados de 1903, entre otros puntos de importancia y abrogaba también el párrafo III del artículo VII que facultaba a Estados Unidos a intervenir militarmente en Colón y Panamá.

Sin embargo, con el paso del tiempo, el convenio de 1936 no se cumpliría. El 12 de mayo de 1940, bajo la presidencia de Arnulfo Arias, en Panamá se firmó el Convenio General de Relaciones cuyo mayor logro fue la construcción de un puente que permitiera el tránsito ininterrumpido a través del Canal. Pero ninguno de estos acuerdos logró modificar fundamentalmente la situación colonial de Panamá.

Una prueba de esto fue que en 1946, cuando se iniciaron los trabajos para la construcción del Aeropuerto de Tocumen, el gobierno panameño solicitó a Estados Unidos que cesaran los vuelos comerciales al aeropuerto de Albrook en la Zona para que fueran transferidos a Panamá. Washington convirtió esta justa exigencia en un convenio bilateral de aviación que se firmó finalmente el 12 de abril de 1949. Mediante este acuerdo, Panamá concedía a Estados Unidos amplios derechos para la explotación de las rutas aéreas perdiendo toda posibilidad de una ruta específica y los Derechos de Quinta Libertad

(paso aéreo franco) con escalas en aeropuertos norteamericanos en tránsito hacia otros países. Además, Estados Unidos recibiría una ganancia anual por este control de tres millones de dólares. Debido a la legislación militar de la Zona del Canal, los aviones panameños debían pedir autorización para sobrevolar su propio territorio.

En estas condiciones coloniales, cuando se produce la Segunda Guerra Mundial y Estados Unidos ingresó como beligerante en la misma, rápidamente las consecuencias se reflejaron en Panamá. En 1940, Estados Unidos solicitó a la nación istmeña una nueva cesión de tierras para instalar bases defensivas y otras instalaciones militares. La propuesta significó una vuelta de tuerca en la condición colonial, ya que el gobierno de Washington solicitaba la autorización de Panamá para ocupar las tierras por un término de novecientos noventa y nueve años, algo así como el artículo de perpetuidad que figuraba en los Tratados de 1903. Luego, esta solicitud fue cambiada por sólo 99 años y con una cláusula que estipulaba la posibilidad de renovación a voluntad de Estados Unidos. La consecuencia fue otro período de gran agitación. Frente a la presión popular, el gobierno de Arnulfo Arias se negó a aceptar los 99 años de concesión. Arias fue derrocado cuando ya también había tomado posiciones favorables a Hitler.

El historiador panameño Ornel Urriola Marcucci, señala que “destituido el gobierno de la burguesía nacional, retorna al poder la alianza clásica: burguesía mercantil-importadora-terratiente (Adolfo de La Guardia) y el imperialismo norteamericano”.

En mayo de 1942 se firmó entre Estados Unidos y Panamá un “acuerdo sobre sitios de defensa del Canal, mediante el cual Panamá ‘arrendaba’ a Estados Unidos 132 sitios de defensa en todo el país. El acuerdo debía culminar un año después de finalizado el conflicto bélico”; pero una vez firmada la paz con Japón, Estados Unidos pretendió continuar ocupando las bases aduciendo motivos de seguridad. El gobierno panameño exigió entonces el cumplimiento de los plazos que figuraban en los acuerdos. Sin embargo, Estados Unidos conti-

nuó en las bases y el 10 de diciembre de 1947 se firmó el Convenio Filós-Hines, entre el ministro de Relaciones Exteriores de Panamá, Francisco Filós, y el embajador de Estados Unidos, Frank T. Hines.

El acuerdo constaba de quince artículos por medio de los cuales Estados Unidos se arrogaba facultades para juzgar, castigar o penar a todo el que cometiera infracciones en las zonas bajo su jurisdicción, que se extendían ahora a casi todo el país. Además se fijaba una cuota de pago de alquiler, pero el gobierno panameño debía hacerse cargo de todos los gastos de expropiación e indemnización que acarrearía la ocupación de las zonas que quedarían bajo su control total y el personal norteamericano, o todo aquel que trabajara para el gobierno de Washington, en las nuevas bases, estaría exento de impuestos. A su vez, Estados Unidos podía ocupar edificios, zonas de cultivo y otros, sin pago alguno y sin ninguna obligación en caso de abandonarlos. Y con un agregado, para no dejar dudas: Estados Unidos tenía derecho a libre tránsito por todo el país, tanto a nivel de fuerzas armadas como de empleados civiles. Asimismo se autorizaba para “instalar y manejar, dentro de los sitios de defensa, todas las facilidades de radiocomunicaciones que fueran necesarias al ejército norteamericano”.

La rebelión

Al conocer el texto del Convenio Filós-Hines, firmado por un representante de la alta oligarquía panameña, la población se lanzó espontáneamente a las calles. La juventud lideró el alzamiento. “El convenio no pasará” fue la consigna. El 12 de diciembre se realizó una manifestación multitudinaria. La Policía atacó la universidad produciendo más de un centenar de heridos. Diez mil mujeres desfilaron ante la Asamblea Nacional solicitando el rechazo del Convenio y el 23 de diciembre, ante la presión popular, los legisladores dijeron no al acuerdo.

Los historiadores panameños coinciden en destacar muy especialmente este triunfo popular de 1947, período en que Estados

Unidos desataba la carrera armamentista. La confrontación con las tropas norteamericanas movilizadas para reprimir fue uno de los hitos en la historia anticolonial de Panamá.

También se establecía claramente la contradicción entre las clases populares, obreros, estudiantes, campesinos, capas medias, algunos sectores de la burguesía y aquellos ligados estrechamente a la metrópoli colonial, como lo eran las clases altas y los latifundistas. En el mismo momento en que la Asamblea rechazó el Convenio Filós-Hines, los legisladores analizaron el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) firmado en Río de Janeiro el 12 de octubre de 1947, en el que América latina se convertía en una aliada forzosa de Estados Unidos. El TIAR trajo como consecuencia la militarización: en resumen, mayor dependencia y un buen mercado para que Estados Unidos colocara su excedente de armas de la Segunda Guerra. De haberse obtenido el Convenio Filós-Hines, Estados Unidos hubiera tenido más de una Escuela de las Américas para entrenamiento y coordinación de tareas militares, supuestas a partir del TIAR.

Desde aquellos momentos se producirían varios intentos de modificación de los Tratados de 1903, mediando una gran efervescencia popular. Esta lucha anticolonial signó toda la vida política y cultural del país. En 1955 se firmó el Tratado de Mutuo Entendimiento y Cooperación, a instancias del presidente Remón Cantera, en el que Estados Unidos otorgaba concesiones a Panamá, como la recuperación de la ciudad de Colón y de la isla de Taboga, la renuncia de Washington al monopolio de la comunicación interoceánica por medio del ferrocarril y la carretera V. Pero el país del norte se quedaba con el latifundio del Río Hato, donde estaba instalada la base del mismo nombre. En 1956, fue asesinado Remón Cantera y se agudizaron las luchas populares y la represión norteamericana. Hubo infinidad de intercambios de notas, donde Panamá exigía justicia. En ese mismo año, fue denegada una solicitud para izar la bandera en el territorio de la Zona. Para entonces, los zonians, habitantes estadounidenses de la Zona del Canal, ya asumían posiciones independientes del gobierno de su país.

En 1959, el presidente Dwight Eisenhower ordenó que la bandera panameña fuera izada en el territorio de la Zona como reconocimiento a una “soberanía titular”. El 3 de diciembre de 1959, jóvenes estudiantes ingresaron a la Zona con la determinación de hacer cumplir la resolución. Apoyados por el ejército norteamericano, los zonians, fuertemente armados, reprimieron a los manifestantes panameños y destrozaron las banderas del país. El pueblo de Panamá se volcó a las calles. El lema, entonces, fue “soberanía o muerte”. Este levantamiento estuvo precedido por la huelga estudiantil de 1958, la lucha por la autonomía municipal, la marcha del hambre en 1959 y un levantamiento armado en El Tute (provincia de Veraguas) como respuesta a la brutal represión ejercida sobre la población. En 1960, una poderosa huelga sacudió los imperios bananeros de Bocas del Toro y Chiriquí. En 1962 se desarrolló una lucha estudiantil propiciando la reforma universitaria y en Santiago de Veraguas se llevó a cabo el Primer Congreso de campesinos.

1964. La gran jornada antiimperialista

El ascenso de la rebelión del pueblo panameño desembocó inevitablemente en los hechos del 9 de enero de 1964. Nuevamente en 1963, el presidente de Estados Unidos John F. Kennedy había acordado con su colega panameño, Rodolfo Chiari, que la bandera de Panamá debía ser izada en todo el territorio del país. Tratando de hacer cumplir esa medida un grupo de jóvenes de la Federación de Estudiantes de Panamá (FEP) ingresó en la Zona del Canal llevando una bandera del país.

De inmediato, los zonians y el ejército de Estados Unidos se enfrentaron a los jóvenes. Aún miles de panameños recuerdan aquellos momentos. En realidad nadie lo ha olvidado. El ejército y los zonians dispararon sobre los estudiantes desarmados. Cayeron 23 víctimas: veintidós estudiantes y un policía de Panamá murieron ante los ojos

de una población indignada. La rebelión surgió espontáneamente. Fueron entonces piedras contra balas. Una guerra entre un pueblo desarmado y las tropas acantonadas en la Zona que duró tres días. Al finalizar, el 11 de enero, el general O'Meara, comandante de las tropas del Comando Sur, ordenó la intervención directa en Panamá y Colón.

Tanques, artillería pesada, armamento moderno, aviones, todo se movilizó hacia ambas ciudades, a unos escasos kilómetros del Comando Sur estadounidense. El Puente de las Américas fue cerrado, incomunicando al país, pero aun así la resistencia continuó durante días.

Finalmente, cuando los invasores dominaron la situación, el saldo fue de 23 muertos y más de un millar de heridos. La rebelión de 1964, que provocó la ruptura de relaciones entre ambos países, fue el hecho más importante de la lucha anticolonialista. De allí en adelante se produjeron grandes cambios en el país.

Haciendo un parangón entre la invasión de diciembre de 1989 y aquellos días del '64, el comportamiento de las tropas estadounidenses y especialmente de la inteligencia del Comando Sur, tuvieron una increíble similitud.

En 1964, soldados de Inteligencia del Batallón 470 entraron a los hospitales para llevarse la lista de heridos y también las balas y esquirlas que se extrajeron a los muertos. Es que Washington diría ante la OEA, en esos días, que sus soldados se habían limitado a disparar con "balas para cazar patos", tratando de evitar una condena del organismo internacional, que en ese entonces, como ahora, fue inoperante frente a una agresión injustificable.

CAPÍTULO III

El enclave colonial

En las riberas del Canal de Panamá surgió así la llamada Zona o Canal Zone, que se constituyó en un verdadero paraíso para los zonians que ocuparon el lugar. Una vitrina de lujo frente a lo que llamaban en sorna “la pequeña colonia”. Las ciudades de Panamá y Colón eran, por supuesto, la antítesis de aquel enclave hollywoodense, de cuidadas calles y parques, donde los empleados norteamericanos y los militares tenían –y siguen teniendo– una serie de compensaciones y privilegios que le daban un status especial, incluso ante sus propios connacionales.

Desde otro punto de vista, la Zona del Canal se convirtió en la mayor causa de subdesarrollo y de graves distorsiones de la economía panameña. La Zona estaba bajo la administración de un gobernador norteamericano, elegido entre los más altos oficiales del ejército de Estados Unidos.

Las actividades de la Zona del Canal fueron y son ejercidas por la compañía del Canal, cuyas acciones correspondían, en su mayoría, al ejército de Estados Unidos. De acuerdo con algunos datos del Instituto de Relaciones Internacionales (Universidad de Panamá), Estados

Unidos se había comprometido a pagar a Panamá un millón 900 mil dólares anuales por el uso del Canal, lo que entonces (1930) le reportaba unos 140 millones de dólares, nada más que por el tránsito y peaje de los barcos, sin contabilizar otras fabulosas ganancias.

Pero incluso esta pequeña suma acordada nunca fue pagada a Panamá. Violando, además, los acuerdos de 1903, que sólo autorizaban la presencia en el lugar de un pequeño contingente de tropas, el gobierno de Estados Unidos instaló bases aéreas, terrestres y navales, estableciendo finalmente el Comando Sur. De esta manera, la Zona del Canal se convirtió en un enclave jurídico-militar de Estados Unidos en sus niveles de producción, organización, tecnología, ingreso e insumos.

Como un caso asombroso dentro del sistema americano, el control oficial fue total en la zona, donde no existía propiedad privada, ni libertad de crear empresas, lo que produjo, a su vez, un manejo casi automático de la oferta y la demanda mediante el control de la población y el empleo.

La existencia de este enclave, cuyos efectos se extendían a todo el país, era parte del proceso colonialista desarrollado por el capital financiero imperialista y la expansión de fines de siglo XIX, estableciendo el monopolio de la ruta interoceánica y posibilitando la apropiación de los recursos naturales, económicos y humanos del país.

Conjuntamente con el desarrollo de las empresas monopólicas y la creación de una forma de comercio intermedio vinculado a la producción, el sistema bancario estadounidense pasó a controlar la economía del país.

Por supuesto que la presencia militar en el lugar favoreció la expansión de los llamados "pulpos bananeros", como la United Fruit Company y la United Brands. Panamá perdió una parte de su territorio, como lo hemos visto en la cronología de las intervenciones, en favor de las poderosas fruterías, que imponían gobiernos y deformaban el mercado interno.

También ingresó a la región la poderosa compañía de electricidad Bond and Share, que por medio de subsidiarias explotó la energía

eléctrica en las centrales de Panamá y Colón. El control de Panamá se hizo absoluto. Incluso no se emitió moneda local. Salvo durante un período muy corto (1941), la moneda corriente es el dólar.

De esta forma, cualquier tipo de crisis afectaba fuertemente a Panamá, como sucedió en los años '30, al reducirse a menos de la mitad la capacidad importadora del país y en la misma proporción el poder adquisitivo de la población. La presencia colonial impidió el desarrollo industrial y agrario durante largos años. La diferencia entre los habitantes de Panamá y los zonians era casi comparable a las mejores antologías de la colonia.

El Comando Sur

El sociólogo y escritor panameño Raúl Leis define al Comando Sur (The South Command) como “un complejo militar exógeno, segregado de la nación panameña que obedece a determinaciones de otro Estado y que mantiene una estructura interna de mandos, recursos y logística, lo que obedece a una estrategia mundial de dominación”. Mediante la interpretación unilateral de los Tratados, Estados Unidos convirtió a la Zona del Canal en un poderoso arsenal, un “enclave hostil” –como señala Leis– que trasciende multiplicando las necesidades defensivas de la vía y el principio de neutralidad reconocido en los Tratados y principios internacionales que rigen las relaciones entre los pueblos del mundo”.

Finalmente, el Comando Sur fue transformado en una base permanente de intervención en América latina y el Caribe y centro de formación militar en el marco de sus propios intereses en la región. La Zona está encerrada en altas alambradas, como un muro metálico, y en un área muy cercana a la capital panameña se levanta la sede, Quarry Heights, el Cuartel general del South Command.

Con una fuerza permanente de entre diez y quince mil hombres, el Comando extiende sus bases militares, aéreas y navales, en 61 si-

tios, llamados de Defensa, áreas de coordinación y otras instalaciones. En ningún caso podría considerarse el argumento de la “necesidad de defensa del Canal” para que permanezca en el lugar este poderoso enclave militar que, como centro logístico y estratégico, actúa no solamente contra Centroamérica sino contra el Caribe y todo el conjunto de los países latinoamericanos.

Desde las lujosas oficinas de Quarry Heights se controlan todas las actividades de inteligencia y militares del continente.

Justamente en Quarry Heights se trazan todos los programas operacionales de los Programas Militares para América latina (PAM) del Pentágono y desde esas oficinas se han dirigido invasiones armadas a otros países como la de República Dominicana en 1965; la “guerra de los contras”, dirigida entre Washington y el South Command en el intento de derribar al gobierno sandinista en Nicaragua, y también la intervención militar en Granada (1983). Alguien llamó al Comando Sur “el ojo de la tormenta”.

En 1948, el total del área de las “reservas militares” sumaba entre 247 y 250 cuadrados. Ya en 1967, esa superficie se había aumentado a 402 kilómetros. Entre 1946 y 1984, fueron entrenados en Fort Gulick (Escuela de las Américas) miles de oficiales latinoamericanos. Nadie sabe exactamente el número de bases, porque al denominarlas como “áreas” o “sitios de defensa”, no puede conocerse el significado del entrelazamiento entre unas y otras. El escritor y analista Gregorio Selser pensaba que “no es casual que esto suceda, porque en realidad las fuentes informativas consultadas no son coincidentes en cuanto al número total”, contradicción que se observa igualmente en los textos militares de procedencia estadounidense.

En un estudio realizado por la Sociedad Panameña de Ingenieros y Arquitectos (SPIA)⁵, en los años ‘80, se calculaba en 21 el número de las bases estadounidenses. Incluimos el nombre de varios de los sitios que habían comenzado a revertir a Panamá al comenzar a cum-

5 Documento de la Sociedad Panameña de Ingenieros y Arquitectos (SPIA). Panamá, 1980.

plirse los Tratados Torrijos-Carter porque la invasión de diciembre de 1989 volvió el mapa a su “punto original”.

El Ejército Sur

Las funciones de las bases son variadas: Fuerte Amador, Grant (incluyendo las islas de Culebra, Naos, Flamenco, Perico), la Base Aérea de Howard, Fuerte Sherman, Fuerte Clayton, Fuerte Knobbe, Fort Davis, Fort Gulick (ex Escuela de las Américas), Corozal, Muelle 20 (con depósitos e instalaciones en Cerro Pelado, Cerro Tigre, Miraflores, Summit, instalaciones navales en isla Telfers, Taboguilla, Colón, Coco Solo, Farfán, Base Rodman, West Bank (instalaciones militares auxiliares en el sector occidental del Canal que incluyen las reservas militares de Las Minas, Cascajal, Cortú, Playa Blanca, El Vigía -en Farrallón- e Isla Galeta). En estas bases actúan batallones como el de Inteligencia 470, autor de numerosas acciones criminales en Panamá y el resto de América latina, y están las fuerzas de las 193 aerotransportadas. En Fort Sherman se adiestraron los Boinas Verdes que fueron a Vietnam y esta base tiene otros centros auxiliares, en Punta Toro y la Isla San Cristóbal.

Contradiendo los Tratados Torrijos-Carter, la Escuela de las Américas entrenó a un mayor número de oficiales entre 1981 y 1984, fecha en que fue cerrada por el presidente Jorge Illueca y el general Manuel Antonio Noriega, pese a las presiones estadounidenses porque continuara abierta. Incluso el gobierno panameño propuso que la Escuela prosiguiera bajo administración de oficiales panameños, lo que fue rechazado con violencia por Washington.

Mientras se negociaba el Tratado, Estados Unidos acrecentó las inversiones en el lugar, lo que aumentó considerablemente cuando se trazó la llamada Operación Pentágono para lanzar unos cien mil hombres con aparatos nuevos y sofisticados desde Panamá con la intención de invadir Nicaragua. (Resumen de las investigaciones sobre

el Comando Sur, *Bases militares en América latina*, de José Steileger, Ediciones El Conejo, Ecuador 1986).

Pero el Comando Sur cumple en este periodo histórico un papel fundamental para Washington, dentro del esquema de la Teoría de los Conflictos de Baja Intensidad (CBI). A partir de este nuevo diseño, el complejo militar estadounidense “pasa a ser la fuerza ejecutora de la intervención directa de tropas norteamericanas en la región cuando la decisión sea tomada”. Simultáneamente, aplicará la CBI como fórmula supletoria y combinada para ablandar a lo que considera como “fuerzas enemigas”. Este comando, analiza Leis en su libro *El Comando Sur, enclave hostil* (Panamá, 1986), es un “eslabón estratégico dentro de la concepción militar global de Estados Unidos y en la articulación de los comandos regionales, así como integrante de las Fuerzas de Despliegue Rápido. En lo específico cumple tareas de maniobras, coordinación, asesoría, entrenamiento, equipamiento y asesoría militar”.

Desde 1983 las maniobras militares de “amenaza o disuasión” contra Nicaragua fueron constantes, utilizándose para ello una amplia infraestructura desarrollada en Honduras, donde la Brigada 82 Aerotransportada puede dejar caer en cualquier momento “unos 15 mil hombres en una sola tarde”.

El Comando Sur posibilitó la creación de la infraestructura militar paralela de Honduras. A pesar de que en 1984 la Escuela de las Américas debió cerrar sus puertas, en el marco del Tratado Torrijos-Carter, los centros de entrenamiento continuaron y continúan en Panamá. También se ha agregado la nueva modalidad de los llamados “equipos de entrenamiento móvil”, que realizaron diversas misiones en Centroamérica y otros países de la región. Muchos de ellos también corresponden a asesorías de inteligencia y de lucha contra el narcotráfico y el terrorismo: los nuevos argumentos de Washington para su intervención en la región.

Según los últimos cálculos, en el Comando Sur se entrenan anualmente unos 16 mil hombres. Las tareas de coordinación y logística se cumplieron muy precisamente en todo el período anterior a la in-

tervención militar. Panamá fue, como enclave de la Zona, el puente aéreo esencial de abastecimiento de la “contra”. Entre 1983 y 1989, en el Comando Sur se analizaba toda la información de inteligencia recogida por los radares ubicados en Honduras y se mantuvo un centro de detección electrónica (espionaje) con buques y aviones Phantom A 4C, A wacs y RC-135 en torno a Nicaragua para monitorear e interrumpir sus conversaciones internas. Desde el lado del Pacífico, en el Comando Sur se monitorean las emisiones de radio de América latina, con un servicio simultáneo de traducción al inglés. En la isla Galeta, sobre el Atlántico, se ha montado uno de los mejores equipos de redes de comunicación de ultramar, conectadas a unos 34 satélites espías. El Comando Sur también ha participado en la coordinación de acciones encubiertas como el minado a los puertos nicaragüenses, el ataque a Puerto Corinto o las acciones de los Navy Seabs (lobos marinos), todas ellas de terrorismo.

El Comando Sur fue tomando una nueva importancia para Estados Unidos, lo que definió finalmente su decisión en la “retorna” de Panamá.

Escritor, politólogo y ex secretario de Internacionales del Partido Revolucionario Democrático (PRD), Nils Castro advirtió sobre esta nueva situación: “Luego de haber pasado diez años desde la firma de los Tratados Torrijos-Carter, y después de haber entrado en vigencia el acuerdo en 1979, Estados Unidos persiguió a cualquier costo el objetivo de hacer renegociar los Tratados y sus contenidos más esenciales. Se trataba de prolongar las bases militares más allá del año 2000”.

Cuando se firmaron los Tratados Torrijos-Carter en 1977 “no habían recrudecido los conflictos centroamericanos, en los que tanto se comprometió la política estadounidense”. Las propuestas del Grupo de Contadora (1983-1987) fueron saboteadas por Washington, que se empeñó en buscar otros desenlaces. Se impuso el síndrome Rambo de la administración Reagan, con una política autoritaria y agresiva hacia los países de América latina, especialmente contra los que asumen posiciones nacionalistas e independientes. Esto, de hecho,

sustentaba un cambio en la visión sobre el Comando Sur y el Canal de Panamá, señalaba Castro, en un informe elaborado para el partido (PRD) poco antes de la intervención militar estadounidense, para advertir sobre una nueva y peligrosa aceleración en las relaciones Estados Unidos-Panamá.

Al comenzar a hablar del “final de la Guerra Fría” y de la distensión, se produjo una diferencia absoluta entre las necesidades estadounidenses de 1977 y las de 1989. La disuasión entre las grandes potencias se basaba, desde el punto de vista de Estados Unidos, en “la destrucción mutua asegurada”, en caso de darse una guerra nuclear. La nueva visión estratégico-militar del Pentágono se reorientó “a la preponderancia de las fuerzas convencionales y en la modalidad de Conflictos de Baja Intensidad, cuyos escenarios bien podrían ubicarse en nuestro continente o en otras regiones del Tercer Mundo” (como sucedió en Medio Oriente), añadía Castro.

“En este contexto, el dispositivo de fuerzas convencionales en el mundo cuando ocupe situaciones de avanzada tendrá ventajas relativas de origen estratégico. Esto pone al Comando Sur, al Canal y a Panamá en otra dimensión. Las tropas y el complejo militar adquirieron así una nueva importancia en el eslabón para instrumentar el nuevo concepto de Seguridad Nacional de Estados Unidos”. La advertencia de Castro se vería plenamente confirmada con la acción intervencionista.

Por eso Washington, y especialmente los republicanos, que nunca aceptaron los Tratados de 1977, tenían nuevos motivos para adjudicar una importancia superior al Comando Sur, y esto justificaba el incremento de los gastos y la extensión de algunas bases y nuevas infraestructuras que se fueron creando en los años ‘50, como el establecimiento del llamado Ejército Sur. Ya no se trataba de la protección del Canal, sino de proporcionar “posiciones de avanzada para la intervención” y el control hegemónico de los países latinoamericanos. “Este hemisferio es nuestro”, había dicho el ex secretario de Estado George Shultz, sin sutileza alguna. El “proyecto Panamá” comenzó a gestarse en el mismo momento en que Ronald Reagan juró como

nuevo presidente de Estados Unidos en la Casa Blanca. A su lado tenía a uno de los más fuertes enemigos de los Tratados: George Bush.

Llega Torrijos

Si el plan republicano de retener a Panamá estuvo en marcha desde los años 1976-1977, la aparición del general Omar Torrijos en el escenario fue un “aliciente” para las ideas intervencionistas de los halcones de Washington.

En 1964, un nuevo representante de las clases altas llegó al poder en Panamá con el apoyo de Estados Unidos, como era normal hasta entonces. Marcos Robles asumió la presidencia en un país donde las clases populares no tenían ninguna posibilidad real de decisión.

Fueron momentos turbulentos cuando Robles mandó a un grupo de funcionarios a negociar con el gobierno del entonces presidente Lyndon Johnson nuevos tratados canaleros, después de los violentos sucesos del 9 de enero. Como resultado se propusieron “tres tratados en uno”, pero los acuerdos mantenían el esquema de “perpetuidad” de 1903 y además, mediante estos nuevos acuerdos, se concedía a Estados Unidos la construcción de un Canal a nivel, legalizando las bases militares. A esto se agregaba, una vez más, la decisión de extenderlas a todo el territorio nacional. Con la herida de la intervención estadounidense del 9 de enero aún abierta, la población decidió impedir la firma de esos tratados. “No tenemos vocación de colonia” y “no queremos ser una quinta frontera de los Estados Unidos” fueron las consignas de entonces. El clima de tensión se extendió por todo el país. Fue un período de rebeldías continuadas.

El 24 de marzo de 1968 se realizaron elecciones para un nuevo presidente y diputados en Panamá. Como resultados de los conocidos fraudes que habían originado verdaderas batallas en el país, ese día hubo dos presidentes a la vez: Marcos Robles y Max del Valle. Arnulfo Arias, el caudillo que marcó a fuego la historia panameña, ma-

niobró en la Asamblea, acusando a Robles de “coacción en el proceso electoral”, y nombró presidente a Del Valle (del Partido Republicano, o partido de los ingenios, como se lo llamaba). El entonces teniente de la Guardia Nacional panameña, Omar Torrijos, fue enviado a disolver una manifestación encabezada por Del Valle. Un tiempo más tarde, el militar narraría, “avergonzando”, estos “enfrentamientos de los ricos panameños por el poder”.

El 11 de octubre de 1968, un grupo de militares jóvenes decidió tomar el poder. Al frente estaba justamente el teniente Omar Torrijos, junto con su colega, Boris Martínez. Torrijos gozaba de un gran prestigio entre la oficialidad y la tropa.

Fue otro momento confuso en la historia. “Muchos pensaban que se trataba de un golpe más en América latina, una vuelta más en la explotación de los ricos contra los pobres, el uso de la Guardia Nacional por la oligarquía para reprimir a la población. Esto, y la propia actitud de alguna de nuestra gente (militares), hizo que fuera muy difícil que se entendiera el proceso iniciado. Después de todo, el papel de la Guardia había sido contra el pueblo y no tenían por qué entendernos si nuestro plan era, por lo menos el mío, acercarme al pueblo”, diría Torrijos al describir aquellos momentos.

Hubo divisiones entre los golpistas que tomaron el poder. Algunos se lanzaron a la persecución de la izquierda panameña, hasta entonces en la clandestinidad. Dirigentes estudiantiles y de partidos izquierdistas tomaron el camino del exilio. Muchos habían sido encarcelados. Boris Martínez chocaba con los criterios de Torrijos, así que aprovechó un viaje del militar a México para preparar y dar un golpe de Estado, a cuyo frente estuvieron los coroneles Sanjur y Silveira.

El romántico retorno de Torrijos

En la noche del 16 de diciembre de 1969, un pequeño avión civil Beechcraft volaba casi erráticamente desde El Salvador hacia la ciu-

dad de David, en la provincia panameña de Chiriquí, fronteriza con Costa Rica. El piloto mexicano Luis Posada se mostraba nervioso. Hacía muy pocas horas había comenzado su odisea en México cuando un grupo de supuestos comerciantes alquilaron su avión para un “viaje urgente de negocios” con destino a Panamá.

Un tiempo más tarde, durante una escala en El Salvador, observando ciertos “movimientos raros” en el grupo, Posada pensó en regresar a México. Un hombre alto “de aspecto bonachón” y de “hablar suave” le confesaría la verdad. “Me llamo Omar Torrijos, soy general y debo regresar clandestinamente a mi país”, le dijo. Habló un buen tiempo con el nervioso piloto y le explicó que en octubre de 1968 había tomado el poder “desplazando a una oligarquía vendida a la potencia colonial que ocupa nuestro territorio”. Le dijo también –según la narración del mismo Posada– que esa noche regresaba para desbaratar un golpe de Estado de algunos compañeros de armas propiciado por Estados Unidos. “Quiero que me ayudes porque se trata del destino de mi patria”, le dijo Torrijos.

Y Posada decidió continuar el vuelo.

En Panamá había militares leales a Torrijos. Desde Chiriquí, el entonces mayor Manuel Antonio Noriega se había comunicado telefónicamente con el General. “Véngase rápido y no me llame más porque nosotros hemos quemado las naves a favor de nuestro comandante de la Guardia que es usted, mi General”, le dijo Noriega. Y Torrijos no lo pensó dos veces. Consiguió un cheque como préstamo para el viaje (que por cierto no tenía fondos) y salió de México rumbo a su país. El mayor Noriega había reunido a sus hombres para recordarles que la decisión era no entregar el cuartel de Chiriquí: “Aquí esperaremos al General y peharemos hasta el último hombre. Les repito que de aquí nos sacarán sólo muertos a todos los leales”. Esta fue la arenga 1 de Noriega y, de acuerdo con su narración, ningún hombre dio un paso atrás.

El piloto mexicano aterrizó con la ayuda de un colega estadounidense, Grey, una especie de “viejo lobo del aire”. Noriega había iluminado la pista de David mediante faros de automóviles y antorchas que

sostenían los soldados. Casi llorando, Torrijos descendió del avión y se fundió en un abrazo con Noriega, a quien llamó entonces “el hombre de la lealtad”. El 16 de diciembre fue instituido como el “día de la lealtad”.

Torrijos salió casi de inmediato hacia la capital y ante esta acción determinante, los sublevados huyeron hacia el Comando Sur y después a Miami.

A partir de ese momento comenzó lo que Torrijos llamó “la revolución pacífica de Panamá”. Esto significaría, en lo interno, la nacionalización de la Base del Río Hato, de la compañía de luz Bond and Share y de la telefónica.

Nacido en la provincia central de Veraguas, una de las más castigadas por la miseria, Torrijos, cuyos padres fueron maestros rurales, organizó los asentamientos campesinos conjuntamente con una reforma agraria destinada a la conformación de futuras empresas agroindustriales.

Abrió la educación a los sectores populares. La universidad fue literalmente repleta por alumnos de extracción popular, en su mayoría becados. Se realizó un programa de alfabetización en sectores rurales. Crecieron las escuelas a lo largo de todo el país. Cambió el sistema de salud e, incluso con el tiempo, la fisonomía de Panamá. Uno de los mayores desafíos fue la institucionalización de la llamada Asamblea de Representantes de Corregimientos, conformada por 505 legisladores nombrados directamente en las comunidades y los barrios. Fue una fórmula sin precedentes en América latina. Por primera vez, grupos indígenas como los kunas, chocóes, guaymíes, tuvieron un representante y voz en el gobierno. En 1972 se aprobó el Código del Trabajo, con una fuerte resistencia de la oligarquía local y de los comerciantes. Por supuesto, de la misma manera, Washington consideró que era una “fórmula socializante”, aunque sólo estaban consideradas en el Código reivindicaciones mínimas.

“El torrijismo significó para nosotros un renacimiento de la unidad frente a la ocupación colonial, el renacimiento de la dignidad.

Por eso acompañamos luego al gobierno militar, que en un principio nos produjo desconfianza. Era lógico, mirando el esquema de las dictaduras militares de América latina. Hasta entonces los militares habían servido a las clases altas, estrechamente vinculadas con la potencia colonial. Yo creo que nadie conoce suficientemente a nuestro pueblo. Nadie en Latinoamérica se volvía a mirar este país, en las sombras del colonialismo. Fuimos y somos aún una población fantasma en la memoria de América latina. El general Torrijos luchó, a su manera original, por recuperar nuestra identidad, perdida en las brumas del colonialismo. Algún día esta semilla será recogida”, diría Rogelio Sinán, el más importante escritor panameño, explicando sencillamente el fenómeno del torrijismo.

Pero desplazada del poder político, la oligarquía colonial panameña, llamada por la población “los rabiblancos”, se reorganizó con celeridad. De hecho, las llamadas veinte familias y sus sucesores concentraron el poder económico y nunca perdieron el control de bancos, ingenios, canales de televisión, radioemisoras, construcción, comercios para turistas y otros rubros. Además, muchos de ellos eran abogados y representantes de las compañías estadounidenses. Algunos de los “nombres” de las clases altas fueron y son utilizados como la “cara legal de empresas fantasmas” de Estados Unidos.

Aunque la dominación política de estos grupos se interrumpió en 1968, muy pronto, con el poder económico en sus manos, volverían a reinsertarse con fuerza en la sociedad panameña, conformando organizaciones y partidos. Una de las primeras acciones organizadas fue justamente luchar contra el Código del Trabajo para obligar a Torrijos a derogarlo, o mediatizarlo en cierta medida, lo que sucedió en realidad. Fue una guerra cruel y desmedida.

Después, estos mismos grupos dirigieron su andanada en contra de la Reforma Educativa en 1977, anulando este paso gubernamental que preveía la formación técnica y científica de panameños para enfrentar el futuro desarrollo nacional que preparaba Torrijos para un país independiente. Un avance que quedó trunco. Mucho tiem-

po después, viajando por el interior del país, cuando ya el bloqueo estadounidense cercaba a Panamá, pude ver algunas escuelas, cuyas paredes estaban cubiertas por el musgo, en zonas lejanas, cruzando la espesa selva hacia la costa baja de Colón. La Reforma fue un proyecto único en su tipo, pero desde Washington –sin ninguna justificación– se alentó la idea de que era una medida “comunizante”, azuzando a la oligarquía panameña en su contra. Una propaganda sólo comparable con la que precedió la invasión a Panamá.

Pero quizás el paso más importante de Torrijos fue lograr la firma de los Tratados Torrijos-Carter que acabarían con la fórmula de la perpetuidad y la presencia ilegal de las tropas estadounidenses en el año 2000.

“Esas negociaciones fueron largas y humillantes. Cada uno de nosotros sabe lo que significó negociar desde nuestra posición de país pequeño y colonizado con los arrogantes funcionarios coloniales en la misma mesa”, recordaría Torrijos. Mientras las negociaciones avanzaban, la prensa estadounidense dirigió su campaña feroz contra el militar. Lo llamaron dictador de izquierda, narcotraficante, corrupto. *The Washington Post* y otros medios no ahorraron calificativos contra Torrijos, especialmente después de que éste ganara la llamada “guerra del banano” en 1974.

Justamente en ese año, se firmó en Panamá un acuerdo de Defensa de los países bananeros, conformándose la Unión de Países Exportadores de Banano (UPEB). Por primera vez se logró imponer a las compañías bananeras un impuesto por cada caja exportada. Las transnacionales realizaron todo tipo de maniobras, y llegaron a amenazar con la “caída de gobiernos”, incluyendo a los de Honduras, Ecuador y Costa Rica. Pero Panamá no se doblegó. Torrijos ganó la “guerra del banano” con tenacidad y astucia. Incluso escribió una carta histórica al presidente de la United Brands, El Black, comunicándole que su empresa debía pagar la suma fijada o irse del país. La Chiriquí Land, filial de la United Brands, decidió entonces suspender sus operaciones en Panamá. Torrijos llamó a la solidaridad

con los obreros. No cedió ni cedería. Las compañías comprendieron que había comenzado a declinar la época en que quitaban y ponían gobiernos en la región.

Un año más tarde de aquellos sucesos, El Black se suicidó. “Era un hombre que había heredado la vastedad de un imperio bananero, un hombre culto, un señor burgués con empaque. Uno sentía detrás de él una tradición que desde luego incluía a la Revolución Francesa, pero también a la industrial, el jansenismo de Pascal, y los supuestos y las consecuencias de la tecnología moderna”, como lo describió el escritor y militar José de Jesús Martínez en su libro *Mi General Torrijos* (Panamá, 1988).

Black había sido destituido como presidente de la Compañía acusado de no tener la “garra suficiente” como para tomar medidas duras contra la “rebelión del banano”. Fue reemplazado, como dirá Martínez, “por un moderno gángster, incapaz de comprender los cambios del mundo”. Black ingresó un domingo al local de la Compañía de Nueva York y se arrojó de un piso 44. Él, que había dialogado con Torrijos, comprendió que algo estaba sucediendo en el mundo y también llegó a deplorar la historia de injusticias que había detrás de su inmensa fortuna.

El 7 de febrero de 1974 se firmó en Panamá el Acuerdo Tack-Kissinger, suscrito por Henry Kissinger y el entonces canciller de Panamá, Antonio Tack, sentando las bases para un futuro tratado sobre el Canal. Con su triunfo en el caso de las bananeras y este nuevo paso, Torrijos había definido ante Estados Unidos que no quería simples modificaciones, sino un nuevo Tratado. A partir de febrero de 1974 comenzaron las febriles negociaciones.

Para lograr el apoyo del mundo, Torrijos inició lo que llamó el “patrullaje internacional”. De alguna manera, su gran triunfo había sucedido en la reunión del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, entre el 15 y el 21 de marzo de 1973, al que pudo trasladar a Panamá como país sede. Antes de esa reunión, solicitada por los panameños para considerar el problema del colonialismo y los peligros

para la paz de América latina”, la ONU sólo se había reunido una vez fuera del territorio de Estados Unidos.

Torrijos, ante la casi imposibilidad de que Washington aceptara iniciar conversaciones sobre el Canal, decidió lanzar aquella ofensiva diplomática, bajo el lema de “que un problema para ser resuelto primero debe ser entendido como un problema”. Entonces logró que la mayoría de los 15 representantes permanentes y alternos ante el Consejo de Seguridad, entre ellos la Unión Soviética, la República Popular China y Francia, que tenían poder de veto, consideraran que era necesaria una reunión en la capital panameña. Justamente George Bush representaba a Estados Unidos en la ONU, y fue uno de los mayores opositores a la reunión en Panamá.

Bajo el argumento de que no era “función del Consejo intervenir en problemas bilaterales que no figuraban en su agenda” y que la “presión de la opinión pública en Panamá podía afectar los resultados de la reunión”, Bush, apoyado por Gran Bretaña (toda similitud con hechos actuales es obra de las circunstancias y la calidad de los personajes actuantes), se opuso casi con violencia a la reunión. Un año antes, en Addis Abeba, Bush había sostenido un duro intercambio de palabras con el representante de Panamá ante la ONU, Aquilino Boyd, cuando este comparó la situación de su país con el colonialismo en África durante una reunión que analizaba precisamente esos temas. Bush se violentó más aún cuando Boyd fue apoyado por el aplauso de la mayoría de los asistentes.

En la reunión del Consejo de la ONU en Panamá, en 1973, se habían reconocido finalmente la soberanía de Panamá y su derecho a explotar el recurso del Canal y quedaron sentadas las bases para negociar el nuevo tratado. Así que los acuerdos de Kissinger y Tack en 1974 marcaron el comienzo de un nuevo camino. (Resumen de investigación tomado del libro *Voz e Imagen del General*, Centro de Estudios Torrijistas, Panamá, 1985).

Aunque Estados Unidos vetó la resolución de 1973, y Gran Bretaña se abstuvo, el respaldo internacional a la gestión fue evidente. Des-

pués de un arduo camino de negociaciones, no siempre lineal, con fuertes altibajos, pero con la solidaridad internacional que Torrijos logró en esos años, así como los cambios que se estaban produciendo al interior del país, el 7 de septiembre de 1977, el entonces presidente James Carter y el general Omar Torrijos, firmaron los Tratados del Canal. Estuvieron presentes los gobernantes latinoamericanos y figuras especialmente invitadas como testigos de aquel hecho de tanta trascendencia. No había demasiados precedentes de una negociación entre un país tan pequeño y la mayor potencia del mundo. Se suprimió el punto sobre la permanencia perpetua de Estados Unidos en el Canal, reemplazándolo por un plazo de 23 años a partir de ese momento. Asimismo, se estableció que las tropas estadounidenses debían salir del Canal el último día de diciembre de 1999, después de haber ido revirtiendo la Zona paulatinamente a Panamá. El 1º de enero de 1989 debían comenzar a salir las primeras tropas estadounidenses para cumplir con el calendario. Hasta el año 2000, la defensa sería conjunta y sólo podrían permanecer en la zona las bases que estuvieran en función de esa defensa, sin ningún otro tipo de acción que violara esos términos.

En el acto de la firma del Tratado, Torrijos anticipó las dificultades que preveía recurriendo incluso a una frase del ex secretario de Estado John Hay, firmante de los acuerdos de 1903, y dirigida al senador E. Spooner: “Usted y yo sabemos bien cuántos puntos hay en el Tratado que todo patriota panameño objetaría”, decía Hay. Dirigiéndose a Carter, Torrijos añadiría a esta frase:

“Hay dos clases de verdades: la verdad lógica y la verdad agradable. En nombre de la verdad lógica, quiero manifestarle que este tratado que firmaremos no goza de un total consenso de nuestro pueblo, porque 23 años acordados como período de transición son 8 mil 325 días. Porque permanecen, por ese lapso, bases militares que convierten a mi país en un posible objetivo estratégico de represalia, y porque estamos pactando un tratado de neutralidad que nos coloca bajo el paraguas del Pentágono. Pacto este que de no ser administra-

do juiciosamente por las futuras generaciones, puede convertirse en un instrumento de intervención”.

Los nuevos militares

Quizás el hecho mayor que produjo Torrijos, después de estos Tratados que fueron ratificados en Panamá y luego por el Senado de Estados Unidos el 18 de abril de 1978, fue el cambio en las características y mentalidad de los militares panameños. Torrijos los introdujo dentro del movimiento de lucha anticolonial.

Después de que en 1904 Estados Unidos obligó a reemplazar al ejército nacional por una virtual policía colonial, en 1940 fue creada la Guardia Nacional, como un cuerpo militar dependiente de Estados Unidos y de la oligarquía. Cuando Torrijos tomó el poder, la Guardia Nacional tenía 7 mil 400 efectivos y 372 oficiales, tanto éstos como las tropas procedían de las capas medias y populares.

Torrijos dejaría sentada su nueva visión desde los años ‘70, tanto en una carta dirigida al senador Edward Kennedy donde le explicaba que los militares panameños habían tomado conciencia de que la “razón estaba siempre de parte de aquellos a quienes apuntaban nuestras armas”, como en una arenga al pueblo después de los sucesos de diciembre de 1969. Decía Torrijos entonces: “Muy a menudo hemos actuado contra los estudiantes, los obreros, los campesinos. Poco a poco nos hemos ido dando cuenta de que el pueblo tenía razón en protestar y que se nos utilizaba (a los militares) para disparar tiros de fusil sobre las multitudes sublevadas por los errores de los políticos”. También orientó a la institución militar hacia las ideas anticolonialistas de las mayorías panameñas. “Nuestros problemas son comunes. Nuestros deseos son los mismos. La cruz de un patriota caído en cualquier cementerio del mundo no es diferente, sino igual a las cruces clavadas en nuestro suelo en la lucha por nuestra verdadera independencia”.

Sin duda, eran palabras demasiado “fuertes” en un militar que había entrenado en Washington.

Otro hecho marcaba un período distinto. En los años ‘60, estaban al mando de la Guardia Nacional oficiales procedentes de la pequeña burguesía o de sectores populares, y no quedaban con mando los altos oficiales procedentes de las “grandes familias” o de los “partidos de las chimeneas” (los ingenios). Estos militares como el propio Torrijos habían intervenido en la represión de movimientos antiimperialistas, como las guerrillas del Tute. Pero los sucesos de 1964 habían prendido fuertemente en esa oficialidad.

Torrijos entendió que sólo una estructura militar nacionalista podía confrontar con fuerza, aun en las negociaciones, a la potencia colonial, y comenzó a cambiar la doctrina de sus fuerzas armadas. “De acuerdo con Estados Unidos, la doctrina de seguridad que nos han impuesto apunta no a nuestra seguridad ni a la de los pueblos latinoamericanos, sino a la seguridad de ellos como país imperialista y dominante. Cuando ellos nos hablan aquí del ‘enemigo interno’ se están refiriendo a todo los panameños patriotas que se oponen a continuar bajo la opresión colonial. Para nosotros las tropas de ocupación militar son el enemigo interno y externo”.

Con esos conceptos, Torrijos trató de dejar hacia el futuro un ejército “defensor de la soberanía nacional, altamente profesionalizado para cuidar el Canal”. Por esa razón, en 1983, el general Noriega, en cumplimiento de las ideas centrales de Torrijos, cambió el nombre a la institución llamándola Fuerzas de Defensa y alejando la idea de una Guardia Nacional proimperialista.

Torrijos mismo declararía el 18 de abril de 1978 que si el Senado estadounidense no ratificaba los tratados, estaba dispuesto a volar el Canal, una esclusa o invadir con aguas el lugar, dañando el paso durante varios años. “La madrugada del 19 de abril iba a determinar una nueva época en la vida del país... iba a determinar que la ruta de la liberación iba a ser escogida” (*Colonia Americana NO*. Rómulo Escobar Bethancourt, Valencia Editores, Bogotá, 1981).

Muchos de aquellos hombres que se educaron en los años '80 en las nuevas teorías del ejército panameño, morirían defendiendo a su país durante la invasión. Sus consignas últimas fueron “Por Panamá la vida”, “Patria sí, colonia no”, “Omar Torrijos Vive”.

La doctrina Reagan

A mediados de 1980 comenzó a circular por América Central una serie de fragmentos del plan que los republicanos estadounidenses habían diseñado para los años '80, cuando ya era visible la posibilidad de que reemplazaran a los demócratas en el poder. El Grupo de Expertos, conocido como el Comité de Santa Fe, que delineó el programa, representaba a la ultraderecha conservadora y su diseño significaría un intento de recolonización de América latina.

En marzo de 1981, el documento fue publicado íntegramente en el número 78 de la revista *Estudios*, editada en Montevideo, Uruguay. Según se consignaba, los autores eran L. Francis Bouchey, Roger W. Fontaine, David C. Jordan, Gordon Summer y Lewis Tarilbs, este último, como editor. La mayoría de estos personajes aparecerían ligados a toda la historia de la desestabilización de Panamá. Y también a la trágica novela de los mercenarios que actuaron en la región centroamericana.

En lo que respecta a Panamá, en el llamado *Documento Santa Fe I* se preanunciaba que los Tratados de 1977, que estipulaban la paulatina descolonización de Panamá y el retiro estadounidense en el día final del siglo XX, no se cumplirían. Retornaban los lineamientos de la Doctrina Monroe, de tan amargo acuerdo para Latinoamérica, enarbolando la tesis de la hegemonía mundial. El presidente James Carter se convirtió entonces en el centro y eje de los ataques y una de las principales acusaciones era precisamente lo que llamaban “la cooperación” del entonces mandatario con la “dictadura de extrema izquierda, brutalmente agresiva, de Omar Torrijos. Esta política debe revertirse”, se advertía.

“El Canal de Panamá juega también un papel vital en el abastecimiento de petróleo de Estados Unidos. Panamá está bajo el control del ala izquierda del régimen militar, el cual según la CIA, fue el intermediario de la transferencia de armas de Estados Unidos y Cuba a los sandinistas en la conquista marxista de Nicaragua, en julio de 1979”, decía el documento y entraba en una serie de consideraciones sobre la región centroamericana que llevaban a la siguiente conclusión: “El Comité de Santa Fe estima que la política exterior de Estados Unidos se encuentra en estado de confusión, que las normas de conflicto y cambio social, adoptadas por la administración Carter, son propias de la Unión Soviética (con lo cual acusaban al expresidente de ser comunista); que esta región en disputa es un territorio soberano de aliados de Estados Unidos y de sus socios comerciales del Tercer Mundo; que la esfera de la Unión Soviética y sus vicarios está creciendo, y que el balance general de ganancias y pérdidas favorece a la Unión Soviética”.

En cuanto a la propuesta en el caso de Panamá se lee: “Si el actual Tratado fracasa, poner el Canal bajo la protección de la junta Interamericana de Defensa (manejada por EO para asegurar que las naciones de este hemisferio tengan libre y regular acceso al Pacífico y al Atlántico”. Con esto estaba todo dicho. “Adosando esta responsabilidad a los países signatarios del Tratado de Río, quienes a su vez designarían a la JID como su agente, el problema sería ubicado en el nivel estratégico adecuado y elevado a la posición de expectabilidad internacional que tanto merece. Promoviendo a la JID el control del Canal, estableciendo una zona de seguridad bajo las 19 banderas de la JID y conduciendo maniobras combinadas, los países libres de las Américas pondrán en conocimiento de los soviéticos y sus aliados en el hemisferio que nosotros estamos preparados, decididos y capacitados para la defensa de nuestros intereses vitales. Las actuales operaciones corrientes y el mantenimiento del Canal podrían ser cumplidos *por personal panameño y estadounidense o mediante contratos privados*”.

Nada se había dejado al azar. Desde la asunción de Reagan, Panamá era un blanco. En julio de 1981, ya se habían librado del “molesto general izquierdista” Omar Torrijos. Los riesgos que se planteaban para la soberanía del país eran evidentes. Y estallaron, ya dentro de nuevas planificaciones, en 1987.

La agresión⁶

Ya en mayo de 1978, durante un mitin en la Zona del Canal, el presidente norteamericano James Carter fue agredido de palabra por un grupo de zonians a cuyo frente se veía a un hombre alto y de rostro violento. El escritor británico Graham Greene, testigo en aquella ocasión, lo describiría como “un extraño hombre, que frotaba sus piernas y cuyas botas producían un ruido como de grillos en la noche”. Se llamaba Fred Cotton y era un policía de la Zona, “dispuesto a cualquier cosa para no entregar el Canal a los panameños”. Cotton llamó “traidor” a Carter y lideró por mucho tiempo a los norteamericanos residentes en la Zona que aquel día vistieron extrañas camisetitas con un símbolo: una cruz sobre una tumba que representaba al Canal. En 1984, el ex policía fue ubicado por la seguridad panameña al frente de un “grupo comando parapolicial encargado de vigilar y realizar tareas de inteligencia en contra de militares, dirigentes políticos, sindicales, estudiantiles e intelectuales de Panamá”.

El 29 de septiembre de 1979, un congreso norteamericano jaqueado por los sectores republicanos ultraderechistas había aprobado unilateralmente la llamada Ley del Canal de Panamá o Ley 96-70, cuyos artículos se convirtieron en una violación total a los Tratados Torrijos-Carter. Por medio de esta legislación se otorgaban nuevos poderes jurisdiccionales, administrativos y operativos al gobierno de Estados Unidos que se constituía en una negación de la soberanía

6 CALLONI, Stella, *Investigación de los riesgos de la soberanía*. Cuadernos de Crisis, Argentina, 1988.

panameña sobre todo su territorio. Estaba tendida la trampa para los sucesos futuros.

En 1981, el presidente Ronald Reagan creó la Organización para la Opinión Pública, cuya función era, precisamente, lograr la aceptación, a través de la influencia y argumentos de los medios de comunicación, de la política exterior diseñada para el período. Como denunciaría más tarde el ex dirigente de los contrarrevolucionarios nicaragüenses, Edgar Chamorro Cardenal, “la CIA infiltró, dentro de este plan, una vasta red de periódicos, compró y manejó radioemisoras y también revistas y diarios, como *La Nación*, de Costa Rica, *La Prensa*, tanto de Nicaragua como de Panamá, y otros muy importantes de América del Sur, algunos en estado de bancarrota que en su momento pertenecieron a las grandes familias. Compró también periodistas, puso 'caras legales y nacionales' para dar credibilidad a su mensaje, ampliando así su capacidad para manejar la información a nivel mundial”.

En 1982, tomada la decisión de destruir al gobierno sandinista, todos los recursos parecieron insuficientes. Reagan incluso llegó a enfrentarse con el Senado cuando solicitó autorización para infiltrar agentes de la CIA bajo el disfraz de periodistas, abogados y otros trabajos aparentemente legales. Hasta esos momentos, este tipo de acción se realizaba con sutileza y en secreto. Reagan quería algo más: la autorización del Congreso para legalizar el espionaje y la desinformación.

En sondeos realizados entre medios oficiales panameños, la administración republicana debió admitir que no había intención alguna en producir un cambio en los Tratados de 1977. Esa era, sin duda, la herencia de Torrijos.

Fue entonces la Organización para la Opinión Pública la encargada de preparar las campañas contra Nicaragua y Panamá. En el caso de la isla caribeña de Granada, se produjo la invasión de los marines norteamericanos en 1983, después de una profusa campaña sobre la supuesta construcción de un aeropuerto militar cubano que, luego se

supo, era un aeropuerto civil, imprescindible para que la pequeña isla explotara su mayor recurso natural: el turismo. Cuando el Departamento de Defensa norteamericano reconoció que el informe suministrado por el Departamento de Estado era falso y exagerado, ya la isla estaba invadida y ocupada por las tropas estadounidenses. En el caso de Nicaragua, se alegó el supuesto abastecimiento de este país a las guerrillas salvadoreñas, pero ya a partir de 1983 Reagan prácticamente invadió y ocupó Honduras con bases y tropas militares. Panamá fue el eje de diversas campañas, en realidad las mismas que debió soportar Torrijos antes de su muerte.

El general panameño era acusado de narcotraficante y dictador corrupto, argumentos olvidados por breve tiempo. Sólo unos tres años después de su muerte, los mismos cargos eran utilizados contra el hombre señalado como su sucesor militar, el general Manuel Antonio Noriega.

En 1982, el término “comunizante” era empleado a menudo a instancias de la oficina de propaganda de Reagan para mencionar al joven presidente Arístides Royo, a quien Torrijos había encargado la misión de organizar “el primer Proceso electoral no manejado por la oligarquía”. Fueron tiempos difíciles para Royo, que se negaba a ser utilizado por el Departamento de Estado para conformar unas supuestas “comunidades o foros democráticos”, que aislaran a Nicaragua de las conversaciones de paz.

Para “castigarlo”, en el primer semestre de 1982, Estados Unidos redujo la cuota de azúcar que compraba en Panamá. En el mismo período suspendió la compra de carne para abastecer a las tropas norteamericanas acantonadas en el Canal, a la vez que se amenazó con difamar este producto a nivel mundial para cerrar el mercado de Panamá. Mediante presiones y la colaboración del ex general Rubén Darío Paredes y otros funcionarios gubernamentales, así como de empresarios privados, Washington logró entonces la renuncia de Royo. Paredes quedó finalmente a cargo de la Guardia Nacional que Estados Unidos pretendía neutralizar, destruyendo así la única

estructura fuerte y organizada capaz de enfrentar los intentos de “retomar a Panamá”.

Paredes dijo entonces a *The Washington Post* que “este es el momento de las grandes definiciones”. Entre estas definiciones, marcó sus desacuerdos con las buenas relaciones de su país con Cuba y Nicaragua. Luego comenzó un agudo retroceso de todo lo proyectado por Torrijos. El gubernamental Partido Revolucionario Democrático (PRD) comenzó ya a preocuparse por este retroceso ante las amenazas estadounidenses y advirtió que “aceptar las presiones” era prácticamente “entregarse”.

La presencia de Noriega en la comandancia de las Fuerzas de Defensa, a mediados de 1983, cuando Paredes, con aspiraciones presidenciales, dejó su cargo, fue observada con “cautela” por Washington y luego con evidente desagrado. El “protagonismo” del general en la iniciativa de Contadora fue “preocupante” para la administración Reagan. Noriega estimó que los militares de la región debían jugar un importante papel en favor de la pacificación. Panamá fue la sede de un fuerte movimiento por la paz regional.

De la guerrita económica a la desestabilización

En mayo de 1984, cuando se celebraron las elecciones panameñas, Washington jugó dos cartas fuertes. Mediante las presiones y un diseño político, atribuido a Paredes y al coronel Roberto Díaz Herrera, dentro del esquema de “no irritar a la administración Reagan”, se eligió como candidato del PRD, dentro de la Unión Nacional Democrática (UNADE), a Nicolás Ardito Barletta, un tecnócrata del Banco Mundial. Esto se produjo con la oposición de las bases más lúcidas del PRD, que sólo por disciplina votaron esta fórmula.

Por otra parte, Washington apoyó al octogenario Arnulfo Arias, el tres veces presidente, que había expresado su “profunda admiración por Reagan”. El carisma que tenía el viejo caudillo estaba forjado

en su lenguaje demagógico y en algunas posiciones antiimperialistas que en un tiempo muy lejano reivindicó.

Barletta gana las elecciones por escaso margen, quedando como vicepresidentes dos hombres cuyos partidos ni siquiera lograrían conjuntamente el 11 por ciento de los votos: Eric Arturo Delvalle, por los Republicanos (los de las chimeneas), y Roderick Esquivel, un desconocido y oscuro personaje del Partido Liberal. Aun así, Washington ensayó su primera “experiencia de masas”, cuando los funcionarios de la embajada en Panamá, incitaron a la prensa norteamericana a dar el triunfo a Arias y acusaron de un fraude al general Noriega. Luego, los opositores realizaron manifestaciones con incendio de algunos automóviles. Esta fue la primera experiencia que luego se aplicaría en el año 1985.

En ese año, primero como oposición a la UNADE y luego directamente contra Noriega, se conformó la llamada Coordinadora Civilista que daría origen a la Cruzada Civilista. Un tiempo más tarde, el coronel Roberto Díaz Herrera reconocería que hubo un plan para derrotar a Noriega, del cual él formaba parte, tanto como el ex presidente Barletta. Éste renunció a su cargo en esos días. Se alejó así el mejor amigo de Washington en el gobierno de Panamá. Cuando Barletta renunció, los trabajadores se habían lanzado a las calles en repudio a sus intentos de imponer las medidas del Fondo Monetario Internacional. La Asamblea Legislativa nombró en su lugar al vicepresidente Eric Arturo Del Valle.

El gobierno de Del Valle tuvo un discurso público que trató de adaptar a los lineamientos del Partido que lo llevó al poder, el PRI. Pero a instancias de Estados Unidos introdujo funcionarios que, como en el caso de algunos organismos e instituciones estatales, boicotearon al torrijismo en sus bases. Un ejemplo de esto fue el caso del Instituto Nacional de Cultura (INAC), líder en la recuperación de la identidad y la cultura nacional, a cuyo frente Del Valle puso a un funcionario que incluso llegó a la quema de libros, en el mejor estilo nazi.

Estos y otros detalles no trascendían demasiado públicamente. Del Valle era una especie de “chantajista timorato”. Esta dualidad fue visible durante la última reunión de los presidentes de Contadora y Apoyo realizada en México, donde su discurso, escrito por asesores, nada tuvo que ver con su encuentro con la prensa mexicana, a la que sorprendió desagradablemente defendiendo la necesidad de la permanencia del Comando Sur en Panamá.

El caso Spadafora

Septiembre de 1985 fue otra fecha clave para la desestabilización. En ausencia de Noriega en el país, fue asesinado en Costa Rica, muy cerca de la frontera con Panamá, el médico panameño Hugo Spadafora. Este hombre singular había actuado como médico en las guerrillas de Guinea Bissau, luego fue ministro de Salud por un breve período durante el gobierno de Torrijos. Renunció a este cargo para conformar un grupo militar de apoyo a los sandinistas en su guerra contra Somoza. En realidad, se convirtió en una figura decorativa en el Frente Sur, donde se registraba una parte de la guerra contra Somoza. Casi siempre permaneció en Costa Rica. En el triunfo sandinista estuvo junto a Edén Pastora y con él salió del país, abandonando Nicaragua para integrarse a la contra en la llamada Alianza Revolucionaria Democrática (ARDE) con base en territorio costarricense. En 1984, se separó de Pastora e ingresó a una organización contra de los indígenas misurasata. Allí también, el otrora “muchacho díscolo”, como le llamaba Torrijos, se enfrentó con los dirigentes. Sus últimos pasos lo ubicaron en 1985 junto al abogado panameño Alvin Weeden Gamboa, cercano a la Democracia Cristiana y acusado, con otros fuertes dirigentes opositores del país, en el juicio de narcotráfico que se tramitó en Miami contra el zar de la droga, Alberto (Tony) Fernández.

Conjuntamente con Weeden Gamboa, Spadafora denunció en los primeros días de septiembre que el general Noriega se negaba a permitir el entrenamiento de contras en territorio panameño. Nunca se supo la razón por la cual Noriega fue acusado de un crimen que no se cometió en su país, estando ausente incluso del mismo y sin que existiera una razón lógica para que el militar asesinara a un hombre que no tenía representación política alguna en el país. Spadafora era un cadáver político para la izquierda y un “aliado no confiable” para la derecha.

Aunque nunca se ha presentado prueba alguna, Washington instó a la rebelión de la oposición panameña, que se lanzó a las calles en un intento desestabilizador de envergadura. Mientras esto sucedía, la Procuraduría de la República estaba abierta esperando cargos y pruebas que nunca llegaron.

1986

En marzo de 1986, el PRD envió una solicitud de apoyo a los partidos⁷ socialdemócratas de América latina y Europa. Era una denuncia pública de la situación que estaba viviendo Panamá. Entonces se intentaba declarar ilegítimo el gobierno de Del Valle “para promover la insurgencia y el desorden. Los conspiradores buscaron contactos con los mandos medios militares con el fin de incitarlos a levantamientos contra sus jefes. Para llevar adelante estas acciones, los conspiradores mencionaron una alianza con funcionarios del Departamento de Estado norteamericano y algunos senadores anuentes a dar su apoyo sobre la base de que una vez en el poder asumirían el compromiso de revisar los Tratados Torrijos-Carter, de manera que el ejército de Estados Unidos pudiera permanecer en Panamá después del año 2000; transformar a las Fuerzas de Defensa de Panamá en una simple

7 3er Informe del Partido Revolucionario Democrático (.PRD), Panamá, 1986.

policía para fundamentar que en el año 2000 Panamá no estuviera preparada militarmente para asumir la defensa del Canal; apartar a Panamá de Contadora; impedir las gestiones de Noriega ante los estados mayores y gobiernos de los países centroamericanos y obligar a este país a apoyar una agresión contra Nicaragua, y destruir el Centro Financiero Internacional de Panamá, como paso previo para obligar a imponer las medidas del FMI y del Banco Mundial”.

En ese informe, el PRD señalaba que los ataques contra las Fuerzas de Defensa perseguían apartar al general Noriega de la jefatura del instituto armado “por ser él precisamente la figura más representativa de la continuación del proceso torrijista, e intentan crear divisiones para dar un golpe como el que intentaron contra Torrijos en 1969. Pretenden atomizar a las Fuerzas de Defensa, dividir las, debilitarlas y convertirlas posteriormente en un instrumento dócil a las decisiones de los reaccionarios internos, que actúan bajo el mandato de los sectores más retrógrados de Estados Unidos”.

Según las revelaciones de documentos secretos citados por el *Miami Herald* en mayo de 1987, los países sometidos a presión fueron México, Argentina, Panamá, Costa Rica y Honduras. En el caso de Panamá, el 12 de diciembre de 1985 el asesor de Seguridad John Poindexter solicitó ayuda a Noriega no sólo para una intervención en Nicaragua, sino para entrenar a los contras. Ante la negativa de Noriega, Poindexter le solicitó directamente su renuncia. La reunión terminó duramente cuando el militar panameño se negó, indignado. Más tarde, Poindexter mencionó el disgusto de Estados Unidos por el papel que desempeñó Noriega en la renuncia del presidente Nicolás Ardito Barletta, “quien era apoyado por los norteamericanos”. Según el *Miami Herald*, Poindexter dijo que cuando Barletta era presidente de Panamá “había comenzado a moderar la presencia de Panamá en Contadora. Barletta no creía en Contadora”.

Pocos días después de regresar de Panamá, Poindexter señaló a sus subordinados la “necesidad de encontrar una alternativa para Noriega”, según dijeron oficiales de su oficina. La primera acción fue

transferir a Guatemala 40 millones de dólares, que habían sido prometidos a Panamá.

Agrega el *Miami Herald* que “Poindexter también autorizó una campaña para desacreditar a Noriega. Parte de esa campaña fue la comparecencia ante el Congreso de Elliot Abrams (subsecretario de Estado) quien denunció a Panamá como responsable de lavado de dinero y de tráfico de drogas, así como las diferencias sobre el tema Nicaragua, las buenas relaciones de ese país con Cuba y la falta de democracia”.

Una información suministrada a los periodistas, en la que no figuraba prueba alguna, que apareció en *The New York Times* en junio de 1986 y a través de la cadena *NBC*, sólo cuatro meses después de la denuncia adelantada por el PRD, acusaba a Noriega como narcotraficante y por el supuesto asesinato de Spadafora.

Podría decirse que la suerte de Panamá estaba echada cuando en junio de 1987 estalló la gran conspiración. Poindexter había diseñado un año antes “buscar un sustituto a Noriega”.

El proyecto filipino

Cuando los sucesos de junio de 1987 pusieron al país al borde de un estallido social, el complot ya estaba en marcha. Estados Unidos acentuó la campaña contra Noriega, utilizando el diario opositor *La Prensa*, cuyo dueño, Roberto Eisenman, estaba complicado en un juicio por lavado de dinero y narcotráfico en los tribunales de Miami. Eisenman resultó cómplice del narcotraficante Alberto (Tony) Fernández, jefe de una poderosa red. Este juicio, que involucró además a dirigentes del Partido Demócrata Cristiano de Panamá, incluso al candidato a la vicepresidencia del Partido Panameñista de Arnulfo Arias, el abogado Carlos Rodríguez, de larga residencia en Estados Unidos, fue cuidadosamente ocultado por la administración Reagan.

De acuerdo con las investigaciones del gobierno panameño y de la *Executive Intelligence Review*, de Washington, *La Prensa* fue financiada no sólo con recursos producto del lavado de dinero procedente de la droga en Miami, sino con dinero de la Central de Inteligencia norteamericana. Este periódico se convirtió en líder de la oposición y en el principal repetidor a nivel interno de los profusos informes distribuidos por los medios norteamericanos.

Por otra parte, se diseñó una estrategia simultánea. Arthur Davis (como embajador), John Maisto y David Miller, todos funcionarios de la embajada norteamericana en Panamá, llegaron simultáneamente al país. Maisto y Miller fueron los encargados de diseñar el proyecto democrático “filipino”, que ya se advertía como uno de los fracasados intentos de la administración Reagan por imponer “democracias” dependientes de sus lineamientos.

Mientras el equipo de la desestabilización se instalaba en Panamá, el general Edwin F. Blank, graduado en West Point, quien ocupó cargos en la Oficina de Servicios Estratégicos, antecesora de la CIA, en las más importantes capitales de Europa, ahora como vicepresidente ejecutivo de la Freedom Foundation, comenzó a aplicar hacia Panamá su vasta experiencia en guerra psicológica.

Blank fue comandante de los Servicios de Seguridad de Estados Unidos en Berlín, ayudante de Allan Dulles, ex director de la CIA, miembro del Consejo de Seguridad y ex comandante en jefe de las Fuerzas del Pacífico. Este importante personaje estaba en comunicación directa con Maisto.

Para los fines de desestabilización se reclutaron figuras de la alta burguesía, se utilizaron más de cien nombres de clubes civilistas, civiles y gremios empresariales, para hacer aparecer a la llamada Cruzada Civilista como un movimiento muy importante, y que los medios norteamericanos pudieran proyectarla como una formación beligerante por la libertad. A su vez, el coronel Ray Atanner atendía a la contrainsurgencia.

Todo esto estaba en marcha cuando un acontecimiento inesperado pareció ayudar al complot. El coronel Roberto Díaz Herrera, primo de Torrijos, aparentemente víctima de un marcado delirio místico, jubilado de las Fuerzas de Defensa ante la evidente inhabilidad síquica para continuar en su cargo, se convirtió en el mejor argumento del complot, en junio de 1987.

CAPÍTULO IV

La novela de Panamá

El escenario donde se desarrollaron los hechos de junio de 1987, parece haber sido creado por un comediante. Las maniobras para desestabilizar Panamá se transformaron en una verdadera novela entre guerras sucias, psicológicas, de baja y mediana intensidad y con episodios tragicómicos, como el montado por el coronel Díaz Herrera.

En aquellos días, tal y como lo describí en nota enviada al semanario *El Periodista*, de Buenos Aires, el diáfano aire tropical se vio “enrarecido” por el humo de las fogatas y los gases lacrimógenos. Caravanas de automóviles lujosos recorrían las calles con un incesante ulular de bocinas. Un incendio había comenzado unas pocas horas después de que el jubilado coronel Díaz Herrera citara a una conferencia de prensa para acusar al general Manuel Antonio Noriega y su estado mayor de crímenes y corrupción. Sin presentar ningún tipo de pruebas, ni en ese momento ni en tiempos posteriores, Díaz Herrera atribuyó a Noriega el asesinato de Spadafora. Era un increíble regalo del cielo para el señor Maisto de la embajada estadounidense en Panamá y para la oposición política.

Aunque hasta entonces la oposición acusaba al coronel Díaz Herrera de “comunistoide”, cambió inmediatamente su esquema y decidió rodear y apoyar al militar. Todos pensaron que había llegado el momento de una “gran rebelión” popular, que siempre fueron incapaces de producir. Y es que las declaraciones de Díaz Herrera se dieron simultáneamente con una fuerte movilización de los sectores populares amenazados por las imposiciones del Fondo Monetario Internacional. El Código del trabajo y la seguridad social, otro de los grandes logros del torrijismo, habían sido puestos en la “lista negra” de los funcionarios fondomonetaristas. La coincidencia de las “dos rebeliones” creó optimismo en Washington. La orden era estar en las calles, llevar la agitación hasta sus extremos.

En los balcones de los lujosos edificios de departamentos, construidos al borde de la imponente Bahía de Panamá, mucamas uniformadas golpeaban cacerolas a “horario fijo”, mientras las dueñas de casa vociferaban contra el gobierno. Era tan evidentemente una acción de las clases altas, que algunos le llamaron “la rebelión de los rabiblancos” y otros la “rebelión de los Mercedes”, refiriéndose a los lujosos automóviles Mercedes Benz que se concentraban en la protesta callejera.

Pálido, con el rostro desencajado, rodeado por sus antiguos enemigos, con improvisados guardaespaldas, algunos elegidos entre los contras nicaragüenses, el coronel se convirtió en una imagen macondiana y su discurso comenzó a tomar sorprendentes caminos. Del argumento primitivo sobre acusaciones a sus ex compañeros de armas, que coincidían casi milimétricamente con las que esbozaba Washington, el coronel fue hundiéndose cada día en un “delirio místico”. “Yo sé qué busca Noriega –decía entonces ante los azorados periodistas–. Yo sé lo que están investigando. Quieren saber quién es Sathya Sai Baba. Esa es mi arma secreta. Le tienen miedo. Es un negro afro y le tienen miedo a ese hombre porque sencillamente ese hombre ha demostrado, nada menos, que es una nueva encarnación divina, al igual que Cristo. Me mandó decir Sai Baba con un emisario que él iba a hacer un par de cosas para que tuviéramos fe. Él me dijo que iba a

hacer aterrizar un avión en la Plaza Roja de Moscú y ahí encaramó una avioneta de Alemania Occidental allí, violando todo el espacio aéreo de Rusia, la segunda potencia del mundo. Para que ustedes lo sepan y se lo digan a Gorbachov. Ese es Sai Baba. Yo tenía mucho miedo de creerlo. Entonces él dijo 'si quiere otra prueba más concreta y objetiva en sus narices, voy a poner una avioneta en la Base de Howard'. Como ustedes saben, esa es la base más importante de los norteamericanos (en la Zona del Canal) y allí se nutre todo lo de Centroamérica y está llena de radares. Pues ahí dejó caer una avioneta. Ahí llegó un tico (costarricense) y eso lo hizo Sai Baba”.

De esta forma extraña, un gurú hindostano vino a mezclarse en la situación panameña. Aunque no todo parecía ser obra de la casualidad o la magia. La prueba de la “divina energía” de Sai Baba que convenció directamente al coronel vino a través de una curiosa emisaria del gurú. Shama, una mujer de origen norteamericano, de rostro oriental y mirada egipcia, vestida voluptuosamente, con un pronunciado escote, cintura ceñida, era el lazo entre el coronel Díaz Herrera y Sai Baba. Shama se había ganado un lugar como vidente personal y era una “fuente de energía” para él. La había conocido en Buenos Aires, por medio del cantante Piero, y de la profesora yoga Indra Devi, ambos seguidores del culto de Sai Baba, muy en boga en la capital argentina.

Toda esta curiosa historia, que parece escapar de una divertida comedia, transcurría en el marco de la más grave desestabilización que había vivido Panamá hasta ese momento. El coronel, por supuesto, utilizado en los primeros momentos para crear el caos, no sólo dejó de servir para esos fines, después de sus confesiones esotéricas, sino que en su discurso delirante llegó a implicar a funcionarios estadounidenses en el asesinato de Torrijos.

Díaz Herrera logró algo casi increíble, que toda la clase alta panameña vistiera de blanco, como el gurú, agitara banderas de paz, mientras por otra parte enviaba grupos de choque, para romper vidrieras, levantar pequeñas barricadas que luego se incendiaban, dando una imagen casi caótica del país. Pero, en unos pocos días los trabajadores y

campesinos, que tenían su propia rebelión, se alejaron rápidamente del “golpe de mano” de los “rabiblancos”, mientras que el gobierno actuaba con mano dura, pero evitando cualquier tipo de represión violenta, que pudiera dejar víctimas y justificar así una intervención estadounidense.

Después de varios días de violencia de la llamada Cruzada Civilista, la situación se atemperó, fracasando el intento de derrocamiento de Noriega. Las relaciones entre Panamá y Estados Unidos se deterioraron. En julio de 1987, una manifestación nacionalista atacó la embajada de Estados Unidos después de comprobar la abierta injerencia de los diplomáticos norteamericanos, especialmente el embajador Arthur Davis y su hija, quienes no ocultaban su presencia en los actos antigubernamentales.

Tanto republicanos como demócratas se pusieron de acuerdo en este caso para golpear a Panamá. Jesse Helms, Edward Kennedy, John Kerry, Alphonse Damato, Sam Nunn, entre otros, dispusieron sanciones económicas exigiendo el pago de 106 mil dólares por concepto de indemnización por los daños causados al edificio de la embajada.

Aunque luego Panamá pagó la suma exigida, el Senado no cumplió con su compromiso de levantar las sanciones económicas, que ya estaban funcionando a mediados de 1987.

Es posible deducir también que la desestabilización y el caos dirigidos desde la embajada estadounidense tenían otro objetivo agregado: se trataba de encubrir la información sobre el levantamiento del secreto bancario que impuso el gobierno panameño, en la mayor operación antidroga que registrara la DEA en América latina. La mayoría de los bancos implicados en el lavado de dinero eran de estadounidenses.

Los planes de Washington

Al finalizar 1987, la situación entre Estados Unidos y Panamá era tensa y hasta grave en algunos momentos. Además del bloqueo de hecho que existía sobre este país, se había suspendido una ayuda de 26

millones de dólares y otros 50 millones de la Agencia Internacional para el Desarrollo (AID), creando una seria crisis en los medios rurales, con la suspensión de varios proyectos que ya estaban en marcha.

Sin duda fue un año pródigo en historias fantásticas, pero detrás de ellas se podía adivinar la infernal maquinación de un plan para destruir al país. Abundaban los documentos secretos como el que escribieron los analistas del Consejo de Seguridad estadounidense, antecedentes y agenda de una reunión que se realizó el 8 de abril de 1986 y que difundió en 1987 un boletín de la Escuela de Sociología en Panamá. También se filtró una carta enviada por Edward Fox, subsecretario de Asuntos Legislativos de la Cámara dirigida al senador republicano Jesse Helms, uno de los funcionarios más obstinados en abrogar los Tratados Torrijos-Carter. Lo siguiente es una reproducción de un fragmento del documento y enseguida la carta de Fox.

Tratados Torrijos-Carter, el Canal de Panamá y Estados Unidos

“1. Luego de varios años de debate, la administración Carter, en 1977, firmó nuevos tratados del Canal con Panamá. A través de los debates del tema en el Congreso, era evidente que en Estados Unidos había una amplia oposición a muchos aspectos de los Tratados. El tema básico, aún lo constituye el garantizar el control de Estados Unidos sobre la vía acuática interoceánica, manteniéndola libre de la influencia soviética, después del año 2000”.

“2. La pérdida del Canal tendrá serias consecuencias políticas, económicas y estratégicas para Estados Unidos. Una vez que Estados Unidos se retire de la zona del Canal, el gobierno panameño puede quedar expuesto a la intervención cubano-soviética de la región y las presentes potenciales vías serán amenazadas. Además, un 10 por ciento del comercio norteamericano que transita por el Canal será

afectado. En el caso de que la NATO fuera atacada, el 50 por ciento o más de los refuerzos planificados de hombres y materiales, será interrumpido.”

“Política hacia Panamá y los Tratados”

“1.- Nosotros necesitamos una política dirigida a asegurar nuestro control sobre el Canal de Panamá mucho más allá del año 2000. Reportajes sobre corrupción entre algunos oficiales de alto rango de las Fuerzas de Defensa de Panamá, brindarán una oportunidad para desatar una campaña, desestabilizar a Panamá y abrogar legalmente los Tratados. Esta política debe ser manejada de tal manera que no lesione nuestras relaciones bilaterales con las FDP, que puedan poner en peligro nuestras instalaciones militares o nos confronten con la necesidad de intervenir directamente con tropas norteamericanas para controlar la situación y proteger nuestros intereses en el Canal”.

“2.- Nuestro objetivo es desestabilizar el país, sin arriesgar nuestra presencia e influencia allí y al mismo tiempo tener una base legal para abrogar los Tratados. Nuestra política deberá ser una, desarrollada de acuerdo con los siguientes lineamientos: una campaña de acciones encubiertas para desestabilizar a Panamá: acusar a las FDP, particularmente al general Noriega, de narcotráfico, cooperación con terroristas latinoamericanos, fraude electoral durante las elecciones presidenciales y de estar relacionado con los servicios de inteligencia de Estados Unidos y Cuba. No debemos hacer nada para refutar o negar estas acusaciones, pero al mismo tiempo nos ocuparemos de que Estados Unidos no aparezca involucrado en esta campaña”.

*(Fragmento del Documento del Consejo de Seguridad,
Boletín soc, Panamá 1987).*

Carta de Fox a Helms

Estimado Senador Helms:

El Departamento de Estado comparte su opinión en el sentido de que, cuando se renegocien los Tratados Carter-Torrijos, deberá discutirse la prolongación de la presencia militar de Estados Unidos en el área del Canal de Panamá, hasta mucho después del año 2000. La continuidad en el poder de los sandinistas en Nicaragua, las actividades de los insurgentes salvadoreños y la influencia de Cuba comunista en la región hacen urgentemente necesario que Estados Unidos fortalezca su posición en Centroamérica.

La continuada polarización de fuerzas políticas en Panamá puede conducir a una crisis en el país que plantearía una grave amenaza para la seguridad de la región. El Departamento de Estado opina que para evitar tal situación, deben tomarse medidas para producir la renuncia del general Noriega e instalar un gobierno interino, formado por políticos moderados y oficiales militares que planteen como objetivo principal la democratización y salvaguarda de los intereses estratégicos de Estados Unidos.

Tenga la seguridad de que la importancia de estos problemas es apreciada en toda su magnitud en la Casa Blanca y aquí, en el Departamento de Estado, y que se tomarán medidas efectivas para resolverlos.

J. EDWARD FOX

Subsecretario de Asuntos Legislativos e Intergubernamentales

(Traducción de la Carta de Fox, fechada el 26 de marzo de 1987, Washington DC, 20520, publicada en *Crisis*, Argentina, en junio de 1988).

Operación Piscis

El 6 de mayo de 1987 se conoció en Panamá, con escasa publicidad, la llamada Operación Piscis, la mayor acción antidrogas realizada conjuntamente entre el gobierno de Panamá y la Drug Enforcement Administration (DEA), la agencia antinarcóticos estadounidense. Como los planes de desestabilización ya estaban en marcha, desde los primeros días de 1986, muy poco de la espectacular operación se difundió en Washington.

Moviéndose en sigilo, las Fuerzas de Defensa lograron ubicar más de 54 cuentas de 18 bancos, que operaban en el país y también otras 85 sospechosas de ser utilizadas para el lavado de dinero. La ley 23, votada por la Asamblea de Panamá en 1986, curiosamente no contaba con el apoyo de la oposición de entonces, hoy en el gobierno. La nueva legislación permitía la regulación de la banca para reprimir el lavado de dinero, con la posibilidad de levantar el secreto bancario si se sospechaba el involucramiento en esto de algún banco.

El 27 de mayo de 1987, el administrador general de la DEA, John Law, envió una carta al general Noriega, agradeciéndole su colaboración:

“Una vez más la DEA estadounidense y las autoridades policiales de la República de Panamá han unido esfuerzos para dar un golpe de efecto contra los narcotraficantes que nos causan perjuicio. Como usted sabe, la recién concluida Operación Piscis fue enormemente venturosa. Se recuperaron muchos millones de dólares y una gran cantidad de kilogramos de drogas. Su dedicación personal, así como los esfuerzos competentes e incansables de otros funcionarios policiales de la República de Panamá fueron esenciales para el desenlace positivo que finalmente tuvo la investigación. Los narcotraficantes del mundo han tomado aviso de que las agencias y su ilegal negocio no son bienvenidos en Panamá”.

Y agregaba Law: “Aguardo la continuación de nuestros esfuerzos conjuntos. Hace tiempo que la DEA ve con buenos ojos nuestra es-

trecha colaboración y estamos dispuestos a proceder conjuntamente contra los narcotraficantes internacionales, cualquiera sea el lugar donde se presente la oportunidad” (Fragmento de la carta de Law a Noriega, publicada en *EIR-Executive Intelligence Review*, Informe especial, “Quién pretende desestabilizar a Panamá”, 1986-1987, editado en Washington DC, por esa institución).

Curiosamente, el periódico *La Prensa*, uno de los más fuertes opositores de Noriega, estuvo en contra de la Operación *Piscis* argumentando que esta medida causaría estragos en el Centro Bancario panameño. Es el mismo diario que convalidó toda la campaña de acusaciones de narcotraficante contra Noriega, y también la desestabilización que llevó a la invasión de diciembre de 1989. En septiembre de 1987, ya en plena crisis, la Oficina de Narcóticos del Departamento de Estado, reconoció los importantes pasos dados en Panamá, pero nada de esto fue publicitado en Washington, donde estaba en marcha el plan *Menú de Panamá*, en una dualidad casi increíble.

A principios de 1988, en otro informe de la *EIR* se conoció que en una investigación realizada en Miami, uno de los bancos involucrados en el lavado de dinero procedente de la droga, era el *Dadeland Bank of Miami*, en cuyo directorio figuraban nada menos que Guillermo (Billy) Ford, actual vicepresidente de Panamá, Roberto Elsenman, director de *La Prensa*, y Carlos Rodríguez, actual embajador en Washington (del gobierno impuesto por la invasión).

Este banco estaba vinculado a Antonio “Tony” Fernández, uno de los mayores narcotraficantes del “cártel de Miami”. Sin embargo, se tendió un manto de silencio sobre este sonado juicio, pero la historia detrás de esta situación, se convirtió en otro argumento novelesco en la intriga panameña. Lo que sigue es una nota que publiqué en *El Periodista*, de Buenos Aires, Argentina, en febrero de 1988, bajo el título “Juegos de prestidigitador”.

“A sólo un año de las elecciones presidenciales en Panamá, nada indica que el presidente Ronald Reagan esté dispuesto a abandonar su propósito de derrocar al jefe de las Fuerzas Armadas panameñas,

desmantelar el ejército y con ello eliminar todo vestigio del torrijismo, como lo prometió en la campaña de su partido en los años '80, para "acabar con los tratados", que según él eran una "debilidad de Carter".

Ya en la primavera de 1978, Richard Falk, miembro del Consejo de Relaciones Exteriores del Senado, escribía en la revista *Foreign Policy*, que Estados Unidos nunca tuvo la intención de ceder sus derechos de "libre intervención" en Panamá. Falk comparaba los Tratados Torrijos-Carter con los acuerdos de Ginebra en 1954, entre Estados Unidos y Vietnam, para concluir que las ambigüedades y las interpretaciones "unilaterales" llevarían inevitablemente a un enfrentamiento.

El movimiento opositor panameño está encabezado abiertamente por funcionarios de la administración republicana. El senador Jesse Helms, el secretario de Estado George Shultz y el subsecretario para asuntos latinoamericanos, Elliott Abrams, se jactan de ser líderes de la cruzada por "salvar a Panamá".

En este intento se hace aparecer a los dirigentes de la oposición panameña como "los luchadores por la libertad", ejemplos de la "democracia y moralidad" que confrontan especialmente al general Manuel Antonio Noriega, jefe militar y sucesor político de Omar Torrijos, a quien acusan de corrupción. Sin embargo, la *Executive Intelligence Review* de Washington, cuyos documentos son utilizados como fuentes por la propia CIA, señaló que notorios personajes de la llamada oposición democrática no son "ni honestos, ni democráticos, sino representantes de la mafia, lavadores de dinero procedente de las drogas, abogados de los traficantes y contrabandistas de armas", para concluir que el movimiento opositor, apoyado por Washington, "representa exactamente el tipo de fermento radicalizado que Falk identifica como el camino para un enfrentamiento "tipo Vietnam".

John Poindexter (ex asesor de Seguridad, en enero de 1986) y Richard Armitage (subsecretario de Estado para Asuntos de Seguridad, a principios de este año), los emisarios enviados por Reagan para

“moralizar” a Panamá tratando de alejar a Noriega de su cargo, no parecen tampoco ejemplos de “moralidad”. Poindexter fue uno de los principales implicados en el escándalo Irangate, y Armitage, quien en 1975 fue enviado por el Pentágono a Bangkok para investigar sobre norteamericanos desaparecidos o muertos en la guerra de Vietnam, fue denunciado por sus compañeros de misión como un hombre “más preocupado por supervisar” el tráfico de opio en la región, que por cumplir su tarea. Lesile Cokburn, en su libro *Out of control*, aporta elementos de las investigaciones secretas sobre Armitage.

No menos escandaloso resulta el hecho de que dirigentes de la oposición panameña se hayan visto gravemente comprometidos en un juicio que se ventila en los tribunales de Miami, contra una poderosa organización internacional dirigida por el cubano-norteamericano José Antonio (Tony) Fernández.

Los hilos de la madeja llevaron muy rápidamente hacia las conexiones de Tony con la política interna de Panamá. Steve Samos, un húngaro nacionalizado norteamericano, vinculado al poderoso narcotraficante, aportó la primera pista al buscar la protección de las autoridades norteamericanas, lo que le permitió salvar una millonaria fortuna personal y eludir una condena en prisión.

Un aventurero en el paraíso

Moviéndose con elegancia entre la picaresca y el bajo mundo, Samos logró construir un poderoso imperio que se tambaleó con la llegada de los entonces jóvenes militares panameños al poder en 1968. Antes de esa fecha, el aventurero había encontrado su propio paraíso.

Cuando llegó a Panamá en 1958, Samos trabajaba para la compañía Rockwell Imposer, a su vez dueña del 25 por ciento de las acciones de Omanco (Overseas Mangarnent Co.). Su carrera fue meteórica. Utilizando a la compañía (que finalmente se deshizo de él acusándolo de malversaciones) y con la ayuda de los abogados Iván y Winston Robles,

logró formar su propia empresa, la International Service Company (Interseco). Con una habilidad digna de aquellos momentos en que una empresa norteamericana tenía tanto o más poder que un presidente en Panamá, Samos creó, con apenas 600 dólares, más de dos mil compañías, un récord difícilmente igualable. En 1960, Samos se casó con la hermana de sus abogados, Alma Robles Chiari, prima del ex presidente Marcos Robles. Esto le abrió las puertas de la alta sociedad panameña y de nuevas e insospechadas posibilidades.

El juicio de Miami, en el que también quedó involucrado el abogado Alvin Weeden Gamboa (hermano de George Randolph Weeden, que lavó más de cien millones de dólares del narcotráfico en bancos con sede en San José, Costa Rica, y otros lugares) evidenció una de las facetas del narcogate que investigó el Senado de Estados Unidos. Los norteamericanos no profundizaron demasiado sobre las conexiones de Tony Fernández: el diario *La Prensa* y la oposición panameña, a pesar de que entre los documentos incluidos de la investigación aparecía una carta firmada por el legislador democristiano Guillermo Cochez, vicepresidente de su partido, en la que reconoce una ayuda de Samos para su campaña con “el fin de deducir impuestos”. De la misma manera fue involucrado el presidente de la Democracia Cristiana de Panamá, Ricardo Arias Calderón, el más tenaz activista por la “moralización” del gobierno de Panamá. Samos ha reconocido que “trataba de ayudar a sus cuñados”, los Robles, dirigentes de la oposición panameña y dueños de *La Prensa*. Cuando Tony Fernández fue encarcelado se le hizo responsable de la Importación y distribución de más de 1.5 millones de libras de marihuana y de haber lavado fabulosas sumas de dinero en distintos bancos.

La conexión de sus protegidos políticos con la organización internacional del narcotráfico fue encubierta por la administración Reagan mediante una copiosa propaganda, acusando a Noriega como narcotraficante. Nadie menciona en estos tiempos que Alvin Weeden Gamboa, especializado en el traslado de droga y dinero, era curiosamente el hombre más cercano a Hugo Spadafora cuando éste fue ase-

sinado en Costa Rica, y su cadáver arrojado a las puertas de Noriega. La novela del narcogate supera toda ficción.

La oscura historia de los aliados de Washington

En esos mismos días, dentro de la “novela” de la droga, se publicaban en diversos medios las andanzas de Jaime Arias Calderón, hermano de Ricardo Arias Calderón, primer vicepresidente impuesto por la invasión, como uno de los dueños del First Interamericas Bank, citado precisamente en los informes estadounidenses como lavador de dinero proveniente del jefe narcotraficante Gilberto Rodríguez Orejuela, “capo” del Cártel de Cali, Colombia. Fue justamente con Interamericas, uno de los bancos clausurados en marzo de 1985, cuando se descubrió que pertenecía a Rodríguez Orejuela, en el comienzo de la gran Operación Piscis.

Años más tarde, en abril de 1989, el empresario panameño, Carlos Eleta, uno de los más fuertes opositores a Noriega, y socio de Eisenman, fue detenido en Macon, Florida, acusado de conspirar para importar 600 kilogramos de cocaína a Estados Unidos. Por su parte, Ford, a quien en la jerga popular llaman “lavamático Ford”, nunca pareció muy preocupado por ocultar sus relaciones con el mundo de las drogas. Durante su campaña electoral en 1989, uno de sus “caballos de batalla” fue la promesa de que si ganaba las elecciones impediría la imposición de una ley que permitiera el levantamiento del secreto bancario. Esto podía tranquilizar a los “lavadores” de dinero.

Lo cierto es que mientras la DEA intercambiaba agradecimientos con el general Noriega, la campaña contra el militar arreciaba en Washington, en un escenario de aguda esquizofrenia política. El 5 de julio de 1987, la Casa Blanca anunciaba que suspendería la ayuda militar a Panamá. Y el 10 de julio, en una manifestación –que fracasó– preparada por la Cruzada contra el gobierno fueron detenidos 10 soldados estadounidenses, entre ellos tres altos oficiales.

Algunas cartas dirigidas a Noriega por la DEA

(Tomadas del *Libro Blanco de la droga*, publicado por las Fuerzas de Defensa de Panamá, 1988).

Teniente Coronel Manuel A. Noriega G-2 del Estado Mayor Guardia Nacional S.D.

Coronel Noriega:

Me refiero a mi carta anterior del 16 de julio de 1981 con respecto al juicio contra Flavio Hugo Cobos en el Estado de Florida, Estados Unidos de América, con motivo de la confiscación del barco *Alaskan I* con 47.000 libras de marihuana. Dicha carta documentaba una solicitud del Fiscal Federal en el Estado de Florida para que se les permitiera declarar a los funcionarios panameños sobre el arresto de Cobos y su posterior expulsión de Panamá y también para que presentaran ante la Corte Federal los documentos originales que se le incautaron a Cobos en la fecha de su arresto.

El inspector Luis Quiel me ha informado de su decisión a este respecto. La ayuda que usted nos ha brindado al hacer arrestar a Cobos y luego expulsarlo ha sido una contribución significativa a esta investigación y les da un claro mensaje a los traficantes de drogas de que Panamá no será un refugio donde ellos pueden evadir su castigo. La anticipada demostración de culpabilidad de Cobos sólo servirá para reforzar el mensaje. Nosotros respetamos su decisión, pero creo que sería beneficioso para el planteamiento de casos similares en el futuro si se nos proporcionara detalles adicionales respecto a la misma.

Deseo aquí reiterar la apreciación de DEA por la cooperación brindada por usted en esta investigación.

Le saluda muy atentamente,

LEONARD H. WILLIAMS
Agente Especial a Cargo

Capitán de Navío José S. Motta Jefe Delegación Panameña en la Junta Interamericana de Defensa 2862 McGill Terrace, N.W. Washington, D.C. 20008

Estimado Capitán Motta:

Muchas gracias por enviarme el panfleto informativo intitulado “Panamá: Dieciséis años de lucha contra el narcotráfico”. Mi visión de este panfleto incrementó mi conocimiento de los encomiables esfuerzos llevados a cabo por las Fuerzas de Defensa de Panamá en nuestra común lucha contra la producción y tráfico de drogas peligrosas. Los esfuerzos del General Noriega en esta área crítica merecen reconocimiento.

Para su información, me he tomado la libertad de enviar este importante documento a nuestra oficina para su conocimiento, uso y retención para referencia futura. Yo estoy seguro que esto proveerá ayuda a ellos como nosotros continuamos analizando ambas vías en la cual nosotros podamos cooperar internacionalmente contra este mal común. Gracias a Usted nuevamente por su amable consideración en esta materia.

Sinceramente,

JOHN L. BALLANTINE
Jefe Armada de los Estados Unidos
Teniente General.

La cruzada civilista: una creación de Washington

Dentro del esquema que precedió a la Intervención militar, la creación de la Cruzada Civilista desveló por un buen tiempo a los hombres de Washington. Con los mismos elementos que llevaron a la formación del “Proyecto Democracia”, argumento básico del Iran-

gate, en 1983 se creó la National Endowment for Democracy, NED (Fundación Nacional para la Democracia), cuyas intervenciones más directas estaban dirigidas hacia Nicaragua y Panamá.

Fue la NED la encargada, como “fundación privada”, de canalizar fondos para crear alianzas electorales de oposición como contrapartida del bloqueo económico impuesto por Washington a los dos países. En Nicaragua, desde mayo de 1985, y en Panamá, prácticamente desde fines de 1987. Esto haría posible que las alianzas como la ADOC (Panamá) y UNO (Nicaragua) capitalizaran el descontento y la desesperanza creados por el bloqueo y la asfixia económica en los sectores más marginados de la población y en las clases medias profesionales.

La llamada Cruzada Civilista se registró en Estados Unidos como “organización exenta de impuestos fiscales federales” para realizar actividades políticas y de propaganda contra el gobierno panameño. El acto de inscripción de la Cruzada (National Crusade of Panamá, Inc.) con sede en el 1730 “M” Street NW, suite 402, Washington DC-20036, estaba firmada por Eduardo Lewis, hijo de Samuel Lewis Galindo (el hombre de Washington), Rufino Flores y Milton Ruiz, como tesorero. La llamada “Doctrina Reagan” proponía la presión sobre sus aliados para “hacer retroceder el fantasma del comunismo” o tomar en sus manos “casos como el de Panamá”. (Informe Especial de *EIR*, *Executive Intelligence Review*, 1988, 1989, publicado en Washington).

Después de julio de 1987, las actividades de la Cruzada habían comenzado a decaer. El 4 de agosto durante un allanamiento realizado por las Fuerzas de Defensa en la Cámara de Comercio y la Asociación Panameña de Ejecutivos de Empresas, se descubrieron más de un centenar de bombas, del tipo “molotov”, instrucciones para derribar helicópteros, y un borrador sobre un plan para un golpe de Estado. Todo esto estaba previsto, dentro del marco de una manifestación programada por la Cruzada, para el 7 de agosto. El documento que esbozaba el plan de violencia proponía la anulación de las Fuerzas de Defensa y su desaparición posterior y la eliminación de la Asamblea Legislativa, sustituyéndola por una Asamblea Constituyente, para

modificar la Constitución de 1972 cuyo contenido nacionalista no agradaba a las autoridades de Washington. Se mencionaba también que, si se cumplía el plan, había que nombrar una junta de gobierno, muy similar, sino la misma, que gobierna desde la invasión.

La Cruzada fue disminuyendo lentamente su poder de convocatoria. La oligarquía panameña “no tenía madera”, al decir de un funcionario norteamericano, como para lanzarse a las calles. No quería correr riesgos. El 22 de octubre fracasó una manifestación programada por la Cruzada, y por supuesto dirigida desde Washington, que preveía nuevos planes insurreccionales. La Cruzada había creado expectativas al gobierno de Reagan sobre la posibilidad de que las autoridades panameñas cayeran en diciembre de 1987. Pero un dirigente opositor se lamentaba en octubre, ante enviados de *The New York Times*, de estar “en un punto muy bajo”. “Necesitamos violencia –decía– para revitalizar el movimiento”.

El 31 de julio de 1987, el periódico *The Washington Post* afirmaba que para que Noriega abandonara el país debía aumentar la presión económica hasta que la economía “se fuera al diablo”. Mientras que el ultraderechista *The Sun*, de Baltimore, escribía: “Noriega parece indio y no es aceptable para las viejas familias que dirigen al país”. Todo un hallazgo dentro del esquema de la “política racial”.

Entre julio y agosto de 1987 salieron de Panamá más de 40 millones de dólares, según informe del periódico *Christian Science Monitor*, en su edición del 3 de agosto. A su vez, *The New York Times* reconocía que la fuga de capitales no había sido precisamente “espontánea”, sino que parecía obedecer a un plan previamente trazado. “La mayoría de los banqueros, argumentando que cumplen órdenes de disminuir los riesgos financieros en Panamá, dejaron de otorgar nuevos créditos e incluso demandaron el pago de los viejos”. La asfíxia comenzaba lentamente y la novela se extendía ahora de la droga a los grandes banqueros.

En octubre de 1987, la Cruzada tenía otra misión que cumplir, de acuerdo con los dictados de Washington. Estados Unidos financió

cursos de empresarios y políticos democráticos en Washington, para “adiestrar” a los panameños aliados. Asimismo pago viajes a empresarios a Europa para solicitar a bancos y gobiernos la suspensión de toda ayuda a Panamá, con el objetivo de crear el caos, hambre, desocupación, es decir, la suficiente desestabilización como para llevar a una guerra civil.

Los empresarios panameños trabajaban directamente con grupos estadounidenses, y el Centro de la Empresa Privada Internacional (CICE) entregó cifras millonarias a Rafael Zuñiga, Eduardo Vallarino y Roberto Brenes para su campana opositora. La Agencia Internacional para el Desarrollo (AID), desembolsó más de medio millón de dólares en becas, a la vez que sus programas hablaban de “democratización y eliminación” del estatismo, es decir, del torrijismo. La AID, así, cumplió un papel importante en la desestabilización de Panamá.

El menú de Panamá

A mediados de 1987, los hombres de la Casa Blanca comenzaron a convencerse de que no habría resultados dentro de su plan para “tragarse” fácilmente a Panamá. Entonces se solicitó a la CIA que tomara cartas en el asunto. La lógica llevaba a pensar en tres hombres claves que integraban el llamado “grupo filipino” y que habían logrado una buena experiencia en la diplomacia de la desestabilización. Ellos eran John Maisto, David Cohen y David Miller.

En Filipinas, ellos fueron los encargados de “cambiar algo para que nada cambie”. Es decir, evitar un triunfo de las fuerzas revolucionarias y progresistas. Aun cuando Noriega difería de Ferdinando Marcos, se creyó posible hacer funcionar el mismo esquema.

John Maisto, el hombre encargado de “filipinizar” a Panamá, tenía una larga experiencia en el Departamento de Estado. Apoyados por los ejecutores del “Proyecto Democracia”, había demostrado ha-

bilidad en el derrocamiento del dictador filipino. En este caso, ellos tenían una figura de reemplazo con suficiente credibilidad: Corazón Aquino, viuda del dirigente Benigno Aquino, asesinado por los esbirros de Marcos. Esto no presupone que la señora Aquino conociera el plan estadounidense a profundidad. Una de las tareas principales de Maisto fue infiltrar a las fuerzas armadas filipinas.

Sus dardos se dirigieron hacia los jóvenes oficiales del Movimiento We Belong (Nos pertenecemos), a los que premeditadamente se intentó “no matar” con la evidencia de cualquier contacto con Estados Unidos. Fue un trabajo que consideraron “exitoso” en Washington. (Informe 1988-1989, de *EIR*).

David Cohen llegó a Panamá para hacerse cargo de la Agencia Internacional para el Desarrollo (AID), que cumplió un papel preponderante en la desestabilización de Panamá. Después de Filipinas, Cohen había estado en Paraguay, como un hombre de confianza del embajador Arthur Davis, quien también fue enviado a Panamá con la precisa misión de apoyar a la oposición panameña para derribar el gobierno. Lo hizo sin ninguna discreción. Él y su hija Susan participaron abiertamente en todas las acciones opositoras.

David Miller se hizo cargo de la agregaduría comercial. Su presencia llegó a ser tan activa que el 13 de septiembre de 1987 fue detenido por las fuerzas policiales panameñas cuando participaba en una manifestación de la Cruzada Civilista destinada a crear caos y desestabilización.

El 27 de octubre, después de haberse tomado su tiempo para diseñar un plan sobre Panamá sobre la base de un relevamiento directo de la situación, “el equipo filipino” lo presentó a la consideración de la CIA y el Departamento de Estado, bajo el nombre de *Thoughts on a Panamá Solution* (Pensamientos sobre una solución política para Panamá), con la advertencia de que no se trataba solamente de desplazar a un hombre del poder (Noriega) sino de que era necesaria una reforma real de todas las estructuras en favor de las necesidades estadounidenses.

Como todos los anteriores –o al menos buena parte de ellos–, el documento se filtró un tiempo después y circuló por los pasillos del Congreso. Algunos congresistas deslizaron la idea de que podría ser la DEA la que entregó el documento a ciertos círculos de la prensa.

La propuesta fundamental del mismo era que se debía lograr el retiro de Noriega antes de la primera semana de abril de 1988, pero ya con las reformas necesarias para dejar el campo libre a Washington.

La primera etapa del plan debía culminar con elecciones (suficientemente vigiladas y controladas) en 1989. De acuerdo con el esquema trazado, el general Noriega debía dejar la institución militar a cargo de “oficiales con credibilidad y favorables a nosotros (Estados Unidos), quienes trabajarían con un gobierno civil en la planificación de una reforma política constructiva en Panamá” (también por supuesto favorable a las necesidades e intereses de Washington).

En caso de que cualquier “imprevisión” desviara el plan original, había que pensar en una serie de acciones que llevaran “hacia la misma meta”. Justamente para evitar el colapso del plan se recomendaban varias medidas:

- “1. Lograr consenso para llegar a las elecciones de 1989. Para alcanzar ese objetivo hay que iniciar negociaciones secretas con líderes de grupos claves y hacerles conocer solamente la parte esencial del plan”.
- “2. Hacer saber a Noriega la existencia del plan e iniciar al mismo tiempo una presión sostenida que lo obligara a negociar. Es posible que intente ganar tiempo, pero si la presión es constante, llegará a un acuerdo”.
- “3. En condiciones óptimas y luego de que Noriega haya aceptado el retiro, sugerirle que, antes de hacerlo, implemente los primeros pasos de las reformas propuestas por el plan global”.
- “4. Una de esas medidas es un gobierno de transición que debe preparar el país para las elecciones de 1989, con un esquema claro y

detallado. Del Valle puede quedar a cargo de la presidencia pero el gabinete debe cambiar”.

- “5. Realizar elecciones con observadores nuestros y también ajenos”.
- “6. El nuevo gobierno debe tomar el poder ordenadamente y sin estridencias”.

En el plan se preveía también la necesidad de “ajustar” los términos para lograr una unificación general de la oposición panameña, muy difícil, ya que en ésta se jugaban diversos y encontrados intereses.

Para que el plan llegara a un final feliz, el general Noriega debía retirarse de inmediato. “No puede ser más tarde de la primera semana de abril de 1988. Su salida debe ser contemporánea o posterior al cumplimiento de los apartados 1 y 2. Luego de la presión sostenida, desde dentro y desde fuera, para lograrlo, prometer a Noriega impunidad en Estados Unidos y Panamá”.

También se mencionaba la necesidad de remover a lo que llamaban el “grupo de los seis”, un sector de oficiales que conformaban la cúpula del poder de las Fuerzas de Defensa y a quienes Washington consideraba “no confiables o no manejables”.

“El general –decía el documento– no es el único problema ni siquiera el principal. Si Noriega se va y uno de los seis toma las riendas de la situación, las cosas pueden empeorar. Por eso Noriega debe sacar del país a Córdoba (Luis), Del Cid, Madriñán, Trujillo, Benítez, Cleto Hernández, los Pourcell (Alberto y Lorenzo). Su acceso al poder debe ser bloqueado. Deben ser aislados”. Todos ellos eran coroneles y la lista se ampliaría después a otros militares más jóvenes, integrantes del Centro Estratégico Militar (CEM) y a todos aquellos que Washington consideraba “extremadamente nacionalistas”.

Pero como lo señala el periodista Carlos Decker Molina, corresponsal en Suecia de varios periódicos latinoamericanos, quien tuvo acceso al documento aludido, (publicado en *El Periodista*, de Buenos Aires, Argentina, No. 185 de marzo de 1988), lo más difícil era “venderle” el plan a Noriega.

“Si la explicación (del plan) es oportuna y coincide con una serie de hechos que le recuerden que no será fácil mantenerse en el poder, habremos tenido éxito. Por eso, la presión debe ser sostenida y debe venir de todas partes. Recomiendo (aquí usan el singular después de utilizar el plural a lo largo de todo el documento) movernos con rapidez y efectividad, porque me temo que los acontecimientos puedan salir de nuestro control”.

Para presionar sobre Noriega también se trazaron varios planes marcando puntos muy específicos, de acuerdo con el documento.

- “1. David (presumiblemente Miller, consejero de la embajada estadounidense e integrante del equipo filipino) contactará con el presidente Eric Del Valle y le hará conocer la solución panameña (de Estados Unidos) antes del 11 de abril”.
- “2. Néstor Sánchez (ex funcionario de la CIA y asesor del Departamento de Estado en 1987) se entrevistará con Noriega para decirle que ha llegado el momento de la solución política (a la manera estadounidense). Debe ser duro con él, como sólo un buen amigo puede serlo. Néstor debe insistir en lo bueno que esto será para su propia familia y que Estados Unidos debe y quiere ayudarlo” (esto debía ser antes del 10 de abril).
- “3. Estados Unidos ya habló con líderes de El Salvador –especialmente con los generales Mauricio Vargas y Blandón–, de Colombia, Guatemala y Honduras” (se refería a líderes militares).
- “4. Woerner (Frederick, comandante en esa fecha del Comando Sur) pedirá un encuentro con Noriega, pero deben estar presentes Justines (Marcos, jefe del Estado Mayor de las FDP), Pourcell y Castillo (todos coroneles), para que no hayan falsas interpretaciones. El mensaje debe ser terminante. Comunicarle que ha concluido el apoyo del Pentágono y que Estados Unidos tiene una sola política. Ofrecerle apoyo y lealtad si acepta el plan”.
- “5. Si acepta, trabajar con él sobre las primeras reformas y darle importancia”.

“6. La presión no debe cesar: demostraciones callejeras, publicaciones en la prensa norteamericana sobre el tema del narcotráfico, etcétera. Provocar la visita de la Comisión de Derechos Humanos del Congreso de Estados Unidos, que vean a la oposición y a los senadores de la UNADE (entonces la coalición oficialista), campaña en las bases populares. Contactos con la familia de Noriega y amigos y explicarles por qué debe aceptar el arreglo, hablarle del honor familiar, etcétera. Finalmente, aunque no lo último, organizar una campaña dentro de las Fuerzas de Defensa, con los jóvenes reclutas y oficiales, bajo el lema: es tiempo de salvar a tu institución”.

La crisis estalló cuando los enviados chocaron contra las posiciones de Noriega, quien denunció las presiones y advirtió que no se trataba de una acción contra él, sino de la dislocación de todo el proyecto nacionalista trazado por Torrijos. La autodeterminación “no podrá resolverse si Latinoamérica no está detrás con fuerza, para que no se desvíen los pasos hacia la fecha donde Panamá debe asumir la soberanía integral de su territorio”, dijo Noriega entonces.

Sin embargo, ya podía observarse la ambigüedad latinoamericana cuando los gobiernos circunscribieron el problema a las “reglas democráticas”, que en ese caso nada tenían que ver con la realidad democrática de Panamá. Es más, la difusión de los distintos planes estadounidenses sobre las acciones que Washington iba tomando en Panamá para desviar la soberanía estuvieron en los escritorios presidenciales sin que hubiera reacciones autónomas y justas.

CAPÍTULO V

Crónicas de un país sitiado (1988)

En 1988, el escenario armado por Estados Unidos, en sus diversos planes, comenzó a fracasar, mientras la figura fantasma del presidente Eric Arturo Del Valle se desplazaba, desdibujada, entre Miami y Washington. El golpe que intentaron un grupo de oficiales de alto rango, liderados por el entonces jefe de Policía, Leónidas Macías, el 16 de marzo de 1988, terminó en un fracaso, pero por primera vez se había logrado conmover la monolítica institución militar. Mucho más tarde, el jefe del Ejército Sur, Marc Cisneros, confesaría que normalmente se reunía con el grupo de oficiales golpistas. Este año sería clave en muchos aspectos, cuando se intentó poner en práctica el Menú de Panamá. El 13 de marzo, el Partido Revolucionario Democrático (PRD) publicaba en el periódico progubernamental *La República* (pág. 11), un estudio sobre los reales objetivos de Estados Unidos en el país.

Los intereses y objetivos norteamericanos en Panamá⁸

Diez años después de firmar los Tratados Torrijos-Carter, Estados Unidos había reevaluado sus intereses estratégico-militares en Panamá. Ahora su objetivo era asegurar, lo antes posible, la prolongación de la presencia de sus bases y tropas en el territorio panameño más allá del año 2000. Su principal impedimento para este fin era, sin duda, la determinación con la que el pueblo, el gobierno y los militares panameños demandaban que esos acuerdos se cumplieran puntual y escrupulosamente.

De conformidad con los estudios realizados para el planeamiento de la salida de las fuerzas militares norteamericanas del país, ese proceso debía iniciarse a más tardar en 1989. Ese mismo año, el Congreso de Estados Unidos debería empezar a votar las correspondientes partidas presupuestarias. Es decir, cualquier cambio destinado a alcanzar el objetivo de permanecer más tiempo del estipulado en los Tratados del Canal, debía darse entre 1988 y 1989.

Por esta razón, desde fines de 1985, Panamá venía siendo sometida a intensas presiones políticas y económicas para imponerle cambiar la actitud que sostenía. Por la importancia que la concepción geopolítica norteamericana confiere a los intereses y objetivos de Estados Unidos en territorio panameño, era preciso diferenciar entre la retórica “democrática” y de derechos humanos del discurso oficial estadounidense respecto a Panamá, y los verdaderos objetivos e intereses estratégicos de “seguridad nacional” que eran encubiertos con ese discurso.

Para esclarecerlo, conviene puntualizar sumariamente cuál es la importancia de las bases e instalaciones militares que los norteamericanos mantenían en el país. Esto explicaba por qué Estados Unidos

8 Extraído del Documento: “Objetivos Estratégicos de Estados Unidos en Panamá”, Secretaría de Asuntos Internacionales del PRD.

En marzo de 1988 envié a una revista en Argentina una serie de artículos y notas que reflejan la situación que se vivió entonces en Panamá.

identificaba como su objetivo estratégico retenerlas e incluso perfeccionarlas:

a) Isla Galeta:

En la Isla Galeta, o la Isla de las Antenas, se localizaba un centro de comunicaciones electrónicas de mando y control de las fuerzas armadas estadounidenses. En una plataforma submarina, tenían ubicado un centro mundial de espionaje electrónico, que efectuaba operaciones de recolección de inteligencia, descifrado de claves, decepción (engaño), interdicción e interferencia.

Las condiciones geológicas magnéticas especiales del lugar facilitaban las comunicaciones electrónicas. Es el único punto en el mundo con la capacidad de transmitir en baja frecuencia (low frequency) de 300 kilohertz, a 80 pies de sumersión, hacia ambos océanos. Ello posibilitaba las comunicaciones con y entre los submarinos nucleares y convencionales en los dos océanos.

b) Base aérea de Howard:

Es la mayor base aérea de Estados Unidos en el Continente al Sur de la frontera con México. Es capaz de recibir y acomodar todos los sistemas aéreos estratégicos, nucleares y convencionales, tanto del actual inventario norteamericano como de los que están en desarrollo. Cuenta con infraestructura logística con capacidad para apoyar operaciones aéreas prolongadas.

Desde esta base se controlan todas las operaciones aéreas que Estados Unidos realiza sobre el Hemisferio Sur, como punto de mando, control, abastecimiento y reabastecimiento.

c) Fuerte Clayton:

Es la sede del componente de fuerzas del Ejército Sur de Estados Unidos acantonado en territorio panameño. En este Fuerte se pretendía reubicar las fuerzas que se encontraban en otras bases que deberían ser revertidas a Panamá en 1999 por efecto del proceso de ejecución de los Tratados.

d) Fuerte Sherman:

Es el Centro de Entrenamiento en la selva más importante que tiene Estados Unidos. En el mismo se preparan incluso los astronautas norteamericanos. Aquí se entrenan las Fuerzas de Estados Unidos destinadas a participar en la modalidad de guerra denominada “Conflicto de Baja Intensidad” cuyos escenarios vayan a ser selváticos.

En este Centro se reubicarían las fuerzas que se encontraban en el Fuerte Davis, en el Atlántico, el cual revertiría a Panamá por la razón antes señalada.

Por su cercanía a la costa atlántica, al Fuerte Sherman se le puede anexar una base naval de apoyo para la Armada norteamericana, proyecto que estaba en proceso de planificación.

Por aquellos años, las tropas estadounidenses estacionadas en Panamá se calculaban en algo más de 12 mil hombres. Las bases e instalaciones antes señaladas no son todas con las que contaban las fuerzas norteamericanas acantonadas en territorio panameño. Sin embargo, son aquellas que Estados Unidos consideraba esenciales y en las que pretendía permanecer más allá de lo prescrito por los Tratados del Canal.

Estados Unidos alegaba que tan valiosas bases, de quedar supuestamente en manos de los soviéticos, les darían una extraordinaria ventaja sobre los norteamericanos. Esto era inconcebible desde el punto de vista panameño. Panamá siempre había expresado que las únicas fuerzas militares que debía haber en su territorio -y las únicas que habría a partir del año 2000-, eran las Fuerzas de Defensa de Panamá. A éstas, exclusivamente, les correspondería la protección y defensa del Canal, y garantizarían la integridad territorial de la Nación panameña.

De su iniciativa, y como lo hace constar en los Tratados, Panamá había declarado solamente la neutralidad del Canal, para que tanto en tiempo de paz como de guerra, éste permaneciera seguro y abierto al tránsito pacífico de las naves de todas las naciones, en términos de entera igualdad. La presencia de bases y fuerzas militares extranjeras

en el territorio –cualquiera que fuere su procedencia– no sólo sería contrario al estatuto de neutralidad, sino también atentatorio contra la dignidad nacional, la soberanía, y contra la seguridad del país y del Canal, ya que ello convertiría al Istmo de Panamá en blanco de represalias de los adversarios de tales fuerzas.

Por lo tanto, persistían “en rechazar categóricamente las intenciones de cualquier país que pretenda mantener o establecer bases militares en nuestro territorio, al igual que cualquier otra presencia militar que no sea la de las Fuerzas de Defensa de Panamá”.

Otros objetivos de Estados Unidos en Panamá

Prolongar, ampliar y perfeccionar su presencia militar no era el único objetivo perseguido por Estados Unidos en Panamá. Tal como repetidamente lo habían venido denunciando las autoridades panameñas y el Partido Revolucionario Democrático, la administración Reagan había dirigido y coordinado constantes acciones hacia otros fines adicionales. Los principales son los siguientes:

a) Respecto al Canal de Panamá:

Prolongar el control estadounidense sobre el Canal de Panamá. A ello se deben las reiteradas violaciones y entorpecimientos al proceso de ejecución de los Tratados Torrijos-Carter, y su distorsión mediante la llamada Ley 96-70, o Ley Murphy, unilateralmente dictada por el Congreso de Estados Unidos para interpretar a su conveniencia la letra y espíritu de los Tratados, contradiciendo en perjuicio de Panamá los términos pactados, después de que el Senado de ese mismo Congreso los había ratificado.

A este propósito se debe, igualmente, el esfuerzo por mediatizar y minimizar las atribuciones del Administrador del Canal de Panamá a partir de 1990 –año desde el cual ese cargo será desempeñado por un panameño–, transfiriendo al Secretario de la Junta Directiva y al

ingeniero jefe (ambos norteamericanos) las funciones principales del Administrador.

Paralelamente, la administración financiera de la Comisión del Canal había venido instrumentando parte de las presiones económicas contra Panamá, por el expediente de “inflar” gastos de operación a fin de escatimar y reducir importantes ingresos que correspondían al país por el funcionamiento de la vía acuática.

De no lograrse prolongar el control estadounidense de la administración de la vía más allá del año 2000, se proponían entregar a Panamá un Canal con capacidad limitada y cuya vida útil fuera corta. A ello se debía la renuencia en el ensanche de su paso más estrecho (Corte Culebra).

b) Respecto a la soberanía política y económica panameña:

Personeros de la administración Reagan habían realizado representaciones ante las autoridades panameñas, y aplicado diversas formas de presión, para provocar que Panamá abandonara el Grupo de Contadora y las demás iniciativas panameñas en favor de soluciones políticas negociadas para los conflictos centroamericanos. Asimismo, para lograr que Panamá proporcionara facilidades territoriales, logísticas y de entrenamiento para la contra nicaragüense e, incluso, para que fuerzas especiales panameñas fueran utilizadas para efectuar operaciones militares ofensivas contra Nicaragua.

Los mismos personeros habían exigido que Panamá renunciara a su tradición diplomática y política de no alineamiento y neutralidad, sometiéndose a la política regional estadounidense. También habían procurado impedir que el país estableciera relaciones económicas y diplomáticas con todos los países del mundo, como corresponde a su función geográfica, a su tradición cultural, a su concepción política y como es propio de las relaciones contemporáneas.

La negativa a acceder a tales exigencias le había valido a Panamá y a sus principales dirigentes el verse sometidos a una intensa y prolongada campaña de represalias y de desestabilización política, así

como de desprestigio y aislamiento internacional, orquestada a través de medios de comunicación y por medios diplomáticos ante numerosos países del mundo.

A la par, representantes oficiales y agentes norteamericanos, encubiertos, en unión a grupos oligárquicos y derechistas panameños, habían desarrollado intensos y persistentes esfuerzos para fomentar divisiones en el seno de la colectividad nacional y de la coalición de fuerzas políticas y sociales que apoyaban al gobierno y la constitucionalidad. Asimismo, a través de estructuras de fachada, como la llamada “Cruzada Civilista”, habían procurado soliviantar y organizar políticamente a sectores empresariales y de la oposición política para interrumpir el proceso constitucional democrático, impedir la celebración de las elecciones generales de 1989 e instalar un gobierno de facto.

Igualmente, en tanto que desarrollaban intensas presiones económicas en el campo bilateral, las autoridades estadounidenses se habían empeñado en cerrarle a Panamá otras fuentes de financiamiento y mercados internacionales, y en impedir que lograra abrirse a otras alternativas. Para esto, incluso habían recurrido a presiones contra terceros países.

c) Respecto a las fuerzas de defensa de Panamá:

La administración norteamericana había procurado forzar el pase a retiro del Comandante jefe de las Fuerzas de Defensa de Panamá, General Manuel A. Noriega, de la mayor parte de su Estado Mayor y de otros oficiales torrijistas, reconocidamente comprometidos con la defensa de la política nacionalista, independiente, de no alineamiento, neutralidad y apoyo al Grupo de Contadora.

Se quería con ello forzar la instalación de una dirigencia supuestamente “democrática”, “profesional” y “apolítica”, es decir, aislada de la población y destinada a garantizar la imposición de los objetivos estadounidenses en Panamá contra la voluntad popular.

Se quería, igualmente, suspender los programas de desarrollo social y productivo que la Acción Cívica y la fuerza armada paname-

ña realizaba en las áreas rurales marginadas, reorientándolos hacia tareas en servicio de los intereses militares norteamericanos y de la oligarquía terrateniente.

Lo que es más grave, se quería, a la vez, enmarcar a las Fuerzas de Defensa de Panamá en el proyecto intervencionista en Centroamérica, y evitar que prosiguieran su preparación y desarrollo dirigido a asumir la protección y defensa del Canal. Se pretendía argumentar que la fuerza armada panameña no estaba en capacidad de asumir esta misión para justificar la permanencia de las fuerzas norteamericanas en nuestro país.

Para estos propósitos, los mismos agentes, representaciones y presiones habían venido intentando constantemente romper la unidad interna de la institución militar panameña, en la pretensión sediciosa de fomentar supuestas diferenciaciones entre “torrijistas” y “norieguistas” y de procurar traiciones entre sus filas para favorecer al proyecto neocolonista de Estados Unidos.

Requerimientos del proyecto estadounidense

Dado que las exigencias y presiones desarrolladas habían causado importantes daños a la economía nacional y al prestigio del país, pero no habían logrado doblegar a la nación panameña, el cumplimiento de los objetivos norteamericanos exigía derrocar los poderes constitucionales del Estado, interrumpir el proceso democrático e imponer un gobierno de facto que no estuviera sujeto a limitaciones constitucionales, así como eliminar completa y duraderamente las dirigencias políticas del país y el carácter nacional y popular –torrijista– de su fuerza armada.

La retórica supuestamente “democrática” de la administración Reagan no ocultaba la naturaleza real de este proyecto, una vez que sus representantes y agentes se habían empeñado en fomentar, aglutinar y organizar directamente –y de cobijar en Washington, Nueva

York y Miami– un frente social de los grupos económicos y políticos más reaccionarios, y que habían sido sus mismas marionetas los encargados de anunciar con fanfarrias ese plan.

Para cumplir su objetivo, el esquema de gobierno propuesto debía ser dócil a las exigencias estadounidenses y alineado con su política exterior, a la vez que represivo frente a la natural resistencia del pueblo panameño ante semejantes renunciaciones a los atributos de la soberanía y las reivindicaciones nacionales. Se pregonaba que dicho sometimiento neocolonial sería recompensado con pródigas generosidades financieras. Sin embargo, la experiencia de otros países que se habían plegado a parecidas exigencias demostraba exactamente lo contrario: una vez que se entregaban a la voluntad de Estados Unidos, no se precisaba recompensarlos. El imperio contraatacaba.

Otro Vietnam⁹

Una poderosa tenaza de armas y hombres rodeó América latina y el Istmo centroamericano durante la segunda semana de marzo. Las tropas norteamericanas desembarcaron primero en Panamá para un supuesto ejercicio rutinario bautizado con nombre apocalíptico: Total Warrior (Guerrero Total). Horas después llegaban a Honduras 3.200 combatientes de élite “en auxilio de la democracia” de un país virtualmente ocupado por las fuerzas militares norteamericanas desde 1983. Hacia el sur del continente marchaban los soldados británicos para ejecutar las maniobras Fire Focus (Focos de Fuego, otro nombre de inequívocas connotaciones) en las islas Malvinas.

El despliegue simultáneo difícilmente puede atribuirse a una simple coincidencia. Existen documentos que indican que ya en diciembre de 1987 la Casa Blanca sabía, con la suficiente antelación que requieren estos asuntos, que Gran Bretaña realizaría juegos de guerra

⁹ Otro Vietnam: (Nota de la autora publicada en *El Periodista* de Buenos Aires, Argentina, Nro. 185, 23 al 31 de marzo de 1988.)

en las Malvinas. Sería ingenuo, por otro lado, imaginar sorpresas entre tan íntimos aliados de la OTAN. Lo cierto es que el operativo de pinzas dejó bajo el control de Washington y Londres los dos pasos obligados de comunicación entre el Pacífico y el Atlántico.

Cuando se decidió el envío de tropas a Honduras, el vocero del presidente Ronald Reagan, Martín Fitzwater, puso las cosas en su debido lugar. Se trataba de una “señal” dirigida a “los pueblos y gobiernos latinoamericanos”. Una definición nada sutil que el secretario de Estado George Shultz utilizó también para decirle a la Unión Soviética que “éste es nuestro hemisferio, no el suyo”, y que por lo tanto la situación centroamericana no tenía por qué ocupar un lugar prioritario en la agenda de negociaciones entre las dos superpotencias.

La coincidencia de las acciones militares fue aún más sugestiva en el caso de Centroamérica. Las similitudes de las campañas propagandísticas que se abatieron sobre Nicaragua y Panamá en los últimos años no dejaron dudas sobre la unidad de objetivos de la Casa Blanca. Ambas estrategias fueron diseñadas por la Organización de Opinión Pública, creada por el presidente Reagan después de asumir su primer mandato, en 1981, al tiempo que anunciaba un programa destinado a manejar un vecindario que se le escapaba de las manos. Esta oficina –objeto de frecuentes críticas en los medios norteamericanos– debía lograr una propaganda lo suficientemente insistente, no sólo para marcar las líneas generales de la información (lo que debía aparecer) sino para ofrecer la justificación de cada acto de la política exterior de la Casa Blanca. La invasión a Granada en 1983 fue un ejemplo claro de la venta del producto. (El propio Departamento de Defensa de Estados Unidos debió admitir en 1984 que los informes que aparentemente condujeron a la intervención militar en la isla habían sido “exagerados” y “manipulados”. Pero el hecho ya estaba consumado).

Nicaragua: el rayo que no cesa

En el caso nicaragüense, vale la pena recordar que el envío de tropas norteamericanas a la frontera hondureña siguió a tres hechos de enorme impacto para la estrategia de Washington en la región: la derrota política que debió padecer la administración Reagan en el Congreso con el rechazo a la concesión de nuevo fondos para la contra, a principios de febrero; el fracaso de la iniciativa estadounidense en la Comisión de Derechos Humanos de la ONU para lograr una condena a Cuba, el 11 de marzo, y la convocatoria sandinista a un diálogo directo con los contrarrevolucionarios para el 21 de marzo, en Sapoá, con lo que el gobierno nicaragüense volvía a dejar sin excusas a Washington.

El argumento de la “invasión sandinista” a Honduras no es, por otra parte, novedoso. El 4 de marzo de 1986, el coronel Oliver North y el subsecretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos, Elliott Abrams, habían iniciado una campaña para persuadir al presidente hondureño, José Azcona Hoyos, de solicitar ayuda militar ante el avance nicaragüense sobre su territorio. Según relató un artículo del *Miami Herald*, Azcona reconoció entonces que “el asunto no representaba ninguna amenaza para Honduras”.

Sin embargo, Abrams dijo más tarde al Congreso que Azcona había presentado su pedido de ayuda “voluntariamente”. Esto fue desmentido por el ex embajador norteamericano en Tegucigalpa, John Ferch (destituido por sugerencia de Abrams), quien declaró ante una comisión parlamentaria que Azcona había solicitado ayuda militar sólo después de haber sido presionado.

Las razones esgrimidas por Estados Unidos para justificar este nuevo desplazamiento militar se debilitaban, además, si se consideraba que días antes de que se produjera el desembarco de tropas norteamericanas, el presidente nicaragüense Daniel Ortega se había comunicado en dos ocasiones con su colega hondureño para proponerle una reunión urgente, el envío de una comisión mixta para

verificar los hechos *in situ* y un encuentro entre los jefes de ambos ejércitos. Otra alternativa manejada por Ortega era una cumbre de emergencia de los cancilleres de la región, propuesta por el presidente guatemalteco Vinicio Cerezo.

Pero la solución buscada por los propios centroamericanos fue ignorada en Washington. Estados Unidos actuó y el escenario de guerra quedó montado, aun frente al disgusto de importantes voceros políticos norteamericanos, como el presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, Clairborne Pell, quien afirmó que el envío de tropas a Honduras reducía a ese país a la condición de “dependiente de Estados Unidos, lo que representa una amenaza mayor que el sandinismo para su soberanía”.

La reacción en Estados Unidos fue inmediata y contundente. El resurgimiento del síndrome de Vietnam pareció inevitable. El viernes 18 de marzo miles de jóvenes manifestaron en las principales ciudades del país, con un saldo de 400 detenidos, algo que no se recordaba desde los tumultuosos y contestatarios años 0.

Sin embargo, la administración Reagan siguió considerando que el envío de tropas como fórmula de disuasión podría lograr, al menos, dos objetivos: convencer a los parlamentarios más remisos de que reconsideren la cuestión de la ayuda a la contra y cubrir las espaldas de un debilitado Adolfo Carelo para que pudiera negociar con el apoyo de una impresionante retaguardia.

Panamá: las cartas sobre la mesa

La decisión de montar una campaña que lograra revertir los acuerdos Carter-Torrijos se remonta a los primeros tramos de la administración Reagan, inaugurada en enero de 1981, y sus efectos políticos fueron casi inmediatos: la caída, primero, del presidente Arístides Royo, en 1982, y la posterior designación al mando de la Guardia Nacional de un viejo amigo de Washington, el general Rubén Darío

Paredes, encargado, junto con el ex coronel Roberto Díaz Herrera, de diseñar el plan de democratización de Panamá.

El plan corría sobre rieles bien aceitados. En medio del nada disimulado disgusto de las bases del Partido Revolucionario Democrático (PRD), un hombre del Fondo Monetario Internacional y economista de la Escuela de Chicago, Nicolás Arditto Barleta, fue ungido presidente a través de una forzada inclusión en la fórmula de la coalición Unidad Nacional Democrática (UNADE). Sin embargo, la felicidad de Washington no duró mucho. En 1983 el general Manuel Antonio Noriega –un oficial de reconocida y probada lealtad al desaparecido Omar Torrijos– asumía la jefatura de las Fuerzas de Defensa. Y ya en septiembre de 1985 se puso en marcha el primer plan para derrocarlo. Díaz Herrera reconocería, mucho después, que él y Barleta habían preparado el golpe.

En medio de aquellos tumultuosos episodios, Washington organizó a la oposición adicta bajo el manto de una flamante Cruzada Civilista. Se redoblaron, mientras tanto, los esfuerzos de la Organización de la Opinión Pública: ninguna celebridad llegó a ocupar tanto espacio como Panamá y Nicaragua en la prensa norteamericana. Y el plan de desestabilización contra el gobierno panameño era rebautizado con el sugestivo nombre de Menú de Panamá.

A fines de 1986, durante una conferencia dictada en la American University, el ex asesor de Seguridad Nacional Norman Bayley afirmaba que era necesario ejercer presiones “dosificadas” sobre Panamá. Pero advertía que “el gobierno de Estados Unidos no podrá realizar acciones más profundas sobre este país a menos que nuestras cámaras de televisión puedan registrar allí grandes manifestaciones anti-gubernamentales, con muertos y heridos”. Nadie podría reprocharle al personaje en cuestión ignorancia sobre el tema. Bayley es socio del ex director de la CIA William Colby en la compañía Colby, Bayley, Werner y asociados, a la que se alude comúnmente como “un gobierno fantasma”. Como abogado, prestaba sus servicios al ex presidente Eric Arturo Del Valle y colaboraba estrechamente con el mayor diri-

gente de la oposición panameña, el residente en Washington Samuel Lewis Galindo, quien era, a su vez, consuegro de Del Valle.

En junio de 1987, cuando el coronel Díaz Herrera, con un discurso esotérico, desgranó un rosario de acusaciones contra Noriega, parecía haber llegado el momento que esperaba Bayley. Pero también los militares del istmo conocían el plan Menú de Panamá y no permitieron que se sirviera la mesa.

Aunque el plan de junio abortó por apresuramiento, Washington ya estaba públicamente lanzado a la conspiración y el senador Alphonse D'Amato impulsó –a través del ex cónsul panameño en Nueva York, José Blandón– la acusación contra Noriega por narcotráfico. Era el momento de pasar a la ofensiva económica y a ella se sumaron los senadores Jesse Helms, Sam Nunn y Edward Kennedy. El designado para llevarla a la práctica fue el general Earl Cocke, condecorado por sus acciones en Vietnam y experto en guerra económica. “Yo me hago cargo, estrangularé a Panamá en seis meses”, prometió. Y los empresarios panameños, contactados por la embajada de Estados Unidos, actuaron con ejemplar disciplina. Se multiplicaron las manifestaciones callejeras y los paros en el centro bancario. “No hay seguridad en Panamá”, proclamaba Cocke.

El país que en los primeros meses de 1987 era considerado por el FMI como “el segundo de mejor desempeño económico, con una tasa de crecimiento del 4,1 por ciento y brillantes perspectivas para 1988, con un empresario que exhibía “las ganancias más altas de los últimos años”, había ingresado repentinamente en una aguda crisis.

El paso final fue “apretar el cuello” de Panamá. En febrero, mientras el ex presidente Eric Del Valle se asilaba en una base norteamericana del Comando Sur, un juez federal ordenaba, en Estados Unidos, el congelamiento de 300 millones de dólares procedentes de la ayuda exterior a Panamá, depositados en bancos de la Unión. Los abogados del ex secretario de Estado William Rogers –que también representan a Del Valle– solicitaban el embargo de los aviones de la línea panameña y la suspensión de pagos a los barcos con bandera de ese

país. En Panamá, los empresarios iniciaron un paro de actividades por tiempo indeterminado. Se estableció, así, el “sitio de Panamá”, una figura nada retórica si se consideran los cortes de energía eléctrica, la escasez de comida y la ausencia de dinero circulante durante largas y angustiosas jornadas en la capital.

La operación Menú de Panamá –con el plato extra del envío de tropas– quedó bajo el control del “hombre de la contrainsurgencia”, el general Roy Manner.

Bajo la presión económica y militar más fuerte que haya padecido Panamá en su historia, el Departamento de Estado intentó una vez más negociar la renuncia de Noriega. El jefe militar, a sabiendas de que en la propuesta se jugaba también la cabeza de la estructura de las torrijistas Fuerzas de Defensa, respondió que no aceptaba una negociación condicionada de antemano. En las últimas horas del lunes 21 anunció su propósito de retirarse antes de las elecciones –que podrían adelantarse, según se supo, para fines de ese año– dentro del marco de un diálogo nacional y de respeto a la línea de mandos militares.

La propuesta fue rechazada inmediatamente por la administración Reagan, lo que difícilmente pueda haber sorprendido a alguien. Era impensable que Washington aceptara, a estas alturas de los acontecimientos, una solución que contradijera sus planes para Panamá, en tanto no garantizaba la definitiva extinción de la herencia nacionalista de Torrijos en las fuerzas armadas. El Pentágono, mientras tanto, establecía un puente aéreo con la zona del Canal para transportar otros 800 efectivos y pertrechos militares destinados a proteger “vidas y bienes” de los ciudadanos norteamericanos en el área. El conflicto volvía al punto de partida, con una temperatura elevada a la incandescencia.

La premura por derrocar a Noriega y la decisión de apelar a todos los métodos y pagar el precio político, por oneroso que fuera, se explicaba ante todo por la precipitación de los acontecimientos en Nicaragua y la urgencia de la Casa Blanca en afirmar las bases

de una intervención directa contra los sandinistas. Ya lo había dicho Shultz en 1986: “para controlar a Centroamérica, hay que comenzar por controlar a Panamá”.

La agresión económica

En lo económico el impacto había sido más que violento. Los esfuerzos panameños por avanzar socialmente se vieron traumáticamente vulnerados cuando se adoptaron medidas coercitivas a partir del 3 de octubre de 1987, lo que se agravó notablemente cuando el 2 de marzo de 1988 se congelaron los depósitos del Banco Nacional de Panamá en sedes estadounidenses. Posteriormente, el 8 de abril se aplicó al país la Ley de Poderes de Emergencia Económica Internacional, mediante la orden ejecutiva Nro. 12.6353. Todas las medidas aplicadas a Panamá significaban una transgresión de las normas de Derecho Internacional, entre ellas la Carta de las Naciones Unidas, la de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, la de la OEA, así como el Acuerdo General de Aranceles y Comercio, y también las decisiones del Sistema Económico Latinoamericano (SELA).

Entre las medidas coercitivas impuestas por Estados Unidos contra Panamá figuraba el congelamiento de 56 millones de dólares depositados por el Banco Nacional en el Banco de la Reserva Federal estadounidense y otras agencias y la prohibición a los bancos de ese país de efectuar transferencia al Banco Nacional y hacia Panamá.

También se cancelaron los convenios de préstamos y donaciones de la Agencia Internacional para el Desarrollo (AID) y el gobierno estadounidense comenzó las presiones sobre los organismos multilaterales para evitar toda ayuda a Panamá.

Se suspendió el pago convenido en el Tratado del Canal y los fondos fueron depositados en una cuenta bloqueada que, como las otras, dio una buena cantidad de dividendos para Estados Unidos. De la misma manera fueron a parar a estas cuentas bloqueadas las recau-

daciones consulares panameñas en territorio de Estados Unidos, así como todas las sumas adeudadas a Panamá.

Se prohibió a agencias del gobierno estadounidense, así como a empresas de capitales norteamericanos establecidas en Panamá y a los ciudadanos de ese origen, pagar cualquier tipo de impuesto, tributo o derechos, bajo amenaza incluso de encarcelamiento. En cuanto al Comercio Exterior se eliminó la cuota de importación de azúcar y sus derivados (unas 20.300 toneladas asignadas a Panamá). Se retuvo también dinero proveniente de las ventas de azúcar. Se excluyó a Panamá como beneficiario de la Iniciativa de la Cuenca del Caribe y del Sistema Generalizado de Preferencias. Todos los bienes panameños en territorio de Estados Unidos, incluyendo un avión de la línea Air Panamá, fueron secuestrados, no reconociéndose a los funcionarios diplomáticos o consulares de Panamá. Los ciudadanos panameños eran registrados y maltratados en los aeropuertos estadounidenses.

En cuanto a las medidas contra la seguridad comenzaron ininterrumpidamente las maniobras militares de las tropas estadounidenses en territorio panameño.

El impacto de esta agresión fue muy fuerte para Panamá. Entre 1985-1986 y hasta los primeros meses de 1987, la economía creció a una tasa promedio anual de 4.4 por ciento. La pérdida en el crecimiento del Producto Interno Bruto en 1987, a causa de la agresión, se estimó en 2.6 por ciento cuando se esperaba un crecimiento del 5 por ciento. En 1988 el país experimentó un descenso en el valor de la producción de bienes de 17.1 por ciento. Las actividades del sector construcción descendieron en un 60.7 por ciento, en comercio 26.3 y la industria 28.3 por ciento.

El Comercio Exterior se afectó sensiblemente, perdiéndose más de 193 millones de dólares en la generación de divisas. Y los ingresos fiscales retenidos por Estados Unidos sumaron entonces 175.3 millones de dólares. Pero lo más grave es que disminuyó el abastecimiento interno de alimentos, medicamentos y fertilizantes para la

producción agraria. La reducción de las importaciones fue del orden del 35.3. El renglón alimentos decreció 29.2 por ciento.

En el sector bancario la situación llevó incluso al cierre del sistema bancario durante nueve semanas y se redujeron los créditos al sector productivo y de consumo en 518 millones de dólares. La caída en la actividad económica llevó a aumentar drásticamente las cifras del desempleo, habiéndose registrado un incremento en la tasa de desempleo abierto de 11.8 a 16.0 por ciento (125 mil desocupados en un país de dos millones de habitantes), con el agravante de que en la región metropolitana esta tasa varió de un 14 a un 20 por ciento. También resultaron afectados por despidos, disminución de horarios y suspensión temporal de contratos en empresas privadas unas 60 mil personas.

En 1988, después de mantener el nivel más alto de vida de la región centroamericana, el 33.6 por ciento de la población panameña se encontraba en situación de pobreza y la crisis agudizada elevó la proporción anterior a un 40 por ciento. El nivel de bienestar de la población se deterioró notablemente. Hubo escasez de dotación de equipos médicos, material quirúrgico, insumo. Inclusive se llegaron a priorizar los casos de cirugía. Esto en un país que había sido reconocido por la Organización Panamericana de la salud como uno de los más avanzados de la región y de América Latina.

Los programas de Salud y Nutrición Escolar se vieron afectados, deteriorándose la capacidad de las universidades estatales. Se paralizaron los programas de adaptación laboral para la población con impedimentos físicos. Quince mil soluciones habitacionales, así como la producción en cooperativas se vieron paralizadas, al cancelarse la ayuda de la AID. Esto son sólo algunos de los impactos que la agresión económica tuvo sobre el país, sin que América latina diera un sólo paso en favor de una nación hermana sometida a chantaje internacional¹⁰.

10 Todos estos datos fueron proporcionados en el documento "Impacto de la agresión del gobierno de Estados Unidos contra Panamá", (publicado en febrero de 1989, Diario *La República*.)

La opción es entre patria o colonia

Entrevista con el general Manuel Antonio Noriega

El general Noriega fue puesto por Estados Unidos en el ojo de la tormenta. Es un hombre de baja estatura, rostro de facciones de indígena del altiplano, sonrisa franca y mirada escrutadora. Él se jacta de tener ascendentes indígenas y tiene una profunda admiración por el general Torrijos, según confiesa. Conocí a Noriega en 1976, y me pareció desde entonces un hombre muy tímido. Él lo admite. Ahora está enfrentando una situación más que difícil ante la propaganda estadounidense que trata de transformarlo en “un lord de las drogas”.

–General Noriega, usted parece estar colocado en un banquillo de acusado por Estados Unidos, ¿qué piensa de esto?

–Para mí esto es muy simple. No se trata de Noriega en este caso. Antes pasó lo mismo con Torrijos, si no vean las informaciones de los periódicos norteamericanos en tiempos del general. Era un dictador, narcotraficante. Le inventaban historias terribles. Después que lo mataron, se olvidaron de él y las baterías vinieron hacia mí. Lo que en realidad sucede es que falta muy poco para que se comience a cumplir a profundidad el calendario de la descolonización y Estados Unidos no lo acepta. Todo se transforma en una causa compulsiva para ellos. En 1990, en enero, deben comenzar a salir sus tropas de Panamá, las primeras, y no creo que estén muy dispuestos, especialmente porque en Panamá tienen una base para agredir a todos los pueblos de América y el mayor centro de espionaje. No quieren perder ese paraíso, como decía Torrijos. Ellos saben que no podrán lograr ningún arreglo con estas generaciones nacionalistas. Así es que necesitan que no sólo yo, sino todos los hombres de las fuerzas armadas que tengan una idea patriótica, buenos o malos, se vayan ahora, para dejarle el campo libre y volver a gobiernos dóciles y policías coloniales, que es lo que tuvieron hasta 1968.

–¿Existe una agresión de Estados Unidos contra su país en estos momentos?

–Claro que existe, es una agresión económica, política y militar. Estados Unidos ha desconocido todos los derechos de Panamá. El país ha sido sometido a una brutal agresión económica, el bloqueo empezó hace mucho tiempo, creo que desde 1982 comenzaron las maniobras, como la reducción de algunas compras y otras, para aislarnos y amenazarnos. En los tiempos en que funcionó la iniciativa de Contadora, tuvimos que soportar presiones, amenazas indirectas. De todo esto no se ha hablado mucho. En lo político han tratado de degradarnos ante el mundo. Es una acción temible, una gota que trata de horadar la piedra. En lo militar, ya el hecho de que hayan mandado tropas y las grandes maniobras que realizan es una invasión. Violan así todos los compromisos de los Tratados Torrijos-Carter. Es una amenaza militar de hecho. Yo llamo a las maniobras invasión bajo control. Una potencia que posee en otro país sus sistemas de aire, mar y tierra, con una fuerza sofisticada, eso de hecho es una invasión y no tan limitada como muchos dicen. Nos quieren aislar y bloquear como lo han hecho con Cuba antes, con Nicaragua después. Es la misma táctica y los mismos fines, dominar, colonizar, impedir que se actúe y se piense con independencia. A nosotros no nos perdonan que seamos un país pequeño y orgulloso, que tengamos una posición internacional independiente, que seamos panameños y no colonizados.

–General, ¿cómo comenzó esta acción contra usted?

–Yo digo que esto comenzó, así tan abiertamente, el 12 de diciembre de 1985. Fue cuando ellos mandaron al que yo llamo enviado de Leviatán, al ex almirante John Poindexter. El vino como enviado del presidente Reagan a solicitarme, nada menos, que los apoyara en una intervención en Nicaragua. Me pidió que enviara a nuestras fuerzas especiales para ir a hacer terrorismo en Nicaragua, porque los contras “no servían para nada”. Así lo dijo él. Entonces yo me negué y él se puso furioso. Yo no podía meter a Panamá en ese problema contra

un pueblo hermano que no estaba haciendo nada contra nosotros. Al salir me gritó, con la cara roja por la furia: “General, aténgase a las consecuencias”. Me imagino que para él la indignación habrá sido doble. Le estaba diciendo que no el comandante de un país pequeño y convertido en una semicolonias. Les estaba diciendo que no un hombre de cara indígena y de un país que ellos han considerado su colonia. Desde 1986, y yo tengo todos los datos, ellos pagaron la orden a periodistas para que me atacaran. Si soy narcotraficante que pongan las pruebas en público. Que las exhiban. Ellos tienen en sus manos todos los medios de desinformación. Pero a mí no me persiguen por las drogas sino por el nacionalismo, como persiguen a Panamá por su Canal y su posición geográfica. Yo sólo soy un chivo expiatorio, lo que ellos quieren en realidad es destruir el ejército nacionalista, a los nacionalistas y torrijistas, para poner un gobierno dócil con el cual pactar su no salida de Panamá en el año 2000. Yo soy sólo su excusa.

—¿Cuál fue su relación con el general Torrijos? Tengo entendido que él le llamaba “el hombre de la lealtad”.

—Sí, así fue. Yo conocí a Torrijos, cuando llegué como militar ingeniero, recibido en la escuela militar de Perú. Fue por 1962. Él era el mayor Torrijos entonces. Un hombre muy especial. Fue en Colón, esa ciudad con tanta historia y con tanta miseria. Entonces éramos la Guardia Nacional, al servicio de la oligarquía que dominaba el poder. Aquí todo lo resolvían las clases altas. Ellas estaban unidas por un cordón umbilical a Estados Unidos. Eran el gobierno colonial que los norteamericanos necesitaban. Así es que Torrijos tenía una relación especial con el pueblo. Era un hombre sensible. Hay infinidad de anécdotas que podría contar. Ya se veía entonces su nacionalismo y su desagrado por la forma como nos utilizaban para reprimir al pueblo. La oligarquía panameña siempre estuvo contra el pueblo y en favor de los gringos. Es gringuera por naturaleza y por subsistencia. Así es que desde entonces conformé el equipo cercano que Torrijos fue preparando. Después lo acompañé en el golpe de 1968 y él me envió a Chiriquí.

–¿Qué hizo usted cuando a Torrijos le dieron el golpe en 1969?

–Bueno, aquel fue un momento muy especial. El 16 de diciembre fue el retorno, el golpe fue el 15, cuando recibí una llamada desde México. Era Torrijos que había viajado hacia allá y me dijo: “Noriega, ¿sabes que esos desgraciados me han tumbado?”. Sorprendido le pregunté desde dónde hablaba. “De México”, me dijo. Entonces por instinto le respondí: no hable más y véngase para acá. Yo ya en Chiriquí había estado tomando contacto con los dirigentes sindicales como él me había pedido y también con los dirigentes indígenas. Ellos entonces me ayudaron en el plan que hicimos. Desde ese momento no le respondí ninguna llamada a Torrijos para que los golpistas no nos ubicaran en lo que estábamos haciendo. Así es que cuando al fin dijo que llegaba ya teníamos todo listo. Llamé a los soldados y les dije que el que quisiera irse se fuera. Ninguno se movió. Iluminamos la pista de David con antorchas y faros de automóvil y así llegó Torrijos. En cuanto se bajó le dije yo que el Batallón 470 del ejército norteamericano había tramado el golpe. Todavía hoy siguen preparando golpes contra nosotros. Él me dijo entonces que yo era el hombre de la lealtad. Después fui su jefe de seguridad.

–¿Por qué Estados Unidos se confronta con los militares panameños?

–En realidad ellos se confrontan contra cualquier militar nacionalista. No les importa si un militar es un dictador o si persigue a su pueblo. Eso no les importa, pero si alguien piensa con patriotismo, eso ya les molesta. Si yo fuera su obediente esclavo, aunque fuera el mayor narcotraficante del mundo no les importaría. Si yo fuera un asesino de mi pueblo, pero les obedeciera servilmente, tampoco les importaría. Lo que persiguen de nosotros es una manera propia de pensar. El cambio más profundo que produjo el torrijismo fue justamente el haber logrado un matrimonio entre las Fuerzas de Defensa y el pueblo. Eso es lo que no nos perdonan. Así es que ellos quisieran destruir a nuestro ejército, que no quedara nada en pie. Nosotros tenemos una Teoría de Seguridad que tiene que ver con la soberanía,

la integridad y el desarrollo. Ellos prefieren a quienes asumen su propia teoría de seguridad, la de Estados Unidos. Hay que recordar que Washington estaba acostumbrado a poner y sacar presidentes, vigilaban los procesos electorales, aquí venían sus propias tropas cuando la oligarquía los llamaba para apoyar a un presidente. Antes de que Torrijos tomara el poder la Chiriquí Land Company tenía más poder que cualquier panameño. Ellos mandaban llamar a la Guardia Nacional ante cualquier problema con los obreros. Era como una tropa a su servicio para controlar, según ellos, a los enemigos comunistas, es decir los pobres obreros de las bananeras. Según ellos, democracia era lo que decía la United Brand, la “mamita yunai”.

–General Noriega, ¿cómo ve el futuro de su país?

–Veo que ellos no están dispuestos a perder este paraíso desde donde pueden desestabilizar a toda América latina, destruir cualquier gobierno que no les obedezca. Ellos, Estados Unidos, tienen claro que ha comenzado el calendario de la descolonización y han tratado de negociar con nosotros esa descolonización, que en nuestro caso es un proceso irreversible. A mí no me perdonan muchas cosas, ni que yo fuera quien tuvo que decidir cerrar la Escuela de las Américas, ni que me negara a ayudar contra Nicaragua. Ellos creyeron que eso de la descolonización no era serio para nosotros. Pensaron: “esos panameños se manejan fácilmente con la mentalidad del colonizador. Por ejemplo, el Comando Sur es un centro de agresión para toda América Latina y que yo lo diga es un cambio en la historia de ellos. Ahora tratan de poner un gobierno dócil, es una hipocresía absoluta que hablen de democracia, una democracia como las que ellos quieren para hacer de la fuerza el instrumento de su política. Aquí iban a cambiar muchas cosas. Ya no podrán tener un administrador propio que les cubra las cuentas de la guerra sucia que pasaban y pasan por la administración del Canal, que no está sometida a vigilancia federal. Por ahí pasó todo el dinero sucio de ellos. Hay quienes dicen que con la soberanía no se come. Ellos ponen en las mentes esas frases para que nosotros tengamos miedo de ser soberanos. Por eso borrarón la

verdadera historia nacional de las aulas y transformaron en 1904 el ejército nacional en una policía colonial desarmada. Eso es lo que quieren para Panamá. Yo siempre me pregunto, ¿qué clase de democracia pueden ofrecer aquí los que sufren de impotencia patriótica? No se puede ser demócrata y esclavo a la vez. Si yo hubiera decidido entregarme a sus órdenes, darles el Canal, extender por 99 años su presencia militar no sería un narcotraficante sino un héroe. Por eso yo digo que en Panamá el dilema no es una falsa democratización, el dilema que se plantea ahora y en el futuro es ser patria soberana o colonia. No hay otra opción.

CAPÍTULO VI

El asedio sobre Panamá

En 1989 comenzaría a aplicarse sobre Panamá el nuevo proyecto de los republicanos para la década del '90. La propuesta número 10 del documento *Una estrategia para la década de los '90 (Santa Fe II)*, diseñaba con precisión el plan trazado por Washington con respecto a Panamá.

Propuesta número 10

La expulsión de Noriega y la celebración de elecciones no serán suficientes para instaurar un régimen democrático en Panamá. Estados Unidos tendrá que centrar su atención en la gran variedad de asuntos del régimen democrático: la reforma de las Fuerzas de Defensa de Panamá, el apoyo al sistema judicial independiente y la restauración de la economía, serán cuestiones fundamentales.

Ahora es cuando el régimen de Panamá está en crisis. Durante 20 años, la vivacidad democrática natural y algo desorganizada del país fue sofocada por una dictadura militar pseudo populista. La administración Carter depositó todas sus esperanzas en forjar una alianza

con un régimen corrupto, al cual creyó estable, firmando los dos Tratados del Canal que le concedían a Panamá el control de esa vital vía marítima para finales de siglo.

Ahora todos comprendemos lo iluso que fue Carter. No obstante la administración Reagan sólo ha podido hacer una nueva política panameña a tontas y a locas, centrándose casi exclusivamente en liberar al país de un individuo, su hombre fuerte, el general Manuel Antonio Noriega. Pero el derrocamiento del dictador no resuelve los problemas de Panamá, ni prepara el camino para una sólida asociación norteamericano-panameña.

Además de esto, Estados Unidos y Panamá, una vez que el régimen democrático esté en el poder, debe comenzar a planificar con seriedad el control adecuado del Canal, que pronto necesita una reparación grande y costosa. Al mismo tiempo se deben iniciar conversaciones sobre la verdadera defensa del Canal, después del año 2000. Estas conversaciones deben incluir la retención por parte de Estados Unidos de instalaciones limitadas en Panamá, principalmente la Base Aérea de Howard y la estación naval de Rodman, para la adecuada proyección de fuerzas en todo el hemisferio occidental.

Estas cuestiones no se han abordado aún, lo cual se deberá hacer para principios de la década del 90, si es que queremos garantizar los intereses nacionales tanto de Estados Unidos, como de Panamá en el próximo siglo. (Fragmento sobre Panamá del *Documento Santa Fe II*).

Esto se difundió por distintos medios en el país y alertó a los panameños sobre el desencadenamiento de un asedio o cerco de propaganda y presiones, que ciertamente se profundizaron a partir de enero de 1989.

Las elecciones: un modelo de intervención

A finales de 1988, la Cruzada se habla convertido en una alianza electoral que en 1989 tomaría el nombre de Alianza Democrática de

Oposición (ADO), y luego se transformaría en ADOC, agregándole el término “civilista”. La Casa Blanca dio luz verde al nuevo plan, pero con la consigna de adelantarse y anunciar anticipadamente un fraude electoral en los comicios convocados por el gobierno para el 7 de mayo de 1989. En tanto, la campaña de prensa debía ser tan activa que no quedaran dudas en ningún lugar del mundo sobre las posibilidades de un fraude en Panamá.

La campaña externa contra Noriega habla alcanzado su clímax. Tal como lo había anunciado desde el Documento de Santa Fe I, Washington se lanzó a la tarea de controlar la información a nivel mundial. Después de la llegada de Ronald Reagan al poder en 1981, el avance en este campo fue impresionante. “Uno de los grandes actores en esta crisis ha sido los medios de comunicación norteamericanos. Se trata de un aparato impresionante: 1.700 diarios, 11.000 revistas, 9.000 estaciones de radio y 11.000 estaciones de televisión. Fueron ellos los que señalaron la manera acerca de cómo enfocar la crisis panameña, y su influencia en ese 80 por ciento que apoyó la invasión (en Estados Unidos) debe haber sido importante, aunque no crucial. Desde la entrada de Reagan al poder en 1980, las empresas informativas se han ido concentrando progresivamente en manos de unos pocos, y a una velocidad impresionante. Las ganancias extraordinarias de todo tipo de empresas (radio, TV, cine, diarios, revistas) han atraído el interés de las grandes corporaciones en una década en que el consumo (más que la producción) ha caracterizado a la economía norteamericana. Hoy en día, poco más de veinte corporaciones controlan 25 mil empresas de comunicación y se calcula que, de continuar esta tendencia, para 1994 quedarán sólo diez. Según un estudio de Ben Hagdikian, la unanimidad de voces resulta también del control informativo de la noticia por las grandes corporaciones, la mayoría de ellas republicanas fervientes y, ellas sí, interesadas en los asuntos mundiales”, según Francisco Durán.¹¹

11 “Teología de la invasión”, DURAN Francisco, investigador del Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo (DESCO), de Lima, Perú, publicado en la revista

Duran se refiere al caso de la invasión militar, pero una invasión era todo lo que sucedió con anterioridad. Políticos panameños denunciaron en 1986 que Washington había autorizado una orden secreta para que hombres de inteligencia, alrededor de 50 mil –se decía–, “salieran al mundo” infiltrándose como periodistas. Ellos trabajaron lo suficiente para quebrar un frente que había sido muy difícil hasta entonces para Estados Unidos. Uno de los mayores problemas del esquema de la desinformación era que existían sutiles diferencias en los puntos de vista con que la prensa europea manejaba la noticia. A veces resultaba abiertamente contrastante con la información pública de Estados Unidos.

Quienes vivimos la experiencia diaria en Centroamérica en la década del ‘80, pudimos seguir de cerca el laboratorio armado por Washington en el tema de la desinformación.

En Panamá se continuó un modelo sutil que había comenzado en Nicaragua, donde Washington logró introducir en agencias europeas a periodistas previamente conectados con la inteligencia estadounidense. Muchos hombres de prensa leales a la veracidad informativa fueron desplazados de agencias europeas en ambos países.

La desinformación sobre Panamá tuvo mayor éxito y se dio una mayor coherencia entre Estados Unidos y Europa. Había que golpear a un personaje que “daba la talla”. Tenía aspecto indígena, lo cual ya era un pecado capital en los renovados conceptos colonialistas de la “nueva Europa”.

A finales de 1988, Washington tenía en claro que la oposición panameña no se transformaría nunca en una contra beligerante. Aun así a lo largo de ese año había prosperado la idea de que se podría montar una operación armada, lo que llevó a la movilización y reclutamiento de los contras nicaragüenses en camino a la desocupación. De esta idea nacería la nueva novela que se tejió en el Caribe: en Antigua y Barbudas, con la implicación de los mercenarios israelíes dis-

puestos a entrenar en el pequeño país a la futura “oposición armada panameña”. Una historia que no tiene nada que envidiar al Irangate.

En enero de 1989 comenzó la tarea de apoyo a la ADOC, con profusas declaraciones de funcionarios estadounidenses sobre un supuesto fraude que se estaba preparando en Panamá para dar el triunfo a la progubernamental coalición (COLINA). Mucho tiempo después, el 10 de mayo de 1989, *U.S. News World Report* informó que precisamente en el mes de febrero el presidente George Bush había autorizado, mediante una “orden ejecutiva secreta”, 18 millones de dólares para que la CIA lo entregara directamente a ADOC. Washington logró apoyos para su esquema preelectoral en Panamá de la Fundación Konrad Adenauer, de Alemania y de algunos partidos demócratas cristianos de la región, como los de El Salvador y Venezuela, donde también cooperó Acción Democrática, bajo la orientación del presidente Carlos Andrés Pérez, tal y como lo denunció en su momento el PRD.

La campaña de Washington se montó también sobre la grave situación económica por la que atravesaba Panamá, a causa del bloqueo impuesto por Estados Unidos. Sin embargo en los periódicos estadounidenses esa situación era acusada al “desgobierno” panameño. Sin tratar de minimizar los errores de las autoridades panameñas durante la campaña, lo cierto es que estos no fueron decisivos, e incluso la mayor virtud de la propaganda oficial (su posición en favor de la soberanía irrestricta del país para el año 2000) era, precisamente, lo que más caro se estaba pagando.

El bloqueo se profundizó hasta llegar al congelamiento de fondos y transferencias de bienes y la prohibición de cualquier tipo de pago al gobierno panameño.

Los fondos congelados a Panamá fueron utilizados para abrir tres cuentas en el Banco de la Reserva Federal (informe del 27 de julio de 1989). Una de ellas, de diez millones de dólares se destinó a financiar las operaciones del ex presidente Del Valle en Estados Unidos. Un tiempo después la oficina de Contabilidad dijo al Congreso estadou-

nidense que por lo menos un millón de dólares fueron retirados por Del Valle y sus asistentes “y no existe certeza de en qué fueron utilizados”. (Informe presentado por el PRD, en agosto de 1989, con la copia de los documentos citados).

De esta manera se derivaron diversos fondos extraordinarios para la campaña electoral de 1989, en función de dar un vuelco a la misma por la vía que fuera necesaria. Esto, combinado con la asfixia económica al país, era una reunión de buenos elementos como para influir poderosamente en el proceso. Por otra parte, tanto John Maisto como otros funcionarios, dejaban entender que si ganaba ADOC Estados Unidos enviaría cuantiosos fondos y retornaría la cooperación. El plan se llamaba “poner el conejo hambriento en una jaula y colocarle una zanahoria por delante”.

A esto se agregaba la llegada de fuerzas militares especiales que estaban en el país desde abril de 1988. Era una situación amenazante. Los militares estadounidenses se involucraron también en la campaña y llegaron a detener al candidato oficialista en una carretera arrebatándole la bandera panameña.

El presidente Bush estaba particularmente activo en este período y afirmaba que su gobierno no reconocería a ningún presidente panameño si COLINA triunfaba en las elecciones. Ante esta situación varios funcionarios del gobierno, incluyendo al entonces presidente Solís Palma, algunos dirigentes del Partido Revolucionario Democrático y un grupo de oficiales jóvenes advertían sobre la necesidad de detener los comicios debido a la evidente injerencia externa. Pero muchos pensaron que no hubieran encontrado apoyo en una comunidad internacional indiferente al drama que se vivía en Panamá.

El chantaje electoral se transformó así en una “norma”, como antes la compra de votos habla sido un estilo de la “democracia”. “Primero se nos acosó por hambre y yo me preguntaba, ¿Cuántas familias no hubieran aceptado cien dólares por dar de comer a sus hijos? ¿Cuánta fuerza se necesita para elegir entre la muerte y una vida sumisa? Pocas veces en nuestra historia habíamos asistido a un chantaje de

esta naturaleza mientras América latina no daba un solo paso para detener la infamia”, diría el escritor José de Jesús Martínez.

Por su parte, el periodista y catedrático, Gregorio Selser, en un análisis de la situación panameña publicado en *Página 12* (Buenos Aires, Argentina, 14 de mayo de 1989), escribía:

“El fraude más escandaloso en la historia de Panamá, ya se había perpetrado en las semanas y meses previos y su principal gestor y ejecutor era la mayor potencia del orbe: Estados Unidos. Lo que puede haber pasado con las actas en las mesas y las actas en los circuitos, resulta irrelevante y anecdótico frente a la manipulación de los cerebros y la conciencia del electorado por la maquinaria operativa previa, en el orden interno y por la organización de los medios de comunicación masiva de Estados Unidos para lo doméstico y lo internacional”.

Las irregularidades más evidentes fueron la compra de votos por la ADOC, en una campaña que abarcó a todo el país; también funcionó el soborno de fiscales y la toma de los centros de votación por la ADOC. El gobierno había dispuesto muy escasa vigilancia para evitar que los observadores, en su mayoría proclive a Estados Unidos, objetaran que los comicios estaban militarizados.

Pero era evidente que en cualquier lugar del mundo el hecho de que uno de los contrincantes en un proceso electoral se tomara masivamente los centros de votación hubiera bastado para ordenar una suspensión de los comicios. Los simpatizantes de ADOC buscaron el choque desde las primeras horas de la madrugada cuando comenzaron a congregarse en los centros de votación. En esos días fuimos testigos de una de las experiencias más dramáticas y aleccionadoras de cuál era la clase de “democracia” aceptable para Washington.

Era también evidente la acción de muchos hombres de prensa. El enviado de Radio Impacto de Costa Rica, emisora a la que se atribuye una financiación de la CIA, adelantaba una imagen catastrófica inexistente, y hablaba de que se había cerrado el Puente de las Américas y de cien muertos en todo el país. Y esto lo hacía ante asombrados corresponsales extranjeros, en la sala oficial de prensa. Cuando ya los

comicios se habían cerrado, el mismo corresponsal hizo una transmisión especial para hablar de columnas de humo de los gases lacrimógenos”, que se levantaban desde los centros de votación. En realidad, el humo era el que producía la quema de las boletas, después de que éstas quedaran asentadas en las planillas de cada partido, como indica la ley electoral panameña.

Los observadores coincidieron en su afirmación de que se trataba de comicios normales y tranquilos. Por su parte, los “observadores ilegales”, no invitados, pero que el presidente Bush envió y que ingresaron sin visa al país por las bases militares estadounidenses, habían montado su propio centro de cómputos. Ellos estaban presididos por los senadores Bob Graham y Connie Mack, activos militantes de la desestabilización de Panamá. Desde el Comando Sur, donde tenían establecida su base de operaciones, ofrecían conferencias, e incluso, adelantaron los resultados de la votación.

El final del acto electoral significó un momento muy especial para la oposición. Algunos fiscales gubernamentales fueron sacados en vilo de los centros de votación, otros confesaron que bajo la amenazante presencia opositora firmaron actas sin confirmar los datos. La Iglesia Católica, que en su alta jerarquía se había transformado en el brazo religioso de ADOC, distribuyó equipos de fax hasta en las más humildes parroquias del interior.

La acción final de la ADOC fue la de no entregar sus actas al Centro de Computación de votos. Era imposible de esta manera dar a conocer los resultados. El ex presidente James Carter, quien presidía un grupo de observadores, llegó en varias ocasiones al Centro de Convenciones Atlapa, el edificio donde estaba la junta Electoral. El 8 de mayo, al atardecer, intentó entrar hasta el mismo recinto, pero se le advirtió que en cualquier lugar del mundo eso está legalmente prohibido. Carter se enfadó y se fue al otro día, pero nunca declaró que la oposición se había guardado las actas y en el tercer día sólo habían llegado al lugar 200 de las tres mil que debían estar allí. Para el gobierno panameño se transformó en un callejón sin salida. El 10 de mayo,

al anochecer, los comicios fueron anulados por la Junta Electoral. Habría que preguntarse cuántos periodistas informaron al mundo sobre esta situación con veracidad.

La camisa ensangrentada de Guillermo Ford

Una vez anuladas las elecciones se produjo el famoso incidente que fue manipulado también informativamente, cuando una manifestación de la ADOC se enfrentó con grupos progubernamentales. Los hombres de la ADOC eligieron para realizar un mitin el barrio humilde de Santa Ana. Unas horas antes camarógrafos del Comando Sur, disfrazados de civiles, estaban ya en el lugar, como esperando alguna acción sin duda previamente montada. También el canal 4 de televisión.

Lo cierto es que el enfrentamiento entre ambos grupos fue muy fuerte. Por supuesto que las cámaras captaron a las “figuras” como el actual presidente Guillermo Endara y también al vicepresidente Guillermo Ford, ambos golpeados durante los incidentes que todos lamentamos. Uno de los jefes de la escolta de Ford, Alexis Guerra, era a la vez miembro de la seguridad de la embajada de Estados Unidos. Fue precisamente Guerra quien en el marco de la confusión disparó su ametralladora alcanzando a varios militares panameños que estaban en el lugar. A su vez, uno de ellos respondió los disparos, hiriendo a Guerra de muerte. La sangre del escolta que estaba de pie sobre la camioneta cayó sobre Ford. Era la fotografía que Bush necesitaba y recorrió el mundo. Ford no tenía ninguna herida cortante, pese a los golpes que recibió. En cambio Endara resultó golpeado en la cabeza por una piedra.

Pero ningún camarógrafo filmó las víctimas del otro bando y sólo quedaron registradas las escenas donde aparecían los hombres de la ADOC. Fue un plato servido a la mesa de Bush. Estas anécdotas son contadas solamente para que se pueda analizar el contexto de las elecciones panameñas dentro de un esquema de “democracia de la guerra sucia” que Washington se empeñó en llevar a Panamá.

El Pentágono en acción

Sin embargo hubo otro incidente que es necesario tener en cuenta en la investigación. El 5 de abril, casi un mes antes de que se realizaran las elecciones, la seguridad panameña descubrió y desmanteló una oficina clandestina donde estaban instaladas redes de radio y televisión, las que debían transmitir programas previamente grabados durante el proceso electoral. Fue detenido entonces Frederick Musse, estadounidense, al cual se le encontraron documentos que demostraban su relación con la inteligencia del Comando Sur. Musse tenía en su poder no sólo los sofisticados aparatos, sino también videos y grabaciones destinados a crear confusión, pánico y un estado de guerra durante los comicios. Por supuesto, en ellos se sustentaba el fraude.

El gobierno panameño denunció los hechos a nivel internacional y el fiscal, Mario Ballesteros, confirmó que Musse tenía una credencial del ejército estadounidense y una serie de cartas para operar en el país. Uno de los casetes en su poder especificaba (un mes antes) que la Cruzada Civilista iba ganando y se llamaba a la insurrección, que por supuesto sería apoyada por Estados Unidos. El Comando Sur negó toda vinculación con el detenido.

Sin embargo, el rescate de Musse fue la primera operación comando del Pentágono, cuando Estados Unidos invadió Panamá. Según una crónica de *Newsweek* (junio de 1990), el general Lyn Moore relató aquella operación dirigida contra la cárcel de El Renacer, en la madrugada del 20 de diciembre de 1989. Un helicóptero expedicionario OH-58 estaba listo para el rescate de 64 prisioneros, entre ellos dos estadounidenses. “Uno de ellos –dijo Moore– había sido detenido cuando estaba montando una red clandestina durante las elecciones. Durante nueve días los paracaidistas habían ensayado el ataque. Un helicóptero Cobra, con cañones de 20 mm reventó la caseta de seguridad de la cárcel El Renacer”. Según el relato de Moore, “un barco atracó cerca con dos helicópteros UH1, realizando un viraje escarpado de 180 grados. Los helicópteros aterrizaron en la cancha

de básquet de la prisión, mientras dejaban caer por lo menos 20 paracaidistas que abrieron una lluvia de fuego contra la pequeña guardia”.

De acuerdo con Moore, las unidades avanzaron volando puertas con poderosos explosivos y se dirigieron a la celda donde estaba Musse, cuyo camino tenían diseñado a la perfección. Musse –dice Moore– oyó las explosiones y una voz que le gritaba en inglés “quédate acostado que vamos a subir al techo”. Casi enseguida aparecieron los comandos que lo sacaron de la celda para subir al techo donde lo esperaba un pequeño helicóptero (avispa). Pero los militares panameños hicieron saltar el aparato en pedazos y entonces los comandos debieron arrojarse a la calle en un perímetro donde estaban los hombres de la Delta Force y un blindado llegó a rescatarlos. ¿Hubiera realizado esta peligrosa acción comando el ejército de Estados Unidos si no se tratara de un hombre importante en sus filas? Esto vino a demostrar que Washington había mentido una vez más cuando informó al mundo que Musse era un “pacífico ciudadano estadounidense detenido por las hordas de Noriega”. Todo demuestra los planes estadounidenses para Panamá y evidentemente esperaban utilizar el proceso electoral, con la posibilidad de organizar en alianza con la ADOC una invasión en esos días, tras el supuesto de que se había realizado un fraude y creando una serie de provocaciones en todo el país. Esto fue señalado por la seguridad panameña al analizar los entretelones del involucramiento estadounidense en las elecciones de mayo de 1989. Algo para no olvidar en América latina.

Panamá: Un país en tensión

Al finalizar agosto de 1989, la situación se deterioró violentamente. El presidente Bush se atribuyó el derecho a secuestrar a un ciudadano de otro país, mientras que el subsecretario de Estado Lawrence Eagleburger amenazó con invadir Panamá en el marco de una reunión de consulta de la OEA el 24 de ese mes.

Eagleburger había anunciado previamente que presentaría pruebas contra Noriega durante esa reunión extraordinaria, respondiendo a la exhortación del enviado panameño Rómulo Escobar Bethancourt, quien desafió al gobierno de Washington a entregar los elementos que probaran las acusaciones de narcotráfico contra el militar panameño.

La sesión estuvo rodeada de expectativas diversas, pero todo se diluyó ante la deshilvanada exposición de Eagleburger, quien aduciendo razones de “seguridad” (para su país) no entregó ningún tipo de pruebas. Fue un escándalo semioculto también por la prensa del mundo.

Eagleburger se dedicó a leer un documento no oficial, que supuestamente contenía una relación detallada de la fortuna personal de Noriega, que según esos datos se elevaba a 300 millones de dólares. Este había sido entregado por los exiliados panameños en Venezuela y era sólo una lista de suposiciones. Aunque para Washington aquella hubiera sido una oportunidad única de presentar ante los delegados de los países latinoamericanos las pruebas contra Noriega, Eagleburger adujo también que Estados Unidos “no necesitaba hacerlo públicamente”. Y muchos analistas se preguntaron si el hecho de que pudiera verse “afectada” la seguridad estadounidense no era un reconocimiento del involucramiento de algunos funcionarios de Washington en negocios sucios en la región centroamericana.

También por esos días el senador Philip Crane, apoyado por instituciones civiles creadas en 1977 para “retomar el Canal”, presentó un proyecto destinado a abrogar los Tratados Torrijos-Carter. Sus compañeros, John Murtha, Larry Smith, Bob Graham y John McCain, mencionaron ya la opción militar en Panamá. Ellos dijeron a varios medios informativos en su país que esto había sido previamente hablado con Bush. Añadieron que se trataba de “lograr que América latina se uniera en la reprobación contra Noriega y desarrollar el consenso bipartidista para preparar opciones precisas”.

Pero en Washington también la situación de Noriega creaba muchas contradicciones, entre ellas estaba la pregunta que muchos se

hacían sobre los vínculos cercanos de la DEA con Noriega. Otro tema que creó controversias fue el mencionado plan El Menú de Panamá, mediante el cual se ofreció a Noriega impunidad y acceso a todos sus bienes si dejaba el poder, pero desmantelando el aparato torrijista. Si Noriega era una narcotraficante tan temible, ¿por qué negociar con él en estos términos?, se preguntaban.

El analista Alan Deshorvitz (Citado por *Estrella de Panamá*, agosto de 1989) mencionaba esta situación, señalando además que el único testimonio con que contaba Estados Unidos era el del convicto Ramón Millán Rodríguez, quien tenía la posibilidad de canjear una larga condena si declaraba contra Noriega. Deshorvitz decía: “Como se trata de una acusación que no ha sido probada, de acuerdo con las leyes norteamericanas, en ese caso el acusado es inocente. Además se mencionaba que Millán Rodríguez había sido detenido por un aviso de Noriega a la DEA. También se objetaba el testimonio de José Blandón, ex cónsul de Panamá que desertó asilándose en Washington.

Mientras esto sucedía, obstaculizando el intento de la OEA por lograr una solución pacífica en el país, el gobierno de Panamá se encontró en septiembre ante la posibilidad de un vacío de poder, ya que terminaba el mandato de la Asamblea para el presidente Manuel Solís Palma. Se intentó crear un gobierno de coalición con la oposición, que ésta no aceptó ante las presiones de Estados Unidos.

El 31 de agosto el gobierno reunió al Consejo de Estado y éste decidió nombrar como presidente provisional a Francisco Rodríguez, quien hasta ese momento había manejado con eficiencia la Contraloría General de la República. Al fundamentar su decisión, el Consejo recordó que “el país ha sufrido durante los dos últimos años la más despiadada, brutal e inmisericorde agresión por parte de Estados Unidos”.

En un principio, Washington habló de rompimiento de relaciones con Panamá. Pero en realidad el gobierno estadounidense nunca había reconocido a Solís Palma, así que se resolvió prolongar esta situación “de hecho”.

El golpe del 3 de octubre

Durante la madrugada del 3 de octubre, un grupo de hombres, entre ellos dos estadounidenses, llegaron hasta un lujoso edificio en la zona bancaria de Panamá, en donde estaba ayunando Guillermo Endara –desde el 19 de septiembre– en protesta contra el gobierno.

El grupo tenía la misión de convencer a Endara de que debía suspender el ayuno. ¿Qué le dijeron? Muy pocos los sabían, pero en las primeras horas de la mañana todo estaba muy claro. Se trataba de “resguardar” al actual presidente, ya que se había tramado un golpe militar contra Noriega.

Cuando el general Noriega llegó acompañado por el jefe de su seguridad, el capitán Asunción Gaitán, y otros escoltas, a las 7 de la mañana, al Cuartel Central, éste había sido tomado por un grupo rebelde. Todos los miembros del Estado Mayor estaban detenidos.

Noriega se enteró así que uno de sus hombres más cercanos, el mayor Moisés Giroldi, conjuntamente con el capitán Javier Liconá y otros oficiales, estaban al frente de la asonada. Noriega llegó a permanecer aislado y prácticamente detenido en su oficina, pero desde allí llamó a personas de su confianza para pedir refuerzos a otras compañías, como la Macho de Monte, con base en Río Hato a más de 160 kilómetros de la capital.

Había mucha confusión en el país, pues la proclama leída por los rebeldes tenía un fuerte contenido torrijista. Pero la actividad estadounidense que se desplegó esa mañana, con el sobrevuelo de decenas de helicópteros y aviones del Comando Sur, así como la toma de sitios estratégicos y el cierre de carreteras que impedía el movimiento de las tropas leales hacia la capital, hizo sospechar que el golpe estaba inspirado por Washington.

Sin embargo, los hombres de la Macho de Monte lograron burlar el cerco estadounidense trasladándose en un avión de carga hasta la capital y luego desde el aeropuerto local continuaron en motocicletas, en un despliegue que hizo pensar al Comando Sur que “habían lle-

gado los cubanos”. Los Macho de Monte vestían de civiles, con trajes campesinos y llevaban espesas barbas.

Los combates que se libraron entonces duraron varias horas en los alrededores del Cuartel Central, sin que las tropas estadounidenses intervinieran directamente. Noriega y las fuerzas leales redujeron a los rebeldes en tres horas. Mientras Licona huía hacia las bases estadounidenses, las Fuerzas de Defensa panameñas dieron a conocer las bajas, entre las que se encontraba Giroldi y otros jefes de la rebelión. Washington acusó a los militares panameños de haber ejecutado a los cabecillas rebeldes en un episodio hasta hoy confuso.

Lo cierto fue que este segundo intento de golpe dejó heridas sin cicatrizar. Muchos problemas ocultos saltaron en ambos países. Bush debió soportar una avalancha de críticas por no haber “aprovechado el momento” para secuestrar a Noriega. En Panamá, quedaron en evidencia las luchas intestinas dentro del aparato del poder, lo que significó un evidente desgaste.

Pero también salieron a la luz las intervenciones externas en la asonada. El ex embajador de Estados Unidos en Panamá, Everett Birggs, quien en 1984 había sido declarado “non grato” por sus intentos de “filtrar” a las Fuerzas de Defensa, había estado clandestinamente en el país cuatro días antes del golpe. Su contacto fue precisamente uno de los golpistas, el capitán Eduardo Sandoval que, como el mismo Giroldi, había cursado su carrera militar en la Escuela de Entrenamiento Básico de Infantería de Nicaragua (EEBI) bajo las órdenes de Anastasio Somoza Portocarrero (“El Chiguín”), hijo del dictador derrocado en 1979 en ese país.

Sandoval, a su vez, mantenía estrechas relaciones con algunos jefes contras y había mantenido oculto en el taller mecánico de su padre, en la capital panameña, a Marco Antonio Payán Rodríguez (“Mike Lima”), uno de los más importantes jefes de la llamada Resistencia Nicaragüense. El padre de este mercenario era “amigo” de Birggs en Miami y contacto con los contras.

El golpe del 3 de octubre permitió conocer estas conexiones y los planes de desestabilización de Panamá, en que estaban involucrados grupos mercenarios de la contra con residencia en Costa Rica.

Asimismo, el fracasado intento se produjo una semana después de que se creara en Venezuela el Movimiento Torrijista en el exilio, dirigido por el ex embajador panameño en ese país, Marcel Salamín, y el ex coronel Roberto Díaz Herrera. Salamín había desertado en 1988 para convertirse en asesor político del presidente Carlos Andrés Pérez, quien a su vez había sido mencionado por las autoridades panameñas por haber aconsejado a algunos altos oficiales de Panamá el desplazamiento de Noriega para “desbloquear la crisis”.

El propio secretario de Estado, James Baker, aportó otro elemento a la evidencia de la complicidad de su país al admitir que había autorizado al Comando Sur para secuestrar a Noriega. La orden fue impartida por el jefe del Estado Mayor, general Colin Powell, pero ésta llegó cuando la sublevación acababa de fracasar.

Ambigüedad de Bush

Si el golpe de octubre resultó desestabilizador para Panamá, Bush debió enfrentar una fuerte ofensiva en Washington. El demócrata Ike Shelton, uno de los halcones de la Casa Blanca, lo interpeló furioso: “¿Para qué tener 12 mil soldados estacionados, altamente motivados y entrenados en Panamá y no utilizarlos cuando llegó el momento de una operación militar o paramilitar?”. Ante la serie de presiones, el secretario de Defensa Richard Cheney fue prácticamente obligado a descubrir su juego, confesando públicamente que el presidente Bush había girado una orden secreta para una intervención militar en Panamá “desde el verano anterior”.

Los demócratas tomaron venganza y acusaron a Bush de “tener los pies fríos”, como los republicanos lo habían hecho con Kennedy

en 1961, durante la invasión de Playa Girón a Cuba. Pero la ambigüedad del presidente estadounidense era sólo aparente.

Mientras los mandos del Pentágono decidían admitir una solicitud del general Thurman para desalojar del país a cinco mil familiares de militares y a otros miles de empleados civiles, el secretario de la presidencia, General John Sununu, ordenaba una investigación sobre el golpe del 3 de octubre para evitar “errores futuros”, lo que significaba que ya se preparaba una acción. Las emisoras clandestinas del Comando Sur anunciaban que en unos “44 días, el general Noriega desaparecerá de la escena”.

También se conocía en algunos medios estadounidenses una carta enviada por Bush a sus colegas latinoamericanos a finales de agosto en la que admitía estar “repensando” una acción militar directa en Panamá. Los analistas norteamericanos Robert Novack y Rowland Ewarís especulaban que la Casa Blanca estaba temerosa de las elecciones que se preparaban en Nicaragua y que sus funcionarios pensaban que Noriega “iba a ser más que un espectador” en ese proceso (análisis reproducido en el Boletín de las Fuerzas de Defensa, noviembre de 1989). Ambos periodistas se referían a que la Casa Blanca iba a intensificar hasta la asfixia su presión sobre Panamá, profundizando la campaña contra Noriega y su vinculación con el narcotráfico “donde es más vulnerable”.

Todo esto después de que fracasaran los informes de inteligencia que acusaban al militar de fuertes vinculaciones con Cuba o de vender alta tecnología a ese país, burlando –decían– las leyes estadounidenses. Señalaban ambos analistas que si Noriega permanecía en el poder, Bush “sólo podrá meter la mano muy débilmente” para bloquear la posibilidad de un triunfo sandinista en Nicaragua. De acuerdo con Novak y Ewans, Bush estaba teniendo “mayor peso” en sus presiones sobre algunos gobiernos latinoamericanos, y habría logrado que algunos presidentes manifestaran su “pesadumbre por la presencia en Panamá de un lord de las drogas”.

También se incrementaron las maniobras militares y las provocaciones de las tropas estadounidenses. Más de medio centenar de los llamados “Juegos de guerra” a lo largo de 1989 fueron suficientes como elementos de intimidación. Las tropas ingresaron a poblaciones panameñas, rodearon casas, descendieron en paracaídas en pleno centro de la capital panameña, ocuparon plantas potabilizadoras de agua, bloquearon carreteras, rodearon hospitales, amenazaron cuarteles con la utilización de poderosos aviones de combate. Prácticamente habían tomado Panamá.

Estas maniobras les permitieron fotografiar todo el país y medir los tiempos en las rutas que luego utilizarían para la invasión del 20 de diciembre. Aunque cada movimiento podía terminar en un enfrentamiento o una invasión, ningún organismo internacional intervino para detener la ilegalidad de las acciones. Todo indicaba que ya había comenzado la cuenta regresiva sobre Panamá.

CAPÍTULO VII

Los últimos días del naufragio

“Queremos hablar ante esta Asamblea de la Organización de Estados Americanos, para que nuestros hermanos de América Latina sepan de la tragedia de un pueblo como el panameño. Para que el día de mañana, cuando nos estén masacrando, no le tengan que preguntar a ustedes como en la Biblia: ¿Qué has hecho con la sangre de tus hermanos? Nosotros les estamos pidiendo a ustedes (América Latina) protección contra las Fuerzas Armadas de Estados Unidos” (Discurso de Rómulo Escobar Bethancourt, enviado de Panamá ante la Asamblea de la OEA, agosto de 1989).

Diciembre fue un mes turbulento desde sus comienzos. A pesar de que al asumir el gobierno en septiembre, el presidente provisional Francisco Rodríguez dejó abiertas las puertas para un diálogo con la oposición exhortando a regresar a la mesa de las negociaciones “abiertas y sin condiciones”, no hubo ninguna respuesta. También en las Naciones Unidas el canciller panameño Leonardo Khan dejó entrever en varias ocasiones la buena disposición para un diálogo con Washington. Pero no hubo ninguna señal de parte de Estados Unidos.

En los primeros días de diciembre, el propio general Noriega, hablando ante un centenar de estadounidenses y latinos residentes en distintas ciudades de Estados Unidos que estaban en misión de buena voluntad en Panamá, hizo un esfuerzo para desbloquear la situación. Noriega reseñó todas las acciones de agresión contra su país, así como el más de medio centenar de violaciones contra los Tratados Torrijos-Carter que se habían producido hasta entonces. Denunció que el enviado de Reagan en 1985, John Poindexter, le había solicitado que las fuerzas especiales panameñas participaran en una operación contra Nicaragua, a lo que él se negó. Noriega puso la verdad sobre la mesa, mostrándose sin embargo dispuesto a un diálogo.

Pero ya la suerte del país estaba echada. Y después de que Washington había impuesto ilegalmente un nuevo administrador de la Zona del Canal, sorprendió con la prohibición de la entrada de barcos con banderas panameñas a los puertos estadounidenses, lo que significó un golpe directo a la mandíbula de sus propios aliados: la situación había ingresado en un callejón sin salida. Para Bush era necesario tomar una medida antes que una parte de las tropas de su país debieran salir de Panamá precisamente en enero de 1990.

Las provocaciones militares se hicieron cotidianas. Mucho después de la invasión, en junio de 1990, el general Marc Cisneros diría al periódico *La Prensa* de Panamá en una entrevista (4/6/90): “Cuando yo tomé el mando (en junio de 1989) comencé a actuar para enfrentarme a él (Noriega). Fue cuando capturé a su cuñado (el mayor Manuel Siero) y lo esposé. Le quitamos la pistola en Nuevo Emperador porque ellos, los panameños, entraron en el área de nosotros (sucedió exactamente lo contrario). Fue entonces cuando entré a Amador (zona panameña) y esposé a dos de sus guardias porque él había arrestado a uno de mis sargentos y decían que lo iban a llevar a una corte civil (se trataba de un oficial de inteligencia sorprendido en plena tarea de espionaje en el centro de Panamá), y entonces dije ‘de aquí no sale ni él ni ustedes’ y fue cuando mandé tanquetas al mero centro del edificio de él (la oficina de Noriega) y

entonces él se dio cuenta de que yo estaba listo. Si quería ir al baile, vamos, vamos...”

El discurso de Cisneros (los paréntesis son nuestros) admitía la impunidad de las maniobras realizadas y las provocaciones, que se estrellaron en todo momento con la rígida disciplina panameña. La situación había llegado a su punto límite. El 12 de diciembre envié al periódico *El Día*, la siguiente nota: “El esquema de intervención en Panamá”.¹²

Panamá, 11 de diciembre. Cuando los soldados norteamericanos del Comando Sur transitan por las calles de la ex zona del Canal diseñadas al estilo de algunas ciudades sureñas de su país, lo hacen con la seguridad de que están andando en un territorio propio y “a perpetuidad”.

Nada indica que en diez años más estas sólidas estructuras de las bases militares, que se construyeron para siempre, puedan ser removidas, especialmente porque el Comando Sur es la base y el sostén de todo el diseño político-militar de Estados Unidos hacia América latina, para las próximas décadas.

Desde hace tres años las instalaciones militares norteamericanas han comenzado a enriquecerse, ampliando sus edificios, con nuevas pistas y carreteras estratégicas. Los panameños piensan, razonablemente, que “nadie que vaya a dejar su casa realiza semejante inversión”.

Como resultado de la política de distensión de las grandes potencias, Panamá se ha convertido como contrapartida en el eje de la tensión, cuando las bases militares que en la década del ‘70 comenzaban a ser obsoletas por el tipo de armamento atómico iba surgiendo, volvieron a retomar su importancia. Paradójicamente, la distensión trajo como consecuencia a Panamá la amenaza de prolongar el enclave colonial vigente y el estratégico Comando.

Cuando en febrero de 1986, el general Frederick Woerner presentó su diseño al Congreso y solicitó los recursos necesarios para montar el

12 Nota de la autora, publicada en el periódico *El Día*, el 11 de diciembre de 1989.

esquema de los Conflictos de Baja Intensidad, que él prefirió llamar de alta intensidad, el Comando Sur era el eje de toda esta estrategia.

Woerner utilizaba elementos como la inteligencia y el realismo en los futuros diseños mediante los cuales se ampliarían hacia América latina, pistas de aterrizajes, estaciones navales y demás. Los argumentos de la lucha antisubversiva ligadas ahora por los estrategias de Washington al narcotráfico, permitían diseñar todos estos nuevos planes de expansión regional.

El ojo del mal

Pero los "duros de Washington han violentado tanto la situación que parecieron dejar atrás los cuidadosos esquemas de Woerner, diseñados con "realismo" y que preveían triangulaciones (Panamá, Ecuador, Colombia), puntos interestacionales y otros tecnificados métodos de "lenta apropiación".

A medida que el gobierno de Estados Unidos provoca mayores contradicciones con su política regional, y sienta bases de futuros estallidos masivos, con su accionar económico, el Comando Sur se convierte también en "el ojo del mal" y por lo tanto es el centro "ideal" para tomar represalias contra un sistema injusto, cuyo "garrote" está situado a nivel militar en las riberas del Canal, en aquellas estructuras creadas ilegalmente por Estados Unidos en el lugar.

En diciembre de 1986 se incorporó a esta conformación estratégica el Ejército Sur, en que se transformó la 193 Brigada, violando los Tratados Torrijos-Carter y extendiendo el esquema de la guerra. Este Ejército Sur depende directamente del Departamento de Ejército y no de una comandancia intermedia.

Esto significó enviar mayores recursos al Comando Sur, indicando así que Washington nunca pensó entregar el lugar a Panamá. Anteriormente, en octubre del mismo año, la fuerza aérea de Estados Unidos realizó cambios en el tipo de aviones con sede en la Base de Howard.

Contaban inicialmente con aviones O2A de reconocimiento y dos aviones de combate. Después de octubre llegaron al lugar seis aviones A-37 y cinco aviones A-7 con funciones de apoyo aéreo cercano, interdicción aérea y reconocimiento armado. Esto implicaba que iban a traspasar los límites del espacio aéreo impuestos para la defensa del Canal.

Mayor control del continente

Acondicionado ahora en todos sus sectores el Comando Sur ha enriquecido sus funciones de control del continente y sus tropas pueden actuar en operaciones rápidas y especiales.

En estos momentos, alrededor de 20 mil soldados están en la Zona del Canal en las bases militares de Sherman, estación naval de Rodman, Fuerte Clayton y otras. Sobre el Océano Pacífico están ubicados 12 batallones alrededor de Quarry Height, como los de Asalto, Brigada 193, señales, ingenieros, policía militar de infantería, batallones de apoyo a la 123 Brigada, el 536 de ingenieros, el 508 de Fort Braggs, baterías de artillería y la poderosa Brigada 470 de inteligencia, a quien se le atribuyen los golpes contra Torrijos en 1969 y contra Noriega en 1988 y 1989.

Sobre el Atlántico está la Escuela de Paracaidistas, el 617 batallón de Infantería, batallones de Ingenieros Militares, el 154 de señales, que apoya las actividades de la Isla Galeta, las fuerzas especiales, boinas verdes, comandos de acciones “también especiales”, grupos de choque, infantería de marina, ingeniería de explosivos y otros.

A este enorme potencial se unen ahora los 1.895 hombres que quedaron como rezago de las fuerzas de intervención llegadas cuando la crisis de marzo de 1988 y otros tres mil soldados altamente especializados como los Bayonetas de la Séptima División de Infantería Naval de California, la Quinta División Mecanizada de los marines de “Camp Leujene” (Carolina del Norte), los comandos de los “luchado-

res por la vida”, la mayoría duros ex veteranos de Vietnam y asesores de mercenarios en acciones comandos, todos ellos llegados a partir de mayo de 1989, cuando Bush ordenó el envío de nuevas tropas.

Asimismo llegaron a Panamá equipos de blindados desconocidos para este país. En las maniobras aéreas han actuado también helicópteros como los Black Hawk, con ametralladoras y que pueden llevar cohetes Helifire; los H119, los helicópteros para guerra electrónica y espionaje, aumentando su número a más de 30 unidades. También llegaron nuevos helicópteros interceptores o comunicaciones como los Huey y los Cobra, que llevan cañones antitanques y misiles Town, entre otros.

No es menos temible la presencia de aviones tanto de carga como los poderosos Hércules C-130 o los AC-130 Spectre que llevan bombas, roquets y cañones de 40 milímetros y obuses de 150 mm. Hace unos días sobrevoló algunas zonas el A-7 Corsair, cargado con misiles superficie-aire, láser guiado, televisión y bombas de 500 libras.

El esquema restringido aún de lo que Estados Unidos tiene potencialmente en el Comando Sur, se ha constituido en la mayor amenaza de presión contra un país de dos millones de habitantes, pero también en el centro de corredores aéreos hacia zonas como El Salvador o Colombia.

Diseñadas las estrategias de la intervención

Por esta razón, las maniobras militares, como Danza del Dragón, Alicia, Blade C-11 y otras de enigmáticos nombres que se realizaron en número superior al centenar en este año, diseñaron todas las estrategias para una intervención militar, o para acciones “medias” como “aislamiento”, como la toma de las potabilizadoras de agua, centrales eléctricas y otras, para usarlas en virtual “sitio” a esta ciudad.

Trazando un mapa de las maniobras, carreteras, cuarteles y rutas afectadas, así como las movilizaciones militares de casi un millar de

soldados en Costa Rica, sobre la frontera con Panamá, todo el mapa de una intervención puede funcionar estableciendo incluso un intento de control en la provincia de Chiriquí, fronteriza con Costa Rica.

El diseño abarca desde operaciones “comando”, ensayadas incluso en junio con la presencia en el país de la Comisión enviada por la Organización de Estados Americanos, hasta operaciones quirúrgicas, o de simple intimidación o de provocación “para avergonzar a las tropas panameñas” que deben acudir a la “paciencia ilimitada” para controlar una respuesta buscada reiteradamente por los jefes del Comando Sur.

La llegada del general Maxwell Thurman intensifica el escenario de guerra a un punto casi explosivo. Thurman y Cisneros, acusados por un corregidor de la zona de Ancón de “violaciones a todos los derechos de los panameños”, y que podrían ser detenidos en Panamá, de acuerdo con las leyes locales, son el dúo necesario para completar el mayor cuadro de confrontación que se haya montado después de la Segunda Guerra Mundial.

La trampa

En noviembre de 1989, el presidente George Bush dijo a los mandos militares y los halcones de su equipo, empeñados en una acción militar contra Panamá, que sólo actuaría y ordenarla una intervención contra ese país en caso de que soldados norteamericanos murieran en un reten panameño”. El periodista del Pentágono, Fred Foffman, confesó a medios estadounidenses –después de la invasión– que “ellos (el gobierno) tenían todo preparado y buscaban una excusa”. Aunque Bush había tomado la decisión de intervenir, estaba abrumado por la acusación de “pies fríos” que le hacían sus colaboradores más cercanos por no haber aprovechado el golpe del 3 de octubre.

El 14 de diciembre, un camión estadounidense con soldados fuertemente armados se “extravió” frente al Cuartel Central de las Fuerzas de Defensa de Panamá, en el barrio de El Chorrillo. Por su-

puesto fueron inmediatamente rodeados por militares panameños. El oficial del ejército de Estados Unidos se disculpó argumentando que se había “equivocado” de calle. En realidad, según el análisis de la seguridad panameña, se trató de una maniobra para medir las reacciones de los hombres que tenían a su cargo la vigilancia del Cuartel. Y también esto permitió a los estadounidenses observar cómo estaban colocados los retenes.

Por esos días, las Fuerzas de Defensa habían detectado la llegada de aviones sofisticados a las bases estadounidenses. El 15 de diciembre sucedieron dos hechos alarmantes. Por una parte, el general Noriega fue nombrado jefe de Gobierno por la Asamblea de Representantes de Corregimientos. Para muchos no fue una idea acertada, porque la invasión podía ser entonces inminente. Pero otros pensaban que el nombrar a Noriega en ese cargo –el antiguo diseño con el que Torrijos gobernó al país– se sustentaba en la idea de que el secuestro de un jefe de Gobierno por parte de Estados Unidos tendría serias connotaciones políticas. Esto formaba parte de la ingenuidad latinoamericana o del error de pensar que se respetarían los principios internacionales.

Por otra parte, el mismo 15 de diciembre se conoció que se había abierto un puente aéreo entre el Comando Sur y Colombia. Un informante del lugar dijo que estaban llegando heridos desde este último país, como consecuencia de un enfrentamiento durante el asalto al cuartel central del narcotraficante Gonzalo Rodríguez Gacha. Esta operación se realizaba con especial sigilo, porque hasta entonces nadie había mencionado la participación de asesores norteamericanos (del ejército colombiano) en la acción. Un tiempo después, los periódicos bogotanos traerían profusa información sobre el hecho, que fue admitido por el gobierno de ese país.

Esto tendrá una importancia muy especial en la situación que se dio en Panamá durante la noche del 16 de diciembre.

El 15 de diciembre, los Representantes de Corregimiento dieron a conocer un comunicado donde se declaraba el estado de guerra, lo

que desde el punto de vista jurídico significaba un estado de emergencia general ante la obvia situación de amenaza que vivía el país. Por supuesto que el término fue rápidamente manipulado por la Casa Blanca como una “declaración de guerra”.

En la noche del 16 de diciembre, caminando con otros periodistas por la Avenida Central y el parque de Santa Ana, nos llamó la atención la cantidad de soldados estadounidenses vestidos de civil que circulaban por las calles. Repentinamente se oyeron disparos. Un vendedor ambulante confirmaría luego que los soldados estadounidenses habían disparado al aire. Se trataba de una acción sincronizada, porque casi inmediatamente se escucharon fuertes detonaciones en el área del Cuartel Central. Eran alrededor de las 20 horas. Afectados aún por el recuerdo de los combates del 3 de octubre en ese lugar, muchos pensaron que se trataba de una nueva asonada.

Todo fue muy rápido. Cuando llegamos a las áreas aledañas al Cuartel Central, éstas habían sido cerradas preventivamente, después de que las ambulancias recogieran a tres heridos: el soldado panameño Alex Correa, el obrero Rupert Walley y una niña de poco más de un año, Elaine Bethancourt, habitantes de El Chorrillo.

La acción había durado escasos minutos. En principio, el Comando Sur informó que un teniente coronel “se había equivocado” volando un retén panameño con su automóvil y que había resultado muerto por los disparos de los soldados panameños. Luego dijeron que se trataba de un capitán y sólo tres días después dieron el nombre de un teniente de origen colombiano, precisamente de Cali, Robert Paz.

Por su parte, las Fuerzas de Defensa entregaron un escueto comunicado informando que un automóvil sedán con matrícula estadounidense atropelló imprevistamente un retén en la calle que pasaba frente al Cuartel, disparando a ambos lados e hiriendo a los tres panameños mencionados. En la entrada del cuartel, según la versión oficial, les respondieron con disparos, después de lo cual el vehículo prosiguió su carrera hasta perderse en la Zona del Canal, en dirección al Comando Sur.

En la madrugada del 17 de diciembre, con un periodista y un camarógrafo de la televisión cubana, Nelson Notario Castro y Antonio Gómez, respectivamente, logramos obtener la autorización para ingresar al Cuartel Central y entrevistar a los oficiales de turno. Todo estaba oscuro y la tensión en el lugar era casi sobrecogedora. Sobre la misma avenida de los mártires un soldado nos esperaba para acompañarnos. Pasamos entre un nutrido grupo de militares, muchos de ellos pertenecientes a la Unidad Macho de Monte, que permanecían vigilantes y tensos.

En el lugar estaban estacionados varios camiones y una o dos tanquetas. También había mujeres y hombres jóvenes de los Batallones de la Dignidad. Caminábamos por lo oscuro, a veces tropezando. En una pequeña habitación estaba el teniente coronel Arnulfo Castrejón, al que se agregaría más tarde el también teniente coronel Arosemena King. Ambos eran jefes de turno esa noche en el cuartel. Castrejón extendió un pequeño mapa y nos describió el derrotero del automóvil y su paso veloz frente al cuartel en una acción sorpresiva. Le solicitamos autorización para hacer el mismo recorrido del automóvil en las primeras horas de la mañana para filmar y accedió.

Salimos entonces al patio del cuartel. Un patio pequeño, como el mismo edificio, que se parecía más a una comisaría de barrio. La intensa luz de la luna nos permitía distinguir siluetas pero no rostros. Aviones y helicópteros estadounidenses con las luces apagadas sobrevolaban incesantemente el lugar.

Fue entonces que Castrejón, señalando hacia arriba, comentó que era posible que ellos nos estuvieran viendo como si fuera de día, porque estaban volando con rayos infrarrojos: "Incluso pueden estar fotografiando esta escena y grabando lo que estamos hablando".

En esos momentos tuve la extraña sensación de estar atrapada en una trampa sin salida. Me imaginé lo que podría suceder si esos mismos aparatos, que volaban con las luces apagadas, se decidieran a bombardear el lugar. Era un cuartel indefenso. Ya en la entrada principal, un soldado llegó a informar a Castrejón, que el capitán

H. Mansfield del ejército estadounidense agradecía las atenciones y el buen trato de los militares panameños a una pareja de estadounidenses que también se había “perdido” esa noche detrás del Cuartel Central. Ellos habían sido sorprendidos en la misma zona del incidente, detrás de donde el automóvil se “voló” el retén.

El capitán Moisés Cortizo, quien tenía a su cargo las relaciones entre panameños y estadounidenses en la junta Combinada de Defensa los había entregado a ambos a su contraparte Mansfield. Éste se disculpaba por las transgresiones de esa noche “de los perdidos”, curiosamente todos frente o detrás del Cuartel Central.

¿Cuál fue la versión estadounidense de los hechos? En primer término crear confusión sobre el cargo del oficial muerto en el tiroteo.

Algunos informes de la Casa Blanca señalaron que cuatro oficiales que se habían “perdido” fueron detenidos por militares panameños y turbas de los Batallones de la Dignidad, a los que por supuesto mencionaba como “paramilitares”. Se habló de que habían sido maltratados, torturados y uno de ellos asesinado y los otros heridos. Supuestamente, este grupo de heridos, cargando a un muerto, logró zafarse de la “turba” en una calle estrecha, y fugarse. Quizás alguien advirtió a la Casa Blanca que la versión resultaría increíble para cualquier simple observador. La información posterior fue que le habían disparado y también que la pareja había sido maltratada.

En esos días, el *Daily Express* de Londres señaló que “fuentes de Washington creen que los cuatro oficiales podrían haber estado en misión de espionaje. Se cree que los oficiales del ejército y la CIA estaban realizando reconocimientos en áreas vitales en preparación de una acción contra Noriega”.

Lo de la pareja maltratada era increíble para todos, debido a que los militares panameños recogían normalmente a soldados norteamericanos ebrios para entregarlos a la Policía militar estadounidense y evitar que cualquier incidente pudiera ser aprovechado para una acción militar. Muchos de nosotros bromeábamos entonces con la frase “estamos tan bien cuidados como un norteamericano en Pa-

namá”. Pero recientemente una nueva versión vino a echar luz sobre aquellos hechos. Y llegó precisamente de un hombre de la inteligencia estadounidense, que se desempeñaba como “corresponsal diplomático” (un extraño cargo para un periodista), de *The Wall Street Journal* en Panamá. Frederick Kempes es precisamente el autor de uno de los libros más burdos que uno pueda leer en estos tiempos: *Noriega: toda la verdad* (Grijalbo, julio 1990). En realidad es una recolección de inexactitudes, escritos con el lenguaje de “la inteligencia”, es decir, del espionaje.

Escaso de todo valor literario y político –salvo que la mentira y la manipulación sean nuevos elementos de la escena política– el libro de Kempes mereció una costosa publicidad, de esa que es obviamente pagada con fondos “especiales”. En México se anunciaba como un best seller antes de que hubiera siquiera comenzado a venderse. Sin embargo, en una parte del libro, Kempes se refiere con evidente simpatía a un capitán, Richard Haddad, un marine, un rambo perfecto que había participado en los hechos del 16 de diciembre. Dice Kempes: “Poco después de las 21 horas, cuatro marines giraron equivocadamente en un cruce y se encontraron, sin quererlo, ante la barricada ocupada por los Macho de Monte. Cuando sólo faltaban dos horas para el toque de queda militar, atravesaron la ciudad desde Fuerte Clayton, para tomar una copa rápida en el Hotel Marriott antes de regresar. El Capitán Richard Haddad conducía un coche que llevaba la palabra ‘gringo’ escrita por todas partes. Era un Chevrolet Impala de color crema y bastante destartado con matrícula de Michigan; una gran calcomanía azul en el parabrisas lo identificaba como oficial estadounidense. El capitán Haddad era un experimentado marine hecho de una pieza. Levantaba pesas, coleccionaba pistolas y fanfarroneaba ante los superiores asegurando que jamás se detendría ante una barricada panameña. Los tratados del Canal de Panamá no lo exigían, y no estaba dispuesto a permitir que los panameños le pusieran las manos encima. Pero ahora, entre la red de callejuelas de los barrios panameños, se encontró ante una barricada, con dos coches

más por delante y en una calle demasiado estrecha como para girar. El pie del capitán Haddad permaneció inquieto sobre el acelerador. Uno de sus compañeros, el primer teniente Robert Paz, un hijo de misioneros colombianos, de 24 años, se agitó nerviosamente cuando un grupo de panameños, rodeó el coche lanzado maldiciones y amenazas.

“El capitán Haddad, un marine de 26 años asignado al servicio de Inteligencia del Comando Sur, le dijo más tarde a un oficial superior: ‘Detuvimos el coche e inmediatamente uno de los nuestros cerró las puertas y cargó’. En cuanto se marcharon los dos coches que tenía adelante, Haddad apretó el acelerador a fondo y embistió la barricada: ‘Apreté el pedal a fondo para salir de allí a toda prisa’. Los Macho dispararon contra la parte posterior del vehículo que bajaba por la avenida A”.

Así narra Kempes el episodio, agregando que los marines asaron frente al Cuartel Central donde supuestamente Noriega celebraba una fiesta. Haddad dice que el teniente Paz resultó herido en la espalda por los disparos mientras él huía hacia el Hospital Gorgas, en el Comando Sur, para lo cual sólo debía cruzar una avenida, la 4 de julio (Avenida de los Mártires).

La versión de Kempes da lugar a todos los interrogantes. A través de su lectura vemos que Haddad voló un retén, compuesto por dos tambores vacíos de aceite y una madera, que atravesaba sólo una parte de la estrecha calle. La versión estadounidense dijo que se trataba de oficiales desarmados, Haddad habla muy claro de que cerraron el automóvil y uno de sus compañeros cargó... ¿qué otra cosa sino un arma? ¿Por qué Haddad no dio marcha atrás y desvió por otra calle si su paso por el lugar era un error? ¿Por qué, como se hacía normalmente, incluso como lo hizo el oficial que comandaba la tropa del camión dos días antes también “perdido” frente al Cuartel, no se identificó y solicitó la presencia de Cortizo? Eso era lo normal y común.

Pero hay más. Dice Kempes que Haddad salió del Fuerte Clayton en una noche en que los estadounidenses tenían prohibido por el

Comando Sur transitar por la ciudad de Panamá. Agrega que llevaba un automóvil con carteles que decían llamativamente “gringo”. Esto desmiente absolutamente la versión del presidente Bush de que los soldados estadounidenses corrían peligro en Panamá. De lo contrario, no iban a ir a tomar una copa tranquilamente –como lo hacían a diario en ese lugar o en otros, sin que nadie los molestará– en un automóvil tan provocativamente aderezado.

¿Por qué apretó el acelerador Haddad? ¿Fue un motivo personal, de orgullo? Parece demasiado para un experimentado marine de inteligencia asignado como “camarógrafo” en Fuerte Clayton, es decir especialista en guerra sucia.

Si el marine violó las reglas impuestas por los comandantes del Ejército Sur de su país, al cual estaba asignado, debió ser juzgado. Dicen también que los “marines” estaban desarmados. Esto por una parte indica que no tenían temor alguno en Panamá, pero por la otra suena totalmente falso que un rambo del tipo de Haddad y sus acompañantes salieran desarmados en días tan difíciles en el país. Nadie lo creería. Y más aún: un marine que se había jurado no detenerse ante un retén panameño, ¿iba a circular desarmado por la ciudad?

Kempes miente al señalar que había fiesta en el Cuartel Central. Nadie que conozca Panamá, y menos aún la inteligencia estadounidense, ignoraba que Noriega pasaba muy poco tiempo en el lugar, especialmente después de conocer la orden secreta de Bush donde se eliminaba una ley de 1976 que prohibía asesinar a un líder extranjero. Noriega más que nadie sabía que su cabeza tenía precio en Washington y que se había convertido en una tarjeta de tiro. Además esperaba una “operación quirúrgica” en cualquier momento. ¿Qué iba a estar haciendo el 16 de diciembre, después de haber declarado al país en emergencia (estado de guerra) en un pequeño e indefenso cuartel a sólo unas cuerdas del Comando Sur?

Días antes, en una reunión informal, Noriega había comentado que algunos periodistas que cubrieron la ofensiva militar del Frente

Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) mencionaron que los comandos especiales Delta que fueron rodeados en un hotel de El Salvador en esos días, estaban en el lugar para cumplir una misión especial en Panamá, cuyo objetivo era el comandante panameño.

En las primeras horas del 17 de diciembre, un informante que se movía en los círculos cercanos al Comando Sur, dejó entrever que el teniente colombiano Paz podía ser uno de los heridos que habían llegado desde Colombia, después del asalto al cuartel central del narco-trafficante Rodríguez Cacha, en Cali, Colombia. Esto habría iluminado la afiebrada cabeza de los hombres de la guerra sucia, lo suficiente como para crear con el teniente muerto el incidente que Bush había sugerido en noviembre para ordenar la invasión.

El informante dijo que esto lo conocían algunas personas en el Hospital Gorgas. Pero aún cuando Paz hubiera muerto en la loca carrera de Haddad frente al Cuartel Central, Washington, en todo caso, debía disculparse por la grave violación cometida. Es necesario preguntarse ¿qué hubiera sucedido si un automóvil con cuatro militares panameños se hubiera volado un retén estadounidense en cualquier lugar, o pasara a la carrera frente a Fuerte Clayton? Sólo hubieran quedado cenizas. Recientemente, un soldado estadounidense se “voló” un retén panameño que cuidaban los hombres del presidente impuesto, Guillermo Endara, y le dispararon. Sin embargo, Estados Unidos no dijo nada sobre el asunto.

En el libro de Kempes también se identifica a la pareja de agentes de inteligencia como “testigos” de la situación. ¿Fueron enviados para eso a sabiendas de que no les sucedería nada en manos panameñas, porque en el país se cuidaba mucho cualquier contacto con los estadounidenses? De lo contrario, ¿qué hacía otro militar de la inteligencia perdido esa noche, en los alrededores del Cuartel Central?

Alguien llamaría al 16 de diciembre “el día de la conspiración de los perdidos”, pero Bush ya tenía a un soldado muerto en un retén, es decir lo que esperaba para ordenar la intervención y Cisneros y Thurman se frotaban las manos. Al fin tendrían su esperada guerra.

CAPÍTULO VIII

El día del lobo

“¿Pretenderán llevar a Endara a la presidencia cargado sobre un tanque que lleva el letrero del Comando Sur: 'General Lee'? Lo que no acepta Washington es que las Fuerzas de Defensa de Panamá continúen desarrollando su propio proyecto canalero que contradice la lógica aceptada por el capital financiero internacional: es decir, la 'privatización' del Canal” (Revista *Opinión Pública*, agosto de 1989, Panamá).

La invasión

No sé exactamente a qué hora oí la primera detonación. Creo que fue alrededor de las 22.35 de la noche del 19 de diciembre. Aunque se habla de la invasión del 20, en realidad esta comenzó casi una hora y media antes de la media noche. Podría decirse que fue en el mismo momento en que se pusieron en marcha los motores de los helicópteros y las tropas ya salían de sus bases. Eso era alrededor de las 22 horas.

Cuando escuché la primera explosión –después sabría que fue la toma de un pequeño cuartel de policía panameño, en Ancón, que

quedaba al paso de las tropas estadounidenses–, intenté inútilmente comunicarme con algunos corresponsales. Asimismo resultaron inútiles todos los esfuerzos por hablar con las oficinas de prensa de las Fuerzas de Defensa.

Finalmente localicé a un equipo de la televisión cubana, al periodista Nelson Notario Castro y al camarógrafo Antonio Gómez, quienes pasaron a buscarme unos minutos después. En ese lapso sonó el teléfono y escuché la voz nerviosa de un joven corresponsal mexicano, Julio Olvera, quien me solicitó que hablara con su agencia (*Notimex*) en México para avisarles que él y otros corresponsales estaban siendo detenidos por tropas estadounidenses del Fuerte Clayton, sede del Ejército Sur, al mando del general Marc Cisneros. “Miles de tropas, tanques y aviones están saliendo desde aquí”, me dijo. La comunicación se cortó abruptamente, así que de inmediato llamé a México y avise al periódico *El Día* que había comenzando la invasión a Panamá y también pasé el mensaje de Olvera para *Notimex*.

Desde la ventana del pequeño departamento que alquilaba podía ver a los lejos los relámpagos de las explosiones. Me pareció entonces que estaba comenzando a vivir una pesadilla.

Las luces de los barcos camaroneros se dibujaban como estrellas apenas suspendidas sobre el mar. Unos minutos después, aquel paisaje casi idílico, que podía contemplar cada noche, se había transformando en un infierno.

Alrededor de las 23 y 30, los colegas cubanos pasaron a buscarme y nos dirigimos hacia la zona donde estaba ubicado el pequeño Cuartel Central de las Fuerzas de Defensa panameñas. En el camino recogimos a un periodista dominicano. Creo que la prudencia de este hombre nos salvó, porque nuestro primer impulso nos llevaba directamente hacia el centro del ataque estadounidense, lugar del que no hubiéramos podido salir.

El dominicano había vivido la invasión norteamericana a su país en 1965, así que nos advirtió que íbamos hacia la boca del lobo y dos cuadras antes de llegar dimos la vuelta en medio del desorden y la

confusión. Por el malecón panameño corrían hombres, mujeres y niños, descalzos y semidesnudos. El primer bombardeo los sorprendió durmiendo.

También veíamos jóvenes de los Batallones de la Dignidad –creados como una milicia popular para la defensa del país– con fusiles, algunas AK-47 e incluso escopetas de caza.

Regresando por una de las calles laterales a la Avenida Central, entre el fuego cruzado, las balas rozaron nuestro automóvil varias veces. La confusión era total.

En tanto, la Radio Nacional que había integrado una cadena con todo el país llamaba insistentemente a los Batallones de la Dignidad, bajo el lema de “Operación Cutarra”, planeada para una resistencia popular ante la invasión. También se oían mensajes en código, seguramente dirigidos a las Fuerzas de Defensa. Minutos después de comenzada la invasión, el Canal 2 de televisión estatal fue interferido desde el Comando Sur.

La Radio Nacional cumplirá una tarea casi increíble. Aplicando un plan previo de contingencia lograba reconstituirse rápidamente cuando los sofisticados aparatos estadounidenses la sacaban del aire. Fue una pequeña e ignorada historia de coraje.

Decidimos ir hacia el sencillo hotel donde se hospedaba el colega dominicano en el centro para tratar de transmitir las primeras impresiones. En el lugar estaban alojados un buen número de centroamericanos que habían venido a Panamá para hacer sus compras de Navidad, y también muchos campesinos aterrorizados que buscaron refugio en el pequeño lobby, sorprendidos por la invasión cuando estaban por regresar a sus casas.

Ya en la madrugada podíamos ver el humo que se levantaba desde El Chorrillo. Muchos heridos eran atendidos en el lugar por los vecinos. En la mañana, encontramos un socorrista de la Cruz Roja que lloraba junto a un árbol. Las tropas estadounidenses le habían impedido entrar a El Chorrillo y sus alrededores donde había mujeres y niños heridos atrapados por el fuego.

A las 7 horas del día 20 la cancillería panameña citó a una conferencia de prensa. Estuvimos esperando la llegada del presidente Francisco Rodríguez y del canciller Leonardo Khan, hasta las 10 horas. Allí conocí al fotógrafo español Juan “Juarixtu” Rodríguez. Nadie imaginó entonces que unas pocas horas después sería asesinado fríamente por las tropas estadounidenses en los alrededores del Hotel Marriott, donde se hospedaba.

Pasamos luego por el Hospital Santo Tomás donde se acumulaban muertos y heridos en patios y pasillos. Era una imagen sobrecogedora. Era evidente que faltaban recursos y medios para atenderlos. Miles de personas deambulaban buscando a sus familiares. Sólo en ese hospital habían ingresado en unas horas más de 700 heridos y se calculaba una cifra de 600 muertos.

Después decidí ir hacia el centro. Estaba caminando por la zona del Palacio Legislativo cuando encontré a un joven fotógrafo que iba en el mismo rumbo.

Repentinamente nos enfrentamos con un batallón de soldados estadounidenses. Fue en ese momento que un pequeño anciano surgió desde un zaguán y entonces todas las armas de los soldados se volvieron contra él. El estruendo de los disparos nos estremeció. Entre el humo, que parecía niebla, vimos caer doblado al anciano. Instintivamente retrocedimos dando vuelta a la esquina. Creo que ambos temblábamos, segundos después el horror de lo que habíamos vivido nos paralizó.

Un grupo de mujeres nos ayudó a escondernos en los laberintos de unas casas viejas y ruinosas y atravesamos por ellos hasta salir a otra calle.

Allí nos despedimos y cada uno tomó un camino distinto. Yo me dirigí entonces a una oficina de fax para enviar mis notas. Cuando terminé de hacerlo me encontré con Chuchú Martínez. Estábamos casi al borde del toque de queda y no podía regresar a mi casa. Chuchú me llevó en su automóvil hacia un apart hotel donde se alojaban mis colegas cubanos.

Desde allí pude transmitir a periódicos y radios de Argentina y México. A partir de ese momento nos concentramos en el trabajo perdiendo la noción de las horas y de los días. Después nos trasladaríamos a la agencia Prensa Latina, para continuar con nuestra tarea.

El 24 de diciembre recibí un generoso ofrecimiento para salir del país de parte del gobierno mexicano que había dado la orden de proteger a sus ciudadanos y periodistas. Yo no tenía pasaporte porque lo había entregado a Migraciones para un trámite de rutina. También, con la misma generosidad, la embajada argentina nos comunicó que el gobierno estaba enviando un avión para recoger a los periodistas argentinos. Así es que, como mi trabajo en esas circunstancias iba a ser muy difícil, acepté salir de Panamá.

Ese mismo día una amiga periodista mexicana envió un taxi para recogerme y trasladarme hasta el Hotel Holliday Inn ubicado en Paltilla. El taxi debió evadir barricadas y ni siquiera pudo llegar hasta Prensa Latina. El chofer estaba visiblemente nervioso cuando emprendimos el viaje hacia Paltilla. Llevaba una inmensa bandera blanca. En el camino pude ver la ciudad devastada. Las huellas del saqueo estaban en todas partes. Era una imagen dantesca, imposible de describir.

En un momento dado, pasamos por un lugar donde evidentemente se había combatido unas horas antes. Nos bajamos y vimos enseguida el vuelo de los gallinazos rondando el cadáver de una mujer muy joven, que aún apretaba en sus manos una vieja escopeta de caza. Su rostro estaba intacto, con los ojos muy abiertos y el pelo negro enmarcando un óvalo casi perfecto. Me imaginé de inmediato aquella resistencia heroica y solitaria. Dejé que las lágrimas corrieran. El chofer del taxi me tocó el hombro suavemente y decidimos continuar nuestra travesía por la ciudad destruida.

Cuando estábamos llegando muy cerca del hotel vimos una gran movilización de tanques y tropas estadounidenses y decenas de helicópteros que sobrevolaban el lugar. Nos bajamos nuevamente del automóvil y pregunté a un grupo de hombres lo que estaba sucedien-

do. No lo sabían, pero me informaron que para atravesar las líneas de las tropas debía mostrar mi pasaporte. Así es que decidí volverme. Ya en el taxi pudimos oír por la radio del Comando Sur que Noriega se habla refugiado en la Nunciatura.

En esos momentos me di cuenta que el chofer estaba extremadamente nervioso. Intenté bajar en casa de una amiga pero estaba rodeada por las tropas. Así es que finalmente me bajé del automóvil, como a unas 17 cuadras de Prensa Latina y atravesé barricadas donde se reunían grupos de las clases altas. Habíamos conocido que muchas personas fueron golpeadas o asesinadas en estas barricadas. Pocos minutos antes del toque de queda estaba yo golpeando nuevamente la puerta de Prensa Latina. Allí estuvimos otra noche aislados y sin comida. Un pobre café fue nuestro festejo de Navidad.

Pensábamos que esa noche, ya con Noriega en la Nunciatura, no habría más bombardeos ni aviones. Pero no fue así. Es posible que los hombres de la guerra sucia que dirigían la invasión, furiosos por no haber cumplido su objetivo de capturar a Noriega, dieran la orden para que el 24 de diciembre de 1989 fuera una Navidad “inolvidable”. Durante toda la noche, aviones y helicópteros sobrevolaron amenazantes la ciudad. Las explosiones se oían sobre los cerros cercanos.

Algunos de los helicópteros se suspendían casi sobre nuestras ventanas dejando oír una música de rock violento. Quizás pensaban que continuaban en Vietnam. Evidentemente querían aterrorizar a la población. Los únicos que festejaron esa noche fueron los nuevos gobernantes y sus amigos. Otra vez en las casas ricas y elegantes estaban de fiesta. Afuera, la guerra.

Para muchos, la invasión fue sólo una imagen ligera en un aparato de televisión. Una imagen manipulada y mentirosa: las tomas de la Nunciatura donde se habla refugiado Noriega. Nunca las de los hospitales atestados de muertos y heridos, ni los cadáveres de los ejecutados o de los niños huyendo de los bombardeos como en Saigón, o de los miles de prisioneros en los campos de concentración, ni el éxodo de los habitantes de El Chorrillo y San Miguelito. Nada de eso vieron

los televidentes. Ni esa sombra temible de la guerra que es imposible describir o explicar.

Las siguientes son algunas de las notas que envié en esos días y que de alguna manera son un testimonio de los hechos.

El día “D” en Panamá

20 de diciembre. A sangre y fuego, apoyadas por decenas de helicópteros y aviones de guerra, tanques, tanquetas, blindados, paracaidistas, las tropas estadounidenses cruzaron anoche la “quinta frontera”, la Avenida de los Mártires que separa esta capital de la Zona del Canal. El fuego de los morteros, fusilería y del bombardeo que comenzó alrededor de las 12.45 del 20 de diciembre, sigue hoy.

El día “D” irrumpió por fin en la pacífica vida de esta ciudad. La muerte, la destrucción y la desolación muestran ahora cuál es la “salida democrática” que el presidente de Estados Unidos, George Bush, eligió para Panamá. Después de los primeros combates en la zona más densamente poblada y en uno de los barrios más pobres de la ciudad, El Chorrillo, cientos de personas huían con niños pequeños, mientras otros miles de civiles quedaron atrapados en el fuego. Los soldados estadounidenses disparaban a todo lo que se movía. En una callejuela central, un anciano que se asomó a observar el paso de las tropas fue abatido por los disparos certeros de los soldados estadounidenses.

Todas las bases norteamericanas del Comando Sur estaban movilizadas en la acción, con apoyo de otras en Estados Unidos. La primera acción envolvente estuvo dirigida contra el Cuartel Central, a sólo unos pasos del Comando Sur. Al parecer había un plan para que las mayorías de las tropas panameñas se desplazaran hacia el Cuartel Central, lo que no ocurrió, provocando así variaciones en los planes. Cuando comenzó el desplazamiento de tropas, un grupo de corresponsales, entre los que se encontraban representantes de México (*Notimex*), AP, AFP, CNN y EFE fueron detenidos y llevados al Fuerte Clayton.

Una hora antes de comenzar la invasión, el ex candidato presidencial de la Alianza Democrática Opositora Civilista (ADOC) Guillermo Endara, fue juramentado en una base militar norteamericana como presidente de Panamá, Junto con los vicepresidentes Ricardo Arias Calderón y Guillermo Ford. A través de las emisiones del Comando Sur, Endara exhortó a los ciudadanos panameños a “permanecer tranquilos en sus casas”. “Cuando ya la gestión haya terminado, tendremos tiempo de celebrar el inicio de una nueva era. Les pido a mis compatriotas de las fuerzas armadas que no resistan. Ellos tendrán un papel muy importante en mi gobierno”. Endara pidió entonces “que Dios ilumine” a los invasores.

Casi de inmediato después del discurso de Endara, la Radio Nacional de Panamá, logró establecer una cadena nacional que transmitió durante toda la noche información sobre la situación, así como las reacciones internacionales. Cientos de panameños comenzaron a enviar mensajes y exhortar a la defensa de la patria. Voces quebradas por la emoción se escuchaban llamando a la solidaridad internacional. El Comando Sur anunciaba a su vez que estaba realizando una acción “para apoyar a los panameños que están restableciendo la democracia”. “Tenemos la obligación moral de ayudar a los panameños”, decía el vocero, estableciendo que todos aquellos “civiles o militares que no levanten las armas serán beneficiados con las leyes de los convenios internacionales”.

Mientras esto sucedía, miles de hombres y mujeres de los Batallones de la Dignidad y de los Comités para la Defensa de la Dignidad y la Patria, junto a militares, resistían.

De esta manera, una operación que se planeó para unas “cuantas horas” se extendió, mientras el gobierno aún controla la administración en varios sectores del país. En junio pasado, durante unas maniobras que estaban dirigidas a planear la intervención, el general Marc Cisneros, jefe del Ejército Sur, dijo que sólo bastaban treinta minutos para “acabar” con Panamá. Quizás esta fue la idea que le vendió al presidente Bush, quien finalmente decidió actuar en una

invasión que no ha podido lograr sus objetivos en los 30 minutos previstos. Sólo se ha logrado mostrar la capacidad de imponerse por diferencia numérica y la aviación en algunos puntos de la ciudad, consumidos por los incendios. Pero su objetivo básico, el general Noriega, se les fue de las manos y el vocero militar, Edgardo López, dijo que está en la capital, dirigiendo las acciones de defensa, seguridad y contraofensiva.

Es obvio que el mayor poder de Estados Unidos es la aviación, ya que Panamá, un país de poco más de dos millones de habitantes, tiene escasos aviones y helicópteros.

El esquema de guerra está destinado evidentemente a destruir los cuarteles, como el Central, las oficinas de Amador, los aeropuertos: Paitilla y también el internacional de Tocumen. Pero la resistencia continúa.

El presidente Bush había dicho también que estaba actuando para proteger el Canal de Panamá, que nunca había tenido un incidente hasta que comenzó la invasión estadounidense. Si Bush considera que una intervención con aviación y la clase de acción militar que está protagonizando su ejército constituye una “seguridad” para el Canal, entonces los términos de la razón se han modificado.

Intensos bombardeos en la capital

21 de diciembre. Intensos tiroteos y disparos en distintos puntos de la ciudad se oían durante la segunda noche de combates en Panamá desde que las tropas estadounidenses iniciaron su intervención en este país. Durante las primeras horas de la tarde se reiniciaron los bombardeos en distintos puntos de la ciudad y grandes columnas de humo continuaban levantándose en la zona de El Chorrillo. Durante toda la noche los aviones y helicópteros sobrevolaban la ciudad, mientras que toda la tarde continuaron los saqueos en las zonas comerciales. Diversas versiones estimaron que continuaban llegando

tropas de Estados Unidos y que aviones de transporte habían traído nuevos equipos bélicos y municiones, lo que indica una continuación de la guerra; 24 horas después de haber comenzado la invasión, continúa aquí la resistencia y la aviación norteamericana bombardeó el edificio donde estaba la Radio Nacional, que continuaba manteniendo una cadena en todo el país.

En las últimas horas de la tarde, esta radio difundió un comunicado del general Manuel Antonio Noriega, donde anunciaba que estaba resistiendo en algún lugar del país, y exhortaba a la población a defender la soberanía nacional y a los militares a continuar al frente de los combates. Esta noche también había bombardeos en los cerros aledaños a los cuarteles de Tinajita, ubicado muy cerca del paso hacia la zona atlántica, y también en el Cuartel de Panamá Viejo, muy cercano a las ruinas de la primera ciudad de Panamá, que fue incendiada por los piratas. La devastación es total en algunos puntos de la ciudad.

Paracaidistas fueron lanzados sobre el barrio de San Miguelito, una zona obrera que ha resistido desde los primeros momentos de la invasión. Los hospitales no tienen capacidad para recibir a los heridos. Los médicos han llamado a la solidaridad internacional para que se envíe plasma y medicamentos, así como los equipos que hacen falta en el país debido al bloqueo de dos años que mantuvo Washington contra Panamá. Se señala que hay centenares de muertos y miles de heridos. También soldados estadounidenses han sido trasladados heridos o muertos a Dallas, Texas. La resistencia continúa, no sólo en la ciudad, sino en algunos lugares del interior del país, mientras miles de personas seguían huyendo de los lugares de bombardeo y buscando refugio, lo que vuelve angustiosa la situación. Falta agua, luz y alimentos en algunos sectores.

En el interior del país, continuaban los ataques a la base de Río Hato y se mencionaba que los pobladores de Farallón, una población colindante con la base panameña, habían sido prácticamente detenidos en su totalidad por las tropas estadounidenses. Caos, violencia,

saqueos, muertes, destrucción y la resistencia empantanaron la “operación relámpago” de los estrategas de la Casa Blanca. Ayer, en una transmisión desde Washington, el jefe del Estado Mayor Conjunto de Estados Unidos, general Colin Powell, dijo que el operativo había sido bautizado “causa justa” y admitió que por lo menos 39 soldados estadounidenses resultaron heridos en las primeras horas de la invasión a Panamá.

Dijo también que diverso equipo militar y helicópteros habían resultado dañados durante la operación, pero no dio mayores detalles. El director de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), William Webster, informó también que la acción militar se preparó durante tres meses y fue “bien pensada”. Incluso dijo que se había comunicado telefónicamente con varios miembros del Congreso para informarles que se estaba preparando la acción contra Panamá. Los dos partidos del Congreso lo apoyaron.

La destrucción, el caos y el miedo imperan en Panamá

22 de diciembre. Sería difícil describir lo indescriptible, después de dos días y tres largas noches de bombardeos, saqueos e incendios en esta capital. La destrucción, el caos y el robo están aquí. Es incomprendible. Muchos se preguntan por qué razón el ejército estadounidense custodia con tanques las embajadas de Cuba, Nicaragua y Libia, y no intentan siquiera controlar la anarquizada y caótica ciudad, una vez que prácticamente ya se han apoderado de ella.

No existe nada que pueda explicar esta situación. La radio gubernamental, que trasmite desde el Comando Sur, trata de acusar de los saqueos a los Batallones de la Dignidad. Pero entonces uno se pregunta ¿de dónde salieron miles y miles de saqueadores, descalzos y desarmados? Y también, ¿de dónde salen hombres y mujeres vestidos elegantemente y montados en lujosos carros y camionetas, que también cargan artículos “especiales” en este descomunal saqueo?

Y si son los Batallones de la Dignidad o los militares panameños, ¿quiénes están luchando en las pequeñas y dignas barricadas de la resistencia?

A falta de alimentos, también la población marginal se ha lanzado a las calles, sobre las grandes y lujosas vitrinas de la ostentación que existían en diversos lugares de la capital. Los saqueadores también amenazaron dirigirse a las casas de familia, lo que provocó una histeria generalizada. En esos momentos, cuando la oligarquía organizó la “autodefensa”, cualquier pobre que camine por aquí puede ser virtualmente fusilado.

Por las calles deambulan, no sólo las 30 o 40 mil víctimas de los bombardeos, que buscan algún refugio donde pasar la noche, sino también unos 25 mil campesinos que llegaron a la capital antes de la Navidad y no pudieron regresar a sus casas.

Pero hoy, 22 de diciembre, la sede del Comando Sur estadounidense en Quarry Heights fue atacada con fuego de mortero y artillería, así como la base de Albrook, por la resistencia panameña. En otra acción, una unidad de Macho de Monte hizo retroceder a fuerzas estadounidenses, que llamaron de inmediato a la aviación. En Washington, el jefe del Comando Sur, Maxwell Thurman, reconoció que existe fuerte resistencia en Panamá y que después de la entrada de casi 30 mil hombres no logran controlar la situación en este pequeño país. Aunque se trató de confundir a la opinión pública con la supuesta captura de Noriega, el Pentágono se vio obligado a reconocer que no se ha logrado este objetivo.

El ataque al Comando Sur es el primero que se registra contra un cuartel tan estratégico del mayor comando en América latina. Debe haber requerido de una especial valentía y audacia, ya que se encontraba en el aire toda la aviación estadounidense. El fuego de morteros fue sostenido desde unos cerros cercanos y desde la propia ciudad de Panamá. También la resistencia atacó a los blindados y tanques que transportaban a los 11 gobernantes de Panamá, jurados en una base estadounidense, hacia el Palacio Legislativo.

La reacción estadounidense no se hizo esperar. Cientos de aviones y helicópteros se lanzaron en una verdadera “cacería” para tratar de localizar a los atacantes de Quarry Heights. Durante la noche se bombardearon zonas pobladas nuevamente, como los barrios de El Dorado y otros. Y también una zona que rodea el curso del Río Matanzillo, donde se suponía que estaban desplazándose los atacantes del Comando Sur. En este drama que vive el país, son rifles contra armas de láser e infrarrojos, AK-47 contra cañones de repetición, antiguas baterías antiaéreas contra la más poderosa aviación del mundo, que emplea la más sofisticada tecnología. Ahora que estoy transmitiendo esta información, me pregunto: ¿dónde está el mundo, la legalidad internacional, la razón, la humanidad? Los embajadores de Francia y España saben perfectamente bien lo que está sucediendo aquí. Esto se ha convertido en una suma de violaciones de todos los derechos: humanos, internacionales, civiles, militares. El embajador español sabe que han matado fríamente a un periodista. También ellos saben que se impide el trabajo de la prensa internacional. ¿Qué dicen ante este crimen sin razón y sin argumentos lógicos? ¿Dónde están los organismos como la ONU, la Cruz Roja Internacional, la OEA? Aquí se está produciendo una matanza de personas inocentes. Soldados de Estados Unidos ajustician a heridos y prisioneros. Llegan a los hospitales, como el Santo Tomás, y atraviesan los cuerpos de las víctimas con bayonetas, para “comprobar si están muertos”. Varios médicos denunciaron a esta corresponsal que algunos heridos fueron sacados violentamente de los hospitales por soldados estadounidenses y llevados a destinos desconocidos. Desde la Zona del Canal cuyas viviendas habían revertido a Panamá, en cumplimiento de los Tratados, continúan las denuncias sobre las detenciones masivas. Faltan sólo tres días para la Navidad y esta intervención que comenzó en las últimas horas del 19 de diciembre parece no tener fin.

(Fragmentos de notas enviadas a *El Día*, de México y *Sur* y Radio *Splendid* de Argentina).

La historia no oficial: una conspiración de silencio

Primera parte

La conjura de silencio que se tendió sobre las características y las consecuencias de la invasión norteamericana a Panamá el pasado 20 de diciembre ha comenzado a derrumbarse lentamente. Organismos internacionales de derechos humanos y personalidades estadounidenses, que investigaron los hechos, coinciden en señalar que se produjeron miles de víctimas, tanto civiles como militares y que se violaron los derechos humanos, políticos, civiles, institucionales e incluso la legislación internacional. De esta manera se concluye que la información suministrada por el presidente de Estados Unidos George Bush a la población de su país, donde se refirió a cifras tales como 23 muertos norteamericanos, 300 militares panameños y 250 civiles, ocultó la realidad de los hechos, para lo cual los jefes de la invasión recurrieron a diversos tipos de censura e impedimentos a la prensa internacional.

Recientemente, durante una gira por América latina, el vicepresidente de Estados Unidos Dan Quayle resumió en una corta frase la intención de su gobierno de “cerrar” el caso “Panamá”. Respondiendo a una pregunta periodística sobre la invasión, dijo lacónicamente: “eso es algo pasado” y calificó la acción como “correcta”.

Esto sucedía después de que las declaraciones de Ramsey Clark, ex procurador del gobierno de Lyndon Johnson, habían puesto el dedo sobre la llaga de la duda que ha calado en los sectores más sensibles de la sociedad estadounidense. “Creo que ha habido una conspiración de silencio desde el principio. Los gobiernos tienen motivos obvios y poderosos para no contar cadáveres... la historia, la humanidad y el futuro exigen saber a cuántos se mató (en Panamá)”, dijo Clark después de una visita a ese país.

Necesario saber cuántos murieron

También Jesse Jackson, ex candidato presidencial demócrata y líder de los derechos civiles en su país, desbarató el muro de silencio cuando reconoció que no eran exactas las cifras señaladas por la administración Bush y afirmó que hay miles de muertos. Lo dijo después de haber visto fosas comunes en la capital panameña y Colón.

Sin duda, el pacto de silencio no quedó reducido a la prensa estadounidense. También lo hubo por parte de la europea y de América latina. El muro de ocultamiento se tendió, incluso al precio de que importantes medios de Londres, París y otras capitales europeas, censuraron, algunos por primera vez, a sus enviados y corresponsales, especialmente si se referían a la cifra de muertes que provocó la invasión. Una excepción fue España.

Mientras que las informaciones sobre los sucesos que acontecían en ese período en Rumania estaban en todas las pantallas de los televisores, con lujo de detalles y escenas terroríficas, lo que se editaba en Panamá pasaba por la previa censura del Comando Sur y sólo quedaban escasas y nulas imágenes del terrible bombardeo que se lanzó sobre una ciudad panameña, en las primeras horas de la madrugada del 20 de diciembre.

El pacto del silencio

Varios analistas que escribieron sobre el “pacto de silencio” estiman que problemas de alianza de seguridad, de presiones económicas”, perturbaron a los europeos. Incluso, recientemente, Ludolfo Paramio, profesor de la Universidad Complutense y director de la Fundación Pablo Iglesias, de Madrid, analizando este silencio cómplice habló de un posible “razonamiento adicional de realismo político de otro tipo” en la conducta europea. “Quizás –dice– un secreto regocijo que fue perceptible cuando la invasión a Granada o el bom-

bardeo de Trípoli: eso es lo que el tipo estaba buscando y si ellos, los norteamericanos, se atreven a dárselo, lo mejor es fingir un educado escándalo y callar”.

Detrás de ese “regocijo” al que se refiere Paramio, en la revista *Nexos* de febrero pasado, uno puede adivinar la sombra de la discriminación, los oscuros límites trazados entre un Primer Mundo, tan lejano del Tercero, que nos convierte en víctimas intangibles, en muertos también de tercera clase.

Esto nos podría llevar a concluir que el retorno del colonialismo encierra a Europa en su proyecto de unificación y ampulosidad económica con que sueñan su futuro, a expensas del humanismo tan declarado en las últimas décadas. De esta manera, los subdesarrollados de estos mundos somos sólo una mención lejana en sus memorias.

Panamá fue una noticia “menor”, un “educado escándalo” que se intentó desaparecer de las planas de los periódicos. Pero la visible tenacidad de quienes no se prestan a este tipo de olvidos cómplices, de aquellos que se aferran a la memoria de los pueblos y de solitarios personajes empeñados en rescatar la historia “no oficial” en aquel país centroamericano, ha logrado derribar el muro de silencio que se programó minuciosamente en las computadoras del Primer Mundo.

El propio Pentágono estadounidense dio a conocer el pasado 19 de marzo un informe en el que acusa al secretario de Defensa Richard Cheney de mantener el secreto y obstaculizar la cobertura informativa de la invasión a Panamá. El corresponsal de ese organismo, Fred Hoffman, redactó un documento, solicitado por el subsecretario para Asuntos Públicos de Defensa, Pete Williams, donde figuran varias conclusiones nada asombrosas para quienes fuimos víctimas de los impedimentos para trabajar durante la invasión.

Señala el documento en cuestión que el grupo de periodistas del Pentágono llegó a la base militar de Howard en Panamá cuatro horas después de que comenzara el ataque masivo, debido a lo cual los informes de la situación tienen “un valor secundario”.

La censura

En este caso, por supuesto, ni siquiera se hace referencia al escándalo de las cadenas de televisión de Estados Unidos, capturada prácticamente por el comando de las tropas invasoras, ni a la detención de corresponsales extranjeros en Fuerte Clayton, una hora antes de comenzar la invasión, como el caso de los representantes de *Notimex*, AFP, EFE y AFP, así como un grupo de periodistas locales. Menos aún se hace constar el asesinato a sangre fría del fotógrafo español José Rodríguez, de *El País* de España. Esta fue, quizás la más desgarradora muestra de lo que podía ocurrirle a quien tratara de registrar imágenes del comportamiento de las tropas estadounidenses.

Tampoco figuran los allanamientos a agencias internacionales de prensa, como EFE, IPS, y allanamientos a domicilios de periodistas locales y corresponsales extranjeros. Nada de esto está escrito en el informe de Hoffman, pero es parte de una misma realidad.

Podría caracterizarse también como maniqueísmo informativo el hecho de que para la mayoría de los televidentes se divulgaron imágenes de grupos y sectores sociales que se regocijaban de la invasión estadounidense. Esto fue especialmente visible a partir del 24 de diciembre, fecha en que el general Manuel Antonio Noriega se refugió en la Nunciatura del Vaticano, y entonces, el registro de esta nueva situación sí convenía a Washington.

Muy pocos podían distinguir, por supuesto, entre los “civiles” que rodeaban la embajada vaticana, a mercenarios de distinta nacionalidad, que se habían quitado el uniforme con que llegaron acompañando a las tropas norteamericanas y se ubicaron estratégicamente, así como a comandos Delta, dirigiendo las acciones y dispuestos a transformarse en fuerzas de choque más que amenazantes para los ocupantes de la legación.

Sin embargo, muy pocos camarógrafos se dedicaron a filmar en aquellos momentos lo que estaba sucediendo en el barrio de San Miguelito, bombardeado durante más de seis días consecutivos. Tampoco se

registraba el apurado trajín con que las fatídicas bolsas de plástico verde, donde se recogía a los miles de muertos, eran llevadas en camiones frigoríficos a los distintos cementerios, para ser arrojados en fosas comunes.

Nadie podía filmar a los miles que no festejaban la invasión. Los casi cuatro mil muertos no se podían poner de pie para aplaudir a los invasores, ni sus familias que buscaban desoladamente los cadáveres. Tampoco podían estar en el regocijo los doce mil detenidos de las primeras horas, encerrados en campos de concentración, a la intemperie, rodeados de alambradas de púas y celosamente vigilados por perros, como en algún tiempo que la humanidad trató de olvidar.

Alrededor de 50 mil personas vagaban sin rumbo fijo, en una ciudad que un periodista estadounidense describió como “Berlín en 1945”. Ellos tampoco estaban en las filas del comité de recepción para los invasores. Ni los familiares de los desaparecidos.

Ramsey Clark recordaba después, al referirse al supuesto “apoyo interno” revelado por las imágenes televisivas: “Estuve en Chile en 1973 y en Granada en 1983 y siempre he visto lo mismo. Después de una demostración tan brutal, muy poca gente duda en ponerse del lado de los vencedores y decir lo que ellos quieren oír. Les aseguro que los que no están de acuerdo con esta versión no van a ir ahora a la calle a decirlo”.

La intervención anunciada

El domingo 17 de diciembre, durante una reunión con un escaso grupo de funcionarios, el presidente George Bush anunció “vamos a hacerlo”, después de escuchar una serie de informes, la mayoría falsos, sobre Panamá. Se había puesto en marcha así la prioridad “uno”, que en los esquemas militares estadounidenses significaba la invasión militar masiva.

Washington había creado previamente su “golfo de Tonkín”, o sea la chispa necesaria para encender el fuego, el 16 de diciembre.

La historia no oficial. Llegaron los rambos

Segunda parte

En el atardecer de aquel pasado 19 de diciembre, después de dos días de continuo movimiento aéreo, donde la propia capital se había convertido en un corredor por donde pasaban los enormes Galaxy, los Hércules C-130, con rumbo a la base militar de Howard, en la zona central comercial había un dinámico movimiento. Los panameños se preparaban para una alegre, aunque difícil Navidad de crisis.

Se podían observar luces de colores en calles y avenidas. Los comerciantes se regocijaban de un visible aumento en sus ventas. Las tiendas permanecieron abiertas hasta tarde aquel día. Nadie creía en la población que Estados Unidos pudiera invadir en Navidad. Sin embargo había un movimiento que presagiaba algún tipo de acción en el Comando Sur.

Por esta razón, el estado de alerta declarado el 16 de diciembre cuando los incidentes militares no se había desactivado. Unos días antes, extendiendo un mapa, había podido observar que todas las maniobras parecían destinadas a “encerrar” a la capital y adelantaba un casi perfeccionado esquema de invasión.

Investigando lo que Estados Unidos tenía ya para entonces en el Comando Sur, se podía establecer que el armamento y equipo bélico, especialmente aéreo, iba mucho más allá de lo que podría esperarse en un esquema de “Baja Intensidad”. El 17 de diciembre había en Panamá –estacionados en las bases– alrededor de 18 mil hombres de tropas, donde se contabilizaban los “estables” y las fuerzas de élite ingresadas en marzo de 1988 y mayo de 1989.

También es necesario agregar a estas cifras a los grupos mercenarios que estaban recibiendo entrenamiento en las bases militares estadounidenses en contra de la voluntad del gobierno panameño, que luego actuaron como unidades de apoyo a las tropas invasoras.

Equipo y armamento sofisticado

Habían llegado a las bases estadounidenses armamento y equipo altamente sofisticado, especialmente aéreo, lo que definió la intervención. Existían más de 30 unidades de helicópteros *HU-58*, para guerra electrónica y espionaje; *Black Hawk* que, además de ametralladoras, pueden transportar los mortíferos cohetes *Hellfire*, también los *Huey Cobra*, que llevan cañones antitanques y misiles *Tow*, así como los *Cobra* con cañones de 20 milímetros, cohetes antitanque y misiles *Tow*. Estaban estacionados los poderosos aviones de asalto *A-37* y *A-7* del tipo “corsair”, con su mortífera carga de misiles aire-aire, aire-superficie teleguiados por sistema láser, cohetes y ametralladoras *M-6* y *A-1* y bombas de 500 libras, así como los *AC-130 Spectre*, equipados con cañones de 40 y 20 milímetros, obuses de 150 milímetros y ametralladoras 7.62, con un sistema especial de disparos de saturación para aumentar el volumen de fuego, todo lo cual significaba un esquema de confrontación de tal magnitud que aparecía como el mayor, después de la Segunda Guerra Mundial.

Pero aún los panameños no sabían que lo que Estados Unidos había preparado para su país, era nada menos que la utilización de armas “en prueba”. Unos días después de la invasión se habría de conocer el temible resultado de esta operación, que convirtió a Panamá en lo que un soldado norteamericano llamó *the little Hiroshima* o “La pequeña Hiroshima”.

En el largo corredor aéreo habían llegado a Panamá más de diez mil soldados de tropas especializadas y de élite. Thurman no confiaba demasiado en las fuerzas acantonadas desde hacía tiempo en Panamá y a las cuales se les hacía extremadamente difícil visualizar a los pacíficos panameños, como “brutales enemigos”.

El 19 de diciembre a las 22.30 (hora local), un sargento de turno en el puesto de control de las Fuerzas de Defensa de Panamá, ubicado en la zona del Canal, alcanzó a advertir al Cuartel Central que unos 60 helicópteros habían comenzado a encender motores en una base

estadounidense. Después se conocería que los informantes panameños fueron capturados y ejecutados sumariamente. También logramos conocer que el capitán Javier Licon, quien fue uno de los autores del golpe del 3 de octubre y que se había refugiado en el Comando Sur y después en Miami, había llegado a las bases estadounidenses y en esa noche realizó varios llamados a oficiales de las FDP, para alentarlos a abandonar a Noriega.

La trampa

Alrededor de las 23 horas, “alguien” aún no identificado por la prensa llamó a los cuarteles de los Batallones de Tinajita y del 2000, para que avanzaran hacia el Cuartel Central para su defensa.

De no haber sido por un capitán leal, quien se comunicó con los batallones, éstos habrían caído en la trampa tendida, y hubiera sido fácil para el terrible bombardeo que realizaron aviones y helicópteros norteamericanos sobre el Cuartel Central destruir a todos en un sólo y sostenido ataque.

A las 0.16, los aparatos del Instituto de Sismografía de la Universidad de Panamá detectaron la primera serie de bombas. Antes había habido disparos en la zona de Curundú cercana al barrio de El Chorrillo. A las 23 horas, ya habían ido a observar los movimientos, en Fuerte Clayton. A las 0.45, otra detonación hizo oscilar las agujas de los aparatos. Otra cantidad de bombas cayeron a las 0.57 y exactamente a la una de la mañana, a sólo 22 kilómetros de la sede del Instituto, se registraba una serie de explosiones que provocaron temblores de distinta magnitud. Todo en el perímetro de la ciudad.

Sin embargo es necesario precisar que la acción de las tropas estadounidenses estuvo dirigida hacia unos 13 puntos estratégicos en todo el país. Lo más pesado estaba por supuesto reservado a la ciudad capital y la segunda en importancia: Colón, donde habitan más de 600 mil de los dos millones de habitantes que tiene el país.

A la misma hora en que se registraban estas explosiones en la zona céntrica de la ciudad, en el barrio más pobre, donde estaba enclavado el modesto Cuartel Central, de sólo dos pisos en su parte frontal, helicópteros y aviones volaban con su carga de muerte hacia los aeropuertos de Tocumen (militar), Omar Torrijos (civil internacional) y el de Paltilla, situado en una zona residencial sobre la bahía del Pacífico panameño.

De la misma manera, en acción envolvente se dirigieron a los cuarteles de Tinajita, ubicado en un cerro junto al barrio de San Miguelito, el más poblado, con casi 270 mil habitantes, y a los cuarteles de Panamá Vieja, en las ruinas dejadas por el pirata Henry Morgan cuando incendió la primera ciudad hace 315 años.

En otro raid se dirigieron a Colón para atacar los cuarteles de las FDP, como Cocosolo, Fuerte Espinar, y la misma ciudad, también marginal en su construcción de madera. En el esquema masivo de invasión programada cuidadosamente, los aviones, en este caso los Stealth F-17, bombarderos silenciosos e invisibles que eluden los radares con un equipo especial, habían sido enviados en su primera prueba a la base militar Omar Torrijos (Río Hato), donde funcionaba la escuela militar de oficiales. La descarga en ese lugar fueron bombas de dos mil libras, a ambos lados de la base, con la misión confesada de un oficial estadounidense de “atontar e inmovilizar” a las fuerzas panameñas.

Aquí también la contra

Lo mismo sucedía en otros lugares como Chiriquí, la provincia fronteriza con Costa Rica. En ese país, donde se habían detectado movimientos de casi un millar de tropas estadounidenses, entre Punta Burica y la Península de Osa en el Pacífico, el Comando Sur contaba con una buena retaguardia y cientos de contras nicaragüenses, que se habían convertido en “perros de caza” para impedir la huida de panameños.

¿Qué sucedía con la población civil en aquellos momentos? En los barrios residenciales, que no fueron “tocados”, las familias de clase alta asistieron a la invasión sentadas en sus cómodos sillones, refrigeradas, siguiendo los acontecimientos a través de las transmisiones en cable desde Estados Unidos. Ellos estaban a resguardo y tenían sus despensas abarrotadas.

Desde aquellos momentos y a través de los días, mediante la reconstrucción realizada con mucho sacrificio por grupos y comités independientes de derechos humanos en Panamá, se ha podido reconstruir la trágica historia con testimonios de los que sólo hemos escogido los que pueden apoyar el relato periodístico.

Esta corresponsal logró el mismo día 20 entrevistar a varios de los afectados de El Chorrillo, muchos de ellos heridos o refugiados en el hospital Santo Tomás. El lugar era una reproducción de las escenas varias veces vista en distintos filmes sobre la guerra. Casi al mediodía del 20 había en el hospital un centenar de muertos civiles y más de 1.500 heridos. Maritza D., una mujer joven, lloraba silenciosamente acariciando a un niño semidesnudo, que dormía en su regazo. Estaba, como otros cientos de personas, sentada sobre el escaso césped en un patio del lugar.

El Chorrillo o la pequeña Hiroshima

“Yo estaba en mi casa, en la calle 26, muy cerca del Cuartel Central, y los chiquillos dormían. No recuerdo la hora, pero sí sé que era como la medianoche. Escuché muy lejos, como en el lado del mar, una explosión. Pensé ‘otra maniobra de los gringos’. Pero casi enseguida fue algo como si cayera una bomba sobre la casa y todo tembló. La luz se fue y escuché llorar a los niños. Tropezando con todo en mi camino, pude llegar hasta ellos en la oscuridad. Fui hasta donde estaba el más pequeño y no lloraba ni se movía. Cuando lo levanté, algo caliente corrió por mi brazo. ‘Es sangre’, dije. ‘Es sangre’, grité y

los otros niños gritaron también y se colgaban de mi falda. Recuerdo que me dije que tenía que ir a un hospital. Tratamos de llegar con los niños hacia la salida, por un corredor y ya el ruido era infernal, los helicópteros, las explosiones, los disparos y el llanto de la gente que estaba, como nosotros, atrapada. Después de mantenernos un rato de rodillas, logré salir a la calle, que también era un infierno. Iba con otras mujeres y niños, cuando un helicóptero nos iluminó, como si fuera de día. ‘No disparen’, gritamos todas, pero él bajó más y, sí disparó sobre mujeres y niños, disparó. Entonces me doy cuenta que Gerardo, el niño de tres años, estaba herido. No sé como lo cargué junto al otro, y casi arrastrándome seguí. Estaba yo como loca y en esos momentos otros niños que yo no conocía estaban también colgados de mi falda.

“No sé cómo logré andar y de repente me encontré en la Avenida Balboa. Alguien pasó con su carro y entonces me recogió y me trajo al hospital Santo Tomás. Recuerdo que yo apretaba tanto a mis dos niños, que una doctora joven me habló con mucha paciencia. Después los tomó ella y se los llevó al cuarto de urgencias. Había gente herida por todas partes y los muertos ya estaban allí alineados y no había comenzado el día. La doctora me puso la mano en el hombro y me dijo: ‘el pequeño está muerto’. Entonces entré y miré a mi chiquillo. Dios mío, pensé, ¿cómo lo habré cargado si estaba destrozado? Me dijeron que era algo de una bomba. Los asesinos no miraron nada, nada”.

Un piloto estadounidense respondería luego a un periodista que lo interrogaba sobre la muerte de tantos civiles, que su “misión era buscar y destruir. Fue como en Vietnam... y no hay tatuajes para distinguir entre las Fuerzas de Defensa y los civiles”.

Alrededor de la 1.30 de la mañana, andando hacia la zona del centro, donde los helicópteros estadounidenses estaban bombardeando sin pausa el Cuartel Central, recuerdo que mirando la Avenida Balboa, por donde corrían cientos de personas en ropa de dormir, con niños desnudos, pensé en un terremoto, pero especialmente en las

imágenes fotográficas del bombardeo sobre Saigón, tantos años atrás. Todo se repetía aquí.

La muerte no mira caras

“Estaba yo mirando televisión, con mi hijo de diez años en el Canal 13. Eran como las doce de la noche, cuando escuché una fuerte explosión. Y casi enseguida comenzó el infierno de ruidos y explosiones. Así permanecimos acostados sobre el piso debajo de una mesa, con mi hijo. Después de ver lo que vi, pensé que nada nos salvaba de aquel infierno. Todo temblaba alrededor. La luz se había ido y nosotros estábamos allí atrapados y cada explosión derrumbaba algo en la casa. Alrededor de las 2.15 de la mañana, oyendo los gritos y llantos de los vecinos, el infernal ruido de esos helicópteros, que nunca podré olvidar, me dijo ‘no quiero morir aquí encerrado como una rata’. Salimos como pudimos. Uno ni sabe qué hacer en esos momentos. Nos encontramos con los bombardeos de los helicópteros y el fuego cruzado de los combates. Donde era el cuartel de músicos estaban resistiendo. Desde un helicóptero los llamaban a rendirse. Pienso que no había más de 300 hombres combatiendo en el Cuartel Central, muchos combatían desde los zaguanes. Traté de buscar el camino a la playa. Muchas mujeres con niños lloraban desesperadamente. Vi a una a la que llamaban Doña Chepa, que intentó cruzar cuando pasaba un helicóptero que la iluminó y ahí le dispararon. La muerte no mira caras, pensé. Cuando ya íbamos por una calle camino a la playa, miré hacia atrás y vi una bola de fuego que bajaba de un helicóptero. Después dos lenguas de fuego salieron desde cerca de la cantina y las barracas detrás del Cuartel Central. Estaban incendiando los lugares donde podía refugiarse la resistencia”.

Durante las primeras horas, el Instituto de Sismografía registró 417 explosiones. Pero alrededor de las 3 de la mañana del día 20, los jefes de la invasión, impacientes por la resistencia en el Cuartel Cen-

tral, enviaron al poderoso Stealth-F-117, que descargó una bomba de unas 500 libras. Fue entonces que se alcanzó una intensidad de 9 grados en la escala de Richter en el temblor que conmovió a una buena parte de la ciudad.

“Nosotros íbamos a desalojar el cuartel porque todos sabían que no era un objetivo estratégico, ni militar. No tenía ninguna importancia. Pero seguramente que ellos debían tener algo para cuando el presidente Bush hablara, como prometió, a las 7 de la mañana. Si no, no se explica por qué se ensañaron tanto. Ahí había muy pocos hombres de los ‘Macho de Monte’, algunos del G-2, los músicos, gente del Batallón Liberación Latina. Unos 300 digo yo. El resto se había replegado como se dijo en el plan que teníamos. Unos quisieron meterse en la transístmica. Iban para rodear la ciudad y meterse en los perros cercanos para bombardear el Comando Sur. A mí me hirieron y quedé sin arma, así es que no podía moverme de donde estaba. Me di cuenta que la orden era acabar con nosotros con los bombardeos y después recién que entrara su infantería. Así ellos no tenían bajas. Pero después de la gran explosión, cuando creyeron que ya no quedaba nada, largaron sus tanques de infantería. Ahí pude ver lo cobardes que son, porque los nuestros los recibieron con lo que quedaba y ellos retrocedieron asustados, sorprendidos. Entonces volvieron a mandar la aviación. Ya para las dos de la mañana El Chorrillo se estaba incendiando. Lo que los gringos tiraban no era fuego común. Lo que tocaban sus bombas se pulverizaba, se derretía, tanto metales como hombres”. (Testimonio de Ramón E. Soldado de las FDP).

Otro militar señalaba: “Fue como en Vietnam, cuando ellos vieron que no podían acabar con la resistencia, que evidentemente no esperaban, decidieron por aquello del territorio arrasado. Sólo así, con todo incendiado mandaban la infantería. Militarmente eso es cobardía, pero fundamentalmente un desprecio absoluto por la vida humana”.

La historia no oficial. Morir dos veces

Tercera y última parte

La Base de Río Hato fue nacionalizada por el general Omar Torrijos en 1970 y allí se encuentra enclavada, en una población civil de pescadores, sobre el Pacífico a 120 kilómetros al oeste de Panamá. Hay más de 300 testimonios sobre los sucesos. Este es el relato de un civil: “Estaba esa noche en Farallón y me fui a la base a hablar con un oficial amigo. Había un estado de alerta, pero los cadetes cuyos dormitorios estaban del otro lado de un gran patio estaban durmiendo. Ellos eran muy jóvenes, entre 12 y 19 años. De repente, mucho rato después de que pasara un avión norteamericano por el lugar, sucedió aquello. No se oía ningún ruido, nada, cuando imprevistamente fue aquella explosión, algo terrible que hizo temblar todo. Después supimos que esos eran los dos aviones invisibles Stealth y que habían arrojado nada menos que dos bombas de dos mil libras cada una. De inmediato se prepararon los hombres, unos pocos de los Macho de Monte, el resto estaba en la ciudad y los de la Compañía Expedicionaria. Casi de inmediato llegaron los helicópteros y aviones y vimos que tiraban vehículos y hombres en paracaídas. Entonces comenzaron a disparar las antiaéreas y toda la artillería de la base. Fue algo increíble. Ahí los gringos tuvieron muchas bajas, pero como eran de los rangers todos saben que este tipo de muertos ellos pueden ocultarlos. Así es su sistema. Las familias reciben una pensión mayor que el resto, pero esas muertes se pueden silenciar. Cuando vieron la reacción de los panameños, ellos pidieron refuerzo aéreo y ahí sí llegó de todo, mientras la infantería desembarcaba por la playa. Era increíble. Yo creía estar metido en una pesadilla. Entonces los soldados panameños decidieron replegarse hacia la zona donde todos los años se hacía la Feria Agrícola militar. Ahí aguardaron la otra tanda del bombardeo, que llegó. Un oficial me dijo entonces ‘váyase al monte con algún herido, aquí no tiene nada que hacer sin armas’. Me fui con un muchacho jo-

ven herido en un brazo y atravesamos monte hasta llegar a un hueco de cemento que los gringos habían dejado de su antigua base. Desde ahí fui testigo de la tragedia y la crueldad. El muchacho me dijo 'están tirando con las perseguidoras y con armas nunca vistas'. Las perseguidoras eran bombas de infrarrojo, que buscaban a los hombres, el calor humano, y los pulverizaban y había otro sonido que no olvidaré. Era como una sierra eléctrica y después una explosión. Eso también lo usaron en Panamá y derretía todo lo que encontraba a su paso, rejas, cortinas metálicas, seres humanos. Pensé en esos hombres que estaban peleando con armas tan dispares y lloré, no me avergüenza decirlo. Lloré. Después vino lo más terrible. Cuando ya evidentemente se había acabado la resistencia nuestra, después de aquellos bombardeos terribles, llegaron las tropas y entonces oíamos de lejos: "aquí uno" y la orden "mata" y ahí mismo la ametralladora y el alarido de la muerte. A todos los que encontraban vivos los ejecutaban ahí mismo".

También los cadetes fueron sorprendidos en sus barracas de dormir. Las tropas entraron tirando granadas y bombas. Algunos lograron sobrevivir. Cuentan que un oficial puertorriqueño impidió que un ranger matara fríamente a unos 20 cadetes. Los sobrevivientes fueron llevados hacia los campos de concentración del Comando Sur, con los ojos vendados, amarrados y amordazados. Como en Vietnam.

Aeropuertos: Paltilla, Tocumen y Omar Torrijos

"Alrededor de la una de la mañana del día 20, por lo menos dos helicópteros artillados, con 15 hombres cada uno llegaron hasta Paltilla. Estaban de guardia un capitán, un sargento un cabo y algunos civiles. El pequeño grupo de militares resistió la primera embestida estadounidense. Usaron todas las armas disponibles, provocando varias bajas en las fuerzas norteamericanas. Esto llevó a que se enviaran refuerzos de helicópteros para bombardear el lugar. Allí murieron valientemente los tres militares, entre ellos el capitán, un hijo del ex

presidente Basillo Lakas. Los civiles que se rindieron fueron obligados a arrodillarse y allí mismo los fusilaron”. (Testimonios de dos sobrevivientes que se ocultaron en una zona cercana).

El aeropuerto de Tocumen, donde se alineaban los pocos aviones y helicópteros de la fuerza aérea panameña casi inexistente, fue tomado por asalto después de un bombardeo destinado a inutilizar los aparatos. Unidades de la 82 División Aerotransportada fueron lanzadas con tanques de más de diez toneladas sobre el aeropuerto y la resistencia se mantuvo durante horas allí.

El Aeropuerto Internacional Omar Torrijos, construido durante el gobierno del general, fue bombardeado y su torre de control inutilizada, cuando había más de dos centenares de personas esperando tomar aviones en tránsito, o de “regreso a casa”. Aquellos que alguien llamó “los viajeros de la noche” se vieron obligados por las tropas estadounidenses a permanecer arrojados sobre el piso, boca abajo, mientras duraban los combates. “Fue la noche más cruel y larga de mi vida”, narraría Jessica, una colombiana que quedó atrapada en el infierno. “Había viajado a Panamá para mis compras de Navidad. Así estuvimos aterrorizados esa noche y al amanecer nos mandaron caminando y sin destino, a mujeres hombres y niños. Ahí nos dejaron a la intemperie, sin nuestras cosas, vagando por la carretera, donde algunas personas nos permitieron dormir algunas noches”.

Cuarteles de Amador

Los cuarteles que quedaban cercanos a la calzada de Amador eran edificios ocupados después de que el área revirtió a Panamá. En la noche del 20 de diciembre, los cuarteles de los “cholos” del Batallón Victoriano Lorenzo y el de mujeres “Rufina Alfaro” fueron rodeados por las tropas. Desde antes del inicio de la invasión habían quedado incomunicados porque se encontraban cerca de las áreas de operaciones norteamericanas.

“Nosotros escuchamos cuando los conminaban a rendirse, pero tanto las mujeres como los hombres lucharon hasta el final. Les dispararon con artillería pesada y luego llegaron los helicópteros y comenzaron aquellas bombas como un haz de luz, una luz cegadora. Después los vecinos vimos lo que quedaba de aquellos cuerpos horriblemente quemados, irreconocibles. Recuerdo con claridad que el 21, cuando ya estaba acabando la resistencia, una mujer gritó desde el cuartel ‘¡Por Panamá la vida!’. Fue lo último que oímos”. (Testimonio de vecinos del Cuartel).

Cocosolo: los misiles Hefifire

Casi a la misma hora que los cuarteles y barrios panameños recibían el peso del bombardeo aéreo, comenzaba también la acción sobre Colón y, especialmente como punto estratégico, el Cuartel de Cocosolo. De este lugar quedan señales inequívocas del uso de armas sofisticadas, “estrenadas” por las tropas norteamericanas. Un feroz impacto que debió ser producto de una bomba de gran calibre abrió un grueso boquete en los techos del edificio. Allí se utilizaron también las bautizadas bombas “incendiarias”, cuyo material aún no se conoce y las “perseguidoras” de infrarrojo. Los testimonios del lugar dan cuenta de que entre el Cuartel de Cocosolo y la ciudad, bombardeada también, se produjeron unas 1.500 víctimas. “En camiones frigoríficos cargaron bolsas de cadáveres y nadie podía acercarse a preguntar por sus muertos. Aquí hay una enorme fosa común, que le mostramos a Jesse Jackson. Todavía nadie nos ha respondido a la larga lista de desaparecidos. Algunos cadáveres estaban totalmente calcinados. Hubo algún arma terrible, como de otro mundo” (testimonio de Ramiro L., habitante de Colón).

San Miguelito: “barrio mártir”

“Sobre el cuartel de Tinajita se centró durante la madrugada del 20 de diciembre todo el fuego de los bombardeos. Se resistió durante dos días. Luces de bengala, haces de luces brillantes: todo fue visto sobre aquel cerro y después vino sobre nuestro barrio mártir aquella locura que jamás pudimos imaginar. Cuando hubo una tregua del bombardeo, que comenzó sin descanso desde la tarde del día 20, lanzaron los paracaídas. Nuestras casas son bajas y sencillas. Así que cualquier tipo de arma era destructora de tal manera que miles quedamos a la intemperie. Escondidos mirábamos aquel espectáculo, y era como si no nos sucediera a nosotros. Dicen que tiraron la División Aerotransportada. Pero allí los militares, los batallones y también gente de la población, les dio duro y tuvieron que replegarse. Entonces vinieron los bombardeos más fuertes o casi una semana de bombardeos. ¿Qué puede quedar de todo esto? Ahí también fuimos testigos de lo que hicieron unas tropas que llegaron. Los rambos, les decían los chiquillos. Ellos capturaron a unos hombres y se los llevaron a una esquina, un poco alta. Ahí mismo, con los ojos vendados y atados todos con una misma soga los acribillaron. Yo no era progobierno, antes más bien un crítico, y entonces un muchacho como de 16 años llegó a la casa, era de los batallones, así que lo refugié hasta que pude, y quedé en paz con mi conciencia. Yo no lo iba a entregar como otros hicieron para tener esa otra sombra en mi vida” (Manuel R., de 78 años, vecino de San Miguelito).

Tanto en San Miguelito, como en El Chorrillo, Colón, Río Hato, los militares norteamericanos impidieron la entrada de las ambulancias y de los bomberos para apagar incendios. Así es que “fue como morir dos veces”.

“Me preguntaba yo, ¿por qué esta maldad de no dejar recoger a los heridos que gemían en las calles? Cuando me di cuenta de la verdad, mi corazón perdió la vida, por decirlo así. Llegaron las tropas, los tanques pasaban sobre los carros, con heridos adentro y luego

comenzaban a hundir las bayonetas en los cadáveres, para ver si estaban vivos. Y al que estaba vivo ahí mismo le disparaban a la cabeza. Yo lo he visto, lo hemos visto todos. Quisiera olvidar estos días, esta sangre, este crimen, pero eso no se va del corazón, no se irá nunca” (Marina F.).

El Dorado: el paso de la muerte

“Le di a mis hijos una escopeta de caza para defendernos de los saqueos que se estaban dando en El Dorado (barrio capitalino) aquella tarde que nunca se me olvidará. Antes había recibido el llamado de un amigo, que en San Miguelito fue testigo de la masacre de heridos que las fuerzas estadounidenses ultimaron a la vista de todos. Yo creía que eso era imposible pero después desgraciadamente lo viví yo mismo y con mis hijos. Escucharon un disparo, y pensaron que podían ser de los que andaban sin ningún control asaltando casas. Ahí mismo cayó sobre nosotros el fuego del mundo. Uno de los muchachos quedó ahí muerto y también su primo de 16 años. Aquello era un infierno. No había cómo detener la locura. Nos disparaban tanquetas. Pero después entraron a la casa, cargaron los cadáveres de los muchachos como si fueran animales y allí quedaron en la calle tirados largo tiempo. Todos los de la casa fuimos llevados a lo que se llama Centro de Investigación Criminal (CIC) en la base Clayton. También los niños pequeños. Allí sucedió lo increíble. Sin saber por qué fuimos torturados y maltratados de una manera horrible”.

Un estudiante que vivía cerca de la casa del testigo y víctima de los hechos denunció la acción ante abogados estadounidenses. Esta denuncia se repitió casi en los mismos términos en distintos lugares de la ciudad. El paso de la muerte no dejó nada en pie.

La estrategia de una guerra desigual

Militarmente, se analiza que el Comando Sur tenía como objetivo prioritario realizar una acción masiva de fuerzas con despliegue de su poderoso equipo bélico como para aplastar y destruir las principales concentraciones de las Fuerzas de Defensa de Panamá, así como capturar y destruir a unidades especiales que pudieran transformarse en guerrillas urbana o rural. Los bombardeos fueron lo suficientemente devastadores, especialmente sobre los barrios pobres donde se aglutinaban sectores sindicalizados, políticos de base, ideológicamente comprometidos con el proceso nacionalista.

Otro de los esquemas estuvo destinado a descentralizar los mandos, lo cual sólo se logró en parte al paralizar los enlaces entre el Estado Mayor, pero los mandos medios y los Batallones de la Dignidad tomaron sus propias iniciativas. En toda la planificación estadounidense se hizo evidente que no había ninguna consideración previa hacia la población civil. Más de diez mil viviendas destruidas o afectadas, un número de víctimas civiles que oscila entre los dos mil 500 y los cuatro mil, alrededor de 30 mil refugiados (sólo 18 mil continúan en la zona de Balboa), muestran que la acción tenía también otros objetivos.

“Se trataba de golpear de tal manera que se quebrara la resistencia. Esto se daba hasta el punto de que si veían a un francotirador en un edificio, derrumbaban el edificio. Esto no estaba dirigido sólo al momento de la invasión, sino al futuro. Era más fácil doblegar a una población si se le advertía desde ese horror: mira lo que hacemos con el que consideramos nuestro enemigo”, señalaba recientemente en una entrevista con la prensa europea José de Jesús Martínez, escritor panameño.

“En esas circunstancias no se podía hablar de enfrentamiento, sólo de aniquilación. Nosotros salíamos de madrugada el día 20, para defender el Cuartel. Íbamos dos camiones con gente del Batallón 2000. Éramos unos 250 hombres y de repente aparecieron los helicópteros

gringos. Fue terrible. Nos lanzaron todo el fuego del bombardeo, con esas bombas incendiarias que derritieron los camiones. Yo alcancé a saltar y con otros cinco compañeros, dos de ellos heridos, nos perdimos por el monte. Era imposible enfrentarlos. No podíamos hacer nada frente a ese tipo de armas. Ahora sabemos que en Chepo fueron enterrados cientos de nuestros compañeros en fosas comunes. Y eso lo declararon zona militar, para esconder su crimen”. (Sargento del Batallón 2000).

A pesar de todo este esfuerzo bélico, las tropas norteamericanas no pudieron evitar la resistencia, que prolongó su previsión de “30 minutos para rendir a Panamá”. Y el día 23 de diciembre, unidades de militares y civiles, lograron atacar con fuego de mortero durante casi una hora la sede misma del Comando Sur en Qaurry Heights, la base de Clayton, también sede del Ejército Sur, luego Albroom Field y también se realizó un ataque a los automóviles que transportaban a los gobernantes juramentados una hora antes de la invasión en las bases militares estadounidenses.

Por lo menos cuatro helicópteros fueron derribados en El Chorrillo y en San Miguelito. Hasta ahora, dos meses y días después de la invasión, no se han podido localizar las fuerzas militares y civiles que ingresaron a los montes en la zona central, en Chiriquí y Darién (frontera con Colombia).

El experimento de Estados Unidos en Panamá, violaciones de los Derechos Humanos

En enero de 1990, algunos altos oficiales norteamericanos confirmaron a la agencia británica Reuter que se sentían “orgullosos” de la demostración en Panamá. Especialmente atribuyeron el “éxito” de la operación a la nueva tecnología utilizada allí. “Todo funcionó mejor de lo esperado”, dijeron. Por primera vez habían utilizado el avión Stealth F-117, silencioso e invisible, que reemplazaba a los antiguos

B-52, con mucho mayor poder. También fueron utilizados los nuevos helicópteros Apache. El jefe suplente del Estado Mayor del ejército norteamericano, general Jimmy Ross, recordó al periodista que el Apache tiene “un sistema de visión nocturna que le permite ver como si fuera de día a sus objetivos”.

Este helicóptero fue diseñado para destruir los tanques del Pacto de Varsovia en Europa y cargar misiles Hellfire y cañones de fuego rápido de 30 mm. Reemplazó al Cobra AH-1 utilizado en Vietnam. “Hablé con pilotos que utilizaron el Apache –dijo Ross–. Ellos podían suspenderse y observar más o menos desde unos mil metros y ver, por ejemplo, cuándo entraban las tropas nuestras por algún lugar y el enemigo salía por detrás”. Esto explica por qué razón cientos de hombres de la resistencia eran literalmente “cazados” en sus desplazamientos.

La prueba de armas también incluyó a los sensores y cañones láser, infrarrojos, bombas y granadas especiales, tipo napalm, con una sustancia “que quemaba y pulverizaba o derretía los metales”. Misiles que se hundían en los cimientos de los edificios y otras bombas que los damnificados describían como “capaces de entrar sin dañar nada en una casa y pulverizarlo todo adentro”.

Los cascos que utilizaban los soldados eran de un material delgado como la hoja de un papel, conocido con el nombre de “Kevlar”, así como los chalecos. Este material es más fuerte que el acero y se usaron por lo menos 16 capas delgadas y livianas que impedían el paso de las balas. Un certero disparo de un AK-47 disparado desde un edificio dio en la cabeza de un soldado. La bala sólo rebotó. Esto da una idea de la diferencia de equipo y armamentos de ambas partes. Asimismo se habla de que el “Kevlar” fue utilizado para aliviar las armas, que parecían no pesar a los soldados. “Realmente era la impotencia total. Nos sentíamos como pequeñas cucarachas frente a todo ese poderío esgrimido como un valor de cultura”, señalaba un escritor panameño.

“El volumen de fuego y el refinamiento de las armas que usaron los norteamericanos es increíble. Hicieron de Panamá más o me-

nos como Hitler con España, la usaron como polígono de tiro para practicar con las armas que después usarían en la Segunda Guerra Mundial. Aquí usaron armas desconocidas, practicaron la Guerra de las Galaxias contra un pueblo pobre e indefenso. Bush parece que pretende decirle a América latina ‘vean lo que les puede pasar si no hacen lo que yo quiero’” (José de Jesús Martínez).

Panamá: La democracia *made in USA*

Difícilmente se puede llamar democracia a un gobierno que surja de una invasión de estas características, por más que se empeñen los publicistas de la Casa Blanca. No se pueden borrar estos recuerdos. Esto sobrevive, como sobrevivió el espanto de Hiroshima.

Como resultados finales de las investigaciones y testimonios se verificó que las tropas norteamericanas ejecutaron militares y civiles de los Batallones de la Dignidad sumariamente y ante impotentes testigos. De acuerdo con informes de los detenidos en los campos de concentración, varios civiles y militares fueron desaparecidos de los campamentos. Algunos altos oficiales, con el pretexto de que “habían sufrido un ataque cardíaco”. Otros fueron sometidos a torturas y llevados a lugares específicos de interrogatorio: en la Biblioteca Nacional, en el Aeropuerto Internacional, en centros especiales y en las mismas bases norteamericanas. Más de siete mil familias buscan, sin ninguna colaboración de las entidades norteamericanas y del nuevo gobierno, a sus familiares muertos o desaparecidos.

En los primeros días hubo más de doce mil detenidos en los polígonos de tiro de las bases militares norteamericanas, rodeados por alambradas de púas y perros. Estuvieron a la intemperie bajo la lluvia y el sol, hombres y mujeres, adolescentes y ancianos. Quedan ahora alrededor de cinco mil detenidos. Unas 24 personas han sido secuestradas y llevadas ilegalmente a Estados Unidos, pero Washington no da a conocer los nombres.

Recientemente, la Sociedad Norteamericana de Prensa (SIP) estuvo en Panamá y sus integrantes se “congratularon” por la reapertura de diarios como *La Prensa* o *El siglo*, pero no hubo ninguna condena ante el cierre de periódicos como *Crítica*, *Matutino*, *La República*, los canales 2 y 5 de televisión, las radios BB, Popular y Soberana, entre otras. Tampoco dijo nada la SIP sobre la ocupación del sindicato de periodistas por las tropas invasoras, durante días, así como por la detención de unos 30 hombres de la prensa local, entre ellos los secretarios y subsecretarios de ese sindicato.

Organizaciones populares, sindicales, así como la iglesia católica han condenado la invasión en los últimos días y han denunciado la campaña de intimidación, de presiones, de persecución y la aparición de escuadrones de la muerte, todo esto nunca conocido en el país.

Recientemente en Chiriquí, provincia fronteriza con Costa Rica, se denunció la aparición de un grupo civil armado, lo más parecido a los Escuadrones de la Muerte de El Salvador y Guatemala. Un llamado “comandante 25”, vestido de negro, dio una conferencia de prensa públicamente afirmando que sus “armas estaban luchando para la defensa del presidente Guillermo Endara”.

La nueva Fuerza Pública fundada por el Comando Sur circula con una identificación que dice “el portador de esta tarjeta tiene autorización para viajar por toda la República de Panamá para apoyar al recién establecido gobierno del presidente Endara. Firmado Marc A. Cisneros-Mayor general, Ejército de Estados Unidos, comandante, Ejército Sur”.

La ocupación militar de Estados Unidos ha impuesto en Panamá una virtual dictadura militar extranjera. “Abarca todos los niveles políticos estratégicos y hasta la toma de decisiones. Los militares norteamericanos están detrás de cada funcionario gubernamental y en la propia casa de Gobierno, donde el señor John Bushnell, consejero político de la embajada de Estados Unidos, asume el papel de un verdadero procónsul. Los militares del Comando Sur controlan las diez ciudades principales, las nueve provincias y hasta los destacamentos

regionales de la policía. Hemos retrocedido a principios de siglo. El mundo comenzará a entender o la humanidad habrá perdido la razón, reza un documento de grupos de bases eclesiales. Los miles de testimonios sobrevivirán a la conspiración del silencio. (Notas de la autora, *El Día*, marzo de 1990).

Testimonios¹³

“Soy enfermera del Seguro Social y estaba en mi casa en el barrio del Chorrillo. Estábamos casi todos durmiendo cuando nos despertó un estruendo. Creíamos que había volado un tanque de gas. Pero luego fue la balacera. Pensábamos que podíamos salir, pero cuando nos asomamos vimos que era imposible. Estábamos desesperados, mi marido y yo y una tía muy vieja. Como a eso de la 1.30 ya había fuego y la luz se había ido. Las explosiones y balazos eran infernales y nadie podía salir. Nos sofocaba el calor del fuego que ya nos llegaba y escuchábamos gritos, gente corriendo, llantos, cosas horribles. El incendio comenzaba desde el lado por donde venían las tropas. ¿Y cómo no se iba a quemar si todo era madera? En un momento pudimos escaparnos pero muchos vecinos nuestros quedaron atrapados y murieron quemados”. (Gloria F.).

“Sí se quemaron varios vecinos allí. Yo solamente conocía de vista a una abuelita que vivía sola, que no pudo salir y se quemó en la escalera. Vi también lo que prácticamente fue un asesinato, porque iba un muchacho en una moto, iba con algo en la mano como un paquete o bolsa. Se oyó entonces una detonación rara y todo él se destruyó, todo, con la moto también. Se dispersó por el aire. Me dio tanto horror que no quise seguir mirando más”. (F).

13 Existen más de cinco mil testimonios reunidos por periodistas panameños y organismos de derechos humanos.

“Sí, yo vi gente quemada y en la esquina de la calle 26 en la mañana salieron muchas señoras y niños y vi cómo los soldados americanos ametrallaban a esas gentes y yo me preguntaba por qué si ellos venían saliendo para salvarse, el edificio de ellos estaba todo baleado y ellos, los gringos, rematando a toda esa gente allí. Eso lo vimos muchos vecinos”. (Leonardo).

“Para mí fue la noche más horrible de toda mi vida. Vi cómo sacaban unos 60 cadáveres de un bus que hacía viaje entre Chorrera y Panamá. Todos eran hombres. Eso lo vi en la mañana del 20 de diciembre, en una zanja grande que está entre Albrook y Balboa. Era algo muy triste”.

“Tres días después de la invasión volví al Chorrillo, para ver si encontraba algo de mis cosas, pero todas las puertas de lo que quedaba en el lugar estaban voladas o violentadas. Me dijeron que los soldados norteamericanos pateaban todas las puertas, buscando a los de la resistencia. ¿Quién podía estar allí después del bombardeo y los incendios. Lo que no se quemó lo destruyeron ellos”.

“Por la radio decía que los batallones de la Dignidad estaban quemando El Chorrillo. ¿Cómo iban a quemar ellos los únicos lugares donde podían esconderse para resistir. Nosotros vimos que el fuego se produjo por el bombardeo. Si alguien tira una mecha encendida a un barrio de madera, se prende fuego a algo, pero aquí eran bombas y morterazos. Me parecía infame que ellos quisieran culparnos a los panameños de ese crimen. ¿Quién le hará pagar esa injusticia?”.

“Cruzando la Avenida de los Mártires en la desesperada huida, vi a los norteamericanos que detenían a unos cinco hombres, parecían militares. Los hicieron arrodillar y ahí mismo sentí yo aquellos balazos y los pobres hombres quedaron ahí fusilados”.

“Yo tengo una hija pequeña que nunca puede dormir ahora. Yo la llevaba cargando cuando vimos la entrada de los tanques. Ellos pasaban sobre los heridos y los muertos, como si nada. Pasaron sobre un automóvil donde un hombre herido agitaba los brazos y lo aplastaron. Eso vio la niña, que gritaba cada vez. A mí como que el corazón nunca más me funcionó bien. No puedo olvidar aquel crimen”.

“Yo conocí a un vecino, Miguel Acosta, que cuando vio lo que estaba pasando quiso salir a saludar a las tropas invasoras, para que no le hicieran nada y él salió como gritando, porque estaba algo ebrio y ahí mismo los gringos le dispararon y ahí quedó él en la puerta de su casa, que después se quemó. Nadie podía recoger a nadie en aquel infierno”.

“Un señor que trabaja como sepulturero en el cementerio nos dijo que los gringos le ofrecían seis dólares por cada cuerpo que recogiera en el Cuartel Central. Pero los cuerpos todos destrozados, o pedazos de gente iban como de a tres por cada bolsa plástica que le dieron. El solo recogió más de 250 cadáveres y en un lugar pequeño”.

“Soy médico. En unas horas atendimos mucho más de mil heridos y unos compañeros que estaban recibiendo a los muertos contabilizaron más de 700. Esto en un solo hospital, en unas horas. Después los norteamericanos se llevaron todos los registros y además supimos que cientos y cientos de personas fueron recogidas en bolsas en las calles y llevadas quién sabe dónde. Hay filmaciones donde se ve que los soldados quemaban cadáveres y los echaban al mar y no hay cifras. No querían cifras. También tenemos los testimonios de los heridos que se llevaron y que ahora están desaparecidos. A muchos de mis compañeros les quitaron sus licencias de médicos por atender a los heridos. ¿Y qué debía hacer un médico? ¿Cómo pueden pedirme a mí que llame democracia a eso que sucedió?”

“Yo estaba de guardia en la cárcel El Renacer. Éramos muy pocos ahí. Teníamos un detenido norteamericano, Musse. Después de dos días en que nos sobrevolaban helicópteros a cada rato, comenzó aquella serie de terribles explosiones. Todo fue muy rápido, y había fuego por todas partes. Algo que nadie esperaba. Habíamos puesto árboles de navidad en la cárcel para los presos. Yo sentí el golpe en un brazo y un calor en todo el cuerpo. Me di cuenta que estaba herido y mi arma saltó a lo lejos. Ahí fui oyendo las voces, hablaban en inglés. Eran los comandos gringos que entraban, mientras los helicópteros volaban casi a ras de la cárcel. Me arrastré y quedé junto a otros dos heridos que se quejaban mucho. Quedé tirado sobre mi sangre y la de los otros. De repente, mientras las explosiones continuaban, sentí unos pasos y vi aparecer a dos comandos. Yo ni me moví y ellos dispararon contra nosotros que estábamos heridos y desarmados, descargaron sus armas. Yo sentí que el hombro me ardía. Pero el humo no dejaba ver nada. Así es que ni respiré y los comandos se fueron. Creyeron que nos habían matado a los tres. Moví a mis compañeros y estaban muertos. Así es que me arrastré como pude. Al pasar por un lugar donde todo estaba destruido vi unas toallas. Me envolví el hombro y el brazo, y así fui arrastrándome. Una parte de todo esto lo hice como quien anda en la niebla. No sé por dónde anduve, pero si que alguien me ayudó metiéndome en una casa, después de mucho rato de dar vueltas por lugares que seguramente conocía, pero que me parecían nunca vistos. Me ayudó una familia, que no describo para no comprometerlos. Y así pude llegar al hospital diciendo que era civil, porque ya me dijeron que a los heridos los sacaban del hospital para matarlos: Y así fue que sucedió, porque tengo nombres de muchos que fueron llevados desde los hospitales” (Juan A., soldado panameño).

“Yo sí vi. Vi la muerte a cada lado. Soy una persona sencilla, pero nunca olvidaré esas pobres mujeres que salieron huyendo con sus niños y las ametralladoras. Veía el fuego, los colores de esas bombas

que les caían encima, las manos levantadas de las mujeres pidiendo protección y los disparos. Yo estaba sola temblando por mis hijos, dos estudiantes, que no estaban conmigo. Pensé en salir huyendo. Mi casa estaba muy cerca del Cuartel Central, pero cuando vi cómo mataban a cualquiera decidí quedarme en mi casa, que era muy pobre, muy humilde. Cuando venían los helicópteros me quedaba debajo de una mesa. Pero luego podía ver lo que estaba pasando. Pude ver los cadáveres en la mañana temprano, en la triste mañana del 20 de diciembre. Cuando al fin salimos y los soldados norteamericanos nos gritaban, ni siquiera nos dejaban pararnos a ver si había heridos. Cerca de la Zona del Canal, vi cuatro hombres con pantalones militares. Estaban con las manos atadas atrás, y la cabeza volada, como arrodillados, como alguien que muere arrodillado. Me puse a temblar y a llorar. Más adelante venían los tanques y en un automóvil había un hombre herido que movía sus manos. Quise acercarme y me gritaron. Entonces un tanque pasó y aplastó al automóvil y al hombre. Ese crimen y los otros, ¿quién los pagará? Después me fui enterando de las muertes de muchos vecinos y de muchos niños. Los norteamericanos recogieron los cadáveres y se los llevaron en bolsas, quién sabe dónde”. (Dora C.)

“Yo recuerdo a un muchacho miembro de los Batallones de la Dignidad. Calculo que él estaba esa noche de guardia y entonces vimos cómo subió al edificio que ya había sido desalojado. Ahí vivía él y comenzó a combatir desde allá arriba. Era un chiquillo como de 16 años. No tenía noción de lo que era esa guerra. Si el área está controlada por los enemigos tú no puedes subirte a un edificio tan solito a combatir. Según contaron luego las gentes de El Chorrillo, a él le tiraron una bomba extraña, una bomba como incendiaria que entró por la ventana y lo calcinó totalmente. El día 23 yo fui a El Chorrillo a retirar enseres que quedaron en la casa y entré al departamento donde él vivía. La temperatura que hubo allí fue monstruosa, las huellas de donde hubo un mueble se veían por unas cenizas blancas que que-

daban. Las cenizas de una cama, las cenizas de una mesa, todo estaba calcinado, la sala, las recámaras. Sólo estaba el edificio intacto, pero todos los muebles calcinados. Calculo que fue una bomba como de espuma, digo yo, algo que vi. El muchacho se llamaba Jorge Carreño y me contaron los vecinos que al cadáver de Jorge Carreño los gringos lo amarraron con una soga y comenzaron a arrastrarlo pero se fue desmembrando. Estaba calcinado de una manera tan extraña. Los militares norteamericanos trajeron una bolsa y echaron los pedazos y lo tiraron por el balcón a la calle, donde ellos andaban recogiendo los cadáveres. Esa fue la historia de un pequeño héroe” (Didio).

“Sí vi militares panameños muertos, civiles y militares en cantidad cuando salí a la calle la mañana del 20 de diciembre. Subiendo hacia la carretera que va al puente que había a la izquierda tres hombres panameños militares atados de pies y manos con una soguita blanca con toda la cabeza balaceada. Yo calculo que los capturaron vivos, los interrogaron y los mataron allí mismo”. (Rodolfo N).

“Hubo resistencia. Una gran resistencia. Se atacó al Comando Sur, cuando ellos tenían todos sus aviones en el aire. Había que tener valor para hacer eso. Y en el barrio de San Miguelito se dio una batalla de seis días. Eran militares y civiles, muchos obreros y estudiantes que escribieron una historia heroica”. (Luis G).

“Fue todo tan rápido que no dejó tiempo a pensar. Sólo un gran terror que nos iba doblando. Pasaron los aviones bombardeando a cualquier lado. Más arriba otros aviones, no sé, creo que eran como cuarenta o cincuenta, no pudimos contarlos. Era como una nube, parecía que estaban en una guerra contra un país inmenso. También llegaron los helicópteros cargados de soldados. Nosotros apenas escondidos veíamos todo eso y cómo a muchos de los que salieron a la calle, mujeres y niños, les dispararon igual, dijimos ‘nos morimos aquí en nuestra casa’. Éramos como diez o doce arrodillados o acos-

tados en el piso, todos encimados. Desde allí vimos como una bomba extraña, algo rojo, explotó sobre una de las casas cercanas y ardió como si fuera esa foto de Hiroshima. Un hongo grande y de muchos colores. No sabemos qué arma fue. (Rubén)

Enfrentamiento sobre el río Pacora

“Fue terrible. Se veían las bombas que iban por el aire. Eran rojas y hacían un ruido muy raro, una tras otra iban disparadas y estallaban sobre el río, por los lados de Pacora (pequeña localidad cercana a la capital). Por esos lados había soldados panameños. Y para allí iban decenas y decenas de aviones y helicópteros. Era una guerra tan desigual. Nosotros mirábamos esto. Y también vimos los cohetes de Filipillo. Ahí prácticamente cazaban a los soldados. Los llevaban atados, amarrados, con los ojos vendados, descalzos, a empellones. Los aviones pasaban y los helicópteros como que los iban a ametrallar. Así era esa guerra psicológica con los prisioneros”. (Yosé M.)

CAPÍTULO IX

Democracia Made In USA

Todos los juristas internacionales coinciden en un punto específico con respecto a la situación panameña. No puede llamarse “democracia” a un gobierno impuesto por una invasión extranjera, que fue juramentado en una base militar de las fuerzas interventoras y menos aun a una administración sujeta a control absoluto por la potencia ocupante. De acuerdo con los argumentos estadounidenses, la legitimidad de la invasión estaba dada porque la ADOC había triunfado en las elecciones de mayo de 1989.

Desde entonces hasta la fecha de la invasión habían pasado ocho meses. Washington obstaculizó todas las negociaciones emprendidas por la OEA para una solución pacífica. Y como hemos visto, tuvo una activa injerencia en las elecciones de mayo. En esos ocho meses había cambiado también la relación de fuerzas. El hecho de que tanto Endara como Arias Calderón solicitaran o sugirieran la invasión, transformaba en ilegítimas sus gestiones.

Sería válido por ejemplo preguntar a Francia cuál hubiera sido la actitud de los franceses con los colaboracionistas de la potencia agresora durante la Segunda Guerra Mundial. Antes de la invasión, los

opositores entraban y salían del país e incluso se trasladaron cómodamente al comenzar la intervención militar a la base donde juraron, lo que desmiente la existencia de una “férrea dictadura” a la usanza latinoamericana. Unos pocos días después de la invasión, la magistrada Yolanda de Pulitze, que había anulado las elecciones de mayo, fue llevada bajo custodia militar extranjera para anular la anulación, valga la redundancia. Entonces aparecieron las actas que la ADOC había entregado a la iglesia católica. Una comisión creada por el mismo gobierno se encerró en una habitación de la presidencia, y sin ningún veedor se repartieron los cargos. No hubo una sola voz que se levantara frente a esta anomalía casi increíble.

Se anularon, por supuesto, las actas de todos aquellos lugares adonde había ganado el Partido Revolucionario Democrático (PRD) y los nuevos gobernantes condescendieron en otorgarles algunos escaños. Una vez asegurado el gobierno bajo la máscara de la legalidad “made in USA” comenzó la andanada estadounidense para la recolonización de Panamá. El primer paso concreto había sido la destrucción del ejército nacional, tal como lo había denunciado desde 1986 el PRD.

La propuesta número 10 del Documento de Santa Fe II había sido seguida al pie de la letra. El ejército estadounidense, usando la mayor tecnología y fuerzas después de la guerra de Vietnam, se dedicó a destruir a su oponente. El 28 de diciembre de 1989, George Bush dio la orden para que se retiraran las armas a los militares panameños, mientras que organismos de derechos humanos comenzaban a advertir que el uso de una fuerza de casi 30 mil hombres, probando sofisticadas armas de alta tecnología, había significado una violación de todas las leyes de guerra. Arias Calderón fue el encargado de crear una nueva fuerza pública, en lo que los analistas interpretaron como un intento para impedir que los militares panameños, humillados y convertidos en virtuales prisioneros, pudieran reagruparse y hostigar al gobierno.

Poco tiempo después de la invasión, Roger Fontaine, uno de los redactores de la propuesta de los *Documentos de Santa Fe I y II*, señaló en su trabajo “Panamá después de Noriega”, publicado por el

Consejo de Seguridad Nacional que, con "la *abolición* de las Fuerzas de Defensa, la capacidad de Panamá para defender el Canal ha sido radicalmente reducida, haciendo imposible llevar a cabo su principal responsabilidad a partir del próximo siglo. Por lo tanto el papel de Estados Unidos tiene que ser reconsiderado".

El cinismo no reconocía límites. En junio de 1990, el embajador de Estados Unidos, Deanne Hinton, decía a la revista *Newsweek*: "Nuestra idea básica es cambiar los corazones y las mentes de los ejércitos clientes", una meta que Washington comenzó a perseguir en 1979, cuando la Guardia Nacional de Somoza fue derrotada en Nicaragua. "El Departamento de justicia, no el militar –añadía Hinton–, está dirigiendo el adoctrinamiento de los antiguos militares y supervisando el entrenamiento de los nuevos reclutas... todavía no esperamos éxitos. Hasta que los resabios de la dictadura se hayan ido, los nuevos reclutas tendrán que ascender, pero ya no tendrán las viejas costumbres ni, por supuesto, faltaría agregar, una conciencia nacional".

El lenguaje de Hinton resumía el verdadero trasfondo de la situación y mostraba con claridad la doble moral estadounidense. Comparativamente con lo que sucedía en El Salvador, donde ya se registraban alrededor de 70 mil muertos, cuando sucedió la invasión a Panamá, la mención de dictadura al referirse al gobierno de Noriega resultaba ridícula.

Los Escuadrones de la Muerte salvadoreños, asesorados por estadounidenses, eran culpables de miles de crímenes en el país, pero hacia ellos llegaba la ayuda militar más fuerte de Estados Unidos. Los mismos asesores estadounidenses que llegaron a Panamá a "restaurar la democracia" eran responsables de los asesinatos en El Salvador.

La otra medida inmediata que se impuso al nuevo gobierno fue la abolición de los símbolos del torrijismo. El nombre del militar panameño fue suprimido de todos los sitios y el museo que perpetuaba su memoria ("La Casa del Recuerdo") fue asaltado por las tropas estadounidenses, que luego llamaron a merodeadores para que se llevaran los últimos objetos, antes de volarlo con explosivos.

Un tiempo después, el 2 de mayo, desconocidos robaron las cenizas del general que estaban en una cripta en la Catedral, a donde habían sido trasladadas después de que las tropas invasoras amenazaron con destruir el mausoleo que guardaba sus restos.

Los pasos esenciales estaban dados, había desaparecido el ejército nacionalista y era necesario destruir también todo germen de torrijismo. En julio de 1990, en una entrevista con *La Prensa* de Panamá, el general Cisneros reconoció que las armas incautadas a las fuerzas armadas sumaban más de 60 mil, pero consideraba que se las habían llevado “por el bien de Panamá” y que no era “bueno” pedir pago o indemnizaciones por ellas. Tanto Thurman como Cisneros conocían bien las órdenes que estaban cumpliendo y no puede decirse que ninguno de los ejércitos latinoamericanos o europeos no supieran que la destrucción de las fuerzas armadas panameñas iba a tener como objetivo la prolongación de la presencia militar de Estados Unidos en Panamá y el retorno del colonialismo al país.

El 1º de enero de 1990, en una descripción aparecida en *Los Angeles Times* se señalaba: “El hombre que dirige a Panamá tiene una oficina en el Palacio Presidencial y pasa a toda velocidad por la ciudad en una limusina acompañado por guardaespaldas que usan siniestros lentes negros. Él decide quién queda libre y quién va a la cárcel. Ese hombre no es el presidente Endara, ni siquiera es panameño. Se llama John Bushnell y es lo más parecido que Estados Unidos tiene a un procónsul”.

Ya para entonces, a tan escasos días de la invasión, el *Journal Do Brasil* llamaba la atención sobre la vulnerabilidad del gobierno de Endara, por sus conexiones con Carlos Eleta, detenido en Estados Unidos por tráfico de drogas y lavado de dinero. Otros medios recogieron también las versiones de las conexiones con el narcotráfico de los nuevos gobernantes “democráticos”. Jaime Arias Calderón, hermano del vicepresidente fue acusado en 1985 de transferir 46 millones de dólares del narcotráfico al First International Bank, cuyo dueño era nada menos que Gilberto Rodríguez Orejuela, uno de los

capos del Cártel de Cali. También se señalaba al segundo vicepresidente Guillermo Ford, así como a Carlos Rodríguez, embajador de Panamá en Washington, y a Roberto Eisenman, director del diario *La Prensa*, todos ellos involucrados con el Dadeland Bank de Miami, como lo hemos visto anteriormente.

El 5 de enero, *The Miami Herald* vinculó al narcotraficante Ramón Millán Rodríguez, detenido en Miami (gracias a un aviso de Noriega a la DEA), con Henry Ford, hermano de Guillermo Ford, en el lavado de dinero, y *Oakland Tribune* escribía el mismo día: “Los adversarios de Noriega, ahora en el poder, en 1986 cuando el general levantó el secreto bancario y congeló 12 cuentas de 18 bancos lavadores de dinero, realizaron una campaña contra el mismo Noriega. Ahora se oponen a la revocación de la ley de confiabilidad bancaria. Rogelio Cruz, procurador del gobierno, perteneció a la junta directiva del Interamerica's Bank, cerrado en ese tiempo cuando se comprobó su vinculación con el lavado de dinero, lo que fue constatado por la DEA”.

Estas eran las primeras reacciones cuando el “fulgor” de la invasión se fue apagando. En los primeros días, fue el general Marc Cisneros quien pareció llenar el vacío de poder con su increíble acción del ejercicio público del mando. Bajo su autoridad, los detenidos fueron trasladados a campos de concentración y muchos de ellos desaparecieron sin que hasta ahora se conozca su paradero. Los prisioneros no tuvieron ninguna defensa. La llamada “administración Cisneros” dio los lineamientos para el establecimiento de la nueva Fuerza Pública, legisló sobre derechos de propiedad y medios de comunicación. Se apoderó de la Editora Renovación y la devolvió a una familia a quien Torrijos en su momento había indemnizado cuando estaba en quiebra.

En ese período comenzó el despido de miles de trabajadores, sin causa alguna, como no fuera política. En los primeros meses de la “democracia de la invasión” fueron despedidos más de un centenar de dirigentes gremiales, tratando de diezmar las fuerzas de la Central de Trabajadores de Panamá (CNTP) y silenciar las protestas que

se hicieron cotidianas a partir del 9 de enero de 1990. Panamá se convirtió rápidamente en un país cautivo.

Después de haber impedido el trabajo periodístico durante la invasión, el Comando Sur tomó a su cargo el control de la prensa nacional y extranjera. A su amparo nació el “nuevo periodismo panameño” de un ilimitado amarillismo, una prensa burda y grotesca. Se denunciaba sin pruebas, se acusaba sin argumentación. Era la venganza por la venganza misma.

El “plan” periodístico estaba destinado a crear la impresión pública de que había caído una dictadura similar a la de Somoza, pero no había muertos ni desaparecidos para mostrar al mundo. Aparecían testigos falsos que narraban historias alucinantes, pero éstas se diluían rápidamente en el olvido. El asesinato de Spadafora fue resucitado para imputárselo por supuesto a Noriega.

Por esos días, sin embargo, se conocían las investigaciones de varios periodistas estadounidenses en la región, como Tony Avirgan y Martha Honey, que estaban detrás de los pasos de la CIA en Centroamérica. Todos coincidían en afirmar que el crimen de Spadafora, cometido en Costa Rica en ausencia de Noriega de Panamá (septiembre de 1985), había sido realizado por un grupo de mercenarios de la Agencia ligados también al intento de asesinato de Edén Pastora, en La Penca, en mayo de 1984, hecho que pensaba ser atribuido a los sandinistas, como la muerte de Spadafora lo fue a Noriega. El propio Pastora confirmó recientemente esta versión en una declaración pública.

El amarillismo de la “nueva” prensa panameña servía para confundir por una parte y para aterrorizar por la otra.

Violaciones de los derechos humanos y civiles

El 17 de enero de 1990, el ex procurador general de Estados Unidos, Ramsey Clark, denunciaba en un reportaje publicado por la re-

vista italiana *Avvenire*, fechado el 7 del mismo mes, lo que ya comenzaba a ser una verdad inocultable.

“Los soldados estadounidenses en Panamá han matado a millares de civiles. He visto personalmente una fosa común de cuarenta metros de largo. Y sobre estas violaciones de los derechos humanos hay una conjura de silencio. Nada menos que la Cruz Roja Internacional no ha podido obtener datos sobre las víctimas. He visto una enorme destrucción de barriadas residenciales. No he podido verlo todo, pero lo mayor que he visto fue el barrio de El Chorrillo, en la ciudad de Panamá, donde los daños han dejado sin hogar a por lo menos 30 mil personas. 17 días después de la invasión el comando militar hablaba de 85 víctimas civiles. La cifra que he oído repetir al personal médico y a los grupos religiosos que se ocupan de los derechos humanos va de cuatro a siete mil. Después de eso, los militares (estadounidenses) han aumentado la cifra a 230 muertos. Es un gran salto. Esto quiere decir diez civiles por cada soldado norteamericano muerto, pero la conjura de silencio es fácil de demostrar. El Comité Internacional de la Cruz Roja ha tratado de obtener desde el 20 de diciembre cifras satisfactorias y no ha podido. Todas las demás organizaciones que lo han intentado han fracasado. Va uno a los hospitales a hablar con el personal, y ahí están los soldados estadounidenses; va uno al anfiteatro, y ahí están los soldados; quiere uno ver los nuevos certificados de defunción, y dicen que no están disponibles. Encontré una fosa común en el Cementerio denominado Jardín de Paz, en parte ya cubierta de tierra. Tenía seis metros de ancho y 40 de largo. Cientos de cuerpos pueden sepultarse en una fosa de esas dimensiones. Los chiquillos que juegan en el cementerio me han dicho haber visto traer por varios días cuerpos en bolsas verdes. Los trabajadores del anfiteatro me dijeron que recibieron el 23 de diciembre un millar de cadáveres de la sola ciudad de Panamá, pero no estaban en condiciones de precisar cuantos eran militares y cuántos eran civiles”.

Organismos como America's Watch denunciaron en los primeros meses de 1990 las diversas violaciones de los derechos humanos. El

8 de enero, hablando para la cadena de televisión ABC, el reverendo Jesse Jackson, quien también visitó Panamá y Colón, denunció “bombardeamos toda la noche las colonias (barrios) y San Miguelito y ni ha habido un recuento del número de gente inocente asesinada. Hubo más muertos en la ciudad de Panamá que en Tiananmen, en China”, señaló el ex aspirante a candidato a la presidencia estadounidense por el Partido Demócrata.

Aunque en enero de 1990 *The New York Times* publicó un desplegado con la firma de 70 personalidades, entre las que figuraba el ex senador Allen Mc Govern, el cineasta Oliver Stone, el escritor Allen Ginsberg, el músico Rubén Blades y otros, condenando la invasión, la administración Bush continuó manejando la imagen triunfal, después de haber apresado a periodistas y censurado toda la información.

Además de las ejecuciones sumarias de prisioneros, especialmente de militares o sospechosos de pertenecer a los Batallones de la Dignidad –organizados en 1988 entre profesionales, estudiantes y trabajadores para la defensa de la patria– las tropas estadounidenses construyeron campos de concentración, rodeados de alambradas, como el de Emperador, o en Clayton, y en otros sitios, bajo su control, deteniendo a miles de personas en los primeros momentos. Las fotografías difundidas son elocuentes: cientos de panameños fueron tomados en las calles, acostados sobre el piso, maniatados y apuntados con armas durante horas.

A pesar de que el secretario de Defensa Richard Cheney se negó a exhibir los *tapes* sobre la invasión a Panamá, filmados por el propio Pentágono, algunos de estos se “filtraron”. Durante una reunión de la juventud de la Comisión Permanente de los Partidos Políticos de América Latina (COPPPAL), en México en agosto de 1990, se pudo conocer una filmación realizada desde un helicóptero Apache. Allí, en esa infernal escena, los invasores ubican en pantalla el objetivo. Se ve el bombardeo al Cuartel Central, el incendio inmediato de El Chorrillo, la voladura de un automóvil que va solitario –con bandera blanca– por una carretera, una grabación repetía infinidad de veces

un llamado a los panameños a rendirse, a dejar sus armas y unirse a los “portadores” de la democracia.

Es evidente que no existía ninguna prohibición para las fuerzas atacantes de bombardear zonas pobladas. La cámara capta también la escena de la desesperada huida, el éxodo de los habitantes de El Chorrillo o el momento impresionante en que se puede ver a los militares prisioneros. Muchos de ellos se ven heridos, amarrados de pies y manos, arrodillados o acostados sobre el césped bajo el intenso sol. Algunos aparecerían después en las fosas comunes, con un tiro de gracia.

Otra escena patética es el momento en que los prisioneros son llevados hasta un camión militar y subidos a hombros por los soldados. Es denigrante observar el tratamiento a los detenidos y a los civiles que huyen.

El 17 de abril de 1990, varias organizaciones campesinas en Veraguas, suroeste del país, denunciaron el abuso de autoridad de las tropas invasoras. Miembros de las cooperativas campesinas de “La Esperanza”, en Santa Fe, Veraguas, sufrieron golpes torturas e intimidaciones y fueron sometidos a severos interrogatorios. Encarnación Rodríguez, gerente de la cooperativa, dijo que se les exigía información o que se entregaran listas de campesinos que hubieran viajado a Cuba o Nicaragua. Rodríguez señaló, en entrevista con varias agencias internacionales de prensa, que estos viajes, como otros a distintos países, estaban relacionados con el estudio de la formación y funcionamiento de las cooperativas. También la Coordinadora Popular de Derechos Humanos, integrada por 25 organizaciones, denunció una serie de abusos en diferentes lugares del país.

El 29 de marzo, en el área de la represa de Madden, cercana a la capital, Griselda Gallardo denunció el asesinato de su hermano y otros amigos por el ejército estadounidense. Griselda relató cómo su hermano Agripino Gallardo, Alfredo Santamaría, Eugenio Gutiérrez, los hermanos Saba y Florentino Espinoza, fueron detenidos y obligados a arrodillarse por un batallón estadounidense. Aunque clamaron que estaban desarmados los asesinaron en el mismo lugar con absoluta frialdad.

Luego, sus captores trasladaron los cadáveres al cercano cementerio de Mount Hope, en la ciudad de Colón. Allí, finalmente pudieron ser desenterrados. Nadie hizo nada ante esta situación, ni con relación a las denuncias reiteradas sobre las actuaciones de las tropas de Estados Unidos.

Entre marzo y abril de 1990 se realizaron vastos operativos “conjuntos” entre el ejército estadounidense y la casi desarmada Fuerza Pública, a pesar de que en febrero, el general Colin Powell, Jefe del Estado Mayor de las fuerzas armadas de Estados Unidos, dijo en Washington que las tropas se retirarían “en las próximas semanas”. En ese mismo tiempo, *The Washington Post* y *Boston Sun* revelaban que Bush ordenó la invasión para retener las bases militares y un ex administrador del Canal de Panamá advertía que con “la destrucción de las Fuerzas de Defensa, había que reconsiderar la cuestión de la Seguridad del Canal”.

En los operativos de abril, descritos como “humillantes” para la población, el ejército estadounidense investigó a 2.700 personas, detuvo a otras 600 y allanó casas humildes. El 9 de marzo, el barrio de San Miguelito fue rodeado, reproduciendo escenas de la invasión, con vuelo de helicópteros y utilización de blindados. El 28 de marzo, el general Marc Cisneros había admitido la realización de una operación de envergadura en la provincia de Chiriquí y reiteró que continuarían desarrollándose acciones bélicas en todo el país. Durante las maniobras Texas Rangers, que abarcaron desde la provincia de Veraguas hasta Chiriquí, se utilizaron aviones de guerra y blindados de asalto.

En marzo de 1990, diversos medios, así como el PRD, denunciaron el verdadero esquema gubernamental de Panamá, estableciendo que junto a cada miembro del gobierno, Washington había colocado un “controler” de Estados Unidos.

Presidencia: Guillermo Endara y John Bushell (por el Departamento de Estado norteamericano). En la seguridad presidencial figuraba Mr. Barnes.

Ministerio de Gobierno y Justicia: Ricardo Arias Calderón.

Departamento de Estado: Mister Brownfield.

Fuerza Pública: el controlador era el coronel Pryor.

Ministerio de Planificación: Guillermo Ford. Por el Departamento de Estado: mister Blackman y por el ejército el coronel Harley.

Relaciones Exteriores: Ministro Juan Linares. Bushriell (otra vez) por el Departamento de Estado y el coronel Gann por el ejército estadounidense.

Ministerio de Comercio e Industrias, Obras Públicas, Economía, Educación y Salud: estaban bajo el “control” de los capitanes Wright, el mayor Álvarez, mayor O’Donell, capitanes Vargas y Wolfe, mayor Smith, respectivamente, todos ellos por el ejército, mientras que por el Departamento de Estado y siguiendo la misma ubicación estaban asignados, Mister O’Donell, Mister Sell, Mister Williams (algunos de ellos con dos ministerios a su cargo).

Esta misma distribución se extendía a todos los organismos e instituciones del país, como las estratégicas de agua y electricidad y teléfonos.

Esto fue consignado en el informe de la Asociación Latinoamericana de Derechos Humanos (ALDHU), estableciendo además que la fuerza de 25 mil hombres utilizada por Estados Unidos resultó “absolutamente desproporcionada” en relación con la capacidad real del ejército panameño. También señalaba el documento que todas las normas del derecho internacional fueron violadas, así como las cartas de la OEA y de la ONU.

“Los registros de muertos y heridos en los hospitales fueron destruidos por las tropas de ocupación y se han producido pérdidas millonarias. La persecución política genera revanchismos, hay despidos masivos, sin causa justa y miles de causas judiciales y señalamientos sin prueba alguna”. ALDHU mencionaba también la destrucción de la economía y de barrios como El Chorrillo, llamando la atención sobre las condiciones en que vivían miles de refugiados internos.

La inestabilidad política se instaló así en el país, el revanchismo se apoderó de los gobernantes y sus seguidores. El gobierno mantu-

vo y mantiene en prisión a quienes obedeciendo el artículo 306 de la Constitución defendieron la patria de una agresión extranjera, en cárceles y centros sobrepoblados e inhumanos.

El 25 de mayo, en un foro por los Derechos Humanos realizado en San José, Costa Rica, se aprobó una Resolución sobre Derechos Humanos en Panamá que no deja dudas de la situación. Posteriormente, entre los días 26, 27 y 28 del mismo mes se reunió la Asamblea General de la Comisión de Defensa de los Derechos Humanos en Centroamérica (COHEDUCA), organismo integrado por todas las comisiones de Derechos Humanos de la región. La revista *Diálogo Social* (julio 1990), que se edita en Panamá, reprodujo los documentos y resoluciones. Para que no quede ninguna duda de cómo se ha manipulado la llamada “democratización” de Panamá:

“La invasión a Panamá, que derrocó al gobierno del presidente provisional Francisco Rodríguez y al jefe de Gobierno Manuel Antonio Noriega, es una acción destinada a imponer un gobierno dócil a los intereses de la seguridad nacional de Estados Unidos. Esta acción invasora del Ejército Sur norteamericano y la posterior ocupación del istmo, desconoce de manera deliberada el derecho a la vida consignado en la Carta Universal de los Derechos Humanos y en los convenios Internacionales de Ginebra.

Este desconocimiento de todos los pactos y acuerdos internacionales se confirma por la denuncia de los sobrevivientes que revelan ejecuciones extrajudiciales, aplicación de campos de concentración, ataques a la población civil no combatiente y el impedimento a la Cruz Roja Internacional y Nacional de rescatar y atender heridos de guerra”.

“La ocupación de todo el territorio nacional hasta la fecha desmiente las versiones oficiales del gobierno norteamericano en el sentido de que la invasión pudiese tener algún fin altruista, como lo pretendieron desde un primer momento. Panamá ha retrocedido a una condición colonial, lo cual se evidencia en la presencia de militares y civiles norteamericanos en las estructuras del régimen actual, quienes toman las decisiones vitales que atañen a la sociedad panameña”.

Estima el documento que el pueblo “y el Estado panameño han perdido su soberanía, el derecho a la autodeterminación, y no se respetan ni los derechos colectivos, ni la vida, ni los derechos civiles y políticos. La población que a partir del 20 de diciembre tomó las armas para defender la patria sufre detenciones sin el debido proceso y sin tener en cuenta lo que estipula el artículo 306 de la Constitución, que ordena la defensa del país en caso de una agresión extranjera. Esta presencia extranjera no sólo es un crimen de lesa humanidad, sino que también se advierte la intención de destruir todos los símbolos que representan resistencia a la dominación extranjera”. En este marco, “se inscribe la abolición del ejército nacional, dejando al ejército de ocupación, como el único instrumento de represión y seguridad del país”.

“La familia panameña sufre los rigores del desempleo galopante. Desde la invasión a esta fecha se han incrementado los despidos de trabajadores del Estado y de la empresa privada, que suman más de 20 mil personas. Va en aumento el hambre del pueblo y en consecuencia se agudizan los índices de delincuencia. Los planes de estudio demuestran que la educación ha regresado a la década de los ‘60. La calidad de la educación se ha deteriorado profundamente a la par que se incrementa la penetración cultural por todos los medios a disposición del sistema. Los campesinos sin tierra y precaristas urbanos son tipificados como invasores de tierras, siendo reprimidos por la Fuerza Pública y por el Ejército Sur norteamericano. Igual suerte sufren los refugiados de guerra que reclaman se reconstruyan sus viviendas en los mismos lugares donde fueron destruidas por los bombardeos. Los familiares de muertos y desaparecidos se enfrentan día a día a todo tipo de obstáculos para conocer la ubicación de las víctimas, teniendo que enfrentar el silencio oficial e incluso calumnias y tergiversaciones de su dolor. Por otra parte, la Asociación de Familiares de Presos Políticos está exigiendo la libertad de éstos con la convicción de su plena inocencia, rechazando la perspectiva de que sean deportados”.

“En este marco de flagrantes violaciones de los derechos humanos del pueblo panameño, exigimos:

- a) La salida inmediata de las fuerzas de ocupación norteamericanas de Panamá.
- b) El cese inmediato de la persecución contra los trabajadores del Estado, contra los presos políticos y todos aquellos connacionales que, cumpliendo con su deber, se opusieron y se oponen a la invasión y posterior ocupación norteamericana.
- c) Que la ONU y la OEA, en cumplimiento de sus preceptos, ayuden al pueblo panameño en la búsqueda de una solución netamente interna donde los panameños puedan tener por fin un gobierno amplio y democrático, no impuesto por Estados Unidos.
- d) Que organismos internacionales expertos en antropología forense con plenos poderes e independencia establezcan científicamente el número, la identidad y la causa de la muerte de los masacrados en Panamá.
- e) La urgente indemnización del gobierno de Estado Unidos a los familiares de muertos y víctimas de la invasión y a los refugiados de guerra de todo el país.
- f) Que el gobierno de Guillermo Endara reintegre los derechos laborales a los trabajadores panameños (estatales y privados) consignados en el Código de Trabajo y en los pactos internacionales laborales de la OIT, suscritos por Panamá”.

Entre las solicitudes concretas se demandaba: “Puesto que los métodos de guerra de arrasamiento y los efectos devastadores de la ocupación del Chorrillo, Colón, Río Hato, San Miguelito, son comparables con la masacre de Lídice, solicitamos a los pueblos hermanos que adopten los nombres de las comunidades masacradas en Panamá”. “Que el gobierno de Panamá exija indemnización para los familiares de los caídos, refugiados y damnificados de guerra; que se honre a los caídos del 20 y decrete ese día nefasto como día de duelo nacional”. “Exigir al gobierno que la deuda externa sea condonada por Estados Unidos como un renglón de la indemnización de Panamá”. “Que

el gobierno cree mecanismos de protección para las viudas del 20 de diciembre que han quedado en total desamparo”. “Que anule la demanda judicial para declarar como muertos a los desaparecidos desde el 20 y se les entregue sin obstáculos, los certificados de defunción”. También se llama a los organismos internacionales de derechos humanos a observar la situación en Panamá, y se solicitó al secretario de Naciones Unidas sus “buenos oficios” para que las tropas estadounidenses salgan de Panamá.

Por supuesto que la Comisión de Derechos Humanos de Panamá fue atacada violentamente, con despliegue de amarillismo, por los burdos periódicos gubernamentales. La presidenta Olga Mejía denunció amenazas después que militares estadounidenses y policías de la Fuerza Pública visitaron su casa en la madrugada un día de julio de 1990.

Daños económicos

El economista y catedrático panameño Roberto Méndez, hizo un recuento de las consecuencias socioeconómicas de la invasión, publicado por la revista *Tareas*, del Centro de Estudios Latinoamericanos Justo Arosemena, editada en Panamá en abril de 1990.

Méndez cuestionó, por ejemplo, el parte “oficial del Comando Sur, que estimaba en 557 los muertos, de los cuales 220 eran civiles y el resto militares, o miembros de los Batallones de la Dignidad. Varios investigadores, entre ellos el ex procurador estadounidense Ramsey Clark, advirtieron que se hablaba de cuatro mil muertos y la Conferencia Episcopal de Estados Unidos mencionó no menos de tres mil.

También el parte oficial del Comando Sur daba la cifra de seis mil heridos, los que Méndez considera una subestimación de la cantidad real.

Asegura Méndez que la principal institución afectada fueron las Fuerzas de Defensa. “El principal centro militar, el Cuartel Central

en el barrio de El Chorrillo, fue totalmente devastado y hubo de ser demolido”. También fueron incautados 39 blindados, 36 aeronaves, 7 botes. El ejército invasor se apropió de 8.847 armas, pero datos posteriores del general Cisneros hablan de 60 mil. También señala Méndez que “a los afectos a Noriega, Estados Unidos les incautó 76.533 armas”.

La Dirección General de Correos y Telégrafos sufrió daños por 360 mil dólares, sin contar con las pérdidas de los usuarios. El Instituto Nacional de Cultura perdió piezas arqueológicas, así como el Museo del Hombre Panameño, y sufrieron otros daños. La Corte Suprema de Justicia y el Ministerio de Gobierno fueron totalmente saqueados. Radio Nacional, ubicada en el edificio de la Contraloría fue destruida por helicópteros estadounidenses produciendo daños a varias oficinas aledañas.

Méndez menciona también una encuesta del Centro de Estudios Económicos de la Cámara de Comercio de Panamá (CEECAM) realizada entre el 27 y 28 de diciembre, que abarcó a 1.147 empresas comerciales y que reveló enormes pérdidas, tanto de inventarios (90 por ciento) como de activos fijos (10 por ciento).

Sólo en la ciudad capital se estableció que las pérdidas oscilaban entre 670 y mil millones de dólares. También fue saqueada la Zona Libre de Colón y se perdieron masivamente mercaderías estacionadas en los muelles de Cristóbal, Coco Solo y Bahía de las Minas. Otros fueron incendiados. Las pérdidas sumarían más de 200 millones de dólares.

Más de 30 mil personas quedaron sin vivienda como consecuencia del incendio del barrio de El Chorrillo, originado por el bombardeo indiscriminado de la aviación estadounidense. No están estimadas aquí las pérdidas de cuarteles como Tinajita, Batallón 2000, Río Hato y otras ciudades del interior.

Entre los daños indirectos se tiene en cuenta la pérdida de unos 15 mil puestos de trabajo en las empresas saqueadas y los despidos masivos de simpatizantes del gobierno.

Estados Unidos nunca devolvió a Panamá más de 40 millones de dólares retenidos como parte de las “sanciones” impuestas entre 1987 y 1988.

La verdad

El 6 de mayo de 1990 se abrieron dos fosas comunes en el Jardín de Paz, después de que los organismos de familiares intentaran inútilmente obtener ayuda de Estados Unidos o del gobierno. La visión de los 123 cadáveres encontrados allí fue dantesca. Dos de estos eran de hombres, al parecer militares, amarrados de pies y manos, es decir ejecutados. Otro mostraba un brazo enyesado, lo que hizo suponer que se trataba de uno de los tantos secuestrados por las tropas estadounidenses en los hospitales.

La apertura de estas y otras fosas en Colón, donde aparecieron restos de niños, demostró que todos los derechos de los panameños habían sido violados gravemente, así como la Convención de Ginebra. Muchos de los cadáveres, enterrados en bolsas de plástico negras o verdes, presentaban huellas de haber sido arrollados por los tanques. La verdadera tragedia de Panamá estaba en esas fosas abiertas por el esfuerzo de la voluntad popular.

En la segunda quincena de agosto de 1990, el quincenario *Bayano* que se edita en Panamá, y cuyas oficinas fueron destruidas por las tropas de ocupación, publicó una parte de la acusación del diputado estadounidense Henry González, representante de Texas, contra la acción del gobierno de Estados Unidos en Panamá. “Hemos llevado a cabo una guerra oscura y anticonstitucional en Panamá”, dijo González. El diputado envió una resolución a la Cámara solicitando al Presidente Bush que proporcionara información sobre: 1) los pagos en efectivo efectuados a Noriega, quien fue depuesto por las tropas norteamericanas, 2) Otros pagos ocultos similares, realizados al sucesor de Noriega, el presidente Guillermo Endara, respaldado por

Estados Unidos, 3) el número de civiles muertos durante la invasión, incluyendo las cifras de aquellos enterrados en fosas comunes, 4) la mención de las actuales bases militares norteamericanas en Panamá, la especificación de sus misiones y el total de sus efectivos. “Ni un sólo detalle, hasta el nivel del juzgado de paz, se realiza en Panamá fuera del control de Estados Unidos”, aseguraba González. Su resolución demandaba también una lista en detalle acerca de todas las comunicaciones con Noriega, de presidentes, vicepresidentes estadounidenses o cualquier director de la CIA. González elevó su polémica resolución el 11 de junio de 1990. El consejero de la presidencia, Boyden Gray, afirmó entonces que el presidente Bush no estaría dispuesto a dar información recordando la “autoridad constitucional del presidente para retener información importante”.

González estimaba que “el tema es si seguiremos permitiendo que continúen las guerras oscuras, como en Granada y América central”. Eso, dijo, es lo que temían los que redactaron nuestra Constitución. Por ello otorgaron al Congreso el derecho exclusivo “a declarar la guerra”. Más adelante se preguntaba: “Noriega se encuentra preso, pero, ¿qué es Noriega? ¿Es otro prisionero de guerra, como general capturado? Si lo es, entonces es ilegal procesarlo en una corte civil. Quizás sea malvado, pero Noriega debe hacer frente a un tribunal en su nación soberana. Aun Adolfo Hitler, no obstante lo monstruoso que era, no capturó a los jefes de otras naciones para llevarlos a Alemania a afrontar juicios”.

Un tiempo más tarde, el 28 de septiembre, el mismo Henry González mantendría una fuerte discusión en la Cámara, ante la diferencia de actuación en el caso de Panamá y el de Irak.

“¿Con qué derecho moral critica Bush a Irak –preguntó González– cuando invadimos Panamá y cometimos atrocidades tales como bombardear con bombas incendiarias a estructuras de madera altamente inflamable? Estas habían sido construidas para los trabajadores negros que se importaron en 1908 para construir el Canal de Panamá. Matamos a más de mil, dos mil, tres mil, los incineramos.

Todos eran negros o mulatos. ¿Quién ha dado un bledo por ellos? ¿Quién ha dado algo por la suerte de niños que están ciegos, sin brazos, por los ancianos y las mujeres de Panamá? Hasta donde yo sé, nadie. ¿No podríamos decir que esas son prácticas hitlerianas? ¿No podríamos decir que esos son crímenes de guerra?”

González se burló del argumento de Bush de que había ordenado la invasión para restablecer la democracia en Panamá y recordó que el hombre que se instaló en la presidencia, Guillermo Endara, fue “juramentado al momento de invadir el país, en nuestra base militar. Así es que mal podríamos decir que fue electo para ese cargo”.

El 30 de septiembre, el periodista Mike Wallace, de la cadena de televisión CBS, presentó un reportaje sobre la matanza de Panamá en el programa *60 minutos*, uno de los más prestigiados de Estados Unidos. “Si se trata de bajas civiles, ahora que Estados Unidos parece estar acercándose a una guerra en el Oriente Medio, tal vez sea un buen momento para ver que fue lo que pasó con los civiles la última vez que Estados Unidos fue a la guerra: la invasión a Panamá, la operación Causa Justa”. (Reproducido por el informe de *EIR*).

Wallace se preguntaba “¿cómo fue posible que el ejército de Estados Unidos pudiera esconder ese gran número de civiles muertos en un país con una población de sólo dos millones de habitantes? Una forma fue enterrar los cadáveres en fosas comunes secretas”.

El periodista exhibió escenas de la apertura de fosas comunes en el Jardín de Paz, después que Isabel Corro, presidente de la Comisión de Familiares de Muertos y Desaparecidos, logró reunir 25 mil dólares para poder realizar las excavaciones, pero existen más de 15 que están ya identificadas. Wallace mostró también a Bush hablando durante un discurso al pueblo estadounidense en los días de la invasión: “Atacamos algunos de los objetivos de forma tal de minimizar el número de bajas civiles. Muchos de nuestros muchachos arriesgaron su vida para evitar daños a la población Civil”, dijo Bush. A continuación, el periodista demostraba cómo no se tomó ninguna precaución en ese aspecto. “La masiva potencia de fuego empleada en

la más grande y poderosa ofensiva militar estadounidense después de la guerra de Vietnam –hasta ese momento– se usó sin considerar el daño causado a la población civil”. Las cámaras recorrieron el barrio de El Chorrillo mientras era presa de las llamas. “Allí vivían 25 mil personas, quienes estaban durmiendo en sus camas cuando el mundo a su alrededor comenzó a incinerarse”, dijo Wallace.

También se mostró un informe secreto del ejército estadounidense que comprobó que el gobierno de Bush sabía perfectamente que eran miles los muertos. Una parte del informe contiene la comunicación de un oficial a sus superiores del Pentágono que dice: “El estimado de mil civiles muertos está en lo correcto, algunos murieron en El Chorrillo, donde unas diez cuadras de viviendas superpobladas o arrabales fueron destruidas como resultado de nuestras operaciones”.

El reportero de CBS entrevistó a un ex miembro de los rangers, el abogado John Kiyonaga, quien vivió muchos años en Panamá, donde su padre era agente de la CIA. John y su hermano David, así como otro abogado estadounidense, Michael Pierce, presentaron demandas para obtener indemnización para algunas de las víctimas civiles. Pero un documento oficial del Pentágono estimó que un programa de ayuda en este caso “no convendría a los mejores intereses del Departamento de Defensa, dado el potencial número masivo de tales reclamos”. David Kiyonaga explicó en el programa que “si se tiene un plan de compensaciones, los afectados saldrían al descubierto y entonces uno vería exactamente cuánto costó la invasión a Panamá en vidas humanas y nuestro gobierno no quiere bregar con eso. Esta invasión fue un gran éxito de relaciones públicas para el presidente Bush –dijo–, y a Bush no le conviene cambiar esa imagen”.

La resistencia

Durante todo el año 1990, a partir del 9 de enero, las manifestaciones de protesta ganaron las calles. Marchas del hambre contra

los despidos selectivos, o de los familiares de muertos y desaparecidos y presos políticos reflejaron la reorganización y resistencia del pueblo panameño. Vestidos de luto, arrojando flores al mar o encendiendo velas en las zonas bombardeadas, la población comenzó un constante asedio al gobierno impuesto.

El pueblo panameño sorprendió al mundo, organizándose en grupos cívicos y Comités: Por el Derecho a la Vida, de Refugiados de El Chorrillo, damnificados, por las viviendas, la defensa del trabajo, de familiares de presos políticos, muertos y desaparecidos.

Surgieron periódicos y revistas que desafiaron la persecución y la falta de medios.

Algunas manifestaciones reunieron hasta cien mil personas, las que desafiaron a las amenazantes tropas de ocupación. En estos últimos dos años, hubo manifestaciones estudiantiles reprimidas duramente, huelgas de hambre, paros y acciones de rechazo al gobierno instituido por el ejército estadounidense. Era imposible pensar en aquel 20 de diciembre de 1989, en esta rápida y sorprendente organización popular.

La colonia

Mientras esto sucedía, Washington utilizaba el chantaje contra los propios gobernantes que impuso. El 1º de mayo de 1990, el presidente Guillermo Endara, quien viajó a Estados Unidos para reclamar la ayuda económica que nunca llegó, se vio obligado a firmar cuatro tratados bilaterales que eran parte de una imposición colonialista casi increíble.

Bush había prometido ayuda superior a los mil millones de dólares. Con el bloqueo y la invasión, Panamá había perdido una cifra cercana a los 15 mil millones de dólares. El país estaba en ruinas después de haber sido el más floreciente de la región.

Para que el gobierno de Estados Unidos le prometiera ayuda, Endara debió firmar estos acuerdos, uno de los cuales permitiría a Estados

Unidos patrullar las aguas territoriales panameñas bajo supuesta “supervisión militar panameña” (¿con qué ejército?). En otros convenios se llenaron requisitos formales para que Panamá permitiera a Estados Unidos requisar barcos con bandera panameña en aguas internacionales y los que puedan ser sospechosos de “dedicarse al narcotráfico”.

El convenio antidrogas especifica que el país quedará sujeto a los términos de técnicas de investigación, enjuiciamientos, seguridad de los puertos, aduanas, muelles, interdicción por tierra y por aire. Otros convenios se refieren al control de productos químicos y al restablecimiento en Panamá de los Cuerpos de Paz, que habían sido expulsados del país en 1971, cuando Torrijos comprobó su participación en espionaje. La imposición estadounidense de obligar a Panamá a firmar el retorno de los cuerpos de Paz confirma la importancia que estos tienen para las tareas de inteligencia de Washington. Así, los espías retornaron en masa a Panamá, bajo chantaje esta vez.

Aunque no se confirmó, muchos periodistas dijeron que durante la estadía de Endara, ya Washington había sugerido la necesidad de que las bases militares del Comando Sur permanecieran en el país, más allá del año 2000.

Estados Unidos también condicionó su ayuda a la firma del Tratado de Asistencia Legal Mutua, que significaba el control del centro financiero local y por lo tanto su ruina. Ya en 1986 el PRD adelantaba las intenciones de destruir el centro financiero de Panamá para llevarlo a Miami o a otro lugar bajo el control directo de Washington.

En mayo, Héctor Alemán, dirigente de la Federación Nacional de Servidores Públicos (FENASEP) denunció que diez mil trabajadores habían sido despedidos y otros 25 mil estaban bajo amenaza de cesantía. Asimismo, 150 dirigentes sindicales también fueron despedidos con la intención muy clara de quebrantar al movimiento obrero. Washington había exigido ya al gobierno impuesto la privatización de todas las empresas estatales y la derogación del Código del Trabajo, aprobado en 1972, que permitió a los obreros panameños tener una mejor situación que el resto de los trabajadores centroamericanos.

La democracia: una burla

La revisión de todo lo actuado muestra la perversidad del esquema estadounidense en Panamá. No sólo se humilló a un pueblo derrotado y aterrorizado, sino también a los aliados más serviles. Durante todo 1990, el gobierno impuesto mendigó ayudas que no llegaron, y cuando se aprobaron en el Congreso de Estados Unidos los 420 millones de dólares para Panamá, todos sabían que ya estaban deducidos muchos rubros, entre ellos, 130 millones de dólares para “normalizar” las relaciones del país con las instituciones financieras internacionales. Otra cantidad estaba destinada a deudas con la banca internacional. Saqueado, destruido, el país se convertía en el laboratorio del Nuevo Orden.

Segunda intervención de Panamá

El 4 de diciembre se realizó en Panamá una manifestación multitudinaria contra la invasión y la ocupación militar estadounidense. Unas horas después había comenzado una operación de “guerra psicológica” que llevaría al presidente Guillermo Endara a solicitar una nueva intervención de las tropas en Panamá.

En la madrugada del 5 de diciembre, el coronel Eduardo Herrera Hassán, el primer jefe de la Fuerza Pública, quien estaba detenido en la isla de Naos acusado de intentar un golpe contra Endara, se fugó espectacularmente de la cárcel.

Suponer que se fugó es en realidad una idea fantástica. La isla de Naos se encuentra bajo control total del Comando Sur. Según se dijo, un grupo de hombres llegó al lugar en helicóptero para “rescatar” al coronel, que mantiene estrechos vínculos con Washington. Comandos con la cara cubierta habrían atravesado todos los radares del Comando Sur para llegar a la pequeña isla, ¿sin que nadie los detectara? La acción “hollywoodense” transcurrió justamente cuando comenzaba un paro general en todo el país.

Herrera Hassán llegó a Panamá y se desplazó por distintos cuarteles para supuestamente encabezar una rebelión. Esto permitió a Hassán identificar a los grupos de ex militares que agitaban desde hacía tiempo una serie de reivindicaciones, lo que fue suficiente para que el gobierno de Endara hablara de golpe de Estado, como si 50 policías desarmados pudieran rebelarse contra el Comando Sur, que es el que gobierna a Panamá.

Entonces Endara decidió solicitar la intervención de las tropas estadounidenses, que desplazándose desde sus bases protagonizaron una segunda invasión de Panamá. El pueblo revivió las escenas de diciembre de 1989. Y con esto el gobierno también detuvo el paro general. Fue una maniobra evidente para detener las movilizaciones y el homenaje masivo que se preparaba para el primer aniversario de la invasión.

Asimismo, las tropas estadounidenses asesinaron públicamente a dos policías panameños. La imagen del sargento Filemón Viveros Montero del Rosario, después de ser herido por la espalda con un tiro de gracia, fue pasada durante horas por la televisión local. El escritor José de Jesús Martínez describió conmovedoramente aquella escena en el texto “Los días y la sangre” (*El Día Latinoamericano*, 24 de diciembre de 1990).¹⁴

Un testimonio

El genocidio de la invasión ya va a cumplir un año y el pueblo se ha olvidado del terror de esos días y ha perdido el miedo. Vemos cómo capturan ahora (5 de diciembre) las fuerzas estadounidenses al coronel Eduardo Herrera Hassán en las vecindades de una barriada de emergencia, “casas brujas” les llaman en Panamá, a las que con esa ironía amarga y sangrienta de los pobres le han puesto el nombre de

14 Publicado en *El Día latinoamericano*, 24 de diciembre de 1990. (Casi un mes después, el autor murió de un infarto en Panamá, acongojado por ver a su país invadido y ocupado por tropas extranjeras).

“Hollywood”. A la gente que va con el coronel, los soldados “gringos” los tiran al suelo, los maltratan, los esposan y los meten en unos camiones para llevarlos detenidos. De pronto, dos saltan del camión y pegan carrera. Todo esto se ve por televisión, porque toda la prensa está allí reportando los hechos.

Los dos han salido corriendo a toda velocidad. Las cámaras de televisión filman la marcha de uno de ellos. No tiene la gracia de uno que sabe correr. Corre con unos pasitos cortos y desesperados, pero rápido, sorprendentemente rápido. Recuerda un poco las carreritas del cine mundo. Este no es mudo. Se oyen comentarios en un inglés de persona que mastica chicle. El soldado que ha salido corriendo lo hace en línea recta, en lugar de zigzaguear, que hubiera sido lo más inteligente. Al otro no se le ve.

Alguien allí presente relata que el soldado estadounidense se arrodilla, que es una posición de tiro, deliberada y lenta, y de mucha precisión. Y caza al panameño, por la espalda. La cámara enfoca al herido bien de cerca. Está empapado en sangre y de pronto ésta le sale por la boca. Le han perforado un pulmón. Tres soldados yanquis lo levantan como si fuera un saco y lo arrojan al camión. No hay ambulancia para él. Ya en el piso del camión levanta la cabeza, buscando una salida de aire, o algo a qué agarrarse para no morir, y nuevamente sale su sangre en bocanada, copiosamente.

Todos los panameños hemos visto la escena. Los obreros que el día anterior (4 de diciembre) habían marchado en una manifestación por el derecho a la vida. La niña clase media que fue fotografiada en algún momento dándole un beso en la boca a un soldado invasor. El arzobispo de Panamá, monseñor Marcos Gregorio McGrath, que durante una misa declaró que la invasión a Panamá había que considerarla como “una liberación”. También el presidente debe haber visto la escena por televisión, y si estaba comiendo algo mientras la veía, maní o papas fritas, seguro que siguió comiendo, porque eso no le podía quitar el apetito.

Podíamos incluso suponer que ese hombre vomitando sangre como un venado herido votó en las últimas elecciones (mayo de 1989) por el presidente Endara. Seguramente, el vicepresidente Ricardo Arias Calderón también lo vio. Estoy absolutamente seguro de eso. Una señora rica lo ve. Le da un poco de asco la sangre, pero entonces observa que el moribundo se parece mucho al maleante que un día le arrebató la cartera. Los pobres se parecen siempre. Yo lo veo y quiero llorar y me siento el ser humano más ínfimo e impotente. Afortunadamente el general Omar Torrijos está muerto, por que sé que si estuviera viendo esta escena –sí, lo sé–, hubiera aullado como una bestia.

Toda América latina ha visto la escena. Ven como se despedaza la identidad de un paisito pequeño e indefenso, pero nadie tiene tiempo para pensar en eso. Todos están muy ocupados denunciando la invasión de Irak a Kuwait. Durante la invasión del 20 de diciembre de 1989, los acontecimientos de Rumania sirvieron como cortina de humo para que nadie viera lo que pasaba en Panamá, donde hubo muchos más muertos que en Rumania y que en la plaza de Tiananmén juntos. Y ahora es Kuwait. Mientras tanto Panamá agoniza. Y a nosotros sólo nos queda este pequeño aullido de soledad.

CAPÍTULO X

El revés de la trama

En mayo de 1983, en una calle tumultuosa de Florida, Estados Unidos, los hombres de la Drug Enforcement Administration (DEA) detenían a Román Millán Rodríguez, cubano nacionalizado estadounidense. El operativo resultaba muy satisfactorio. Se había dado un golpe directo a la mandíbula del narcotráfico. Y esto se lo debían a un oportuno aviso de las Fuerzas de Defensa de Panamá.

Millán Rodríguez estaba acusado de “lavar” dinero de los cárteles colombianos de la droga en algunos bancos de Miami. James Bramble, agente especial del Departamento de Justicia de Estados Unidos, envió entonces una carta de agradecimiento al general Manuel Antonio Noriega. En la carta, Bramble especificaba que sin esa ayuda “la investigación y arresto de Millán Rodríguez habría sido imposible”. Sin embargo la alegría se esfumó del rostro de los hombres de la DEA, cuando Millán Rodríguez testificó a puerta cerrada en el Senado.

Cuando el detenido terminó sus confesiones, un sorprendente silencio se hizo en el lugar. Muchos congresistas confesaron su preocupación porque los “secretos” de Millán Rodríguez coincidían con

demasiada precisión con otras confesiones que involucraban a altos funcionarios gubernamentales estadounidenses.

Entre las revelaciones de Millán Rodríguez se conoció que había entregado diez millones de dólares a los contras, un dinero procedente precisamente de la droga. El mediador mencionado por el detenido para este tipo de operaciones era nada menos que Félix Rodríguez (o Max Gómez) también “gusano” cubano y antiguo colaborador de la CIA. Un manto de silencio volvió a tenderse alrededor de los testimonios de Millán Rodríguez, y especialmente sobre la figura de Félix Rodríguez, “amigo” declarado del presidente George Bush.

Fue a partir de los años 1987-1988 que Millán Rodríguez “recordó” súbitamente varias historias relacionadas con Noriega. Esto, después de que el procurador Stephen Trott, el mismo que ha sido acusado por diversos medios de obstaculizar las investigaciones del Comité designado por el Senado a cargo del senador John Kerry para dilucidar la estrecha red de conexiones drogas-contras, ordenó buscar “cualquier tipo de pruebas para tumbar a Noriega”.

Seis años después de su detención, cuando Estados Unidos invadió Panamá, bajo el argumento de la “democratización” y el derrocamiento de un “dictador” y “narcotraficante”, Millán Rodríguez, un convicto al que se le ofrecía canjear más de 35 años de prisión por una buena acusación contra Noriega, era el principal testigo. Es decir, Millán Rodríguez iba a tener el placer de acusar en un jurado, altamente politizado en este caso, a quien lo había enviado a prisión.

Por supuesto que muy pocos recuerdan las denuncias de diferentes medios estadounidenses sobre la relación entre la CIA y el contrabando de drogas y armas, en el escandaloso Irangate. La revista *Covert Action* mencionó toda esta serie de denuncias, que coincidían en el itinerario de la droga, entre Colombia y Costa Rica, “donde un oficial operativo de la CIA, John Hull, hacendado con casi 20 años de residencia en ese país, permitía la utilización de sus pistas privadas de aterrizaje para el canje de armas por drogas que iban con destino a Miami”. También Honduras y El Salvador eran un buen puente bajo

la cobertura de las operaciones de la CIA en apoyo a los contras. El nombre de Hull aparece tantas veces en la saga centroamericana de la droga como el de Félix Rodríguez.

En 1985, el coronel costarricense Rigoberto Padilla, defensor de la neutralidad de su país, irrumpió junto a sus hombres de la Guardia Civil costarricense en una de las fincas administradas por Hull. Padilla mantuvo esta operación en secreto ante la sospecha de la complicidad de algunos funcionarios de su país con Washington. Durante el operativo detuvo a nueve nicaragüenses, dos británicos, dos estadounidenses y un francés. Todos de ocupación “mercenario”. Ninguno de ellos imaginó entonces que iban a ser llevados a prisión por el honesto e inflexible Padilla.

Ellos narrarían después a algunos periodistas que pudieron verlos en una prisión de San José, capital costarricense, que “estaban absolutamente seguros de su impunidad”, por cuanto habían sido contratados por la CIA, y su “poder en el asunto de los contras era casi infinito”. Cuando los días pasaron en la oscuridad de la cárcel, el norteamericano Steve Carr y el británico John Glibery comenzaron a desesperarse. “Era como estar esperando todo el día en el lobby de un hotel malo y barato, sin que nadie viniera a buscarme”, dijo Carr cuando se decidió a romper el silencio y contó su trágica historia. Carr había sido contratado en Miami. Mencionaba haber conocido allí a Millán Rodríguez, ligado ya con la historia del tráfico de armas y su canje por drogas que entraban “vía abierta” a Estados Unidos.

Contratado en Miami, fue “recibido” en Costa Rica por John Hull. Según la historia que contó entonces, Steve Carr era hermano de un combatiente de Vietnam. “Él había tenido su propia guerra; yo, ninguna, así es que cuando vi que estaban peleando contra los comunistas en Nicaragua, me fui a buscar el ‘enganche’ y lo encontré en Miami”.

Siempre pensé que la historia de Carr podría llamarse “la soledad de un mercenario” y así lo escribí cuando a fines de 1986 este hombre, después de ser liberado en Costa Rica, fue asesinado en Los Ángeles y su cuerpo arrojado muy cerca de la casa de su madre, dos

días antes de presentarse al Senado a declarar sobre la corrupción en las filas de la contra. También iba a hablar de su experiencia en la “novela sucia” de la acción estadounidense en Centroamérica. Todas las declaraciones de Carr y los nombres que conocía podían entrar perfectamente en el rompecabezas que intentaba armar el senador Kerry y su equipo.

Justamente la historia de Carr y las conexiones de la “guerra sucia” resurgirían nuevamente cuando los periodistas Martha Horney y Tony Avirgan, sobrevivientes de un atentado contra Edén Pastora, ocurrido en La Penca, frontera de Costa Rica con Nicaragua, en mayo de 1984, reconstruyeron los hechos después de una ardua investigación, y donde se involucraba a la CIA y los contras en el atentado que costó la vida a varios periodistas. Avirgan y Horney ganaron un juicio contra el gobierno de Estados Unidos. El atentado contra Pastora iba a ser responsabilizado al gobierno sandinista para desprestigiarlo, pero en realidad estaba allí la oscura mano de la CIA, tal y como quedó demostrado.

Los canales de la droga

“De los siete canales por los que circulaban la droga y las armas, el que coordinaba Jorge (George) Morales era el de mayor envergadura”. Esto lo confirmaba John Mattes, ayudante del Senador Kerry en las investigaciones de la trama secreta del Irangate (o Irán-contras).

De origen colombiano, Morales, propietario de una compañía de aviación en Miami (Aviation Activities Corporation) fue visitado en 1983 por el agente de la CIA Octaviano César Aguirre (viejo amigo de los Somoza), quien le ofreció un trato ventajoso y protección para sus negocios de contrabando de drogas a cambio de transportar armas para la contra. Esto lo narró el mismo Morales a la revista española *Interviú* en 1986, después de haber rendido la misma declaración ante el Senado.

El trato especificaba que Morales podía llevar armas a las bases de Ilopango en El Salvador y de Aguacate en Honduras, así como a las pistas privadas de Hull en Costa Rica y cargar de regreso drogas a Miami “sin ser molestado por las autoridades aduaneras ni por la DEA”. Para hacer este trabajo contrató a los pilotos estadounidenses Michael Tolliver y Gary Betzner.

Al decir de Morales todo funcionó como un “mecanismo de relojería” hasta el 16 de junio de 1986, cuando por una “desconexión entre la CIA y la DEA” fue detenido y acusado de conspiración al intentar ingresar 1.500 kilogramos de cocaína. Hasta ese momento, según dijo a *Interviú*, había entregado 4.5 millones de dólares procedentes del contrabando de drogas a los contras. Morales, Betzner y Tolliver fueron llevados a declarar antes el fiscal Lawrence Walsh, encargado de investigar los “hilos” del Irangate.

Betzner confirmó a *Interviú* “que durante su primer vuelo a Ilopango llevé las minas que luego se usaron para volar los puertos de Nicaragua y volví con tres toneladas de marihuana”. Por ese viaje le pagaron 300 mil dólares. Dijo también que en julio de 1984 llevó explosivos C-4, lanzagranadas y diversos tipos de armamento para la contra. Por su parte, Michael Tolliver confesó haber aterrizado en marzo de 1986, con más de doce toneladas de marihuana en la base estadounidense de Fomestead, al sur de Miami, después de dejar 14 toneladas de suministros militares para la contra en la base de Aguacate, Honduras.

El hombre que le pagó 75 mil dólares entonces, Félix Rodríguez, se jactaba de ser íntimo amigo de Donald Gregg, en esos momentos asesor del vicepresidente George Bush. Fue por esta razón que tanto Bush como el ex secretario de Estado George Shultz y el ex director de la CIA William Casey estaban citados para comparecer en el juicio del grupo. Refiriéndose a la CIA, Morales dijo entonces que “ellos montaron una estrategia complicada y profunda, pero hay muchos testimonios que, todos juntos pueden, como un rompecabezas, organizar las piezas para que el mundo conozca la verdad”.

“Ahí –dijo– están los testimonios de Jesús García (detenido) y de Carr si estuviera vivo y muchos otros”. Morales se había apresurado a grabar la información en computadoras por si le tocaba correr la suerte de Carr. La fiscalía de investigaciones retrasó el juicio, hasta después que el Senado votó por la entrega de cien millones de dólares de ayuda a la contra nicaragüense. Muy poco se sabe de lo que sucedió después. La conspiración del silencio también está allí. Son muchos los cómplices que han silenciado esta escandalosa trama que podría derrumbar, en horas, a muchos de los altos funcionarios de la Casa Blanca.

El affaire Hassenfus

En el año 1986 –según varios medios especializados–, el FBI tomó declaraciones a una mujer testigo especial de las vinculaciones de los hombres del cártel con la CIA. Ella dijo haber presenciado la llegada de aviones con armas a Barranquilla, Colombia, que fueron cargados con drogas. Los aviones llevaban la insignia Southern Airways.

El 5 de octubre del mismo año, un avión de la misma Southern Airways fue derribado por el disparo certero de un “artillero” sandinista (con un cohete tierra-aire). El aparato volaba ilegalmente sobre territorio nicaragüense. De inmediato el grupo de jóvenes militares sandinistas se lanzó a la búsqueda de los restos del avión en una zona selvática. Encontraron así al único sobreviviente, el piloto Eugene Hassenfus. El avión derribado era un C-1,123.

En sus declaraciones, Hassenfus reveló que Félix Rodríguez y alguien que mencionó como Ricardo o Ramón Medina supervisaban los suministros de armas a los contras. Medina no era otro que el terrorista cubano-estadounidense Luis Posada Carriles, quien se había evadido por ese entonces de una cárcel venezolana, donde purgaba su participación en el atentado contra un avión de Cubana de Aviación en el que murieron 73 pasajeros en 1976. Hassenfus también mencionó

a John Hull en sus declaraciones y trazó el esquema del Irán-contras. Un año después, otro avión “misterioso” caería en Nicaragua. En este caso con suficiente documentación como para continuar armando el rompecabezas de la novela sucia centroamericana. H. Denvey, el piloto en este caso, era amigo directo de John Hull. Ambos, con “otros oficiales amigos”, habían constituido un grupo de “rancheros” con fincas en Costa Rica distribuidas estratégicamente en la zona fronteriza con Nicaragua. “El lugar se parece a Vietnam”, decía Denvey en un reportaje publicado en la revista estadounidense *Farm Journal* que llevaba orgulloso entre sus papeles en el fatídico avión.

Esta historia entroncaría luego con la investigación sobre el Irangate realizada por la revista *Rolling Stone*, cuando en 1988, interesados por las extrañas conexiones del suceso, varios reporteros fueron encargados de profundizar en los laberintos de uno de los mayores escándalos de Estados Unidos.

Los enviados de *Rolling Stone* entrevistaron así a más de medio centenar de diplomáticos, militares, agentes de los servicios de información y se encontraron con los laberintos de la llamada operación Águila Negra, nombre acordado a las acciones secretas de apoyo a los contras nicaragüenses.

Al seguir el hilo de los protagonistas del affaire, la revista concluye que el presidente de Estados Unidos George Bush había estado personalmente implicado en una vasta operación de armas para la contra cuyo nombre en clave era Águila Negra y que había sido puesta en marcha en 1982. Ya en 1984, ante el fracaso de ésta, se orquestaría una nueva acción, mediante la cual el coronel Oliver North vendería misiles al gobierno iraní, burlando las leyes de su país.

El relato comienza señalando que el 5 de octubre de 1986, un C-123 de la Southern Air Transport desapareció en la selva de América Central con tres hombres. “El responsable de seguridad de la base de Ilopango en El Salvador alerta a sus superiores. Es una simple rutina. Pero, ¿por qué entonces un cierto Félix Rodríguez, consejero de Seguridad del entonces vicepresidente Bush en el lugar,

telefona inmediatamente a Donald Gregg?”. Desde la propia “sala de situaciones” (un compartimento secreto de la Casa Blanca) se ordenó el envío de un aparato de reconocimiento a Nicaragua, un avión de la US Air Force. Entonces los reporteros se preguntan si todo este esfuerzo se hacía “por un simple avión salvadoreño”. Un día después, Rodríguez se entera de que el avión no cayó solo, sino que “la artillería sandinista lo ayudó mucho”. Y también se conoce que el único sobreviviente se llamaba Eugene Hassenfus y que estaba en manos de los sandinistas. Aunque la Casa Blanca ordenó parar la búsqueda y la investigación, la noticia ya estaba recorriendo el mundo.

Cientos de reporteros convergieron sobre Managua entonces. Por supuesto que el gobierno de Washington no podía aparecer públicamente muy interesado en salvar a Hassenfus, quien evidentemente decepcionado por el abandono de sus jefes dijo toda la verdad a los sandinistas, que lo trataron respetuosamente.

Este es el principio por donde los investigadores de la revista seguirán la historia de las operaciones secretas. Según narra la extensa crónica de *Rolling Stone*, el 1º de diciembre de 1981, William Casey, entonces jefe de la CIA, autorizó el famoso plan secreto de guerra contra los sandinistas. “Le bastaron 19 millones de dólares suministrados por la CIA para financiar una unidad de 500 guerrilleros, opositores nicaragüenses, en Honduras, los que en menos de cuatro meses aumentarían a 15 mil hombres”.

Por ese entonces, Casey ya estaba burlando una ley que establecía la necesidad de consultar al Congreso sobre operaciones secretas de la compañía. Hubo momentos en que los congresistas expresaron su profundo malestar al tomar conocimiento de algunas acciones encubiertas de la CIA.

Así, el proyecto Águila Negra encontró fuerte resistencia en los congresistas que, en agosto de 1982, introdujeron la enmienda del senador Edward Boland (representante de Massachusetts) que prohibía todo involucramiento militar estadounidense para derrocar a los sandinistas.

Pero, de acuerdo con el testimonio de Lew Archer, oficial retirado y ex integrante de Águila Negra, Casey encontró rápidamente la forma de reunir a hombres seguros que reclutó con el visto bueno de Bush y pudo armar un buen equipo con veteranos de la CIA, oficiales del ejército, agentes de servicios secretos extranjeros, mercaderes internacionales de armas y mercenarios.

Los informes a Casey se realizaban mediante una red de operadores ubicados en puestos claves “en los servicios de la vicepresidencia, en el Consejo Nacional de Seguridad y el Ministerio de Defensa”. De esta manera Bush, quien recibía a menudo a Casey, aceptó que los locales de la vicepresidencia sirvieran de cobertura a Águila Negra. Nada podía escapar a Bush, quien había sido jefe de la CIA durante el gobierno de Gerald Ford y tenía acceso a informes “top secret”.

Además, dentro de este esquema –recuerda la revista–, el presidente y el vicepresidente intercambiaban información clasificada.

Bush era también miembro del Consejo de Seguridad, y ligado a la Brigada Antiterrorista y en la Comisión de Narcótico, encargada de la vigilancia de las fronteras. “Ningún detalle del conflicto nicaragüense se le podía escapar”. Y añade que “uno de los raros memos que se escapó al granuja de Oliver North, precisa que Bush había sido consultado, se le había pedido su aprobación en el incremento de la entrega de armas”. Otros memos del Consejo de Seguridad llevaban la mención: “Para informar al vicepresidente”.

Por supuesto que Bush se convertiría en un “héroe” para los exiliados cubanos de Miami, que apoyaban a los contras. Además, había antiguas relaciones desde aquellos años en que el presidente era jefe de la CIA, que coincidieron precisamente con acciones de atentados terroristas contra “objetivos” cubanos. Por lo pronto, las oficinas de la vicepresidencia se hablan convertido en la cobertura de Águila Negra.

Aunque el 21 de diciembre de 1982 el presidente Ronald Reagan había refrendado la primera enmienda Boland, ya Casey y Bush estaban en la organización del esquema para burlarla. “Según Lew

Archer, Bush aceptó que Donald Gregg coordinara el proyecto Águila Negra desde las oficinas de la vicepresidencia. Gregg entró en el equipo de Bush con el cargo de Consejero en materia de Seguridad Interior. Tuvo el cuidado de renunciar oficialmente a la CIA, a fin de borrar la relación incluso con Casey”.

El rol principal asignado a Gregg, como lo denunciarían más tarde los propios sandinistas, era asegurar la relación entre la vicepresidencia y agentes de Águila Negra en América Central y definir los detalles financieros y operacionales del grupo. Gregg debía transmitir informes regulares a Bush. Ambos se conocían desde 1976, de la sede de la CIA en Langley, Virginia. Desde 1951 Gregg, como licenciado universitario, solicitó su ingreso a la Agencia, que lo envió a su sede que operaba en Japón, Birmania, Corea del Sur y Vietnam, entre otros. *Rolling Stone* lo describe de esta manera: “A pesar de su cortesía y distinción discreta, es en la jungla vietnamita donde recibió su iniciación. De 1970 a 1972 fue el hombre de la CIA en Saigón. Comandaba una unidad de intervención aerotransportada, que se volvió también célebre, tanto por el celo con que llevaban a cabo sus interrogatorios, como por la temeridad de sus pilotos. Ellos no se andaban con pequeñeces y disparaban a todos, desde el combatiente vietcong de base hasta el simple civil. Esta unidad tenía como héroe a un piloto de origen cubano, Félix Rodríguez, que adoraba coquetear con el peligro. Es en Vietnam que una amistad indestructible se traba entre Gregg y Rodríguez”.

Según Robert Earl, un amigo de Oliver North, “eran, como se diría, hermanos de sangre”. En una entrevista, Rodríguez narraba que después de Vietnam la pasión por el combate y el odio visceral al comunismo lo llevaron a misiones en África, Medio Oriente, América Central. La revista no cuenta en ningún momento las andanzas de Rodríguez por América del Sur y su presencia en Bolivia cuando el Che Guevara fue asesinado en 1967. En marzo de 1983 Rodríguez vuela a Washington y Gregg lo recluta como un hombre providencial para la operación Águila Negra.

Por supuesto, se distingue en su cargo. Por lo menos “en tres oportunidades Rodríguez se reúne con Bush”. Su rol era facilitar la logística del envío de armas. Tenía su cuartel general en la base de Ilopango, en El Salvador, donde mantenía una fuerte amistad con el general Juan Bustillos. Dos testigos confirmaron a *Rolling Stone* la acción de Rodríguez en El Salvador: uno, “un agente israelí (llamémoslo Aarón Kozen), y otro el ex jefe de la policía política salvadoreña, Blandón”. Según la investigación realizada por la revista, Rodríguez tenía, por lo menos, dos funciones, era un hombre clave en el grupo de agentes, puestos por Gregg como asesores militares de la contra y por la otra cumplía con el rol especial de enviado de la vicepresidencia, con poder para negociar con personajes situados en alto cargo con la ayuda del general Wilfredo Sánchez, de Honduras, y Oscar Mejía Víctores, de Guatemala.

La presencia de Rodríguez sería confirmada luego por Hassenfus en Managua. Ya para entonces Rodríguez contaba con una buena mano derecha, el terrorista Posada Carriles. Pero la historia de cómo este hombre bajo el nombre de Ramón Medina pudo escaparse de Venezuela y llegar a un frente tan distante de combate sucio es otra novela, que llevaría a nuevas complicidades casi insospechadas. El Irangate es lo más parecido a un inmenso pulpo por sus implicaciones.

Rodríguez tenía casi un poder omnímodo, como señala *Rolling Stone*. No sólo hablaba “en nombre de la CIA, sino que era también el portavoz oficial de la Casa Blanca”. Y todo funcionario que “le ponía piedras en su camino” podía quedar atrapado “en las furias celestiales”.

Ahora, ¿cómo se supone que entra Noriega en el esquema del Irangate, de Águila Negra? Hay una cantidad suficiente de análisis que estima que el militar panameño se “asomó” al laberinto y que en realidad está pagando el precio de haber visto demasiado. Especialmente si se tiene en cuenta que el coronel Oliver North está a “salvo” simplemente porque el lado oscuro de todos estos sucesos ha permanecido en sombras. De lo contrario, como se ha dicho, deberían quedar vacíos muchos de los sillones de la Casa Blanca.

De acuerdo con la investigación de la revista, una de las más completas, cuando a principios de 1983 o fines del '82, la operación Águila Negra estaba dando sus primeros pasos, los agentes de la inteligencia israelí, "a los cuales Casey había comprado su cooperación gracias a algunas fotos satélites muy buscadas, hicieron transitar las entregas de armas para los contras, por San Antonio, Texas". Pero se deslizó un "error", y cierta leyenda que tenían las cajas provocó la alerta de las aduanas. Decía: CIA Ward House. Algo bastante extraño por supuesto. Demasiadas cajas de artículos domésticos para la Agencia.

Por supuesto la orden de Casey fue desviar el camino y abandonar la vía de San Antonio. Se supone que entonces ya la inteligencia israelí había ubicado a uno de sus hombres, el coronel Michael (Mike) Harari, en el entorno de Noriega. Y sería Harari quien habría entrado en Águila Negra y luego convencido a José Blandón, un ingeniero que en su momento tuvo una fuerte importancia como asesor gubernamental de Torrijos, cargo que conservó con Noriega. Era un buen momento para pedir la cooperación, señalan las conclusiones de *Rolling Stone*. De acuerdo con el informe, cuando Noriega era jefe de la seguridad en su país, en los años '70, se había entrevistado con Bush, ya que ambos ocupaban la misma situación en sus respectivos países. Bush estaba entonces a cargo de la CIA.

Se dice en el informe que Noriega autorizó a Casey a entrenar contras en territorio panameño. Algo bastante ilógico, ya que esto se podía hacer con mucha mayor eficacia y sigilo en el espacio que manejaba el Comando Sur. Era más seguro para Washington. ¿Por qué iba a entrenar en Panamá, dónde la popular Radio Bemba (es decir la facilidad de destruir cualquier secreto, por transmisión oral popular) podía funcionar muy efectivamente?

Durante años el gobierno panameño denunció no sólo el entrenamiento ilegal de diversos grupos en el área del Comando Sur, sino también las violaciones a los Tratados que significaba el tráfico aéreo desde las bases militares estadounidense hacia Centroamérica para llevar armas y suministros a la contra. De esto no hace mención Ro-

lling Stone. Habla asimismo de una visita de Bush a Panamá en viaje oficial en diciembre de 1983. Esta visita se realizó en plena gestión de la iniciativa de Contadora, que había comenzado el 9 de enero de 1983 con el esfuerzo de México, Venezuela, Colombia y Panamá como país sede y fuertemente combatida por Washington.

Curiosamente, en los últimos años antes de la invasión, algunos periódicos mostraron una fotografía de una supuesta reunión de Noriega con Bush. Pero en la misma se pueden observar varios pies asomados indiscretamente. En realidad esta fotografía fue tomada en el entonces aeropuerto internacional Omar Torrijos, cuando las autoridades panameñas fueron a despedir al vicepresidente estadounidense. La fotografía en cuestión fue repartida a todos los corresponsales extranjeros que estuvimos en el aeropuerto. Efectivamente estaba Noriega, Bush, el coronel Roberto Díaz Herrera, el embajador estadounidense, el canciller panameño, el vicepresidente del país y muchos otros funcionarios de protocolo. Era una fotografía común tomada en la despedida de un visitante oficial. En 1988 me sorprendió ver que se había cortado la fotografía exactamente donde se veía sólo a Bush y Noriega. Era una de las tantas acciones de la desinformación.

Rolling Stone señala que desde 1977 Noriega estaba cubriendo acciones de narcotráfico en América Central. Que la CIA lo sabía pero curiosamente tanto esta institución como la DEA habían continuado ligadas estrechamente al militar panameño. Más aún, la DEA como lo mostramos anteriormente, agradeció a Noriega, hasta 1987, su colaboración en el combate al narcotráfico.

Según narra Lew Archer, Noriega “comienza a requisar aviones para introducir drogas a Estados Unidos”. Es decir, los aviones de Águila Negra. Pero lo curioso es que Archer no hace mención a las pistas ocultas de John Hull en Costa Rica. Ni a lo sucedido en las propias bases militares de Estados Unidos, desde donde se sabe han partido muchos aviones cargados de drogas. Uno de los últimos aparatos fue detenido también por un “error” de información en una

base estadounidense, en octubre de 1989. Venía precisamente desde el Comando Sur.

No hace mención al canje que se realizaba entre armas y drogas en las distintas bases, como Ilopango y otras bajo control estadounidense. Y por esta razón, una buena parte del testimonio de Millán Rodríguez, rendido ante el Senado, ha sido guardado en la más estricta reserva, ya que de esto se trataba. Y también se ocultan en la desmemoria del tiempo las declaraciones de Morales y los pilotos antes citados.

Pareciera ser de esta manera que el “introducción” de drogas era Noriega. Y hay un sospechoso silencio en torno a la amplia red que controlaba tanto la CIA como el Consejo Nacional de Seguridad estadounidense, y que tenía “bandera blanca” para sus operaciones de canje.

Rolling Stone señala en cambio un hecho que, analizado cuidadosamente, nos lleva a la raíz del asunto. “Noriega –dice– se entretenía en su pasatiempo favorito: aumentar su banco personal de datos personales sobre sus queridos socios. Noriega es un coleccionista incansable de informaciones negativas de amigos o enemigos. Desde el principio de las operaciones, Noriega abre un *dossier* sobre Bush y su entorno, donde figuran fotocopias con informes, reportes y ejercicios enviados a Gregg y videofilmes de entrevistas que se desarrollaron en la oficina de Noriega, más un informe de Blandón en persona sobre la actividad de Águila Negra. Y añade que a principios de 1988, Noriega se jactaba delante del ex coronel Díaz Herrera de tener a Bush “agarrado por los huevos”. El habría hecho esta declaración después de que la Casa Blanca ya había intentado golpearlo pero sin éxito. De acuerdo con el informante israelí, Noriega tenía suficiente como para hundir a Bush.

Blandón, quien había sido enviado como cónsul general de Panamá a Washington y desertó en 1988 para transformarse en un testigo “demasiado hablador”, según algunos senadores estadounidenses, señalaba, que “es por eso que la administración Reagan tiene tanto

miedo de Noriega. En la operación Águila Negra, Bush y sus hombres están personalmente implicados”.

Hay algo interesante también en estas investigaciones de la revista estadounidense. Según varios de los participantes de Águila Negra, entre ellos un comerciante argentino Jorge Krupnik, que Noriega “había introducido al circuito”, habría dicho a Blandón que “toda la operación se hacía con el acuerdo de Bush y de Gregg”. Richard Brenneke, otro comerciante de armas instalado en Oregón, que sirvió de intermediario entre Águila Negra y los proveedores checos, afirma haber estado asqueado después de haber servido en dos oportunidades como copiloto en los aparatos que transportaban droga a Estados Unidos. Gregg le habla indicado no discutir órdenes. “De hecho, todo ese tráfico de drogas era una cuestión política –dijo Kozen–, y es que Bush tenía poder de decisión en estos problemas de estrategia secreta”.

En este marco, muchos diplomáticos de la región mencionaban entonces que existía una gran preocupación en algunos círculos estadounidenses, especialmente ligados a la CIA, porque muchos funcionarios creían que Noriega había puesto “brevemente” sus manos en el asunto de Águila Negra, sólo para poder tener suficiente información sobre lo que estaba haciendo el equipo de Bush. Había algunos que aventuraron que Noriega quería saber para informar a Nicaragua o Cuba. “Israelíes y norteamericanos ubicados en Honduras se inquietan –dice *Rolling Stone*–, Noriega utiliza cada vez más los aviones de Águila Negra para su tráfico de drogas. Por supuesto, él continúa siendo indispensable para el buen funcionamiento de la organización. Sin embargo, cada vuelo arriesga revelar el secreto. Las disputas se multiplican. Cada lado vuelve al otro responsable de la manera en que Noriega desvía a Águila Negra de su objetivo inicial. Los israelíes no tienen deseos de ser los chivos expiatorios si la operación falla. En cuanto a los americanos, se sienten manipulados por los repetidos esfuerzos de Noriega por implicarlos en el tráfico. Dice el testigo Lew Archer: “El sueño de Noriega era salpicar al tío Sam. Que uno de

nuestros muchachos aceptara hacer un viaje y *hop*, él nos tenía. Es eso, Noriega decía ‘yo te comprometo y después te hago cantar’”.

Según el informante Kozen, es el tráfico de drogas lo que lleva a los israelíes a retirar al Mossad en 1985, después de un duro enfrentamiento “con americanos y hondureños” que casi culmina en una confrontación armada en el grupo. Kozen fue precisamente el encargado de comunicar la decisión israelí.

Pero Blandón aseguró que en realidad el retiro de la Mossad se debía a la detención de Jonathan y Anne Henderson Pollard, agentes israelíes en Washington.

La revista continuará luego una larga descripción de cómo se violó la segunda enmienda Boland con la creación de cuentas negras en favor de la contra, todas numeradas y manejadas por Oliver North amparado en su cargo del Consejo Nacional de Seguridad. Luego llegaría la operación de recambio que reemplazará a Águila Negra, la llamada Operación Enterprise (empresa). “Este nuevo proyecto sería financiado con los beneficios obtenidos por la venta de misiles Tow y otras piezas enviadas a Irán. Desgraciadamente, los resultados de Enterprise se hacen esperar. No es sino hasta abril de 1985 que el primer cargamento de armas comprado en China Popular llega por mar después de cinco meses”. Ante esta situación Casey creará una tercera vía, la operación Supermarket que “trata de conseguir armas de fabricación soviética, vía Portugal”.

“Por supuesto que Supermarket fue un proyecto recibido con alegría por los contras y también por la comunidad cubana de Miami”. John Jeb Bush, de 35 años, hijo del nuevo presidente, es uno de los líderes más conocidos de esta comunidad. Durante mucho tiempo presidente de la Asociación de Republicanos del condado de Dale, “se ocupó personalmente de reunir fondos para ayudar a los contras”.

En 1985-86, las aduanas abren investigación sobre el caso de un contrabando de armas destinado a la contra. El nombre de Jeb Bush es citado, y como el interesado lo niega, “no ha lugar”, señala *Rolling Stone*.

La revista continúa luego analizando las luchas internas entre los integrantes del llamado “gobierno fantasma” que pudo mover todos estos hilos. Incluso North decidió suspender Supermarket al sospechar que Noriega podía estar detrás del movimiento de dinero. La lucha por el poder se agudizó, especialmente en la confrontación de North con Rodríguez, quien desde 1985 estaría asignado a la base de llopango en El Salvador, donde lo encuentra el traspié dado por el derribamiento del avión de Hassenfus en Nicaragua. Los movimientos de North y Richard Secord (general retirado), los llevan a tener la entera responsabilidad de los cargamentos de armas destinados a la contra y los negocios con los comerciantes de armas.

Se sitúa que en la primavera de 1986 “el gobierno fantasma puesto en marcha por Casey y Bush está en plena decadencia”. La guerrita entre North y Rodríguez se agudiza. Esto sólo daría motivo para otra más que inquietante novela negra. Finalmente, *Rolling Stone* concluye que “la Comisión del informe Irangate, lo limpia a él (Bush) y a su equipo de toda sospecha. El Irangate se interesó sobre todo por Enterprise, de la cual North tenía la responsabilidad exclusiva y en sus ramificaciones iraníes. No es sino incidentalmente que la existencia de Supermarket fue abordada. En cuanto a Águila Negra nunca fue investigada. Para Bush todo eso es historia antigua. Se declara cansado de decir tantas veces ‘yo digo la verdad’. Ahora aquí está como presidente de una República que no es bananera. Él se niega a toda declaración”. *Rolling Stone* le ha ofrecido derecho de réplica por las acusaciones en este artículo. Él ha hecho saber por su agregado de prensa Kristin Taylor que “el señor Bush se remite a sus declaraciones anteriores”.

Hasta aquí hemos utilizado partes de la investigación de la revista, cuyo número desapareció rápidamente del mercado. Y también algunas conclusiones, como el “terremoto” sucedido dentro del “gobierno fantasma” al conocer que estaban, de alguna manera, en las manos de Noriega.

Esto es lo que pudo haber llevado a mandar a John Poindexter en diciembre de 1985 a Panamá, donde sostuvo la áspera reunión antes

descrita con Noriega, exigiéndole que “apoyara” a Estados Unidos enviando hombres de la UESAT (batallón antiterrorista) para realizar operaciones contra los sandinistas en Nicaragua, lo que Noriega rechazó rápidamente. Washington podía querer “tenerlo” a su vez enredado en sus propias redes.

¿Qué hay detrás de los espejos?

Existen infinidad de especulaciones en torno a lo sucedido en la Nunciatura Apostólica de Panamá donde se refugió Noriega el 24 de diciembre de 1989. Pero lo cierto es que cuando el militar panameño salió con su uniforme de general, del que luego fue despojado, y ascendió esposado al avión militar estadounidense que lo conduciría a Miami, había comenzado otra nueva historia. Casi inmediatamente aparecían las publicaciones en el *Journal Do Brasil*, que señalaban las complicidades con el narcotráfico de los gobernantes impuestos por la invasión.

El 23 de enero de 1990, *The New York Times* señalaba las dudas de muchos funcionarios jurídicos sobre el hecho de que el argumento “legal” de Estados Unidos en contra de Noriega había sido “débil desde el principio”. El presidente de la Asociación Nacional de Abogados, Neil Somnet, advertía a su vez, que el caso habría de plantear uno de los máximos retos a la justicia estadounidense. Especialmente porque muchos consideraban que esto llevaría a revelar un mundo de intrigas y que era inevitable rozar el Irangate, entre otros asuntos no menos sucios y graves.

Jonathan Marshall, de la página editorial *The Tribune*, de Oakland, California, en un comentario en *Pacific News Service*, habló de la deshonestidad de “la obsesión de la administración Bush” por Noriega. Marshall escribió ampliamente sobre el comercio mundial de drogas y es coautor de *The Irán-contras connection: Secret Teams and Covert Operations in the Reagan Administration* y del libro *The Politics of Co-*

caíne in Central América. En el artículo “Sacando a Noriega no cambiará el papel del narcotráfico en Panamá”, reproducido por la revista *Quehacer*, No. 43, del Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo (DESCO) de Perú, (abril 1990), Marshall escribió que “individualizando al hombre fuerte (Noriega) como una especie de único cerebro criminal, Bush puede anunciar una gran victoria en la guerra contra las drogas. Pero esa victoria sólo tiene valor de propaganda. Al ignorar el efecto perverso del dinero proveniente de la droga en la economía y sociedad panameñas, la Casa Blanca ha demostrado que su objetivo –capturar a Noriega– era factible, pero irrelevante”.

Muchos de los principales negocios panameños tienen, inevitablemente conexiones directas o indirectas con la industria del lavado de dinero. Los actuales líderes del país no son una excepción, decía Marshall. A continuación, escribía que el presidente Guillermo Endara, un rico apoderado de corporaciones, era el abogado de diversas compañías manejadas por Carlos Eleta, un magnate empresario panameño, arrestado en abril pasado en Georgia, presuntamente por haber complotado para introducir más de media tonelada de cocaína al mes en Estados Unidos.

También confirma Marshall la información que figura en uno de los capítulos anteriores y que yo había escrito en una de las notas enviadas a *El Periodista* de Buenos Aires en 1988. El vicepresidente Guillermo “Billy” Ford, era copropietario del Dadeland Bank de Florida que había lavado dinero de un traficante cubano-norteamericano, Tony Fernández. En 1988, el banco también fue señalado como uno de los principales centros de depósito de uno de los importantes lavadores de dinero: Gonzalo Mora, a quien se vincula con el Cártel de Medellín.

Asimismo, afirmaba Marshall, que Rogelio Cruz, Procurador General de Panamá se había desempeñado como director del First Interamerica’s Bank, junto al hermano del vicepresidente Ricardo Arias Calderón. Los informes indicaron que el banco era propiedad del jefe del Cártel de Cali, Colombia, Gilberto Rodríguez Orejuela,

y también lavaba dinero para Jorge Ochoa, uno de los principales hombres del Cártel de Medellín. Este banco fue clausurado en marzo de 1985.

Por supuesto que los opositores a Noriega, apoyados por Washington, se habían rebelado contra el levantamiento del secreto bancario, cuando ocurrió la operación Piscis, que ya describimos anteriormente. Si en el capítulo sobre la gran novela de Panamá se demuestra que en 1988 diversos periodistas habíamos mencionado esta situación, ¿acaso no sabía Washington la verdad?

Lo cierto es que el juicio de Noriega, encarcelado como prisionero de guerra, fue destapando diversas actividades del gobierno de Washington, como la decisión de dejar en libertad al Banco de Crédito y Comercio Internacional (BCCI), con sede en Luxemburgo, sin ni siquiera fijarle una multa, cuando la institución se declaró culpable de lavar 14 millones de dólares el 17 de enero de 1990. El gobierno de Washington se apresuró a saldar cuentas con el BCCI cuando los abogados del Banco amenazaron con exigir documentos de la administración estadounidense que demostrarían que gran parte del dinero de Noriega que se manejaba en sus oficinas provenía de agencias gubernamentales y no del narcotráfico. La doble moral está en todos y cada uno de los casos.

Ya el 16 de septiembre de 1988, el almirante Daniel Murphy, director del Sistema Nacional de Interdicción de Estupefacientes en la Frontera (NNBIS) del gobierno de Ronald Reagan y durante un buen tiempo oficial mayor de la vicepresidencia de Bush, declaró que “en todo el período en que estuve al frente del NNBIS, y anteriormente con el equipo especial antidrogas del sur de Florida, jamás vi inteligencia alguna que indicara la participación de Noriega en el tráfico de estupefacientes. De hecho, siempre tuvimos a Panamá como un país ejemplar en cuanto a la cooperación con Estados Unidos en la guerra a las drogas. Recuerdo que una acusación de un jurado de este país no equivale a una condena. Si alguna vez se juzga el caso, veré las pruebas y el dictamen del jurado, pero hasta que eso suceda, no tengo

indicio alguno de primera mano de que el general este inmiscuido en esto. Mi experiencia me indica lo contrario” (*EIR*, 1989).

Pero, aunque algunos funcionarios declaren en este sentido, es obvio que para el presidente Bush establecer la culpabilidad de Noriega era una “cuestión de vida o muerte”. Si el gobernante no había vacilado en ningún método, como los que resultaron de su paso por la CIA en 1976, o la misma invasión a Panamá, ¿qué no podría mover para llevar adelante un juicio que desde sus principios tiene graves problemas de seguridad y jurídicos?

El 27 de junio de 1990, en un artículo firmado por Tom Wicker en *The New York Times*, se advierte que “mientras surgen cada vez más indicios de la excesiva brutalidad estadounidense durante la ilegal invasión a Panamá, el gobierno de Washington monta una débil acusación en contra del principal objetivo de ese ataque, el presunto jefe narcotraficante, Manuel Antonio Noriega”.

Y añade: “Se trata de un caso que el gobierno de Bush no puede permitirse perder; el presidente necesita que Noriega sea encontrado culpable para inyectar un frágil tinte de legitimidad a una invasión que provocó la muerte de por lo menos cuatro veces más civiles que soldados panameños. Pero ahora parece que la evidencia en contra de Noriega es tan débil que los fiscales militares podrían recurrir a dudosas y tal vez inconstitucionales tácticas para obtener un veredicto de culpabilidad”.

Pero *The New York Times* planteó dudas sobre la posibilidad de que Noriega fuera acusado por graves delitos: “Tal vez sea responsabilizado por cargos realmente menores en relación con las drogas, fracasando en justificar el uso de 24 mil soldados estadounidenses en contra de una nación soberana para capturar a un solo hombre”.

También se refiere a la captura de bienes de Noriega, cuyo valor ascendía a 20 millones de dólares, “alegando que todos fueron obtenidos en forma ilegítima por lo que pueden ser congelados”.

Esto llevó, como fue revelado por varios medios, a una acción de los abogados de la defensa, encabezados por Frank Rubino, quien

sostuvo que, de congelarse los fondos, Noriega no podía pagarse una defensa legal justa cuyo costo asciende a cinco millones de dólares. Fue esta la razón que obligó al juez William Hoeveler a reconocer que de esta manera el gobierno privaba al militar panameño de su derecho a ser asesorado. Por lo tanto giró una orden para que el gobierno estadounidense, a través de los funcionarios de justicia, presentara suficientes evidencias de que el dinero fue obtenido ilegalmente, lo que Washington no pudo probar.

La defensa ha debido luchar contra innumerables obstáculos como los recursos del gobierno de esconder pruebas fundamentales, aduciendo “razones de seguridad”. ¿Cuáles y cuán importantes pueden ser estas razones? Sólo que estén referidas a la implicación de funcionarios estadounidenses o que estén relacionadas con la “novela del Irangate, de Águila Negra y otras acciones no menos ilegales llevadas a cabo por las administraciones republicanas, no se podrían aducir estas razones de seguridad”.

Después de la invasión, se produjo una desesperada carrera del jefe del Ejército Sur, general Marc Cisneros, para apropiarse de los documentos encontrados en algunas oficinas claves del gobierno panameño. Documentos que no fueron entregados a Panamá, lo que provocó las primeras fuertes contradicciones entre funcionarios de la fiscalía y el Comando Sur.

Los abogados de Noriega tampoco han tenido acceso a esta documentación y también denunciaron que estos muy bien pudieron haber sido saqueados o destruidos, especialmente porque todos los indicios llevan a suponer que había suficiente material que involucraba seriamente al gobierno estadounidense. Algunos funcionarios estadounidenses ya han admitido que “varios documentos pudieron perderse durante el combate”.

Por su parte, James LeMoyné, también de *The New York Times*, dijo que las autoridades han encontrado pocos documentos o evidencias que prueben que el general sea un importante narcotraficante. Otros funcionarios habrían sugerido que “es posible que el veredicto

de culpable sea logrado por un tráfico relativamente de pequeña escala, entre 1982 y 1984, cinco años antes de la invasión”.

Estas fechas coincidirían precisamente con Águila Negra y demás operaciones encubiertas del gobierno, manejadas muy de cerca por el actual presidente Bush, y cuya investigación de *Rolling Stone*, hemos analizado anteriormente.

Según *The New York Times*, muchos funcionarios también estaban preocupados porque la publicidad afectara negativamente el caso. ¿Qué testigo no habrá oído hablar en Estados Unidos de lo “monstruoso” que es Noriega, después de la feroz propaganda en contra del general panameño?

Los periodistas Richard L. Berke y David Joghntson, en el artículo “Enjuiciamiento de Noriega, indicios de problemas desde el principio”, reconocen que “aunque el proceso es el juicio federal más visible en años y uno en el cual el presidente Bush está esperando un veredicto favorable, varios funcionarios del gobierno que pidieron no ser identificados dijeron que ya se ha convertido en una venganza pública de la administración”.

Las trampas

Por lo pronto, la conducta de los acusadores deja demasiado que desear en un juicio de este tipo. Dexter Lehtenien, Procurador Federal responsable del caso, se ha visto acusado en diversos alegatos por su vida profesional y personal. En una crónica de la agencia *Alasei*, el periodista Peter Geller, estadounidense nacionalizado mexicano, recordó que Lehtenien dijo en una conferencia de prensa que Luis del Cid, teniente coronel panameño, responsable de Chiriquí en momentos de la invasión, y quien se entregó a las fuerzas estadounidenses, estaba acusado de “importar cocaína a nuestro país destruyendo a nuestros hijos”. Por supuesto que no hay dudas que unas declaraciones públicas de este tipo, sobre una población totalmente

desinformada como es la estadounidense, pueden perjudicar el juicio y definitivamente sería difícil encontrar testigos “que nunca oyeron hablar del caso Noriega”. Es imposible garantizar un “juicio imparcial, cuando todo, desde el comienzo es ilegal”.

En otro aspecto, que también señala Geller, el argumento del procurador podría desacreditar la credibilidad de Del Cid como testigo. En realidad poco se conoce de cómo fue a parar a Miami el teniente coronel Del Cid, quien había confirmado a corresponsales que nos comunicamos con David, que estaba negociando con la Iglesia para evitar un bombardeo a esa ciudad.

Según se dijo entonces, Del Cid hizo un pacto con la Iglesia y luego sorpresivamente apareció montado en un avión con rumbo a Miami. Ahora se conoce, en círculos jurídicos, que se ha propuesto al teniente coronel reducirle su supuesta larga pena si declara contra su antiguo jefe. Se sabe que Noriega esperó mucho más de Del Cid, en momentos de la invasión y que la falla de éste en asuntos que tenían planeados para la resistencia fue clave para la mediatización de ésta en algunos lugares del país.

El primer argumento utilizado por la defensa ha sido el de la ilegalidad de la invasión, con lo cual Noriega podría ser considerado por la Corte Federal como preso político y reconocerle su nivel de jefe de Estado. Noriega sostiene que la autoridad judicial estadounidense no tiene jurisdicción o competencia para procesarlo. En este caso quienes lo trasladaron a Estados Unidos deberán regresarlo a su país. Si la invasión se declara como “legal” se habrá sentado un precedente temible para el mundo y especialmente para América latina.

Hay información secreta que se obtuvo mediante el ilegal sistema de “escuchas”, que captaban desde la sede del Comando Sur en Panamá todas las llamadas telefónicas de los dirigentes del país. La CIA, según *The Miami Herald*, no habría dado todos los documentos que posee cuando el director de la División Criminal de la Procuraduría del Estado de Florida y antiguo procurador del caso, Richard Gre-

gorie, intento saber si en el expediente de la agencia contra Noriega “no habría nada perjudicial para el gobierno estadounidense”.

Muchos comentan en los alrededores del juicio que los problemas de Noriega comenzaron cuando este se negó a respaldar y apoyar planes de una invasión contra Nicaragua. Por lo pronto, el caso Noriega se ha convertido en un escándalo sólo comparable con las oscuras redes de la mafia, ya que han salido a luz, alrededor de este juicio, historias casi increíbles como la entrega de armas y entrenamientos de mercenarios en Colombia, a cargo de la Mossad israelí, o también la utilización del llamado “plea bargaining” (regateo de cargos) donde el gobierno estadounidense puede llegar a disminuir ciertos cargos a cambio del testimonio del acusado contra otra persona o para aceptar ciertas responsabilidades en otros juicios. Curiosamente hubo una “pequeña tirada” de toalla a Noriega, cuando el 6 de enero de 1991, John Sununu, secretario del presidente Bush, dijo que éste quería otorgarle al militar la misma prerrogativa que a otros presos. A Washington le convendría silenciar a Noriega, puesto que el militar sabe mucho de las implicaciones gubernamentales en los asuntos del tráfico de armas y de drogas en el esquema de la contra.

Otros estiman que Bush terminaría proponiendo a Noriega que acusara a Fidel Castro del tráfico de drogas. En su burdo y misterioso libro, Frederick Kempes llega a decir que Castro arregló problemas de los narcotraficantes. Este es un “hilo” que Washington ha tratado de arrojar varias veces, como un anzuelo, a ver si pesca la posibilidad de enlodar a Castro, lo que no ha funcionado, ni podría funcionar.

Yo digo, tú dices, él dice

En su libro *Out of control* (Fuera de control, donde hace referencia al singular personaje de Millán Rodríguez), Leslie Cockbrun, periodista, señala cómo éste había dado datos muy precisos sobre el involucramiento de la CIA, la contra y el narcotráfico. “Ramón

Millán Rodríguez puede ser descrito como un experto en su tema (el narcotráfico). Hasta haber sido procesado en 1983 era uno de los “blanqueadores” de dinero más atareado. Los clientes más famosos de Millán Rodríguez eran Pablo Escobar y Jorge Ochoa, quienes conforman el Cártel de Medellín, que controla el 40 por ciento del mercado. Al mismo tiempo en que Oliver North presentaba su afectado testimonio a los Comités Congresionales que investigan el affaire Irán-contras y también a la audiencia televisiva, Ramón Millán Rodríguez hablaba ante un grupo de senadores. Estos eran miembros de un subcomité integrado por el Comité de Relaciones Exteriores, para indagar en las acusaciones sobre la conexión CIA narcotraficantes.

“A diferencia de North –dice Cockburn–, Millán Rodríguez no tuvo una audiencia televisiva para actuar frente a ella, ya que los senadores habían decidido que su información era demasiado explosiva como para compartirla con el público estadounidense”. (El libro fue editado por el sello Atlantic Monthly Press, 1988).

La operación contra-C-11A fue todo el tiempo controlada por la Casa Blanca, el Pentágono y el Departamento de Estado. Sin embargo nadie ha preguntado al general John Singlaub o a Richard Secord, ambos militares retirados, qué hacían en ese peligroso lugar, así como los empresarios Nelson Backer o Joseph Correa y uno de los “fuer-tes” de la Guerra de las Galaxias, el reverendo Sun Moon. Y de ahí a North, a Poindexter, Félix Rodríguez (o Max Gómez), Casey, Bush y toda la red.

Muchos analistas estiman que la “guerra contra Noriega” des-vió muy oportunamente el inevitable escándalo que hubiera sido el transfondo del Irán-Contras. Se cargaron baterías contra el “villano de turno”. Este tenía “rostro aindiado, mirada de chino” y podía ser transformado en un monstruo, con un andamiaje de propaganda como pocas veces se había conocido.

El juicio no se pudo realizar en enero, ni en febrero, ni a lo largo de todo el año ‘90. Comenzó una casi increíble cacería de testigos. El 17 de julio de 1990, Amet Paredes, hijo de uno de los más fuertes

enemigos políticos de Noriega, el ex general Rubén Darío Paredes, se entregó a la DEA en Panamá y fue trasladado a Miami para declarar contra el militar. En su libro *Los Secretos de la Nunciatura* (Colombia, 1990), el ex canciller panameño Jorge Ritter se refiere muy específicamente al caso de Amet Paredes: “Las razones que pudo tener Paredes pueden ser muchas y cualquiera que se cite pasaría a ser mera especulación. Pero quedan algunos hechos para la reflexión. En Panamá hay prohibición constitucional de extraditar a nacionales de manera que desde el punto de vista jurídico, en la medida en que este pudiera prevalecer sobre las decisiones inapelables del Comando Sur su extradición era imposible. Además, de acuerdo con la indagatoria que rindió Noriega ante el procurador general, Paredes ya había sido juzgado: conozco a Amet Paredes –dijo Noriega– por ser hijo de Rubén Darío Paredes, quien fue comandante de la Guardia Nacional. Tengo entendido que Paredes fue también investigado por las autoridades panameñas y recibió una condena por narcotráfico”.

Según Ritter, lo más extraño del caso es que Paredes nunca fue buscado por las autoridades estadounidenses: “Sacrificaron centenares de vidas inocentes, encarcelaron a miles de militares y civiles, pero al compañero de *indecment* de Noriega le otorgaron permiso de circulación permanente”. Y siete meses después “se entregó voluntariamente” a la DEA.

De acuerdo con la cita que hace Ritter, Paredes había rendido declaraciones ante el procurador general de la Nación el 8 de marzo de 1988. Ritter cita una parte de estas declaraciones: “Toty me dijo que las cosas estaban muy serias conmigo y que pensara muy bien lo que iba a hacer, me dijo también que el fiscal Gregorie me ofreció lo mismo que a ellos, es decir, inmunidad y residencia en Estados Unidos si declaraba contra Noriega. Orlando Villarreal en ningún momento me ha mostrado copia sobre lo declarado ante el fiscal de la ciudad de Miami. No obstante sí me enseñó los recibos en los que consta que el Departamento de Justicia sufragaba los gastos que ocasionó su viaje a Miami para hacer la acusación contra Noriega, a fin de convencer-

me de que las autoridades norteamericanas pagarían todos mis gastos. Además me enseñó un documento en el que se hacía constar que había sido liberado de cargos por haber cometido delitos en Estados Unidos” (págs. 11 y 12 del Tribunal de Sentencias en Panamá que mantiene Ritter en un juicio en el que Noriega fue juzgado y absuelto).

El mes de julio de 1990 fue especialmente movido en el “caso Noriega”. El procurador general de la Nación panameño, Rogelio Cruz, el mismo que ha sido acusado de sus vinculaciones con bancos lavadores de dinero, viajó a Estados Unidos para tratar de obtener información sobre el general. Como ya hemos visto, el gobierno de Washington se habla apropiado de 15 mil cajas de documentos tomadas por las tropas de invasión, y muchos estimaron que el general Cisneros tenía la misma orden que se le dio al general Colin Powell en su momento, de limpiar todas las huellas de los actuales gobernantes de la Casa Blanca. Powell limpió “los rincones” del Irangate en el Consejo de Seguridad y Cisneros de las cajas de documentos y archivos panameños.

Lo cierto es que Paredes se convirtió en el cuarto hombre trasladado desde Panamá a Estados Unidos para declarar contra Noriega. Todo esto, por supuesto, es ilegal. El 17 de julio se conoció que de acuerdo con las investigaciones del fiscal general Carlos Herrera, designado para investigar el asesinato de Hugo Spadafora en 1985, y que fue imputado, sin pruebas, a Noriega para crear la primera fuerte desestabilización de Panamá, admitió que este caso puede estar relacionado con el tráfico de armas y droga en Centroamérica, o con el Irán-Contras. Como se sabe, este último escándalo involucró a altos funcionarios estadounidenses.

Así es que en el mar de las “movidas”, comenzaba a aflorar por todas partes la verdad. “Además del tráfico de armas para la resistencia nicaragüense, en el que estuvieron implicados altos funcionarios del Consejo Nacional de Seguridad de Estados Unidos, el fiscal Herrera advirtió que también pudo existir un vínculo entre el crimen de Spadafora y el tráfico internacional de drogas” (IPS, julio 17). “Esta

es la primera vez, dijo la agencia italiana, que una autoridad panameña admite la posibilidad de que el crimen de Spadafora pudiera estar vinculado con el narcotráfico internacional y los traficantes de armas, entre ellos altos oficiales y funcionarios de la administración estadounidense” vinculados al caso Irán-contras.

De esta manera, a medida que el juicio avanza, también se van advirtiendo los contornos de las verdades ocultas sobre diversas situaciones alrededor de las cuales se han tejido silencios cómplices y criminales. El 18 de julio se admitía que Amet Paredes podía ser condenado a 95 años de prisión. Su hermano Rubén fue muerto en Colombia en 1986, junto a César Rodríguez, cuando en un episodio hasta hoy confuso fue interceptado el barco Krill donde al parecer ambos estaban llevando drogas. Se sabe que esta era una condena “exagerada”. Las autoridades estadounidenses declararon que los Paredes estaban involucrados para llevar un contrabando de cerca de 259 kilogramos de cocaína en el barco Krill entre noviembre de 1985 y marzo de 1986. Los otros sospechosos, luego “coacusados” en el juicio de Noriega, eran Brian Davidson y William Saldarriaga, de Colombia. Davidson es judío-norteamericano. Estos dos hombres habían sido arrestados meses antes de la invasión a Panamá.

El 21 de febrero de 1990, miembros de la DEA secuestraron en Panamá a Ricardo Bilonick, ex gerente de una empresa aérea para testificar en el juicio contra Noriega. La acusación que pesaba sobre Bilonick es que en junio de 1984 encontraron drogas en un avión de la empresa INAIR en Miami.

A fines de 1990 se había conocido que el joyero Enrique Pretelt, amigo de Noriega, quien también había sido secuestrado en Panamá y llevado a Miami, estaría en libertad condicional y se le habían ofrecido diversas ventajas si declaraba contra Noriega.

El 5 de marzo fue presentada Sandra Elena Ferro, ex secretaria de César Rodríguez, el hombre involucrado con Paredes. Durante dos días la declaración de Ferro se convirtió en una mala sorpresa para los acusadores de Noriega. Ella dijo que los negocios del militar con

César Rodríguez terminaron mucho antes del presunto contrabando de drogas del Krill, y exhibió una carta que mostraba el rompimiento, dos años antes, de la amistad de Rodríguez con el general, debido a que Noriega lo hizo apresar bajo acusación de narcotráfico en 1984. Los acusadores trataban de demostrar que tanto Rodríguez como Paredes, Davidson y Saldarriaga, habían recibido autorización de Noriega para realizar una operación de canje de armas por drogas.

De acuerdo con los fiscales, el narco Ramón Novarro y los hermanos Rubén y Amet Paredes, hablaron por teléfono o "escucharon" que Rodríguez habló por teléfono con Noriega para que autorizara el tránsito del Krill por el Canal de Panamá para ir a buscar drogas a Colombia. ¿Esto puede considerarse una prueba en algún juicio? Yo digo que él dijo que tú dices. ¿Y por qué Noriega iba a autorizar el paso de un barco por el Canal bajo la celosa custodia estadounidense? Curiosamente, Ferro, que fue presentada como testigo del gobierno, dijo que conoció la reunión donde se habló del yate Krill, pero sostuvo que desde hacia dos años atrás no veía al general Noriega, ni recibía ni hizo llamados para el general.

Asimismo, testimonió que ni Davidson ni Saldarriaga, acusados por la fiscalía de planear y ejecutar el contrabando del Krill, estuvieron presentes en las reuniones, aunque indicó que el primero era amigo del grupo de acusados.

El 6 de marzo, Amet Paredes afirmó que había asistido a la reunión donde Noriega arregló y autorizó por teléfono el canje de mil rifles M-16 por 322 kilogramos de cocaína. "El cargamento estaba protegido por Noriega y yo escuche cuando él le dijo a César Rodríguez que arreglara los papeles para sacar el Krill de Panamá y se lo hiciera saber". Paredes dijo que él mismo, con los otros acusados, habían planeado el contrabando de drogas por armas. También involucró al mayor Cleto Hernández, uno de los militares panameños más odiados por Washington por su posición nacionalista. Dijo Paredes que Noriega designó a Hernández para entregar los rifles. El operati-

vo se hizo en las oficinas de Rodríguez y el barco fue comprado por Ramón Novarro.

Así es que Paredes “escuchó” que Noriega le dijo a Rodríguez. Y etcétera, etcétera. No hay pruebas. Hay dichos y más dichos que se contradicen. Ferro y Paredes señalan cosas muy distintas. Pero hay más aún. En el caso de Paredes dijo que Noriega fundió a su familia y la arrojó a los “negocios lícitos” y por eso él se tuvo que dedicar al negocio de la droga. Todo suena demasiado sucio en este escenario.

Testigo clave “extrañamente muerto”

¿Qué pasó con Ramón Novarro, el más importante testigo en este caso? Un día antes del comienzo del proceso contra Noriega, Novarro se estrelló con su automóvil en la “sección suroeste del condado de Dade”, cerca del Penal correccional donde están detenidos Noriega y Saldarriaga. El accidente está siendo investigado. “Perdió el control de su vehículo y fue a estrellarse contra una reja”, dijo la policía de Miami. Novarro había recibido supuesta inmunidad legal y 170 mil dólares de la DEA para servir como testigo contra Noriega, por lo que sus declaraciones se consideraban claves en el proceso contra el depuesto militar panameño. (*Notimex*, 28 de febrero).

El juicio contra los coacusados en el caso Noriega había comenzado dos días antes de la muerte de Novarro, y por lo que hemos visto estaba bastante complicado para los acusadores. La fiscalía dice que Noriega supuso que Rodríguez y Paredes se habían robado la droga, por eso preparó su muerte. Aunque también se habla de que el embarque fue decomisado por la aduana de Estados Unidos.

Novarro debía testificar sobre la reunión en la cual supuestamente estaban Saldarriaga y Davidson. Iba a decir que ésta se realizó en una oficina del edificio del Banco de Boston, en el centro de Panamá, y los asistentes hablaron allí con Noriega “a través de teléfonos con alto-

parlante”. ¡Qué coincidencia! De lo contrario ¿cómo podrían aducir que se escuchó esa conversación?

Richard Sharpstein, defensor de Davidson, dijo que “la familia Paredes odia a Noriega y quiere usar al gobierno (de Estados Unidos) para destruirlo. El embarque de la droga fue un asunto familiar del que Noriega fue ajeno”.

El abogado explicó largamente las relaciones entre el ex general Paredes y Noriega, y cómo después de haber fracasado el primero en sus intentos de llegar a la presidencia, en 1983, se transformó en uno de los más enconados enemigos políticos del general ahora detenido en Miami.

“Los Paredes rompieron con Noriega en 1984. Es increíble que dos años después todos se reunieran amistosamente para planear el embarque de Panamá”, añadió Sharpstein. También otro de los abogados, Steven Krieger, cuestionó que cómo era posible que el verdadero cerebro de la operación, el narco Ramón Novarro, haya recibido inmunidad legal y dinero para servir como testigo de cargo siendo el principal inculpado. “Novarro compró el bote, colocó las armas, las drogas y organizó el asunto y nunca será juzgado”, dijo el jurista. Incluso se recordó que hasta entonces Novarro estaba libre, cometiendo crímenes con el permiso del gobierno porque no ha sido encausado”.

Unos 30 narcos convictos, encarcelados en la misma prisión que Noriega, comenzaron una rueda de testimonios casi alucinante.

Es increíble, pero el supuesto timonel del barco Krill, Manuel Sánchez, detenido en Colombia y procesado en Miami, dijo que un retrato de Noriega fue colocado en el yate para brindarles protección.

Así que con el retrato de Noriega cualquier barco podría haber navegado por aguas del Canal e internacionales “bajo protección”. Es algo tragicómico. El barco Krill fue interceptado por la seguridad colombiana, y decomisado su supuesto cargamento con destino a Miami. La fiscalía trata por todos los medios de demostrar que Noriega sabía de este caso, reuniendo los testimonios más diversos o más absurdos. El Krill fue confiscado con cocaína el 21 de marzo de

1986. El 1º de marzo, un narcotraficante, Héctor López, declaró a haber ayudado a Saldarriaga con tres mil dólares en el verano de 1986, para que se quedara en Miami, porque éste le dijo que había perdido un barco con mercancía (supuestamente el Krill). “Saldarriaga dijo haber hecho un trato de negocios en Colombia, en el cual estaba envuelto un alto panameño y que perdió la embarcación con una gran cantidad de mercancía y que estuvo (implicado) en la muerte del hijo del general Paredes”, confesó.

“Sólo me dijo que esa era la gente que tenía el control del gobierno en Panamá, para aquel entonces no le pregunté que relación tenía esa gente”, añadió.

Otro narcotraficante que cumple sentencia por largo plazo se presentó también para decir que Saldarriaga le había dicho que la cocaína que fue incautada en el yate Krill era de la familia Ochoa. Con lo cual la noticia a través de agencias como DPA salió encabezada de la siguiente manera: “Vinculan a Noriega con el clan de Ochoa”.

El 5 de septiembre de 1991, 20 meses después de haber sido trasladado a Estados Unidos, comenzó el juicio a Noriega, con la integración de los jurados. Unos días antes, los medios estadounidenses señalaron que el gobierno de Washington había gastado 18 millones de dólares en la compra de testigos para que acusaran a Noriega en un total de 11 cargos por narcotráfico. Todos reconocen que se trata de un juicio político, que podría poner al descubierto dos décadas de operaciones secretas de Estados Unidos en la región centroamericana.

De hecho, las irregularidades hacen al juzgamiento de Noriega ilegal. En primer término porque éste continúa siendo un prisionero de guerra, llevado ante una corte civil. Por otra parte, se admitió la grabación de sus conversaciones con los abogados, lo que disminuye ostensiblemente su capacidad de defensa, así también como la prohibición a sus defensores de tener acceso a documentos que podrían demostrar su inocencia en los cargos, porque estos “afectan a la seguridad estadounidense”.

La compra de testigos o la disminución de condenas a todos aquellos que acepten testificar contra el militar panameño es un hecho denigrante para la justicia norteamericana porque demuestra que no tenía pruebas suficientes para sus acusaciones.

La profusa propaganda negativa contra el acusado hace que cualquier jurado resulte parcial. Antes de comenzar el juicio, los jurados potenciales consultados estimaban que "era bueno colgar a Noriega". Cada uno de ellos está visiblemente prejuiciado.

Sea cual fuere el desenlace del juicio a Noriega y sus implicaciones, éste ha sido, de hecho, una muestra de la doble moral estadounidense, lo que hace al gobierno de Washington incapaz para juzgar cualquier otro tipo de acciones de gobiernos extranjeros.

El silencio extendido sobre operaciones como Águila Negra, Enterprise, todas ellas integradas en el escándalo del Irangate es claramente contradictorio, con la desmedida propaganda alrededor de Noriega.

El Irangate haría palidecer cualquier acusación contra el militar panameño. De esta manera se cierra el círculo sobre Panamá. La detención de Noriega fue sólo un argumento utilizado para apoderarse del país, cuando éste estaba a punto de obtener su independencia definitiva a finales de siglo.

El tiempo que se tardó en juzgar a Noriega y la fabricación de testigos indeseables demostró que eran falsos los argumentos para la invasión y violatorios de todas las leyes internacionales y los principios fundamentales de la comunidad mundial.

CAPÍTULO XI

Panamá: país en sombras

El 22 de mayo de 1990, el periodista Norbert Schnorbarch de la agencia alemana DPA, hacía la siguiente descripción: “El barrio El Chorrillo de la capital panameña es un campo de ruinas, plano y desierto. Calles asfaltadas marcan todavía la ubicación de las antiguas cuadras, donde la invasión estadounidense del pasado 20 de diciembre no ha dejado piedra sobre piedra. Las bombas arrojadas por los helicópteros y los subsiguientes incendios destruyeron el Cuartel Central y las casas de particulares adyacentes, en un radio de varios metros”.

El periodista narró varios testimonios estremecedores de los habitantes de El Chorrillo. “Mi hijita Yurimar se despierta casi todas las noches y empieza a llorar siempre poco después de la medianoche. Fueron horas espantosas, que se prolongaron hasta el amanecer. Cuando por fin pudimos salir de la casa, a eso de las siete de la mañana, vi muchos cadáveres regados por la calle, frente a la puerta. Eran por lo menos 25 cuerpos, entre ellos uniformados, niños y ancianos. Luego un tanque avanzó por la calle y ante mis ojos arrolló los cadáveres”. (Testimonio de Cirilo Castillo, de 28 años de edad sobre cuya casa se ubicaron filas de helicópteros que comenzaron el bombardeo al Cuartel Central).

Ya en julio de 1990, la revista *Newsweek*, en una crónica sobre el Nuevo Panamá llamada “Esto no es vida”, describía la resistencia de la población más pobre a la presencia militar estadounidense. “Casi seis meses después se está jugando un juego difícil con las reglas de Washington. En tiempos de Noriega podía hacerse suficiente dinero, aunque fuera de la ley. Ahora, la ciudad, con una deuda de seis billones, ofrece una triste alternativa”.

Saltaban muy claramente los problemas con la policía local, casi desarmada, que se quejaba de las reglas impuestas por Washington. “Sólo las tropas de Estados Unidos pueden usar armas automáticas”, decían, mientras que a ellos les correspondía entrar a los barrios más difíciles. “Nostalgias por los prósperos días de la dictadura florecen en los campamentos de refugiados”. La revista describía los campamentos de Albrook, una antigua base aérea estadounidense que había revertido a Panamá. “Los cubículos son de tres metros por cada lado, madera y nylon, en fila, ordenados debajo de un techo de asbesto, en un hangar. Unos 700 cubículos que albergan dentro a cuatro o cinco personas cada uno”.

“Esto no es vida”, dice Carmen Ruiz, de 33 años, quien duerme en uno de ellos, en catre con sus cinco hijos. “En los días de Noriega y Torrijos, ahí sí vivíamos en el barrio, teníamos TV, estéreo, nevera”, dicen otros añorando esos tiempos.

El movimiento popular fue creciendo en fuerza y solidaridad. Exactamente al cumplirse un año de la invasión, el representante demócrata Charles Rangel, presidente de la Comisión Especial sobre Abuso y Control de Narcóticos de la Cámara de Representantes, publicó en *The New York Times* un artículo bajo el título “The Pentagono Pictures”, donde reclama al gobierno por haber mantenido ocultos hasta entonces un conjunto de videotapes que muestra la violencia de la invasión a Panamá.

“Desde febrero pasado he estado esperando que me sean exhibidos los tapes tomados por cámaras de muy alta precisión, ubicadas a bordo de helicópteros Apache utilizados en la invasión. El gobierno

reconoce la existencia de esos tapes pero, alegando riesgos de seguridad nacional, se ha negado a que tales filmaciones sean del conocimiento público. Porque si los difundiera, el Pentágono podría aclarar algunas de las persistentes preocupaciones acerca del número de civiles panameños muertos y las causas de las muertes y heridas de los soldados norteamericanos durante la invasión. ¿Por qué se bloquea el derecho a saber?”

Agregaba Rangel: “El 20 de diciembre de 1989, el presidente Bush despachó a 25 mil muy bien armados y altamente entrenados soldados a Panamá con un conjunto de tanques, helicópteros artillados, jets de combate y bombarderos invisibles al radar Stealth con la orden de arrestar al general Noriega. Una tremenda cantidad de ese poder de fuego fue descargado sobre el Cuartel General de Noriega, ubicado en la ciudad de Panamá, en un barrio densamente poblado llamado El Chorrillo. El daño fue enorme. El bombardeo redujo manzanas enteras de la ciudad a ennegrecidos escombros. Las estimaciones sobre el número de bajas civiles fluctúan entre el cálculo oficial estadounidense de 202, y los millares denunciados por las agrupaciones de derechos humanos y observadores panameños. (Solamente la Iglesia oficial, partidaria entusiasta de la invasión, exhumó no menos de 700 cadáveres apresuradamente enterrados por los invasores en tumbas colectivas). La ciudadanía merece saber más acerca de esas tremendas horas. Una misión de la Iglesia Metodista Unificada, presidida por el ex senador Donald Stewart, informó que sobrevivientes civiles panameños fueron contratados para llenar fosas comunes a razón de seis dólares por cadáver. Fuentes del Pentágono han sido citadas como alegando que, debido a que las tropas estadounidenses combatieron tanto, al menos el 60 por ciento de sus 347 bajas pudieron haber sido causadas por ‘fuego amistoso’ (*friendly fire*), o sea por fuego propio”. Rangel se pregunta después, “¿a qué nivel de barbarie hitleriana quedaría reducida la orden de combate impartida por Mad Max (loco Max) Thurman, el comandante de la operación que ordenó el máximo fuego a total discreción?”. En diciembre de 1990, una

institución privada mencionó la necesidad de que Panamá se convirtiera en un Estado Libre Asociado. Ya estaba en marcha la formación de un cuerpo policial, “adoctrinado” por Estados Unidos, para reemplazar a los nacionalistas y también el Tratado de Asistencia Legal Mutua, que se firmó en abril.

“Si la invasión es legal, entonces no existe el derecho internacional ni el respeto a la soberanía. No se pueden enviar fuerzas de un país a otro sin una declaración de guerra para capturar un jefe militar o un fugitivo. No hay legalidad alguna de acuerdo con el derecho internacional. ¿Qué clase de soberanía o de integridad representa cualquier gobierno, cuando otro país puede entrar a atrapar a alguien? Así que el argumento para atrapar a Noriega es absurdo. El argumento de que la defensa de los Tratados del Canal justificaba la invasión es justamente lo contrario. Los Tratados desde el punto de vista de Panamá tenían el objetivo fundamental de restablecer la soberanía e integridad del territorio y de su área geográfica entera. Esto requería que las leyes de Panamá fueran observadas y reconocidas para que a fin de siglo Panamá lograra la soberanía del Canal y que no hubiera un sólo militar, ni tropas estadounidenses en la zona. Así es que la invasión fue una violación a los Tratados.

“El argumento de que la invasión se realizó para garantizar la vida de estadounidenses puede ser usado en cualquier parte del mundo. Dijimos eso cuando invadimos Granada, porque teníamos que proteger estudiantes de medicina. No tenemos derecho a enviar a una inmensa fuerza militar a ningún país clamando que nuestros ciudadanos están en peligro. Si no tienen derecho a estar ahí, nuestros ciudadanos deben ser retirados. Habría que preguntarse cuántos panameños han sido asesinados en las calles de Nueva York o en otros lugares de Estados Unidos y no por ello hemos visto que Panamá envíe soldados para protegerlos. En torno al restablecimiento de la democracia que fue otro de los argumentos aducidos para invadir Panamá, esa demanda es ultrajante. Ningún país tiene derecho a invadir a otro país para establecer ahí una forma de gobierno llamada

como quiera llamársele –estado fascista, o democracia, o monarquía o plutocracia– porque si esa fuera la ley habría una absoluta anarquía internacional. Cualquier país tendría derecho a invadir a otro para imponer una determinada forma de gobierno. Es una violación de la Carta de la OEA, del Tratado de Río, de muchas leyes internacionales. Lo que Estados Unidos quería era restablecer su autoridad en el hemisferio occidental. Quería enviar una señal desde Tierra del Fuego al Polo Norte, de Norte a Sur, quería decir ‘esta es nuestra área de influencia y los gobiernos aquí actúan como nosotros queremos. Y si estamos descontentos vamos a derrocar a un gobierno por la fuerza’. Estaba diciendo ‘no desafíen a Estados Unidos en este Hemisferio o esto les sucederá a ustedes’” (Ramsey Clark, entrevista de Enriqueta Cabrera. *El Día Latinoamericano*, del 17 al 31 de agosto de 1990).

Esta visión de Clark era la que, un año después, todos admitían en Panamá. En tanto, no hay respuesta para el pueblo panameño. La pobreza alcanza a más del 50 por ciento de la población. La educación ha retrocedido casi a los niveles de principios de siglo; la salud, una de las más avanzadas en la región, ha descendido en sus programas en más del 60 por ciento. “La desesperación entre los refugiados de Albrook es comprensible. Bajo un calor asfixiante se amontonan hombres y mujeres, ancianos y niños. Ni uno sólo de los tres hombres fuertes del gobierno ha aparecido por allí. El gobierno está robando descaradamente, dice Ezequiel Figueroa, un ex miembro de la selección panameña de fútbol, que a sus 37 años parece un hombre quemado y sin esperanzas”, escribía el periodista Ramón Orozco, de *Cambio 16*. Las descripciones de esta “democracia made in USA” corresponden a la situación de un país ocupado militarmente y gobernado por una dictadura militar extranjera.

Un ex militar dijo a “Chuchú” Martínez en un encuentro casual, en una calle céntrica, cuando estaba trabajando como edecán de un oficial estadounidense: “Estoy con el pecho roto”. Una mujer sencilla de una población cercana a la capital explicó a un organismo de derechos humanos: “Nos han golpeado aquí, es como si trataran de qui-

tarnos la alegría, que era la riqueza mayor de los panameños. Nadie es el mismo. Nadie duerme ya en paz. Yo digo que quieren caminar con sus botas sobre nuestra alma, arrodillarnos hasta que no quede nada de nosotros. Pero aún estamos en pie”.

Epílogo

Era el año 1976. Desde que el avión despegó de México, el hombre que estaba a mi lado, corpulento y de respiración fatigada, no dejó de beber. Íbamos hacia Panamá. Durante un buen tiempo yo había estado siguiendo los entretelones de la política de ese país. Me interesaba especialmente la figura del general Omar Torrijos y había escrito varias notas sobre el tema.

Tanto como el militar, me intrigaba esa pequeña nación caribeña que muchos comparaban con Casablanca o con “el trópico” que suelen percibir los europeos cuando descubren estas tierras cálidas, húmedas y explosivas.

Mi vecino de asiento me preguntó para que viajaba a Panamá. Le dije que iba a un Congreso de Unidad Latinoamericana. Me observó con curiosidad. Él era un alto empresario norteamericano de las compañías bananeras. No pude evitar entonces el vuelo de la imaginación y recordé escenas de la gran novela centroamericana como la “guerra del banano” emprendida por el mismo Torrijos en 1974 contra la injusta relación mantenida por Estados Unidos en sus poderosos enclaves fruteros.

El hombre me dijo que se llamaba Robert y nuevamente me preguntó con cierta ironía: “¿por qué unirse los latinoamericanos?”.

“Es un viejo sueño”, le respondí, y comenté que en el Congreso íbamos a apoyar el derecho de Panamá a su soberanía. Esto le causó sorpresa y cierta hilaridad. “¿Panamá? Pero si Panamá es nuestro, esa nación la hicimos nosotros y siempre será nuestra. Me gustan los idealistas como usted”. Me revolví incómoda en mi asiento. En un avión no hay muchos lugares dónde irse. “Oh, oh, ustedes son muy pasionales. Me gustan ustedes”, dijo con su voz ronca y agregó: “Ningún político de mi país, sea cual fuere su partido dejará perder Panamá”. No tenía mucho sentido discutir con Robert, pero mencioné que estábamos en otros tiempos y que no era bueno pensar con un criterio colonialista tan cerrado. El se rió sorprendido.

Catorce años después, deambulando por las calles destruidas de Panamá en la Navidad de 1989, recordé a aquel hombre, de cara roja y voz aguardentosa. En ese momento tenía la misma sensación de impotencia y desolación que aún está conmigo. Pienso ahora en el país destruido y ocupado, en su gente alegre y espontánea sobreviviendo con la devastación de su cultura, de sus pequeños ritos, y escribo como José de Jesús Martínez: “Panamá merece vivir”.

Fuentes consultadas

Bibliográficas

Voz e imagen del general (Centro de Estudios Torrijistas, Panamá, 1985).

Colonia Americana NO (Rómulo Escobar Bethancourt, Valencia Editores, Bogotá, 1981).

Bases militares en América Latina (José Steileger, Ediciones El Conejo, Colombia, 1986).

El Comando Sur, enclave hostil (Raúl Leis, Panamá, 1986).

Los riesgos de la soberanía (Stella Calloni, Ediciones Crisis, Buenos Aires, 1988).

Noriega, toda la verdad (Frederick Kempes, Grijalbo, México, julio 1990).

Los secretos de la Nunciatura (Jorge Ritter, Colombia 1990).

Papeles del general (Panamá, 1984).

Hemerográficas

Estudios, No. 78 (Montevideo, Uruguay, marzo de 1981).

El Periodista (Buenos Aires, Argentina, 1987, 1988).

Quehacer, No. 63 (Lima, Perú, marzo-abril 1990).

Tareas (Panamá, 1990).

Los Angeles Times (enero, 1990).

Interviú (España, 1986).

Avvenire (Italia, enero, 1990).

Farm Journal (Estados Unidos).

Newsweek (Estados Unidos, 1987, 1988, 1990).
Covert Action (Estados Unidos, 1987).
Rolling Stone (Estados Unidos, 1989).
El Día Latinoamericano (México, 1990).
Crisis (Buenos Aires, Argentina).
The New York Times (Estados Unidos).
The Washington Post (Estados Unidos).
The Sun (Estados Unidos).
Christian Science Monitor (Estados Unidos).
Daily Express (Londres, GB).
The Will Strert Journal (Estados Unidos).
The Miami . Herald (Estados Unidos).
Journal do Brasil (Brasil).
La República (Panamá).
Crítica (Panamá).
La Estrella (Panamá).
La Prensa (Panamá).
Oakland Tribune (Estados Unidos).
Boston Sun (Estados Unidos).
The Tribune (Oakland, California, Estados Unidos).
El Día (México).
Sur (Argentina).

Documentales

Partido Revolucionario Democrático (Informes marzo de 1988, agosto de 1990).
Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad de Panamá (1980-1987).
Sociedad Panameña de Arquitectos e Ingenieros (1980).
Executive Intelligence Review (1987-1988-1990).
Boletín Fuerzas de Defensa (1988).

Consejo Nacional de Seguridad (1990).
Trougths on Panamian solution (1988).
Impacto de la agresión de Estados Unidos contra Panamá, (PRD, 1989).
Formas ideológicas de la nación panameña. Alegatos I y II. (Cuadernos Casa de las Américas, 1981).

Autores mencionados

CASTRO Nils, (*Objetivos Estratégicos de Estados Unidos en Panamá*, 1988, y *Justo Arosemena, Patria y Federación*, Revista *Casa de las Américas*, 1977).

MARCUCCI ORNEL Urriola, (*Dialéctica de la Nación Panameña*, Panamá, 1970).

SELSER Gregorio, (*Historia de un gran fraude*, pág. 12, Argentina, 1989).

SOLER RICAURTE y otros (*Justo Arosemena*, Revista *Temas*, 1980)

YAO Julio, *El Canal de Panamá*, (Panamá 1971).

Esta edición se terminó de imprimir en Línea Gráfica,
Buenos Aires, Argentina,
en el mes de junio de 2017.



Otros títulos de Edulp

Los sentidos de la justicia
Juicios, testimonios y desapariciones
Carlos Leavi

Ni punteros ni piqueteros
Las organizaciones populares
durante el Kirchnerismo
Pablo Forni y Luciana Castronuovo

A la plaza de Perón
Movilizaciones del peronismo 1974-2011
Sergio De Piero y Violeta Rosemberg
(compiladores)

Memoria y promesa. Conversaciones
con Jesús Martín Barbero
Jorge Huergo y Kevin Morawicki

Violencia contra las mujeres,
discurso y justicia
Manuela Graciela González (compiladora)

A Panamá, mi país, lo dejaron solo. Fue en la noche del 19 al 20 de diciembre. Nos dejaron solos frente a la impunidad de la mayor potencia del mundo. Y luego han continuado dejándonos solos, mientras las tropas extranjeras de ocupación transitan por las calles de nuestras ciudades y en nuestras aldeas. Es una pesadumbre en el corazón, como si estuviera anocheciendo irremediablemente y para siempre. Esa oscura noche del alma de la que habla un santo. Pero nadie quiere saber lo que nos sucede en un paisito pequeño y tropical. Patrullas y tanques en nuestras calles, extranjeros señalándote con un dedo lo que debes hacer. Esto es Panamá ahora, este dolor indescriptible en el pecho, esta impotencia que nos devora día a día. Nadie sabe exactamente cuántos fueron los muertos que tuvimos en la invasión del 20 de diciembre de 1989, porque los enterraron en unas dantescas fosas comunes, sin contarlos siquiera. Y sin saber tampoco que estaban cavando un monumento profundo a la nacionalidad panameña. Allí, en el fondo, con esos muertos, creo estar yo (...) Pienso con orgullo en este pueblo dejado solo que desafía a un ejército de ocupación, a este pueblo que muestra sus banderas como el humillado muestra al otro, al que humilla, los dientes apretados y los brazos en alto. Panamá, merece vivir. Y para que eso pueda ser, es necesaria la solidaridad y por lo tanto la verdad. De eso trata este libro de Stella.

Y la verdad contada con amor son muchas verdades.

José de Jesús Martínez (1929 – 1991)

